



Seix Barral

Andrea De Carlo

La imperfecta maravilla





Seix Barral Biblioteca Formentor

Andrea De Carlo

La imperfecta maravilla

Traducción del italiano por
Andrea Muriel

ÍNDICE

MIÉRCOLES

JUEVES

VIERNES

SÁBADO

ACERCA DEL AUTOR

CRÉDITOS

ÍNDICE

MIÉRCOLES

JUEVES

VIERNES

SÁBADO

ACERCA DEL AUTOR

CRÉDITOS

Esta novela es una obra de ficción: a excepción de algunos personajes públicos y obra citadas para crear contexto, los personajes y los eventos son fruto de la imaginación de autor por completo. Cualquier coincidencia con nombres, características físicas profesionales de personas reales es, por tanto, pura casualidad.

Esta novela es una obra de ficción: a excepción de algunos personajes públicos y obras citadas para crear contexto, los personajes y los eventos son fruto de la imaginación del autor por completo. Cualquier coincidencia con nombres, características físicas y profesionales de personas reales es, por tanto, pura casualidad.

MIÉRCOLES

MIÉRCOLES

UNO

Poco antes del mediodía del 18 de noviembre de 2015, en toda la comunidad de Fayence, que se encuentra en el departamento de Var, en la región de Provenza-Alpes-Costa Azul, hubo un apagón que afectó a todos los medios de transporte, telecomunicaciones, señales de radio y televisión, sistemas de refrigeración, equipos de seguridad, redes informáticas y actividades comerciales de varios tipos, incluida la heladería La Imperfecta Maravilla, ubicada al inicio de un callejoncito empedrado que baj desde la calle Saint-Claire hasta la plaza del mercado, que está frente a la iglesia.

Tan sólo algunos minutos antes, Milena Migliari, la heladera, se había asomado a la puerta de su establecimiento, pensando que no era necesario mirar el calendario para comprender que la temporada turística había terminado desde hace tiempo. Bastaba con sentir la quietud del aire, en el que todavía parecían suspendidos los ecos de las risas, las pláticas, las miradas, los murmullos, los pasos, las llamadas de teléfonos celulares del final del verano. Bastaba con echar un vistazo a la calle principal detrás de la esquina, y ver que eran pocos los automóviles que pasaban debajo del arco del edificio del ayuntamiento —que tiene la inscripción en cursivas *Hôtel de Ville*, unas persianas azul pálido, la bandera francesa y la de la Unión Europea, y unas macetas de geranios, que tiran sus flores cuando están secos—, para luego seguir su transcurso pasando junto a las vitrinas de restaurantes, panaderías y agencias inmobiliarias, y seguir hasta más allá, tal vez hasta Mons, o Tourrettes, o Callian o quién sabe dónde. Hacía un frío incierto, un tanto confuso debido a una corriente de aire tibio que aún sobrevivía; el cielo era de un azul débil, que parecía no decidirse a cederle el paso al gris. Del silencio general emergían los martilleos entrecortados de un obrero que trabajaba en alguno de los callejones de más abajo, y la música de la radio del laboratorio de helados.

De golpe, todas las luces de la heladería y el sonido de la radio se apagaron, y sólo quedaron los distantes golpes del martillo. Milena Migliari miró a su alrededor, entró a la heladería, intercambió una mirada de perplejidad con su asistente, Guadalupe, que estaba detrás del mostrador, y se dirigió hacia el laboratorio. Incluso el zumbido hipnótico y relajante de los refrigeradores había desaparecido. Volvió a asomarse afuera, dio vuelta en la esquina hacia la calle principal y le bastaron pocos pasos para darse cuenta de que se había ido la luz en todo el pueblo.

La naturaleza del helado es inestable por definición, pero es necesario que pase bastante tiempo para que se deteriore tanto que ya no pueda recuperarse. Y, respecto a las naturalezas inestables, Milena Migliari siempre ha sentido una mezcla de ansiedad y fascinación. Puede que esto se deba a su historia personal, como sostiene Viviane, a que nunca tuvo una base familiar sólida, que siente que no pertenece a ningún lado. Esta manera de hacer las cosas puede relacionarse también con su trabajo: los ingredientes buscados con infinito cuidado, los procedimientos que desarrolla detalladamente, el costoso equipo que aún no termina de pagar, la hoja de contabilidad que debe hacer cuadrar a fin de mes.

Justo por eso, ahora hace un esfuerzo considerable por no inquietarse y espera con optimismo a que regrese la corriente. Mira el reloj de la pared, que por suerte funciona con baterías, y hace cálculos: en los contenedores del mostrador, el helado puede aguantar sin problema dos horas y, con esta temperatura en el exterior, quizá hasta tres. Se pone a hablar con Guadalupe, y de vez en cuando regresa al laboratorio para echar un vistazo a la mantecadora, a las tinas de maduración, al abatidor de temperatura, al refrigerador de temperatura positiva para la materia prima: apagado, apagado, apagado, apagado. No se ve ni un solo indicador encendido, no se oye el murmullo de un solo ventilador. La ansiedad aumenta en su interior, la hace tomar el teléfono para llamar a la compañía eléctrica y al ayuntamiento para conseguir información; pero la única respuesta proviene de contestadora automática o de seres humanos increíblemente desinformados, imprecisos y despreocupados. No la tranquilizan en absoluto, al contrario.

Milena Migliari sale de nuevo a la calle principal, va a hablar con la señora de la panadería, que sacude la cabeza, preocupada, pues no sabe más que ella. Va a la agencia inmobiliaria de al lado: dos de las empleadas están fascinadas con las pantallas de sus celulares, una tercera habla por teléfono para obtener información pero no tiene suerte. Regresa a la heladería, trata de calmarse, escucha a Guadalupe, que le cuenta de la fiesta de cumpleaños de su primo en Quetzaltenango, en la que participó por Skype. Cada pocos minutos mira el reloj de pared y va a revisar el laboratorio. Vuelve a llamar por teléfono a la compañía eléctrica, al ayuntamiento: nada. Camina de arriba para abajo, del mostrador de la tienda al laboratorio, del laboratorio al mostrador, con el celular presionado a la oreja y el corazón palpitándole cada vez más rápido ante la idea de que la electricidad no se restablezca pronto y la temperatura de los contenedores suba hasta un punto de no retorno. Sigue sin suceder nada, así que, antes de que la situación empeore, toma una decisión: le dice a Guadalupe que la ayude a llenar conos y vasitos para repartirlos a quien quiera que pase por delante del local.

Pero la temporada turística terminó desde hace tiempo: en las calles del viejo pueblo sólo hay una anciana que carga la bolsa de las compras, un furtivo trabajador del norte de África, alguna pareja de turistas nórdicos que parecen perdidos, un comerciante preocupado que trata de averiguar qué sucederá. Si el apagón hubiera sucedido en julio o agosto, o incluso en septiembre, Guadalupe y ella habrían regalado todo el helado que tienen en tan sólo media hora, y habrían obtenido un buen efecto promocional. Pero, tal y como están las cosas, tienen que rogarles a los pocos transeúntes que pasan para que acepten un cono o un vasito. Rostros perplejos, miradas distraídas, mentones alzados, pasos apresurados: es increíble la desconfianza que despierta ofrecer gratis cualquier cosa. Para convencer a alguien hay que sonreírle, hacerle movimientos tranquilizadores con la

cabeza y con los brazos, explicarle que no se pide a cambio ni sangre ni la afiliación a ninguna secta religiosa. Pero logra convencer a tan pocos que después de un rato Milena Migliari vuelve a la heladería, llena unos botes de medio kilo y los lleva a las agencias inmobiliarias, a las tiendas de falsa artesanía provenzal, a los restaurantes. Y hasta da risa, porque en verano la agobia todos los días con pedidos que no puede atender, y se ve obligada a explicar una y otra vez que su producción es limitada, que la elaboración es lenta y compleja, y que puede satisfacer sólo a un cierto número de personas a la vez. Ahora, en cambio, entre el apagón y el vacío propio de esta época nadie parece tener ánimo como para entusiasmarse por el amarillo-rojo encantador del madroño, que crece en los matorrales del mediterráneo, el marrón dorado de la jujube de Montauroux, el verde vibrante de la uva espina de Mons. Sí, un par de personas le agradecen, pero en su mayoría parece que les estuvieran haciendo un favor al tomar un vasito por el que hasta hace dos meses estaban dispuestos a agarrarse a golpes. Luego, cuando ella les explica con cierta urgencia en la voz que el helado debe comerse rápido para que no pierda su consistencia ideal, la miran como si tuvieran enfrente a una obsesiva, con preocupaciones completamente fuera de lugar en un momento difícil para todos.

Milena Migliari entra a la heladería, hace llamadas inútiles, recibe respuestas inútiles. Revisa la temperatura de los contenedores del mostrador con el termómetro de infrarrojos, que por suerte también usa baterías: menos diez grados centígrados. Aún está bien, pero continuará subiendo, eso seguro. Ya se imagina revolviendo una mezcla arruinada en cada uno de los distintos contenedores, e intercambia una mirada de desesperación con Guadalupe. No se trata sólo de la pérdida inminente del helado, sino de una sensación de derrota mucho más grande, que se extiende hasta los límites de su vida.

El teléfono empieza a sonar; ella da un salto para responder, incrédula ante la posibilidad de que alguna de las sordas entidades a las que apeló pueda haber tomado la iniciativa de ponerla al corriente sobre la situación. Se lleva el auricular al oído y la mano le tiembla un poco por la agitación.

—¿Diga?!

—¿Hablo a La Imperfecta Maravilla, de Fayence? ¿La heladería? —Del otro lado de la línea, una voz de mujer llega un poco áspera, junto con el ruido de un automóvil en movimiento.

—Sí, ¿qué desea? —Milena Migliari intenta sonar profesional, pero dadas las circunstancias no lo logra muy bien.

—Acabo de leer cosas increíbles sobre sus helados. —La voz tiene una ligera inflexión extranjera, aunque su dominio del francés es completo.

—Vaya, gracias. —Milena Migliari no sabe si sentirse más animada ante la idea de que su trabajo sea apreciado, o afligido por el hecho de que dentro de poco este se derretirá delante de sus propios ojos.

—«Milena Migliari, italiana establecida en territorio francés, captura con milagrosa sensibilidad y perspicacia la quintaesencia de ingredientes rigurosamente naturales, rigurosamente locales y rigurosamente de temporada, y la ofrece a paladar del entendedor más fino en inigualables vasos y conos de colores, a veces delicados y a veces vívidamente pictóricos». —Es claro que su interlocutora tiene bajo los ojos el artículo de Liam Bradford, el *blogger* gastronómico que vino en julio y se entusiasmó con el albaricoque rojo de Saint-Paul, la ciruela azul noche de Tourrettes, además del *fiordilatte* de Montauroux.

—Bueno, eso intento... —dice Milena Migliari, porque le parece que debe decir algo, pero se siente estúpida de inmediato. Piensa de nuevo en cuando leyó la reseña en la computadora de su casa, que venía acompañada de una foto suya y de Guadalupe detrás del mostrador, con miradas de fugitivas de la justicia; en cómo se sintió, por un lado, recompensada y, por el otro, desestabilizada al ver traducido en palabras un tanto exóticas su investigación, nacida del instinto y de la experimentación.

—*We said tomorrow, that was the bloody agreement! No, no, no, Friday is too late, for God's sake!* —La voz del teléfono se dirige a alguien más dentro del auto, en un tono tan repentinamente agresivo que no parece la misma.

Milena Migliari le hace una mueca a Guadalupe para decirle que no tiene idea de quién está del otro lado de la línea.

—Lo siento mucho. —La voz vuelve a dirigirse a ella, de nuevo en francés, de nuevo en tono amable, aunque no tanto como antes—. ¿Hacen entregas a domicilio?

—Depende. —Milena Migliari es tomada por sorpresa y está un poco distraída debido a que Guadalupe sigue viéndola con cara de interrogación.

—¿De qué depende? —La voz parece a punto de perder la paciencia también con ella.

—De cuánto quiere, en dónde y cuándo. —Milena Migliari piensa que en este preciso momento estaría dispuesta a recorrer decenas de kilómetros, aunque sólo fuera para entregar un bote de medio kilo: así tendría la sensación de haber salvado al menos algo del derretimiento general.

—Quiero diez kilos. En Callian. De inmediato. —En efecto, apenas por debajo de la superficie se deja ver una buena dosis de dureza en su voz.

—Disculpe, ¿cuántos kilos dijo? —Milena Migliari está segura de que su interlocutora se confundió con los números franceses: en tres años, desde que abrió la heladería, los pedidos más importantes han sido dos recipientes de un kilo, y eso que fueron hechos en pleno agosto.

—Diez. Uno-cero. La mitad de veinte. De todos los sabores que tienen. —Ahora suena muy apremiante—. ¿Es posible?

—Sí, es posible. —A Milena Migliari le cuesta trabajo quitarse de encima la incredulidad.

—¡Magnífico, estoy muy contenta! —El entusiasmo de su voz es desconcertante, tanto como el abrupto paso de hace unos segundos de la amabilidad a la impaciencia.

—¡Yo también! —Milena Migliari no logra mantenerse seria, aun cuando en sus pensamientos se asoma la duda de que pueda tratarse de una broma—. ¿Me da la dirección?

—Chemin de la Forêt, Les Vieux Oliviers. —Debido al ruido de fondo la voz pronuncia con detenimiento cada palabra par

nhacerla emerger con la máxima claridad posible—. Usted verá un letrero hecho con pirógrafo sobre un tronco cortado, a l
sderecha de la reja. No hay manera de que se equivoque.

n —Está bien. —Milena Migliari quisiera preguntar algo más, pero no sabe exactamente qué—. Hasta pronto, entonces.

a —¡Hasta pronto! —La voz del otro lado parece feliz de haber llegado a una conclusión satisfactoria, y cuelga.

l Milena Migliari apoya de nuevo el auricular en el teléfono y permanece por un segundo o dos viendo a Guadalupe. Luego s
lrecupera y sus movimientos recobran velocidad.

a —Ayúdame a llenar diez botes de un kilo. De todos los sabores.

n —¿Diez? —Guadalupe tiene una expresión de asombro.

a —¡Sí, diez! ¡Diez! —Milena Migliari toma de la repisa los recipientes de poliestireno blanco de un kilo y los alinea sobre e
amostrador.

También Guadalupe se recupera. En seguida las dos están trabajando frenéticamente con la espátula.

s

s

o

a

s

,

o

l

a

a

il

—

e

).

e

,

e

o

n

r

s

e

s

e

s

e

a

hacerla emerger con la máxima claridad posible—. Usted verá un letrero hecho con pirógrafo sobre un tronco cortado, a la derecha de la reja. No hay manera de que se equivoque.

—Está bien. —Milena Migliari quisiera preguntar algo más, pero no sabe exactamente qué—. Hasta pronto, entonces.

—¡Hasta pronto! —La voz del otro lado parece feliz de haber llegado a una conclusión satisfactoria, y cuelga.

Milena Migliari apoya de nuevo el auricular en el teléfono y permanece por un segundo o dos viendo a Guadalupe. Luego se recupera y sus movimientos recobran velocidad.

—Ayúdame a llenar diez botes de un kilo. De todos los sabores.

—¿Diez? —Guadalupe tiene una expresión de asombro.

—¡Sí, diez! ¡Diez! —Milena Migliari toma de la repisa los recipientes de poliestireno blanco de un kilo y los alinea sobre el mostrador.

También Guadalupe se recupera. En seguida las dos están trabajando frenéticamente con la espátula.

DOS

Nick Cruickshank maneja su Piaggio Ape modelo Capri, con toldo y asientos de tela blanca, a lo largo del camino de asfalto de color tierra siena que pasa entre las hileras de olivos. El cielo es azul pálido y sería una bonita mañana gracias a la estación pero él tiene dolor de cabeza y un rastro de náusea debido al *whisky* que bebió ayer en la noche con el tonto de Wally, y a pesar de *bloody mary* que, recién al levantarse, le pidió a la señora Jeanne que le preparara como antídoto. Este triciclo con motor tiene un aspecto ridículo, pero es bastante divertido; se lo mandaron como regalo de Italia, tal vez esperando que algún día aparezca en una sesión fotográfica o video musical rodado aquí. Pensándolo bien: desde hace mucho tiempo le regalan las cosas que él compraría por sí mismo de buena gana, mientras que debe seguir pagando aquellas de las que prescindiría con gusto. Por ejemplo, hace décadas que no logra pagar ni un solo centavo por una guitarra o un amplificador, o una chamarra de piel (cuando aún tenía permitido llevar una), o incluso una bufanda de seda, y, sin embargo, tiene que continuar gastando dinero en sus dos exesposas y en sus cinco hijos e hijas, con sus mil imparables exigencias. Es paradójico, sí, pero su vida está completamente llena de paradojas. Como la idea de tomar un *bloody mary* para remediar las consecuencias de una borrachera. Aunque su médico personal, James Knowles, le confirmó hace años que hay una cierta base para afirmar esto: las propiedades del jitomate combinadas con el alcohol de la nueva bebida, desalojan el metanol tóxico restante en la sangre, o algo así. De cualquier modo este problema ya no se le presenta con frecuencia: desde 2006 lleva una vida demasiado sana, con alguna rara excepción cuando hay alguien que lo induce al camino del mal, como sucedió ayer en la noche.

Su malestar, sin embargo, ya es algo generalizado, al que hay que sumar esta circunstancia del apagón, que le da una sensación de catástrofe inminente, acaso ya en marcha. Aldino descubrió que la electricidad se fue en toda la comunidad. ¿Cómo hacerle entonces para no pensar siquiera por un instante que alguien apagó los transformadores para luego ejecutar una matanza bien planeada? No es cuestión de ser paranoicos; es simplemente que el mundo se está volviendo bastante peligroso y es mejor estar alerta para aumentar un poco las posibilidades de no terminar mal. Fíjate en las precauciones que ya deben tomarse en los conciertos de los Bebonkers: los detectores de metal en las entradas, los hombres de seguridad afuera de los camerinos, los guardias armados bajo el escenario, los vehículos blindados. Y lo peor es que se sabe que todo esto podría no servir para nada: que dos o tres imbéciles a los que les lavaron el cerebro en una madrasa financiada por los malditos saudíes podrían introducir a hurtadillas sin que nadie se percatara.

Estas son el tipo de reflexiones que le hacen tener ganas de acelerar, aunque este artefacto sólo pueda alcanzar unos cincuenta kilómetros por hora. Nick Cruickshank gira la manija hasta el tope, tratando de obtener del motor de 200 cc. toda la velocidad de la cual es capaz. Como resultado, la Ape sigue una trayectoria incierta, se balancea de manera preocupante ante el más mínimo serpenteo del camino. Cada tanto, una de las ruedas de atrás raspa los terrones del olivar y salpica tierra rojiza por el aire, así que él debe tomar el volante con fuerza para corregir el rumbo.

Más allá, entre los olivos, hay tres trabajadores que están intentando levantar las redes anaranjadas y amarillas y verde estropeadas por las alpacas, que por alguna razón corretean justo aquí, a pesar de todo el espacio libre que tienen en los prados en los bosques. Nick Cruickshank levanta una mano del volante para saludar, aunque los trabajadores están lejos y sus expresiones parecen más desconfiadas que cordiales; sin embargo, se siente con el deber de mostrar un poco de gentileza como propietario extranjero que se volvió rico con un trabajo que a ellos tal vez ni siquiera les parece un trabajo, con una gran villa decenas de hectáreas en sus tierras. Suponiendo que efectivamente sean sus tierras, porque viéndolos bien incluso así, e movimiento, sus rostros parecen más mediorientales que franceses. Pensándolo bien, podrían fácilmente ser unos terroristas islámicos que esconden sus AK47 entre las redes de los olivos y esperan el momento preciso para llenar de disparos a un símbolo del Occidente pagano y corruptor. Aldino le dijo que verificó con la policía local la identidad de todos los que trabajan en la finca pero fácilmente podrían tener documentos falsos, o haber matado a varios trabajadores verdaderos para ocupar su lugar.

Nick Cruickshank siente que la tensión que antecede al concierto se le sube a la cabeza, lo suficiente para eliminarle el metano de la sangre más de lo que lo hizo el *bloody mary* de la señora Jeanne. Se le ocurre que su bebida tónica de la mañana podría convertirse en uno de esos detalles trágicos y ridículos que los medios publican cuando hurgan en la vida o, aún mejor, en la muerte de gente como él. Puede visualizar los titulares del *Sun*, o del *Mirror*: «EL ÚLTIMO BLOODY MARY DE NICK CRUICKSHANK». Entrando más piensa en eso, más se le contraen los músculos del estómago y de los brazos, y menos puede quitar la mirada de los trabajadores-terroristas que están entre las redes anaranjadas y amarillas y verdes. Entonces, la rueda derecha de atrás raspa de nuevo los terrones, y la única rueda de adelante pierde la dirección; la Ape se inclina sin resistencia hacia el olivar. Él trata de jalar el volante para recuperar el control, pero no lo logra: el triciclo motorizado va a donde quiere, atraviesa a saltos un tramo de los terrones, arrastra con las ruedas las redes para las aceitunas, se sacude, evita milagrosamente un árbol tras otro, pero está claro que en cualquier momento va a estrellarse. De hecho, se dirige a estrellarse contra un tronco arrugado y lleno de pliegues, tan grueso como una pata de elefante: choca con la rueda de adelante y toda la ridícula estructura de metal resuena.

El impacto es mucho menos violento de lo que esperaba, probablemente debido a las redes que se atascaron en las ruedas, porque el triciclo no iba a mucha velocidad. Sin embargo, no deja de ser un episodio de estúpida violencia mecánica: lo hace chocar contra el volante, aunque trata de amortiguar con los brazos, y se le sale el aire de los pulmones.

Es peor cuando baja, medio agachado y sin aliento, y ve a los tres hombres del Medio Oriente, que están a lo lejos, abandona

instantáneamente su lugar de trabajo y asumir una posición de terroristas. Se acercan hacia él corriendo, con una luz feroz en la miradas, y una ansiedad brutal por cumplir una misión. Seguramente no se esperaban que se les facilitara la tarea de este modo r que se encontrarían a la víctima al alcance de la mano, quieta y mareada, en vez de tener que acertarle a distancia y en movimiento. Seguramente entenderán esta situación como una confirmación de que su misión es santa y justa, guiada directamente por el mano de Alá.

o Nick Cruickshank piensa por un momento que podría tratar de escapar. A pesar del *shock* del impacto y de la resaca de l bebida, se encuentra más en forma que muchos de sus colegas que han cedido ante las complacencias a través de los años. Él dej atrás las complacencias desde hace una década; hace al menos una hora de ejercicio al día, corre una decena de kilómetros, nada monta a caballo, sólo come cosas sanas y dejó de comer carne por completo. Los tres terroristas aún se encuentran a uno n cuarenta metros, obstaculizados por las redes que simulaban reparar. Si se pusiera a correr inmediatamente en zigzag entre lo olivos, tal vez tendría alguna oportunidad. Pero la cuestión es que la idea de ser rebanado mientras escapa como conejo despué r de bajarse de un Ape modelo Capri le parece muy poco digna, muy poco *cool*. No se trata de mantener las apariencias hasta e último momento, pero tampoco podemos negar que sí hay una imagen que defender, y este asunto no lo involucra sólo a él, sino s todos sus fans y hasta a los que no lo son pero lo consideran un modelo a seguir. Repasando toda su vida desde que lo a Bebonkers se volvieron famosos, no puede pensar en un solo episodio en el que haya huido para alcanzar algo, o para librarse d o algo. Una vez arruinó un concierto y enfureció a toda la banda en Birmingham sólo porque no se apuró para subirse a un trer e, aunque este todavía no se apartaba del andén y él estaba a pocos metros: seguramente con un salto decidido habría lograd o, subirse. En otra ocasión, se perdió una ceremonia en el palacio de Buckingham con la reina sólo porque no tenía ganas de poner e despertador a una hora desagradable (en ese entonces todavía se despertaba tarde). Pero también en ese caso se trataba de un cuestión de estilo: en su currículum no había ni rastro de impaciencia, prisa, ansiedad, insistencia, preocupaciones, esfuerzo a contra corriente. Excesos, sí, rabietas incluso destructivas, sí, eso no va a negarlo, pero siempre con la intención de afirmar u o principio, o por una exploración artística y existencial. Por este motivo desde hace años se consolidó la idea (entre los fans, lo a medios de comunicación y hasta en algunos chistes) de que él es la *encarnación* de lo *cool*: por la combinación de elegancia r indiferencia natural con que hace las cosas, o *no* las hace. Además, en realidad no se trata de una actitud sino de su modo de se s Desde siempre, desde que era un niño infeliz e insatisfecho en Manchester y le parecía que no tenía ni la más mínim s compatibilidad con nada de lo que veía, sentía o percibía a su alrededor. No se trata de frialdad ni de neutralidad emociona i, basta con haber escuchado cualquiera de sus canciones para saber que él es lo *contrario* a lo emocionalmente neutra e. Seguramente esto se debe al cincuenta por ciento de sangre irlandesa que corre por sus venas. Teniendo que encontrar un definición a toda costa, se podría decir que se trata de una tendencia a ver las cosas desde *lejos*, lo que inevitablemente reduc a mucho su importancia. Y hay que agregar que, entre los defectos de carácter que le han sido atribuidos con el tiempo (por lo e reporteros, por sus exesposas, por los otros miembros de la banda), es difícil encontrar la cobardía. En todo caso, todos lo ha o criticado de modo recurrente por tener demasiada propensión al riesgo: con las drogas (por un tiempo), con las mujeres (por u e tiempo), con los fans agresivos, con los coches deportivos, con los caballos temperamentales, con las olas del océano y as sucesivamente. Al menos esto no es un mito: desde aquella vez que derribó, con un puñetazo totalmente inesperado en el mentór s, al abusivo de quinto año que lo perseguía cuando él era un delgado de tercer año de primaria con piernas de palillo, y le dio d y patadas hasta dejarlo allí inerte. Así aprendió a mirar a la cara al miedo y a decirle que se fuera al carajo.

s Entonces, en vez de ponerse a zigzaguear entre los olivos con desesperación, Nick Cruickshank voltea a ver a sus futuro o asesinos con una expresión de extrema indiferencia; levanta una mano como si hiciera una réplica un tanto debilitada e irónica de y saludo que había hecho desde su Ape, cuando aún pensaba que eran verdaderos trabajadores o tal vez posibles admiradores. Est n ligeramente inclinado hacia adelante y siente un poco inestables las piernas (aunque en general no piensa que dé una mala image s de sí mismo), se endereza, se ajusta la mascada que tiene amarrada a la frente e incluso sonríe con aire desafiante antes de qu o comiencen a dispararle. Le parece que tal vez un final como este tiene sentido, que podría parecer el punto cumbre de un i, trayectoria, como se suele decir. Además, él se buscó todo esto. Nadie le pidió que fuera un catalizador global de amor y odic aspiraciones y frustraciones, admiraciones y envidias. Sin duda, a lo largo de su carrera podría haber muerto de miles de manera j, mucho más estúpidas: de sobredosis, como varios de sus colegas; sofocado en su propio vómito, como Jimi; ahogado en l a piscina, como Brian; o en la tina del baño, como Jim; o tal vez en un accidente de helicóptero inmediatamente después de u a concierto, como Stevie Ray. Pensándolo bien, este puede ser un final noble, que tal vez lo convierta en un símbolo más important e como le sucedió a John, que cuando estaba vivo no era una gran persona, pero que ya muerto se volvió un bonito mártir. En s caso habría que ver en qué tipo de símbolo podría convertirse: ¿el de la creatividad transferida del arte a la vida, sin filtros r e humildad? ¿El de la libertad de la cultura occidental agredida por el fanatismo islámico? La respuesta les corresponde a los fans r a los medios de comunicación; a estas alturas, no podría importarle menos.

s Sus tres inminentes asesinos ya se encuentran a pocos metros de él, pero, aunque están en un evidente estado de inquietud o, lo miran con extrema intensidad, extrañamente no llevan en las manos un Kalashnikov, ni pistolas ni cuchillos, ni parecen tener l n intención de atacarlo a patadas y puñetazos. Al contrario, uno de ellos señala al Ape que se estrelló contra el olivo, y luego su piernas.

y —¿Okey?

e Nick Cruickshank necesita un par de segundos para pasar de estar a punto de morir de un modo extremadamente *cool* sentirse extremadamente estúpido. Asiente. —Okey, okey.

r Los tres lo observan con caras de interrogación, se miran entre ellos; no serán terroristas, pero tampoco son fans. E

srealidad parece que no tienen ni la más mínima idea de quién es él, ni qué pensar de él ni qué fue lo que acaba de suceder.

ii Nick Cruickshank sonrío de nuevo de un modo autoirónico, aunque no está seguro de que ellos vayan a interpretarlo de ese modo. ¿Aliviado? No. ¿Avergonzado? Tampoco. Más bien está harto, le parece que esta es una mañana terrible. Se despidió agitando la mano a los tres trabajadores, atraviesa el tramo de olivar del modo más casual que puede, llega al camino y se dirige

hacia la casa. Ahora que sabe que lo sigue una mirada colectiva, aunque sea reducida en número y no particularmente interesada, sale de la confusión del *shock* y recupera poco a poco la elasticidad de sus movimientos: apoya la parte anterior del pie antes que el talón, con esa forma de caminar que hace años un imbécil, al que luego copiaron otros imbéciles, llamó *Nickwalk*, y que de todos modos ahora lo hace sentir un poco más dueño de sí mismo a cada paso.

s —*Monsieur?! —*Grita una voz a sus espaldas, sobre los sonidos susurrantes y chirriantes.

s Nick Cruickshank se voltea sin prisa, pensando que, tal vez, después de todo los tres hombres sí *son* unos terroristas, aunque son muy indecisos o tal vez sólo esperan el mejor momento para eliminarlo.

el Pero los tres apenas acaban de terminar de empujar el Ape fuera del olivar, con mucha dificultad: se lo ofrecen, ya sin aliento, con la misma expresión perpleja de antes.

s Nick Cruickshank sacude la cabeza, tanto para sí como para ellos, sonrío de nuevo, extiende los brazos y vuelve para recuperar su maldito triciclo motorizado, tan golpeado como se encuentra.

l,
o
el
a
s
n
s
e
r.
a
l:
l.
a
e
s
n
n
í,
l,
e

s
el
á
n
e
a
,
s
a
n
e,
u
ii
y

y
a
s

a
n

realidad parece que no tienen ni la más mínima idea de quién es él, ni qué pensar de él ni qué fue lo que acaba de suceder.

Nick Cruickshank sonríe de nuevo de un modo autoirónico, aunque no está seguro de que ellos vayan a interpretarlo de ese modo. ¿Aliviado? No. ¿Avergonzado? Tampoco. Más bien está harto, le parece que esta es una mañana terrible. Se despide agitando la mano a los tres trabajadores, atraviesa el tramo de olivar del modo más casual que puede, llega al camino y se dirige hacia la casa. Ahora que sabe que lo sigue una mirada colectiva, aunque sea reducida en número y no particularmente interesada, sale de la confusión del *shock* y recupera poco a poco la elasticidad de sus movimientos: apoya la parte anterior del pie antes que el talón, con esa forma de caminar que hace años un imbécil, al que luego copiaron otros imbéciles, llamó *Nickwalk*, y que de todos modos ahora lo hace sentir un poco más dueño de sí mismo a cada paso.

—*Monsieur?! —*Grita una voz a sus espaldas, sobre los sonidos susurrantes y chirriantes.

Nick Cruickshank se voltea sin prisa, pensando que, tal vez, después de todo los tres hombres sí *son* unos terroristas, aunque son muy indecisos o tal vez sólo esperan el mejor momento para eliminarlo.

Pero los tres apenas acaban de terminar de empujar el Ape fuera del olivar, con mucha dificultad: se lo ofrecen, ya sin aliento, con la misma expresión perpleja de antes.

Nick Cruickshank sacude la cabeza, tanto para sí como para ellos, sonríe de nuevo, extiende los brazos y vuelve para recuperar su maldito triciclo motorizado, tan golpeado como se encuentra.

TRES

Milena Migliari le pide ayuda a Guadalupe para colocar los mensajes enrollados dentro de los recipientes ya listos y cerrado con cinta adhesiva. La idea de los papelitos con mensajes se le ocurrió cuando aún hacía los helados en su casa y se los vendía a restaurante Le Lavandin, que cerró hace dos años, después de que el chef-propietario se cayó de una escalera. Siempre le había divertido leer las pequeñas frases que se encuentran dentro de las galletas chinas de la fortuna, o en las etiquetitas de los té naturales que Viviane y ella beben por la noche. Le gustaba descubrir pequeñas revelaciones, posibles relaciones con su situación actual tanto en la práctica como en lo teórico. Fue entonces cuando comenzó a buscar frases en los libros que más le gustan, y transcribirlas con pluma fuente en pedazos de papel color paja de cuatro por dos centímetros que luego enrolla de forma ajustada y amarra con un listón rojo. Quien compra un bote de un kilo o de setecientos cincuenta gramos o de medio kilo o incluso de trescientos cincuenta gramos, encuentra uno de esos. Requiere un poco de tiempo, sobre todo en verano, cuando la heladería trabaja a pleno ritmo, pero le gusta dedicar una hora cada noche para encontrar frases y transcribirlas; le gusta imaginarse el rostro de las personas cuando desenrollan las notitas en casa, justo antes de probar el helado o después de haberlo probado, mejor aún *mientras* lo prueban.

Guadalupe le ayuda a poner las primeras cinco bandejas de un kilo en una bolsa térmica y a cerrar bien la tapa; luego la ayuda a llenar las otras cinco, moviendo la espátula con firmeza. Por suerte, la consistencia aún es buena, y lo más seguro es que se mantenga así hasta el momento de la entrega. Obviamente sería mejor pasar todo en el abridor por algunos minutos, pero eso sería mucho pedir. De vez en cuando Milena Migliari mira a Guadalupe y las dos sonríen. Este pedido *monstre* llega en un momento tan desesperado que es una especie de milagro, algo difícil de creer. Aunque, en el fondo, la verdad es que cada vez que alguien entra a la heladería ella piensa que se trata de un milagro; no se ha acostumbrado del todo a la idea de que haya gente a la que le gustan tanto sus helados que viene desde lejos, y regresa varias veces en el curso de un mes o de una semana para probar nuevos sabores o para volver a saborear los que ya probaron, aun sabiendo que nunca serán idénticos a los de la primera vez. Incluso ella escribió esto con marcador azul sobre el cartel que está colgado en el muro: «Cada sabor cambia de vez en cuando. No se decepcione si no encuentra la réplica exacta del que le había gustado, sino trate de apreciar las diferencias entre ellos». Algo que entendió desde el principio es que no le produce ninguna satisfacción repetir al infinito la misma receta, aunque esta le queda particularmente bien: el verdadero placer está en la experimentación, en el riesgo implícito, en las posibles sorpresas. Por supuesto a veces se equivoca; puede seguir una intuición que le parecía positiva y que en cambio la lleva a resultados decepcionantes, pero todo esto hay que tenerlo en cuenta, es parte del juego.

Además, la elección de usar sólo materias primas locales y de temporada implica que los ingredientes se acaben, a veces en cuestión de días, y que sea necesario que pase un año entero para volver a tenerlos. Lograr que sus clientes lo comprendan es tal vez el aspecto más difícil de su trabajo: incluso los que la conocen bien muchas veces se decepcionan cuando descubren, por ejemplo, que el saúco de Châteaouble de la semana anterior ya se acabó, o que deberán esperar hasta el próximo noviembre para volver a probar la granada de Bargemon. Viviane le dice a menudo que su forma de trabajar es extremadamente purista, que no tendría nada de malo que congelara los ingredientes locales para poder usarlos durante más tiempo, y tampoco que lo comprara fuera de la zona, siempre y cuando fueran de buena calidad. Sin embargo, a ella le parecería que estaría engañando a sus clientes y, además, está convencida de que la magia de sus helados reside precisamente en su diversidad, que depende de la estación del año, el lugar, la temperatura externa y del estado de ánimo de quien los prueba. De estas consideraciones le vino el nombre de la heladería. («Muy sugestivo filosóficamente, pero ¿no estaría mejor La Merveille, *tout court*? ¿O Helado Italiano? ¿O Le Bon Goût, qué sé yo? ¿O tal vez Soleil de Provence? Al fin y al cabo, ¿no debería de tratarse de una actividad *comercial*, dirigida sobre todo a los *turistas*?» le dijo Viviane hace tres años, cuando aún estaba decidiéndolo. Y, por supuesto, lo decía por su bien, por el bien de ambas, con ese sentido práctico que ella encuentra tan tranquilizador).

Pero la cuestión es que a ella no le interesa hacer buenos helados para los turistas; lo que le interesa es explorar los matices misteriosos de los sabores, descubrir las conexiones entre sensaciones, imágenes y recuerdos, atravesar la complejidad para llegar a la máxima simplicidad. Cada semana pasa horas hablando con pequeños agricultores y vendedores en los mercados del pueblo anotando, reflexionando, experimentando, y pasa otras horas más en internet y en la biblioteca, leyendo todo lo que puede encontrar sobre el sentido del gusto, desde los escritos de Teofrasto hasta los libros ilustrados para niños, recetarios viejos nuevos, y tratados de bioquímica y de ciencias de la alimentación. Es una búsqueda apasionante, aunque muy exigente y no muy lucrativa, excepto en verano. Le dedica toda su energía mental y física, pero, si no se divirtiera tanto y no lograra hacer feliz a menos a una persona, preferiría dejarlo de inmediato y buscar otro trabajo.

Ahora ya están listos los otros cinco botes de un kilo, con todo y sus notitas. Guadalupe la ayuda a ponerlas en la segunda bolsa de enfriamiento, y a poner esta a su vez junto a la otra, en el lado de la heladería. Milena Migliari se quita los guantes, el gorro y las cubiertas para los zapatos que se pone siempre que entra al laboratorio, se pone su abrigo y el sombrero, toma las dos bolsas por las asas, le repite a Guadalupe que puede hacerlo sola, da vuelta en la esquina y camina velozmente por la calle principal, hasta el estacionamiento público en donde dejó su furgoneta.

s
il
a
s
n
a
a
e
a
l
o

a
e
o
n
e
a
r
z.
o
e
e
r
s

n
il
r
e
y
s
s
a
l
l
a
y

s
r
,
e
y
y
il

a
l
s
e

CUATRO

En la cocina, la señora Jeanne lo mira con expresión preocupada.

—*Ça va, Nick?*

—*Ça va, ça va.* —Nick Cruickshank toma del refrigerador una botella de jugo de manzana orgánica no filtrado, llena un vaso de cristal grueso, se lo toma en pocos sorbos. Su cuerpo tiene una inmensa necesidad de líquidos restauradores: se sirve de inmediato un segundo vaso, lo bebe rápidamente también, se sirve un tercero. Si hay algo que le quedó de su época con las drogas es la tendencia a satisfacer lo antes posible las necesidades de su cuerpo, no dejarlas pendientes.

La señora Jeanne continúa observándolo. Es redonda y regordeta, y tiene un delantal a rayas, cara larga, la piel blanca como la leche, unos pequeños ojos azules muy atentos y modales de buena mamá campesina que es un poco aprensiva con su niño indulgente pero también severa cuando se trata de protegerlo, o de hacerlo razonar por su bien.

Nick Cruickshank se dirige hacia una de las ventanas sintiendo ese cosquilleo de gusto e incomodidad que siente cada vez que se siente observado con insistencia. Pensándolo bien, desde que tiene los medios ha logrado encontrar una sucesión de mujeres que se han ocupado de su vida doméstica y, por tanto, al menos en parte, de su equilibrio emocional. Han sido al menos cuatro o cinco, de diversos orígenes, lenguas y colores, con la característica común de ser verosímiles mamás sustitutas de pago. Pero Jeanne es por mucho la más talentosa de todas: la que ha dotado de más naturalidad y autoridad al papel, de más sentimiento auténticos. La paradoja (aquí va otra) es que su madre *verdadera* no tenía ninguno de los rasgos que él ha buscado en la sustitutas; era una mujer delgada y nerviosa, inteligente e inquieta, mucho más interesada en pintar y escribir poesía que en ocuparse de él y su hermano. Cuando se trataba de pedirles que leyeran un libro o escucharan un disco de música clásica o que visitaran un museo, era demasiado insistente, pero él no logra recordar si alguna vez la vio preparando un pastel, por decir algo, mostrando alguna de aquellas manifestaciones de generosidad y dulzura femeninas, de las que ya entonces él tenía una necesidad desesperada. Por mucho que se esfuerce, no le viene a la mente un sólo abrazo envolvente y reconfortante, un sólo beso de comprensión o de aliento. Sí, recuerda alguna caricia en la frente cuando se enfermaba, pero era algo tan raro que constituía un episodio casi desconcertante. Y sí, la vez que le dio sarampión y deliraba por la fiebre y estaba a punto de morir, le regaló un gatito gris; pero a penas se mejoró, dejó al felino en casa de su prima Rae, que vivía en Yorkshire, porque no tenía ni tiempo ni paciencia con los gatos. De lo que más se acuerda de su madre es de las miradas irónicas, los comentarios sarcásticos, las observaciones mordaces, las críticas provenientes de un sentido estético tan avanzado que casi nunca encontraba nada a la altura de sus propias expectativas, sin la más mínima indulgencia para lo mediocre o para lo banal. Es probable (o más bien, es seguro que haya sido un privilegio tener que enfrentar una mente tan exigente en sus años formativos, y que de allí derive mucho de lo que logró hacer posteriormente, pero también es cierto que su infancia no fue divertida. Incluso después, cuando ya era adulto famoso, no recibió grandes satisfacciones de su madre. A menos que pueda considerarse gratificante un comentario como «Bravo con esto del rock encontraste un trabajo que no sólo no te obliga a salir de la adolescencia, si no que exige que te quedes al indefinidamente».

Pero de niño también logró descubrir que existía una feminidad totalmente diferente de aquella neurótica y evasiva de su madre gracias a las raras pero preciosas visitas de tía Maeve, la hermana de su padre. De vez en cuando venía a traerle chocolate y algún libro ilustrado que le leía sentándolo sobre sus piernas, acariciándole el cabello, dándole un beso en la cabeza. Cuando era más grande lo llevaba al cine a ver algún *western* o una película de guerra de las que tanto le gustaban, y después de la película iban a una sala de té, a beber Darjeeling negro y a comer bollos con crema batida. Tía Maeve no se atenia para nada a la implacable división de su madre entre temas altos y bajos, argumentos nobles o innobles; también le gustaba narrarle episodios frívolos de parientes y conocidos, de estrellas de cine y de la música, de miembros de la casa real. Reía alegremente de un modo maravillosamente terrenal y luminoso; todavía hoy recuerda su perfume, la blancura de su piel, la ternura de sus abrazos. Escribió «My Wondrous Enveloper» pensando en ella, aunque todos están convencidos de que se la inspiró alguna adorable chica con quien tuvo algo que ver. No era para nada casual que su madre tratara a la tía Maeve con la condescendencia impaciente de la cultura contra el instinto, mezclada con una dosis de la altivez inglesa hacia los irlandeses; en realidad podría decirse que tenía celos de ella, por todo lo que significaba para él. De cualquier modo, después de que su padre se fugó a Irlanda, las visitas de la tía Maeve se fueron espaciando poco a poco hasta interrumpirse del todo cuando ella partió a Australia con un hombre de Sidney al que conoció en un salón de baile. Desde allá le mandaba postales alegres y simpáticas, con fotos de emús y canguros: gente en traje de baño en playas recónditas; luego murió. Para él fue una pérdida terrible, pero la semilla del deseo de una feminidad acogedora y cuidadosa ya había germinado dentro de él y formaba parte de sus deseos dominantes.

—*Tu es pâle.* —La señora Jeanne se acerca para verle mejor el rostro, ahora que está volteado hacia la ventana. Tiene tres modos visual, auditivo, olfativo, táctil, para monitorear su bienestar físico y mental que podría hacer que le sacara la lengua para ver de qué color la tiene, abrirle con dos dedos los párpados para revisar si sus ojos están limpios o meterle la mano en una axila para verificar que no tenga fiebre.

—*Je vais bien, merci.* —Nick Cruickshank está tratando ahora mismo de liberarse del exceso de atenciones maternas: porque aún no se ha recuperado del todo de lo que sucedió allá afuera, en el olivar. Pensándolo bien, otra paradoja más es que la feminidad envolvente y dedicada la ha encontrado más en las mujeres que se ocupan de él *por trabajo* que en las mujeres con la

que ha tenido relaciones serias. Es en serio: todas con las que se ha relacionado han sido como su madre, en vez de ser como su tí Maeve; intelectualmente agudas, tal vez artísticamente dotadas, pero emotivamente inestables y afectivamente limitadas, por no decir frías. Y hay que decir que no le faltaron posibilidades de elección desde que cumplió veinte años. Tan sólo en los *tours* deb de haber conocido a miles de mujeres, en tres o cuatro continentes distintos. Pero nunca le atrajeron las fans idólatras, ni la pobres muñecas que sólo dan de vueltas en las fiestas de después de los conciertos o en las fiestas de las casas discográficas, r tampoco las modelos o actrices que tanto les gustan a sus colegas, siempre ocupadas interpretándose, completamente drogada por el evanescente resplandor de la fama y de las ventajas materiales que derivan de ella. De acuerdo, quizás alguna vez l o atrajeron, pero la atracción le duraba unas horas o un día como máximo, y en seguida lo dejaban en un estado de soleda e desesperada, como si estuviera asomado a un abismo. Sí, también tuvo la oportunidad de conocer a una o dos mujeres capaces d s traer un poco de serenidad a su vida, pero por algún perverso mecanismo terminó por portarse mal con ellas: basta con pensa cómo acabó todo con su segunda mujer. Es como si estuviera condenado a encontrar en sus compañeras de vida las misma o características que lo hicieron llevarse como perros y gatos con su madre: totalmente alucinante. Hace algunos años leyó el libr o, de un psicólogo americano que hablaba justo de esto, del retorno inconsciente a las causas del malestar primario. Aunque, buenc ser consciente no sirve de mucho, evidentemente, a juzgar por sus elecciones sentimentales antes de Aileen. Con Aileen le parec e haber descubierto por primera vez que puede existir una mujer inteligente, energética y creativa que también tenga el deseo y l s capacidad de cuidarlo, y esto le pareció como una especie de milagro. No es que le prepare pasteles (con la dieta que sigue desd o hace años no se los comería de todos modos), pero se ha dedicado con mucha intensidad a cada aspecto de su vida, desde su o trajes de espectáculo, hasta los textos de sus canciones, a las casas; incluso ha establecido óptimas relaciones con sus hijo: s además de con sus exesposas. Intuitiva, receptiva, dispuesta a dar consejos y sugerencias cada vez que es necesario, ayudándolo y s cuando es útil, empujándolo; convenciéndolo, por ejemplo, de que se liberare de objetos o personas que lo tenían atado a su n vidas anteriores con hilos de nostalgia y sentimientos de culpa.

e Por suerte, entre los muchos cambios que Aileen ha exigido aquí, en Les Vieux Oliviers, no estuvo la sustitución de la señor o Jeanne. A decir verdad, no es que no lo haya intentado, pero al final entendió lo importante que es para él y decidió soportarla, a p menos temporalmente, pese a las distintas maneras que tienen de hacer las cosas y las tensiones territoriales que nacen entre ella e a intervalos regulares.

n —*Est-ce que tu veux deux oeufs battus?* —La señora Jeanne está profundamente convencida de que un hombre bie n alimentado es un hombre feliz: su primera reacción cuando lo ve un poco triste es proponerle un buen par de huevos revueltos, ta vez con unas gotas de ron.

s —*Non, merci.* —Él vacía con un sorbo prolongado el tercer vaso de jugo de manzana y vuelve a ponerlo en el fregadero. E a vidrio grueso siempre le ha gustado; incluso esto debe ser algo que le viene de la infancia, del recuerdo de las botellas que e y) lechero dejaba sobre el tapetito de la entrada en Manchester. ¿Es posible que se haya metido de forma recurrente en condicione o de infelicidad sentimental por miedo a que la serenidad y la estabilidad le hicieran perder la inspiración? ¿Ha sido el equivalent y afectivo a hacer una dieta de galletas de arroz y agua durante días seguidos con la intención de regresar a la desesperación creativ o, de los inicios?

lí —*Un peu de guacamole, peut-être?* —La señora Jeanne sigue escrutándolo con aire protector. Cuando él la contrató hace die años tenía un marcado recelo en relación con el aguacate, casi no lo consideraba comestible. Es maravilloso cómo para tenerl u contento logró superar sus prejuicios y ampliar su repertorio.

s —¿Podrían servirme una jodida taza de café ahora mismo? —Wally Thompson acaba de entrar a la cocina: tiene el cabell a rubio ya un poco ralo y desordenado, los párpados inflamados por la bebida y la fumada de ayer en la noche, tatuajes en lo a brazos y las piernas descubiertas por sus *shorts* deportivos grises y una playera negra con las mangas cortadas con el logotipo d a la cerveza Guinness, y pantuflas blancas de esponja con las iniciales doradas del Ritz de París.

s La señora Jeanne lo fulmina con la mirada. Con la única excepción del dueño de la casa, no le gusta que el espacio sagrado d o su cocina sea invadido, y menos por alguien como Wally, que representa exactamente al típico amigo maleducado y corrupto s, que ella no querría que viera nunca.

e —Ahora te lo prepara la señora Jeanne. —Nick lo intercepta, lo empuja hacia afuera de la cocina. Voltea y le hace una señ a la señora Jeanne—. *Du café pour ce baudet, s'il vous plaît?*

e Ella asiente con una pequeña sonrisa: ya había entendido, pero su expresión sigue siendo de desaprobación.

e Wally se deja empujar de mala gana hacia el corredor, arrastra la goma de las pantuflas sobre las baldosas de barro cocid e apesta a alcohol, cigarro, sudor y un perfume costoso que en él sigue estando fuera de lugar, incluso después de décadas. Lo mir s, con ojos molestos.

a —Ya hiperactivo desde la mañana, ¿eh?

l —Son casi las *doce y media*, Mr. Thompson. —Nick Cruickshank le responde de golpe, porque así es la relación que ellos ha tenido desde siempre, y porque lo considera en buena parte responsable del episodio de antes entre los olivos: si ayer no l a hubiera hecho beber tanto y no le hubiera dado esa hierba superfuerte para fumar, seguramente habría logrado ver a los tre a trabajadores como lo que eran.

s —Ah, discúlpeme, Mr. Clean. —Wally le da un par de golpecitos en las costillas y trata de provocarlo. Siempre ha sido e s, cabeza hueca de la banda, y esto no ha mejorado nada con el tiempo. Sólo se volvió menos gracioso, más ávido de dinero y má a reivindicativo porque en todos estos años los Bebonkers sólo han grabado tres de sus canciones, lo que no le ha dado el fluj s constante de derechos de autor que tienen Nick Cruickshank y Rodney Ainsworth. Pero, aun así, entre discos y conciertos h

agano infinitamente más de lo que habría ganado si hubiera acabado en cualquier otra banda, o si hubiera hecho cualquier otro trabajo de este tipo. Además, no es cierto que lo hayan discriminado de manera confabulada, como afirma él: simplemente no tiene ningún talento como compositor; es buen bajista y nada más. Un superbajista, hay que reconocerlo, que no se equivoca, que nunca se rinde. Si hubiera sido capaz de escribir buenas canciones, se las habrían tomado de inmediato, por lo menos en los años de poca inspiración. En cambio, todo lo que logró hacer fueron algunas buenas líneas de bajo (algunas incluso memorables, de sacuerdo), pero esta es su medida, su límite natural. Cuando en los años noventa intentó organizar una banda por cuenta propia, ese catástrofe vergonzosa de los Blues Angels, se comprendió la clase de obras maestras que era capaz de producir. Pero no ha logrado hacerle entender esto. En varias ocasiones casi se pelearon a muerte por el rencor sordo que tiene dentro. Cuántas veces estuvieron ganas de correrlo, sustituirlo con un *session man* y convocarlo para las grabaciones y para el *tour*, como le hicieron los Rolling Stones, y eliminar de una vez por todas el tormento de tener que ver con alguien que está convencido de que le fueron negado los méritos.

Pero Wally Thompson también es una de las personas a las que Nick Cruickshank conoce desde hace más años, y con quien ha pasado más tiempo. Han compartido pruebas, grabaciones, conciertos, viajes en coche, autobús y avión, días en hoteles, comidas, cenas, fumadas, bebidas, esperas en los camerinos, han pasado *décadas* juntos: y esto produce el mismo tipo de familiaridad inevitable que uno tiene con su familia. Pero del tipo de parientes con quienes uno ha estado en la guerra, con quienes se han pasado las mejores y las peores aventuras imaginables, desde estar completamente sobre la tierra hasta volar hacia las estrellas y caer en la tierra de nuevo, y así sucesivamente. Por eso era impensable no invitarlo a venir ahora, así como no tendría sentido esperar que se comportara de manera distinta a lo habitual.

—¿Entonces? —Wally se rasca el trasero y mira a su alrededor en la sala. Es flojo, tiene una prominente panza de bebedor de cerveza (y de cualquier otra sustancia alcohólica que pueda llegar a sus manos)—. ¿Cuáles son los planes para esta tarde?

—El plan es que cada quién haga lo que se le dé la gana. —Nick Cruickshank piensa que la familiaridad tiene al menos una ventaja de no tener que preocuparse por las formas. Si hubiera podido escoger, habría preferido estar tranquilo un día completo leyendo un libro o ver un episodio de alguna de sus series de televisión preferidas, pero bueno. La cuestión es que después de décadas de confusión y ruido continuo, en el estudio, en la casa, en la calle, en el escenario, abajo del escenario, ha aprendido a apreciar enormemente el silencio de la soledad, el no tener a nadie alrededor que interrumpa sus pensamientos y le martillee los tímpanos.

—Ah. —Wally lo mira con la expresión de quien, por falta de recursos interiores, siempre está a la búsqueda de invitaciones o sugerencias o cualquier cosa de la que luego se pueda quejar.

—¿En dónde está Kimberly? —Nick Cruickshank señala hacia la recámara que él y Aileen le asignaron a los Thompson.

Wally tiene una expresión de despreocupación generalizada; se rasca en medio de las piernas. «Carajo, qué sé yo. En el baño estoy hablando por teléfono o embadurnándome la cara».

A Nick Cruickshank le habría gustado decirle que intentara hacer un esfuerzo por mejorar, aunque fuera un poquito, aunque fuera por cinco minutos, aunque fuera sólo para sorprender a los demás, pero sería como pedirle a un asno que ganara el gran premio; terriblemente inútil. Además, hablando con la verdad: el mundo del rock no está poblado de personas extraordinariamente inteligentes, y aún menos, de personas con extraordinaria cultura. Lo más común es la falta de precisión de pensamiento debido a su estilo de vida, a la confrontación continua con un público fundamentalmente infantil, al uso de conductas y lenguajes inmaduros como si fueran verdaderos gajes del oficio. Entre los colegas, Wally Thompson no se distingue particularmente por su estupidez e ignorancia; de hecho, se encuentra más o menos en la media. Al contrario, tiene aspiraciones para mejorar que a veces son vistas con recelo o con abierta hostilidad. A veces basta con que te atrapen leyendo una novela que sea basura para que te tachen de presuntuoso engreído. Aún se acuerda del rostro de Rodney cuando, durante un viaje en avión, lo veía con *Madame Bovary* entre las manos, o con el *Ulises* de Joyce en una *suite* del hotel (“¡Oh, discúlpeme, señor profesor!”). Su madre tenía razón respecto a esto, hay que reconocerlo: el mundo del rock está *basado* en la idea de regresión permanente. Es mejor tener escondida cualquier intención de evolución, si es que uno la tiene, o por lo menos compensarla con bruscas recaídas en la vulgaridad y en la falta de claridad mental.

De golpe el estéreo, las lámparas de piso, la señal del módem del internet, todos se encienden a la vez. Desde el corredor se oye inmediatamente la voz de Aldino.

—¡Regresó la electricidad!

—Entonces, ¿no hay ningún plan? —Wally no registra la información. Es muy probable que debido a su estado de opacidad matutina no se haya percatado del apagón. Lo mira con los iris acuosos, con su horrenda media sonrisa en los labios—. ¿Hace que venga gente de todo el mundo y no te dignas a organizar un carajo?

Nick Cruickshank tiene el impulso de decirle que más bien debería agradecer que fue invitado a esta casa junto a la escuela de su mujer, pero se detiene, por puro sentido de hospitalidad. Señala las ventanas, desdeñosamente. «Si quieren, mañana por la mañana podemos dar un paseo a caballo».

Wally lo mira totalmente decepcionado por su propuesta, pero emite un gruñido y asiente.

Nick Cruickshank gira el índice en el aire como diciendo «hasta luego», y se dirige hacia la puerta. Piensa que tal vez debería llamarle a Aileen para saber cómo va su expedición fotográfica entre los marginados de Lorgues, o que debería avisarle a Ren para que mañana en la mañana prepare los caballos, o tal vez debería encontrar alguna otra ocupación que lo mantenga lejos de inútiles intentos de conversación sobre argumentos no triviales con Wally, «The Wall», Thompson.

a

o
o
e
s
e
l,
y
s
s
s

n
s,
e
s
s
a

e
a
,
e
a
s

s,

,

e
n
s
e
e
e
s
e
n
r
n
n

e

d
s

a
a

a
é
e

CINCO

Milena Migliari maneja su Renault Kangoo anaranjado por la calle que recorre la planicie que está a los pies de las lomas donde comienza el pueblo, entre depósitos de materiales de construcción, y minoristas de piscinas, y estacionamientos de excavadoras mecánicas y casas de estilo neoprovenzal, que fueron construidas en cada lote disponible. De vez en cuando le surgen dudas sobre por qué se vino a vivir y trabajar justo aquí, entre todos los lugares del mundo, pero luego piensa que en el fondo sólo siguió una corriente inevitable, iniciada cuando conoció a Viviane en el centro de yoga en las colinas de Le Marche continuada con su decisión de seguirla hasta Francia, con una convivencia cada vez más organizada, con la adquisición a precio reducido de la casa con el patio acristalado por el excéntrico notario-pintor, con la renta de los locales del antiguo bar para poner la heladería cuando ya parecía imposible encontrar un lugar adecuado. Nunca ha sido de las que hace planes a muy largo plazo, ni siquiera a largo; ni siquiera a medio. Siempre se ha movido a corto plazo, con la idea de dejar espacio a las cosas para que sucedan cuando deban suceder, y adaptarse a ellas, por consiguiente. Siempre tuvo una actitud bastante fatalista con respecto a los acontecimientos, y una tendencia a no desestimarlos ni a exagerarlos basándose en escalas de importancia concebida anteriormente. Por ejemplo, la cuestión de la llamada de la inglesa superamable y supernerviosa que quiere diez kilos de helado justo hoy: no cambia radicalmente sus perspectivas económicas, pero es un mensaje del universo que le dice que se deje llevar, que las bellas sorpresas son siempre posibles. A menos que se trate de la broma idiota de alguien que se divierte jugando a costa de los demás. Pero eso ya se sabrá dentro de poco; ya está subiendo por las curvas que la llevan a Callian, y al altiplano justo después de la parte más alta del pueblo, en donde se encuentra el Chemin de la Forêt.

Las calles de por aquí son más estrechas, y hay que estar atento porque la gente local maneja como si pensara que nunca va encontrarse a nadie que venga en el sentido opuesto. Le pasa seguido tener que frenar en seco o hacerse a un lado, para no chocar de frente con algún tarado o tarada con pie frenético. Y cada curva la pone más ansiosa, como cada vez que tiene una cita: no importa si es con el dentista, con una amiga, o con una cliente, como en este caso: la idea de tener que encontrarse con una persona específica en un lugar específico por una razón específica la pone nerviosa, y no puede hacer nada para impedirlo. Esta calle es más estrecha que las otras, con un murito de piedra de un lado y el bosque por el otro, y es más larga de lo que se imaginaba.

Y entonces, la calle termina de golpe, delante de un cancel demasiado imponente: a la derecha hay una sección de tronco cortado con un letrero hecho con pirógrafo que dice «Les Vieux Oliviers», tal y como le dijo la inglesa por teléfono. Entre los barrotes de hierro verde oscuro se ven jardines, arbustos y árboles cuidados meticulosamente, por parte de los ricos propietarios que seguramente sólo vienen en contadas ocasiones. En esta zona el uso de las casas es inversamente proporcional a su dimensiones: las más pequeñas se utilizan intensamente durante el verano y en las vacaciones, y las más grandes permanecen vacías la mayor parte del tiempo. Ni siquiera queda claro de quién son las casas grandes, y hay mitos alrededor de ellas sobre si pertenecen a magnates de las finanzas, estrellas de fútbol, de la música o del cine. Seguramente restauradores y agentes inmobiliarios han hecho a propósito que circulen algunos de estos nombres, para extender hasta estos pueblos parte de la fuerza de atracción de la Costa Azul y de la Provenza, que se encuentra más al oeste, y evitar que sean vistos como simples lugares de parcelación alfombrados con césped a los que sólo vienen alemanes u holandeses que aprecian el lago artificial y alguno que otro rico que desea apartarse un poco de los lugares de siempre.

Milena Migliari baja de la furgoneta, mira el pequeño tablero de metal del interfono sobre la columna derecha del cancel ningún nombre. Vacila un segundo, luego presiona el interruptor, indecisa. Nadie responde. Mira a su alrededor, mira hacia arriba: en lo alto de una columna hay una luz intermitente y un altavoz de un sistema de alarma. Se pregunta si debería acercarse al rostro al pequeño ojo de vidrio de la videocámara para que vean que no es una ladrona, ni una reportera de la prensa sensacionalista o quién sabe qué otra cosa. Oprime de nuevo el botón, mira de nuevo entre los barrotes: desde aquí no se ve ninguna casa, hay cero señales de vida.

Finalmente emerge del interfono una voz de mujer, definitivamente suspicaz.

—¿Quién es?

Milena Migliari acerca el rostro a la videocámara, y pone una sonrisa que en estas condiciones le sale muy mal.

—Estoy aquí con el helado.

—¿Cuál helado? —La voz del interfono se vuelve aún menos amigable, y además no se parece en nada a la que le llamó por teléfono a la heladería. No tiene el más mínimo rastro de acento inglés.

—La Imperfecta Maravilla, de Fayence. Me hablaron por teléfono hace media hora para decirme que les trajera diez kilos.

De pronto se siente increíblemente estúpida por fiarse de un pedido tan raro sin siquiera haber llamado para confirmar. Hay aquí otro ejemplo perfecto de desilusión palpitante debido a que siempre está a la espera de bellas sorpresas: no es la primera vez que le sucede quedar como ingenua. De niña, caía cada vez que su padre le prometía por teléfono ir a recogerla para pasar un fin de semana maravilloso con él y luego ni siquiera llamaba para avisarle que el plan se había cancelado, con el resultado de que hacía que su madre se enojara casi más con ella que con él. Incluso Viviane le repite con frecuencia que debería tratar de vivir menos en las nubes y establecer relaciones más reales con la vida. Pero si no viviera al menos un poco en las nubes, no sería quien es, no habría abierto una heladería como la suya; se habría contentado con trabajar con preparados en bolsas y producirí

helados estándar. Lo que sería probablemente mucho más realista que lo que hace, pero le daría menos placer. De todos modos, entendió que nadie es realmente capaz de cambiar su carácter, al menos no de forma significativa y permanente.

—¿Diez kilos de helado? —La voz del interfón suena incrédula. Se escucha otra justo por debajo, luego ambas en un intercambio incomprensible, luego nada.

Milena Migliari se queda allí viendo el pequeño ojo de vidrio de la cámara en el tablero de metal que está en la columna del cancel. Se pregunta si debería oprimir otra vez el botón para tratar de explicarse o, más bien, si debería olvidarse de todo y aprender algo de esta experiencia, al menos lo suficiente como para no caer de nuevo en trampas como esta.

Y, sin embargo, se escucha un clic: el cancel comienza a abrirse con un sonido de mecanismos de gran calidad muy bien aceitados. Ella vacila un instante sobre qué hacer, pero se sube a la furgoneta y, cuando el cancel está abierto, maneja con cautela y lo largo de la senda, que después de un poco se curva a la derecha. El asfalto es de color tierra siena, parecería tierra de verdad si no fuera tan liso y uniforme. A la izquierda hay una seto de laureles muy bien recortado, a la derecha un hilera de cipreses y de adelfas, que delimita una terraza de la colina en la que la hierba está muy bien recortada.

De pronto, de entre los cipreses y las adelfas sale disparado un gran animal oscuro que parece una llama, y por unos centímetros está a punto de rozar la parte delantera de la furgoneta. Milena Migliari se detiene de golpe, casi se golpea la cabeza contra el parabrisas, las dos bolsas térmicas se deslizan en el suelo y chocan con los asientos de atrás. Antes de que puedan reanudar, otras dos llamas blancas salen a su paso, saltan por encima de ella y se precipitan a toda velocidad detrás de la parte oscura del sendero, en la dirección por la que ella venía. Son una aparición tan impactante que ella se queda allí, con el corazón palpitándole velozmente y sin aliento, viéndolas mientras desaparecen con saltos elásticos detrás de la curva del sendero. Se pregunta si es posible que se salgan de la propiedad, suponiendo que son animales domésticos, pero el cancel no se ve desde aquí, y, de cualquier modo, no hay suficiente espacio para girar y seguirlos, así que continúa adelante.

El sendero sigue ascendiendo por una curva, siempre al borde de los arbustos altos que funcionan como barreras defensivas; luego se endereza y aparece la casa o, mejor dicho la parte trasera de la casa, amarilla y ancha, con una parte central de dos pisos y dos alas de un solo piso. Hay un espacio abierto, y una estructura de madera que es como un techo inclinado, debajo de la cual se encuentran estacionados varios coches.

Milena Migliari mira las puertas de la casa y trata de entender frente a cuál debe detenerse. No se decide, así que frena el Kangoo a mitad del ensanche, sube la ventanilla, la baja de nuevo. Se pregunta si, puesto que le abrieron, debería considerar que todo está en orden con el pedido, o si debe hablar con quien le respondió el interfón para aclarar las cosas. Al final decide tomar las dos bolsas térmicas y va hacia la puerta principal de la casa, con el estómago contraído por el desconcierto y la curiosidad, con las dudas que luchan dentro de ella.

La puerta se abre antes de que toque: un hombre enorme con la cabeza rapada y una expresión dura se asoma y la escruta con los ojos entrecerrados, mira las bolsas térmicas, mira la furgoneta, mira de nuevo las bolsas térmicas, como si sospechara que pudieran contener quién sabe qué cosa.

n
i
s
a
e
o

l:
a
u
a
e

r

e
z
n
e
r
n
a

helados estándar. Lo que sería probablemente mucho más realista que lo que hace, pero le daría menos placer. De todos modos, ya entendió que nadie es realmente capaz de cambiar su carácter, al menos no de forma significativa y permanente.

—¿Diez kilos de helado? —La voz del interfón suena incrédula. Se escucha otra justo por debajo, luego ambas en un intercambio incomprensible, luego nada.

Milena Migliari se queda allí viendo el pequeño ojo de vidrio de la cámara en el tablero de metal que está en la columna del cancel. Se pregunta si debería oprimir otra vez el botón para tratar de explicarse o, más bien, si debería olvidarse de todo y aprender algo de esta experiencia, al menos lo suficiente como para no caer de nuevo en trampas como esta.

Y, sin embargo, se escucha un clic: el cancel comienza a abrirse con un sonido de mecanismos de gran calidad muy bien aceitados. Ella vacila un instante sobre qué hacer, pero se sube a la furgoneta y, cuando el cancel está abierto, maneja con cautela a lo largo de la senda, que después de un poco se curva a la derecha. El asfalto es de color tierra siena, parecería tierra de verdad si no fuera tan liso y uniforme. A la izquierda hay una seto de laureles muy bien recortado, a la derecha un hilera de cipreses y de adelfas, que delimita una terraza de la colina en la que la hierba está muy bien recortada.

De pronto, de entre los cipreses y las adelfas sale disparado un gran animal oscuro que parece una llama, y por unos centímetros está a punto de rozar la parte delantera de la furgoneta. Milena Migliari se detiene de golpe, casi se golpea la cabeza contra el parabrisas, las dos bolsas térmicas se deslizan en el suelo y chocan con los asientos de atrás. Antes de que pueda reanudar, otras dos llamas blancas salen a su paso, saltan por encima de ella y se precipitan a toda velocidad detrás de la parte oscura del sendero, en la dirección por la que ella venía. Son una aparición tan impactante que ella se queda allí, con el corazón palpitándole velozmente y sin aliento, viéndolas mientras desaparecen con saltos elásticos detrás de la curva del sendero. Se pregunta si es posible que se salgan de la propiedad, suponiendo que son animales domésticos, pero el cancel no se ve desde aquí y, de cualquier modo, no hay suficiente espacio para girar y seguir las, así que continúa adelante.

El sendero sigue ascendiendo por una curva, siempre al borde de los arbustos altos que funcionan como barreras defensivas, luego se endereza y aparece la casa o, mejor dicho la parte trasera de la casa, amarilla y ancha, con una parte central de dos pisos y dos alas de un solo piso. Hay un espacio abierto, y una estructura de madera que es como un techo inclinado, debajo de la cual se encuentran estacionados varios coches.

Milena Migliari mira las puertas de la casa y trata de entender frente a cuál debe detenerse. No se decide, así que frena el Kangoo a mitad del ensanche, sube la ventanilla, la baja de nuevo. Se pregunta si, puesto que le abrieron, debería considerar que todo está en orden con el pedido, o si debe hablar con quien le respondió el interfón para aclarar las cosas. Al final decide tomar las dos bolsas térmicas y va hacia la puerta principal de la casa, con el estómago contraído por el desconcierto y la curiosidad, y las dudas que luchan dentro de ella.

La puerta se abre antes de que toque: un hombre enorme con la cabeza rapada y una expresión dura se asoma y la escruta con los ojos entrecerrados, mira las bolsas térmicas, mira la furgoneta, mira de nuevo las bolsas térmicas, como si sospechara que pudieran contener quién sabe qué cosa.

SEIS

Nick Cruickshank va hacia la entrada. Aldino está hablando con alguien que se encuentra afuera de la puerta, voltea a verlo le hace una señal para que se quede adentro. Pero él, que todavía se siente un tonto paranoico después del episodio del olivar, le empuja a un lado y se asoma para ver.

Afuera hay una chica con una visera de colores verde y azul, cabello largo, un abrigo a cuadros, pantalones amplio: botitas negras de suela gruesa. Tiene dos bolsas térmicas de plástico rígidas en las manos y está bien plantada sobre sus piernas: aunque con una leve inclinación lateral del torso: parece decidida a quedarse donde está y, al mismo tiempo, parece lista para irse. Unos metros detrás de ella se encuentra una furgoneta anaranjada que tiene escritas letras moradas en el costado: La Imperfect Maravilla.

—*Jamais* ordenamos un *glace*. *Jamais*. *No glace*. ¿Okey? —El francés de Aldino es aún más limitado que su inglés, que tampoco es bueno, pero esto no representa ningún problema para él desde que hace tiempo descubrió que ser un grandulón italiano, amenazador y semianalfabeta, funciona. La verdad es que, ya conociéndolo, es más inteligente y también más sensible del que parece, al menos mucho más que el promedio de sus colegas guardaespaldas.

—Entonces, ¿quién me llamó por teléfono y me dio esta dirección? —La chica con gorra le responde en italiano, con un extraña mezcla de perplejidad y espíritu combativo. Señala detrás de ella—. ¿Y quién me abrió el cancel?

—Nosotros no, de eso estoy seguro. —Aldino continúa haciendo una barrera con su masa corporal, y alarga un brazo protector hacia atrás.

—Oye, relájate, Al. —Nick Cruickshank sabe que necesita algo de protección, pero los excesos de defensa preventiva siempre le han molestado, y continúan molestándolo en estos tiempos. Es verdad que en internet sigue apareciendo el video de hace veinte años en el que en medio de un concierto en Glasgow se quita la Telecaster y le golpea la cabeza a alguien, pero ese fue un caso de defensa *real*: el tipo le había tirado anteriormente una botella de cerveza, y seguía gritando y escupiendo como loco, tratando de treparse al escenario con intención de agredirlo. Durante dos décadas trató de explicar qué sucedió en realidad, pero ya renunció que lo consideren una demostración de su salvajismo de rockero extremista.

De todas formas, la chica con visera de colores no parece nada peligrosa; a juzgar por la mirada que le dirigió cuando se asomó por la puerta, ni siquiera lo reconoció. No hubo ninguna sonrisa instantánea, ningún brinquito exaltado. Al contrario parece bastante fastidiada por la situación, aunque actúa como si estuviera en la luna. Coloca las dos bolsas térmicas en el piso «Pero alguien me abrió el cancel, ¿no? De lo contrario, ¿cómo habría podido entrar?». Pasa al inglés con naturalidad, pero como le habló en italiano a Aldino, seguramente también ella es italiana.

Nick Cruickshank siempre ha sentido una pasión por los acentos: por las inflexiones, las cadencias, los ritmos, los colores de las voces. En Inglaterra casi siempre puede identificar la región, la ciudad, el origen social de sus interlocutores al cabo de pocas frases; en América se conforma con localizaciones menos precisas, pero igualmente le da gusto reconocer a alguien de Brooklyn, de Boston o Houston. Esto tiene que ver con su oído musical, sí, pero también con su necesidad de descifrar el mundo.

—Justamente, ¿cómo le hiciste para entrar? ¿Me lo puedes explicar? —Aldino escruta a la chica italiana de los helados, mira su alrededor; no lo entiende.

Desde el camino de entrada llega la BMW Cabrio roja de Aileen, demasiado rápido como de costumbre, y frena brusco en la zona del estacionamiento. Aileen baja, con su elegante impaciencia: cabello corto tipo *bob*, reluciente como una castaña de India, lentes de sol amplias, chaqueta roja de Anti-piel, sus piernas largas dentro de unos *jeans* rasgados en las rodillas por artesanos chinos que trabajan en Italia y botines azules también de Anti-piel, por supuesto.

Bajan también Tricia, su delgada y huesuda asistente con cara de pez, y Maggie, la maquillista de nariz chata y de cabello color aluminio cortados al ras. Cincuenta por ciento de actitud, cincuenta por ciento de sustancia.

En seguida llega la camioneta de Tom Harlan, el fotógrafo, que baja y da un portazo. Tiene la barba rojiza tupida como el pelaje de un animal de madriguera, un sombrero de ala extracorta en la cabeza y un saco negro de Anti-piel que le regaló Aileen por ciento de actitud, cuarenta por ciento de sustancia. Del otro lado baja su asistente como-diablos-se-llame, delgado desgarrado; le pasa a su jefe un bolso y se pone a recoger de los asientos traseros las lámparas *flash*, las baterías y los soportes. Llega también el Espace plateado del equipo de *Star Life*; la jefa de redacción, la reportera, el fotógrafo y el camarógrafo bajan, en una superposición de voces y gestos. Ochenta por ciento de actitud, veinte de sustancia.

Aileen mira a la chica italiana de los helados, señala su furgoneta anaranjada.

—*Est-ce que vous nous avez apporté la glace?*

El francés de Aileen es perfectamente desenvuelto, tanto como su italiano, su español y su alemán: tiene una gran facilidad con los idiomas que le viene desde su infancia, que pasó alrededor del mundo acompañando a su padre diplomático.

—Sí, pero parece que nadie ordenó el helado. —La chica italiana de los helados también le responde a ella en inglés, más perpleja que contrariada, ahora que tiene alrededor a todo este alboroto de gente.

—¿De qué hablas? —Aileen inclina la cabeza; al verla al lado de la chica del helado es difícil imaginar a dos mujeres que puedan ser más distintas entre sí: por sus facciones, sus proporciones, su forma de moverse, de vestir, de ser.

La chica italiana de los helados señala a Aldino.

—Aseguran que no me abrieron el cancel.

—¡Yo abrí el cancel! ¡Estaba justo detrás de ti! —Aileen habla en modo ultraexpresivo, de alta energía—. Pero tuve que detenerme porque una alpaca blanca y una café se estaban mordiendo muy fuerte el cuello. ¡Se arrancaban el pelo con una maldad increíble! ¡Intenté tocar el claxon para separarlas, pero estaban feroces! ¡Tuvo que bajarse Maggie para perseguirlas con un sombrilla!

—Me saltaron delante de la furgoneta, me dieron un susto de muerte. —La chica italiana de los helados hace un gesto como para describir el salto: un gesto incluso bonito, muy expresivo—. No supe qué eran, pensé que eran llamas.

—Los dos machos deben castrarse, si no es como tener a dos gallos en un gallinero. —Tom Harlan, el fotógrafo, siempre trata de confirmar su actitud áspera y concreta.

—¡Ay, no, pobrecitos! —Aileen adopta una expresión horrorizada aunque nunca ha mostrado mucha simpatía por las alpacas, por lo menos no desde que una le arrancó de una mordida la manga de una blusa; pero sabe bien que con todo lo de la Anti-piel se espera que ella cultive sentimientos en defensa de los animales.

Nick Cruickshank levanta los hombros: las alpacas se las regaló el tarado de Steve McAbee después de que le sirvieron para hacer un video en Escocia, ya que estaba convencido de que aquí estarían muy bien.

Ahora la chica italiana de los helados parece preocupada por las alpacas, como si su destino se sumara a miles de cuestionamientos pendientes que tienen que ver con el destino del mundo. Tiene una mirada desenvuelta: plantada en sus botines de suela gruesa rodeada por personas que en su mayoría la ignoran. Luego, se acuerda de la razón por la cual vino y señala sus bolsas térmicas: «Entonces, ¿quieren el helado, o no?». No parece para nada ansiosa por venderlo, incluso parece que está más que preparada para llevarse de regreso.

—¡Por supuesto que lo queremos! ¡Discúlpalos por la equivocación! Estaba convencida de que lograría regresar antes de que tú llegaras. —Aileen le da la mano por impulso y le sonrío de ese modo suyo que es tan convincente.

—Por supuesto. —La chica del helado sonrío a su vez, con timidez.

Aileen se voltea hacia Nick Cruickshank.

—¡Liam Bradford escribió en su blog que es increíblemente buena! ¡Dice que logra tomar la quinta esencia de cada sabor, con la sensibilidad de una verdadera artista! ¡Y hay decenas de reseñas fantásticas en TripAdvisor! ¿Cómo es que no sabíamos nada de esto?

También Tom Harlan, el asistente, Tricia, Maggie, el equipo de *Star Life* y hasta Aldino voltean a verlo, en espera de que le pueda explicar el por qué.

Nick Cruickshank sacude la cabeza y abre los brazos. «Hay un montón de cosas de las que no sabemos nada». La verdad es que no saben nada de *nada* sobre lo que hay afuera de esta propiedad cercada; los únicos lugares que él puede decir que conoce son el aeródromo, un par de restaurantes (de uno de los dos no recuerda siquiera del nombre) y algún negocio en el que ha hecho breves incursiones, escondido debajo de la visera del gorrito y con lentes oscuros para que no lo reconozcan los molestos turistas. En vez de en el cantón de Fayence, podrían estar en cualquier otra parte de Francia, o de Italia, o de España o de Portugal, a juzgar por la relación que tienen con el territorio.

Todavía con desconfianza, Aldino voltea a ver las dos bolsas térmicas de plástico azul y blanco como si pudieran estar llenas de explosivos.

—¿Ahí adentro está el helado?

—¿Tú qué crees? —La chica del helado sonrío, le brillan los ojos. Tiene los ojos de muchos colores, o tal vez es la luz de este sol de noviembre la que crea estos reflejos; de todas formas, son unos ojos muy atentos y un poco soñadores. Toma las dos bolsas térmicas, una en cada mano. Hay seguridad en sus movimientos y, aun así, su ánimo lunar sigue envolviéndola con una ligera extraña aura. Se dirige hacia la casa con las bolsas térmicas, le dice que no con la cabeza a Aldino, que trata de quitárselas, atraviesa la puerta de entrada.

—¡La cocina está allá, al lado! —Aldino la precede para prevenir una peligrosa violación al domicilio.

Nick Cruickshank mira a Aileen, que parece bloqueada por las expectativas de toda la gente que está a sus espaldas.

—¿Cómo te fue con las fotos?

—¡Ah, muy bien! —Aileen retoma la velocidad, como si se liberara de una imagen congelada; sonrío, se estira para darle un beso en la frente, flotando sobre sus bellas piernas nerviosas.

—¡Logramos crear unas combinaciones espectaculares, entre hombres y mujeres! —Tricia vibra de entusiasmo, literalmente su estructura de piel-nervios-hueso tiembla de forma visible.

Tom saca la réflex del bolso, la enciende y acerca la pantalla al rostro de Nick Cruickshank.

—Mira esta. Esta. Esta. Esta de aquí.

Nick Cruickshank mira, distraído en parte por la cercanía excesiva del fotógrafo y también debido a su olor: a cada lado aparecen sucesivamente viejas vagabundas, bebedores crónicos y otros vagabundos diferentes que visten sacos de falsa piel de pitón verde del trópico, sacos de falsa piel de avestruz de color rosa brillante, botas de falsa piel de cocodrilo color rojo fuego, sombreros de falsa piel de lagartija color azul eléctrico. El estilo fotográfico de Tom Harlan apunta a acentuar al máximo las arrugas y otros signos de vida difícil sobre los rostros, crea el máximo contraste con el *pop* de colores supersaturados de las creaciones en Anti-piel de Aileen. La idea de usar a marginados como modelos y pagarles como si lo fueran se convirtió en otro truco genial: es un modo de proporcionar una ayuda concreta a personas con dificultades de tener visibilidad en los medios de comunicación de reforzar la imagen políticamente correcta de un material que no se obtiene de los animales y tampoco de

petróleo. Obviamente hay quien la acusa de aprovecharse de los desdichados con objetivos comerciales, pero ya es casi imposible hacer cualquier cosa sin que alguien se precipite en internet a convertir cada mérito en culpa. Si seguimos esa misma línea, ha quien la acusa de ser una oportunista, debido al apoyo que él le ha dado para la empresa Anti-piel participando en las primeras ruedas de prensa, acompañándola a los primeros desfiles y dejándose fotografiar con ella. Como si uno no pudiera apoyar a una mujer porque cree en ella, sin ser víctima de una manipulación. Lo único que puede hacer es no dejarse tocar por la basura que otratan de tirarle encima, ignorarla. Justo ayer Linda, de la oficina de prensa de Londres, le mandó unos *links* a un par de blogs que dicen cosas despiadadas hasta sobre el concierto de los Bebonkers del domingo: que es un modo de apropiarse de las emociones dolorosas de la masacre de París, etcétera. ¿Con un concierto *contra la violencia*, cuyas ganancias irán directamente a la familia de las víctimas? Se necesita una hermosa y robusta pantalla mental para protegerse de la sorda maldad de los anónimos imbéciles, es serio. De todos modos, es innegable que Aileen vio más allá cuando se aseguró de tener los derechos exclusivos de la producción de Andor Kértész —ese genial loco húngaro que logró obtener de las hojas del agave una fibra que parece piel y que es igualmente resistente— y cuando se aseguró de encontrarle el nombre adecuado, en lugar del horrible *Agavleder* original. Es inevitable que una mujer tan capaz y emprendedora suscite envidia y celos, sobre todo cuando sus iniciativas se traducen en éxitos.

—¿Entonces? ¿Qué te parecen? —Aileen se estira para poder echar un vistazo también ella a la pantalla de la réflex: rápida, simpática, con nuevas ideas que de seguro ya le están cruzando la cabeza.

—Claro, es verdad que son más interesantes que los modelos habituales. —Sin embargo, Nick Cruickshank debe reconocer que *siente* un poco de incomodidad mezclada con la admiración que le produce su emprendimiento. ¿Será por el hecho de que ella anuncia se detiene? ¿De que apenas alcanza un objetivo, encuentra de inmediato uno nuevo que perseguir? ¿De que en el fondo ha un poco de verdad en que usa a gente pobre para promocionar sus cosas, aunque les pague lo suficiente como para que sobrevivan durante unos meses? Aunque esto no lo hace con cinismo, su deseo de ayudar a la gente y de contribuir al bienestar del planeta es genuino. El año pasado financió una escuela primaria con un gran pozo de agua potable en el Burkina Faso, el año anterior regaló almacenes, herramientas de trabajo y hasta un camión a una cooperativa de pequeños agricultores de café en Bolivia. Por supuesto que a cambio obtiene ventajas fiscales y de imagen, pero su ayuda es real, tangible.

Aileen asiente, parece feliz con los resultados, feliz por tener su aprobación.

—Estaban tan metidos en su papel, debiste verlos.

—Algunos incluso se daban demasiada importancia. —Tom no puede evitar agregar una nota de desencanto.

—¡Estaban felices, pobrecitos! —Tricia interviene para respaldar a su jefa, como siempre—. ¡Les llevamos unos *croissant* muy buenos y se los terminaron en pocos minutos!

—Habrían estado más felices con unas botellas de Calvados. —Tom insiste en seguir con su papel, y hace reír a la jefa de redacción y al camarógrafo de *Star Life*.

—Luego le regalamos los sacos, y botas, y sombreros y todo lo demás al responsable del centro. —En este momento basta con mirar a Aileen para entender que de verdad cree en esto: su convicción de que está haciendo el bien es indiscutible, lejos de restar actuando—. Los pondrán en subasta cuando se acerque la Navidad; reunirán mucho dinero.

—Buen trabajo. —Nick Cruickshank se pregunta si la razón por la cual no está participando mucho se debe a su creciente desinterés por las cuestiones mundanas.

Tom mete de nuevo la máquina fotográfica a la mochila, y se dirige a la casa seguido por su asistente, sobrecargado de equipo. Tricia y Maggie miran a Aileen, y entran también ellas, seguidas de la jefa de redacción, la reportera, el fotógrafo y el camarógrafo de *Star Life* con todas sus cosas.

Aileen se voltea para verlo.

—Y a ti, ¿cómo te va?

—Muy bien, a pesar del hecho de que hubo un apagón y casi me mato con el Ape. —No es que Nick Cruickshank quiera dramatizar, pero casi siempre que ve a Aileen regresar de una expedición le parece haber sido muy poco productivo, y en seguida le da por poner a prueba la atención que ella le pone.

—¡Te he dicho mil veces que tengas cuidado con ese maldito triciclo! —Aileen lo escruta de la cabeza a los pies para cerciorarse de que no haya sufrido daños, pero en cuanto se da cuenta de que no, dirige la mirada a la casa.

Nick Cruickshank levanta los hombros: es difícil que haya alguien que sepa fingir indiferencia mejor que él. Es más, la primera característica que le impactó de Aileen cuando vino a la oficina de Baz en Londres, a proponerse como diseñadora de vestuario para el *tour* mundial del 2008, fue justamente su atención. Incluso ahora recuerda el modo en que lo escuchaba mientras le explicaba lo que quería: la variación continua de su mímica facial, las respiraciones que podían casi oírse, las pequeñas ondas emocionales como respuesta a cada nueva información. Debido al tipo de atenciones, actos de celos, devociones y hasta adoraciones que él había recibido hasta entonces, la atención de Aileen le pareció de una calidad netamente superior: más inteligente, más informada, más capaz de hacer conexiones rápidas. Desde allí comenzó su irresistible acercamiento: por la rapidez con la que ella respondía a cada pregunta, por la precisión con la cual escogía la opción apropiada entre todas las posibles. También por su aspecto físico, claro: por sus ojos, por su boca, por su cabello, por sus piernas, por su modo de moverse; pero lo que la hacía parecer más especial era una milagrosa ausencia de distracción o pereza mental. No había nada aproximado en ella, nada impreciso. La atención de Aileen intensificaba sus pláticas más que cualquier droga o combinación de drogas, y como una ventaja de dejarle una total lucidez mental. Cada conversación se volvía una especie de desafío en el cual ponía en juego todos los recursos disponibles, incluidos aquellos que no estaba consciente de tener. Entre ellos se creaba (incluso lo dijo en un entrevista para la *Rolling Stone*, suscitando también allí algunos comentarios malévolos) un efecto Lennon / McCartney en el cual

cada uno de los dos lleva al otro fuera de su zona de confort y lo obliga a llegar a un nivel que probablemente por sí solo no y habría alcanzado nunca. De la colaboración Cruickshank / McCullough, más que canciones inolvidables (sí, le inspiró dos o tres aunque tal vez no de las mejores), surgieron intuiciones y revelaciones, impulsos de renovación y mejora. ¿Era inevitable que un flujo de energía tan intenso se terminara tarde o temprano, por su misma naturaleza? ¿O al menos que cambiara de forma mientras ellos pasaban de un enamoramiento apasionante a una relación consolidada? Él es el primero en reconocer que su necesidad de atención es mayor de lo normal, que se nutre de eso, no lo puede evitar: esta es la razón por la que trabaja en lo que trabaja. Pero ¿por cuánto tiempo la atención de un sola persona puede sustituir a la de decenas de miles de personas en un estadio? ¿Siendo realistas? Ni siquiera uno de sus fans más radicales lograría mantener el mismo nivel de focalización extrema que tiene durante un concierto, día tras día tras día, mes tras mes tras mes, año tras año tras año.

n Aileen sigue viendo a la puerta de la casa. Ya no quiere estar afuera, sus piernas están cada vez más impacientes.

e —Okey, voy a entrar.

e —Ve, ve. —Nick Cruickshank la ve irse, esbozando en sus labios una media sonrisa que no significa nada. Si lo piensa bien no le parece que la atención de Aileen haya disminuido poco a poco, casi imperceptiblemente, del modo en que cualquier atención se debilita tarde o temprano. Le parece que estaba sentado frente a ella una noche en la cena, cuando comenzó a contarle algo y se dio cuenta de que su atención ya no era la misma. O, más bien, que no estaba dirigida exclusivamente a él, en el *ping-pong* mental emocional que hacía tan especiales sus pláticas. En ese momento se dejó llevar por el pánico: la acusó de no escucharlo, golpeó el apuño contra la mesa, tirando el vino tinto en el mantel. Aileen no se alteró, sino que con mucha calma le repitió palabra por palabra todo lo que él le había dicho hasta ese momento, lo que en realidad no era el verdadero problema. Él se sintió estúpido e pensó que tal vez había interpretado la distracción de un momento como si fuera un cambio permanente. Pero su *ping-pong* mental y emocional no regresó a la tensión creativa de antes, ni al día siguiente ni tampoco al que le siguió. Después, él comenzó la grabación del nuevo álbum de los Bebonkers en Los Ángeles, y tuvo mucho menos tiempo para pensar en ello.

n Desde entonces no es que se la pasen mal juntos, que no se hablen o que no hagan el amor, pero hubo un cambio evidente: una parte de la electricidad excitante de la que estaba cargada cada uno de sus diálogos, se fue. ¿Esto es lo que sucede cuando dos personas están juntas el tiempo suficiente? Ciertamente él no es un experto en relaciones a largo plazo: aunque siempre ha estado convencido de tener una naturaleza fundamentalmente monógama, sus relaciones no han durado más de seis o siete años. ¿Habrá habido culpas recíprocas, si es que tiene sentido hablar de culpas? ¿Podría ser que también él perdió un poco de interés, de curiosidad, de tensión con respecto a ella? ¿Cuánto podría tener que ver el hecho de que al principio aún estuviera casado con su segunda mujer, lo que le daba a su historia un aura de ilegalidad y aventura, y que luego se divorciara, haciendo que su historia se evolviera perfectamente legítima? ¿Qué papel tuvo el explosivo éxito de la Anti-piel en el desplazamiento de la prodigiosa atención de Aileen?

a Seguramente él la alentó a atreverse cada vez más con su trabajo, la empujó a dar el paso de diseñadora de vestuario a diseñadora de moda, y de diseñadora de moda a empresaria. Además, no es que los Bebonkers estén siempre de gira, al contrario: ¿Qué debería haber hecho una mujer dotada, impaciente y enérgica como ella? ¿Coserles sombreritos y chalecos en su tiempo libre? ¿Ocuparse del vestuario de alguna banda rival? ¿Trabajar para algún estúpido *talent show* televisivo? Le pareció lógico impulsarla a poner en juego su capacidad, y también darle una consistente ayuda financiera, en parte porque creía en ella, en parte para no tener que soportar todo el tiempo su intranquilidad, que da vueltas sin parar. Su contador estaba convencido de que sería dinero perdido, y en cambio la empresa Anti-piel superó las mejores expectativas. Aileen reveló un sentido de negocios tan bueno como su sentido estético. En consecuencia, su prodigiosa atención ya no está dirigida al cien por ciento a él y, bueno, esto no es el fin del mundo: no hay que hacerse la víctima. Y, sobre todas las cosas, cuando él tiene una verdadera necesidad de atención, ella se la da, aunque tal vez no de manera inmediata y tal vez no con la intensidad o la duración de antes. Pero todavía le ofrece consejos precisos y su extraordinaria capacidad de organización sigue ahí. Además, es posible que a partir del sábado la situación mejore de manera radical, esta es una de las razones por las cuales se dejó convencer para dar un paso como este. D nuevo, aun cuando las dos veces anteriores no le salieron nada bien.

a La chica italiana de los helados sale por la puerta de la cocina con sus bolsas térmicas vacías, y regresa al espacio abierto que está detrás de la casa seguida de Aldino, que la vigila como si aún se esperara que ella hiciera alguna jugada.

a Nick Cruickshank levanta el mentón. «¿Todo bien?».

e La chica italiana de los helados asiente, mirándolo con un aire ligeramente interrogativo. La luz ha cambiado, pero ella aún está llena de colores: en sus ojos, en la ropa, en su modo de moverse. Y es cierto que no lo ha reconocido; algo bastante insólito, decir verdad.

a Por un instante Nick Cruickshank tiene la sensación de verse a través de sus ojos, y no le parece ser tan sugerente sin su nombre famoso y sin el eco de las canciones que ha escrito, sin el halo legendario que envuelve a los Bebonkers. ¿Qué será ante sus ojos? ¿Un bohemio anglo-irlandés rico y veterano que viene a merodear al sur de Francia junto a su novia superempresaria y sus asociados, que se ahogan en un mar de poses?

e La chica italiana de los helados pone de nuevo las bolsas térmicas en la furgoneta y cierra las puertas. Lo mira un poco vacilante y luego le sonríe inesperadamente. Su sonrisa no tiene nada de la mezcla de admiración automática y curiosidad morbosa que él encuentra cada día, parece contener una extraña suspensión de preguntas.

s Nick Cruickshank se queda desconcertado por un instante, dudoso, sin intentar conversar con ella como a veces lo hace con los locales; por alguna razón le parece que sólo terminaría por empeorar la imagen, ya bastante mala, que le ha dado. Todo lo que logra es levantar una mano en gesto de saludo; bastante mal logrado, por cierto.

o La chica italiana de los helados le responde con un gesto rápido, se sienta frente al volante, cierra la puerta, enciende el moto
s,y maniobra; en dos minutos su furgoneta anaranjada desaparece por el camino de entrada.

n Nick Cruickshank se rasca la frente, piensa en las cosas que no tiene ningún deseo de hacer en los próximos días, voltea a ve
1,a Aldino, que finalmente parece relajado. Regresan los dos a la casa, con dos tipos distintos de pasos ondulantes.

u
e
n
a

l,
n
e
y
l
r
,
g
a

;

s
o
á
e
u
e
n

a
,.
o
o
e
e
n
e
e
e
a
e

e

n
a

u
s
y

o
d

n
e

La chica italiana de los helados le responde con un gesto rápido, se sienta frente al volante, cierra la puerta, enciende el motor y maniobra; en dos minutos su furgoneta anaranjada desaparece por el camino de entrada.

Nick Cruickshank se rasca la frente, piensa en las cosas que no tiene ningún deseo de hacer en los próximos días, voltea a ver a Aldino, que finalmente parece relajado. Regresan los dos a la casa, con dos tipos distintos de pasos ondulantes.

SIETE

Milena Migliari abre la puerta de entrada lateral, empuja con un pie el cancel interno, pone las dos bolsas térmicas sobre la fea baldosa del patio, que tiene un techo de vidrio inclinado. Siempre le ha parecido un espacio mexicano: con flores exagerada; arcos, la escalera que lleva al primer piso, el calor húmedo que te envuelve de inmediato. Podría entrar por la puerta principal pero por alguna razón siempre entra por aquí.

Viviane se asoma de inmediato al vestíbulo exterior del primer piso, baja por las escaleras; basta una mirada para entender que está muy tensa. «¡Qué apagón tan del carajo!». Se pasa una mano por el cabello, que es más largo en la parte superior y más recortado en las sienes y a los lados, y se echa hacia atrás el copete. «Justo hoy, que me había tomado la mañana para el libro ¡maldita sea!».

Milena Migliari intenta contestarle que ella encontró todos los aparatos de la heladería apagados y que, si no hubiera llegado el pedido milagroso de los ingleses, habría tenido que tirar todo. Pero le viene a la mente que desde hace tiempo las conversaciones entre Viviane y ella tienden a volverse intercambios de quejas sobre el trabajo, sobre la economía, sobre el gobierno, sobre el clima, sobre casi todo. No entiende bien por qué, pero así sucede. Tal vez tiene que ver con el hecho de que, por su carácter, Viviane siempre ve las cosas con una luz pesimista, y ella termina por adecuarse a eso de forma casi automática; tal vez porque encontrar razones para estar feliz requiere más creatividad que quejarse. Por eso ahora sonríe e indica con el mentón las dos bolsas térmicas vacías.

—¿Qué? —Viviane la mira con sus ojos azul grisáceos, muy intensos aun debajo de los lentes de armazón transparente. Trae una playera gris descolorida, unos *jeans* descoloridos, unas calcetas azules con estrellitas amarillas que cubren sus fuertes pies. Mira las bolsas térmicas, y luego la ve de nuevo.

—Unos ingleses me ordenaron *diez kilos* de helado justo cuando ya estaba convencida de que iba a tener que tirarlo todo. —Milena Migliari hace un gesto panorámico para señalar su heladería, la casa de los ingleses y todo el espacio que hay en medio.

—¿Diez kilos? —Viviane la estudia. Debido a su trabajo, puede recabar más información de su postura que de su rostro.

—Tienen una gran propiedad en Callian, con muchos invitados, personal, gente de todo tipo. —Milena Migliari toca una de las bolsas térmicas con la punta de un pie—. Sólo espero que lo coman rápido y no lo dejen en el congelador durante días, porque si no, lo van a sacar duro como una piedra y todo cristalizado. Tal vez debí dejarles sólo *cinco kilos* y traerme de vuelta el resto.

—¡Por Dios, Milena! —La explosión de voz de Viviane tiene matices bastante definidos—. Está muy bien eso de la integridad emocional o como diablos quieras llamarlo, pero ¡maldita sea! ¡¿Qué sucedería si estuviera un poco cristalizado?!

—Que no sería *mi helado*, ¿está bien? ¡La consistencia es una de las características más importantes! —A Milena Migliari le sale un tono combativo cada vez que es acusada de ser demasiado perfeccionista o incapaz de enfrentarse con la realidad. Cuando en julio dos clientes belgas, lozanos y corpulentos, le pidieron con énfasis un helado de chocolate NO amargo y ella le respondió no sólo que no lo tenía, sino que para ellos no tenía NINGÚN sabor porque evidentemente no entendían nada de helado: que harían mejor en comprar dos conos de la máquina Carpigiani de la cafetería de abajo del estacionamiento. Lo dijo sin coraje aunque apasionadamente, pero se ofendieron a muerte y pocos minutos después escribieron cosas horribles en TripAdvisor. Pero lo peor fue cuando en la noche le contó el episodio a Viviane, en parte para buscar empatía y también para que se rieran juntas: pero ella la trató como una loca fundamentalista peor que los dos belgas: le dijo que si seguía así no lograrían pagar el préstamo del banco, que debía dejar de vivir en las nubes y afrontar la realidad. Todo esto la hizo sentir mucho peor de lo que después podría explicar: por primera vez (o tal vez por segunda o tercera) se quedó con la sensación de que ellas dos no estaban en la misma sintonía.

—¿Quiénes eran estos ingleses? —En la mirada de Viviane también hay un atisbo de curiosidad, pero se encuentra bajo diversos niveles de desconfianza.

Milena Migliari se esfuerza por encontrar un tono más ligero: le cuenta detalles de su expedición a Les Vieux Oliviers: incluyendo a las alpacas que se perseguían para morderse salvajemente, al enorme guardaespaldas italiano, que no entendía qué le había abierto el cancel, además de las botas azules y la chaqueta de piel roja de la dueña de la casa y el arete de pirata viejo en el lóbulo izquierdo del también dueño de la misma.

—¿Y cómo se llama el dueño de la casa? —Viviane desliza un calcetín sobre las baldosas color vómito de perro, el único detalle que no le convenció cuando decidieron comprar este lugar antes de descubrir que el verdadero problema era el techo de vidrio, que hace que el patio se sobrecaliente hasta resultar casi inhabitable desde primavera hasta pleno otoño. Basta con mirarlas ahora: entre la agitación, la humedad y la temperatura, están sudando en pleno noviembre.

—Cruc algo. Cruc... Crucshan, me parece. —Milena Migliari no está segura de recordar bien el nombre que le dijo la señora que tomó el orden del helado en la cocina y que escuchó de mala gana sus detalladas instrucciones sobre cómo servirlo.

—¿*Cruickshank*? —Viviane inclina el rostro hacia adelante, como suele hacer cuando alguna información le impresiona.

—Tal vez. —Milena Migliari no entiende las razones de este repentino cambio de actitud.

—¿*Nick Cruickshank*? —Viviane se vuelve más apremiante, cualquiera que sea el motivo.

—Puede ser. —Milena Migliari sacude la cabeza—. ¿Quién es?

—¿Cómo que quién es?! Pero ¡demonios, Milena! —Viviane adopta una actitud de acosadora realista que ya forma parte de

su reparto de papeles: una soñadora y la otra con los pies en la tierra, una de instinto puro y la otra toda razón. So simplificaciones, porque Viviane es además una mujer sensible, aparte de ser concreta, y también ella sabe que para hacer un excelente helado se necesita tanto sentido práctico como fantasía.

Milena Migliari levanta los hombros. No sabría decir cuándo comenzaron a asignarse los papeles. Tal vez desde el inicio pero al principio parecía un juego más que otra cosa, con connotaciones afectivas y eróticas. Esto hizo que se sintiera tranquilizada y en parte excitada, pero pensaba que eran funciones flexibles, reversibles o incluso anulables en cualquier momento. En cambio, poco a poco se fueron consolidando hasta hacerla sentirse un poco limitada en el suyo. A veces muy limitada.

—Oye, ¿puedes verme desde allá arriba? —Viviane mira hacia lo alto, hace como si enrollara un hilo invisible alrededor de un carrete invisible para traerla del cielo a la tierra—. Es el cantante de los *Bebonkers*. ¿Has oído algo de ellos? ¿Ni siquiera una canción? ¿Tal vez en la radio, por casualidad? ¿«Enough Isn't Enough» te dice algo? Además, ¡este domingo darán un concierto benéfico abajo, en el aeródromo de Fayence! ¡Hay carteles por todos lados!

—Por supuesto que los he escuchado. —Milena Migliari se molesta al ser tratada como ingenua. Obviamente *ha* escuchado los *Bebonkers*, como prácticamente cualquiera que haya vivido en el mundo occidental en los últimos treinta años, más o menos. Y el inglés en efecto le *había* parecido de alguna manera familiar, pero estaba agitada debido al apagón y también por lo raro de lo pedido, y preocupada por la conservación del helado, y confundida al verse tratada como una intrusa.

—Ah, menos mal. —Viviane adopta una expresión de alivio simulado, se pasa dos dedos sobre la frente y ríe—. Bienvenida a la tierra.

—Disculpa, pero cuando ves a alguien fuera de contexto no es fácil reconocerlo, ¿no crees? —Milena Migliari intenta resistirse a la tentación de sentirse culpable por no haber reconocido a Nick Cruickshank, de los *Bebonkers*: esto suele sucederle cuando se da cuenta de que no está informada de los hechos del mundo y de que tiene una laguna de cultura general, por no hablar de cuando comete algún error con el francés. Y, la verdad, aunque le gusta la música, no suele construir altarcitos alrededor de quien la toca; nunca ha tenido ídolos musicales. Además, si hay algo que le impresionó de ese Nick Cruickshank no fue su aspecto de *rockstar*, sino su mirada profundamente perpleja.

—Bueno, en cualquier caso, típico de Milena. —Viviane ríe de nuevo, se le acerca y le da una palmada en el trasero.

Aunque esta cuestión del «típico de Milena» a veces le divierte, otras veces simplemente le molesta. Como ahora, así que cambia rápidamente la conversación.

—Y con tu libro, ¿cómo vas?

—¡Prefiero no hablar de eso, gracias! —Viviane reacciona como era de esperarse, porque le está costando mucho trabajar y organizar su manual sobre el Método Fournier. Se llama así porque Fournier es su apellido: el método es un masaje postural de alta intensidad que deshace los nudos corporales y libera los flujos de energía. Viviane lo practica en su estudio en Draguignan cinco días a la semana, y también el lunes por la tarde en un centro médico-deportivo en Grasse, y ya tiene un gran séquito de personas que juran haber sido enderezadas por ella. Pero una cosa es haber inventado y perfeccionado técnicas de masaje y otra muy diferente es escribir un libro donde se explica a detalle la teoría y la práctica. Ya van varios meses en los que Viviane trabajó en ello, y no está nada satisfecha con los resultados, lo que naturalmente se refleja en su humor y en la relación entre ellas.

Milena Migliari mueve las dos manos de arriba para abajo, algo que ha aprendido a hacer en los momentos de tensión. «Bueno, sólo preguntaba, ¿okey?».

—¡Gracias por preguntar! —Viviane camina de un lado a otro y golpea las plantas de los pies en las baldosas, luego se detiene—. Además, le llamé por teléfono al doctor Lapointe, en Grasse.

—Ah. —Milena Migliari siente que la sangre se le hiela de un instante a otro—. ¿Y qué dijo?

Viviane se aclara la garganta con esa tos nerviosa que le da cuando la atraviesan emociones intensas. «Que podemos comenzar el lunes».

—¿El lunes? —Milena Migliari tiene el estómago contraído, se le dificulta respirar. Pero la verdad es que desde hace días esperaba estas noticias; desde hace una semana, en realidad.

—¿No estás contenta? —Viviane la escruta, revisa la posición de su cabeza, de sus brazos, de sus piernas.

—Sí. —Milena Migliari no logra mostrar convicción en la voz debido a que sabe que su lenguaje corporal está transmitiendo señales de pánico más que de alegría.

—Pensé que estarías contenta. —Viviane cierra los párpados.

—Sí lo *estoy*. —Milena Migliari se esfuerza en mostrar un tono contento, pero no le sale. Desde hace meses hablan de esto meses. Viviane lo mencionó la noche de su cumpleaños, cuando habían bebido una botella de *champagne* y estaban muy alegres. Pero seguramente ya lo había pensado desde mucho antes, porque le dio muchos detalles precisos. En el calor del momento ella lo tomó como una bellísima declaración de amor, una forma de consolidar aún más su relación y proyectarla al futuro; se había abrazado y besado, felices. Pero cuando lo hablaron de nuevo al día siguiente, ya sobrias, la idea le pareció mucho menos entusiasmante: el aspecto clínico y mecánico del asunto, la necesidad de programar todo, la responsabilidad con la hipotética tercer persona. Se le llenó la cabeza de imágenes de laboratorio, de médicos en bata y cubrebocas, agujas, sondas, probetas de cultivo, portaobjetos, microscopios, muestras, inserciones.

—Pues no lo pareces. —Viviane vuelve a caminar de un lado para otro, desconecta la clavija del aspersor automático, lo vuelve a conectar.

—¿Qué parece? —Milena Migliari quiere saberlo de verdad, porque no está nada segura. Por puros nervios arranca un

nhoja de uno de los geranios que prosperan en el clima mexicano del patio con vidrios; la restriega entre los dedos, carnosa y húmeda como está.

—Lo opuesto a convencida. —Viviane habla en un tono bastante neutro, pero se ve que está haciendo un esfuerzo.

), —Pero no es así. —Milena Migliari intenta comprender si su situación es una manifestación de egoísmo, de falta de generosidad, de poca disposición para asumir compromisos a largo plazo, o de una carencia de amor. Se pregunta por qué no es capaz de lanzarse con entusiasmo en esta empresa, por qué le parece absurdo e incluso anacrónico imaginarse con una panzota enorme, caminar balanceándose como una ballena, incapaz de hacer sus helados o cualquier otra cosa de modo normal. Se pregunta por qué el deseo de ser madre de Viviane le parece casi una forma de prepotencia de ganas de limitar su libertad y devolverla a una condición de hembra primitiva. Se pregunta si no es monstruosamente feo que nunca haya tenido el deseo de atraer un bebé al mundo, ni siquiera antes, cuando tenía relaciones con hombres; nunca ha tenido la vocación de reproductora, monodrizadora y educadora.

—¡Claro que sí! —Esta vez Viviane levanta la voz sin dejar de moverse.

a —Quizás es porque estoy un poco afectada por el apagón en la heladería y todo lo demás, ¿de acuerdo? —Es verdad que estoy un poco afectada, tanto que se le llenan los ojos de lágrimas, pero atribuir al apagón su estado de ánimo le parece una cobardía de un modo de no llamar a las cosas por su nombre.

—¡A quién le importa la heladería! —Viviane está furiosa, con el rostro enrojecido—. Además, ¡la temporada de helado ha terminado desde hace semanas! ¡Ya debería haber cerrado la heladería!

—No hay una temporada para los helados. —Milena Migliari responde de manera obstinada, aunque con una voz demasiado baja—. Hay *muchas*, tan distintas entre ellas como lo son las materias primas, el clima, el ánimo de quien las prueba.

e —Pero, si no hay *compradores*, ¿me puedes explicar para quién haces el helado? —Viviane levanta la voz de nuevo y gesticula de forma cada vez menos controlada.

s —Lo hago para quien *lo quiera*. Los ingleses de hoy, por ejemplo. —Es verdad que la de los ingleses no fue una orden habitual, pero el punto no es cuántos compradores hay o no hay; la cuestión es que hacer el helado es su oficio y su pasión, y a veces Viviane está un poco celosa de eso.

—¡Sí, y los ingleses solucionaron tu estado financiero de los próximos meses! —Es necesario reconocer que al principio Viviane la apoyó muchísimo: la animó a iniciar el negocio de la heladería, la ayudó a encontrar el local, a obtener el préstamo del banco, a hacer los trámites burocráticos y todo lo demás. Pero desde que la actividad comenzó a tomar forma, empezó a hacer comentarios sarcásticos y consideraciones ultrarrealistas cada vez con más frecuencia, para demostrarle que hacer helados es un hobby, no un trabajo de verdad, y que, aun queriendo considerarlo un trabajo, no era comparable, en cuanto a resultados, a su centro de masajes posturales ya frecuentado por cientos de personas.

n —Pues al menos lo solucionaron por hoy. —Milena Migliari trata de mantener su posición.

e —¡Sí, qué maravilla vivir el momento! —Viviane pone las manos en sus costados como para controlarse y no ocasionar daños, como golpear una maceta de geranios—. Oye, si cambiaste de idea, ¿sería honesto decírmelo!

a Milena Migliari se muerde el labio inferior, porque se acuerda de cuando a ambas les gustaba vivir el momento y porque no soporta la idea de parecer desleal respecto a un proyecto común tan importante. Desde niña tiene una idea de lealtad más inspirada en las novelas que en la vida real, y se ha desilusionado tantas veces por los comportamientos de los demás que siente un deseo desesperado por mantener las promesas, sostenerlas hasta el final. Se acerca y toma a Viviane de la mano, se la aprieta: «No he cambiado de parecer».

—¿No? —Viviane la mira con una luz repentinamente esperanzada en los ojos, debajo de sus lentes, que siempre tiene algunas marcas de huellas de dedos.

s —No. —Milena Migliari piensa que probablemente es posible hacer que prevalezca una buena intención sobre las oscilaciones del instinto y lograr desearlo verdaderamente—. Pero tal vez es normal estar un poco preocupada, ¿no lo crees?

s —Pero ¡por supuesto que es normal! —Viviane la abraza arrebatadamente, la aprieta con sus manos fuertes—. Es lo más normal del mundo, *ma poulette!*

Milena Migliari siente un intenso alivio por haber disuelto con pocas palabras y gestos una desilusión aparentemente irreparable: le parece una especie de milagro de la comunicación interpersonal.

Viviane le besa la frente, las mejillas, la nariz, los labios, el mentón, los ojos. «¡Esto es algo que vamos a hacer juntas, *ma poulette!* ¡Te apoyaré en todos los pasos, ya verás! ¡Será bellísimo para las dos! ¡Será increíble!».

); —Muy bien. —Milena Migliari se seca las lágrimas de las orillas de los ojos y la nariz con el dorso de la mano. No quisiera hacerlo, pero piensa en cómo el tiempo cambia la percepción de las cosas: *ma poulette*, por ejemplo, le pareció durante mucho tiempo un apodo gracioso y adorable, y en cambio ahora la avergüenza. (Y le recuerda el hecho de que la razón principal por la que alguien tiene una gallina es para que ponga huevos).

s Ambas entran a la casa sonriendo. Milena Migliari sube la escalera interior para lavarse las manos, hacer pipí y cambiarse la blusa. Cuando regresa, Viviane está muriéndose de hambre, así que Milena le prepara un *omelette* con queso y una ensalada con enueces.

a

a

y

e
s
a
e
e
y

á
l,

s

z

a

n
l

o
l
r
a
a

r

o
s
e
l.

n

s

s

e

a

a
o
a

a
n

OCHO

Cuando está en Les Vieux Oliviers, Nick Cruickshank pasa horas caminando, solo o a caballo, entre los prados y los bosque de la finca, o encerrado en su estudio buena parte del día. No es que Aileen no se dé cuenta, o no se lo haga notar en tono más o menos ofendido según las circunstancias: como si le hubiera quitado algo a lo que tendría derecho. Pero normalmente él responde que necesita sentirse libre para hacer lo que quiera, e incluso para no hacer nada, sin intromisiones por parte de nadie «¿Intromisiones?». Aileen esboza una pequeña sonrisa de falso asombro y mueve despacio la cabeza. Este es un punto que también sus parejas anteriores le han reclamado reiteradamente, la han acusado de intentos de invasión, lo que ha ocasionado peleas huidas. Este problema con Aileen se manifiesta más aquí que en Londres, porque en Londres la vida de ambos es, en buena parte independiente, o al menos así lo ha sido hasta ahora: cada uno con su casa, sus ocupaciones, sus tiempos. De hecho, se reúnen por la tarde si ambos se encuentran en la ciudad, y casi siempre salen; en realidad, en estos años no han tenido que adaptarse recíprocamente a quién sabe qué rutina doméstica. Aileen va de mala gana a Sussex, porque dice que le parece estar introduciendo en la vida que Nick tenía cuando él estaba con su primera mujer: le molesta ver las recámaras de los chicos con los juguetes de cuando eran niños, le molestan las rosas y las azaleas plantadas por Hoshiko. Como resultado, él ya casi no va a casa salvo en contadas ocasiones; sólo para hablar con Roman, el cuidador, y vigilar que el lugar no se arruine, así como para entristecerse un poco. Lo mismo pasa en Saint Barths, donde, cada vez que van, terminan por pasar días tensos y dudosos, un poco peor que si fueran a un hotel. Y también en Manchester, donde Aileen sostiene que se siente extraña entre la familia, los viejos amigos y las antiguas novias, aunque desde hace años todos se esfuerzan de todos los modos posibles por hacerla sentir en casa.

Por lo tanto, Les Vieux Oliviers es por ahora el único lugar en donde han intentado coexistir durante más de un par de semanas seguidas, lo cual lo convierte en una especie de laboratorio experimental. Aileen ha invertido todas sus increíbles energías para transformarlo: ha hecho que quitaran y agregaran plantas en el jardín, que movieran los setos, que cambiaran la forma de la piscina, que quitaran varias paredes interiores, que cambiaran las ventanas, que pintaran de blanco las vigas de los techos. La decoración provenzal que tanto le gustaba a Marie, la segunda esposa de Nick Cruickshank, ya desapareció, además de los sillones, un sofá y un tapete que él logró poner a salvo en el estudio y en la casita del bosque. El nuevo estilo es una mezcla de arquitectura *high-tech*, *arte povera* y decoración de los años sesenta: interesante, aunque mucho menos cómodo y mucho menos reconfortante que el de antes. Y el proceso de transformación continúa, y probablemente no terminará nunca; de vez en cuando Aileen lo llama por teléfono desde alguna parte del mundo con un ataque de euforia, para decirle que acaba de encontrar una mesa de vidrio y acero de Philippe Starck que es perfecta para la estancia, una escultura de Tina Paloma que parece hecha propósito para el vestíbulo y un cuadro de Hans Herrmann que quedaría muy bien en el corredor. Él la deja tomar estas decisiones porque se fía de su ojo, porque aprecia la idea de hacer inversiones creativas en su vida común y porque le parece un alivio que ella canalice su energía en los *contenedores* de su relación más que en su relación *en sí*. La cuestión es que en raras ocasiones puede verla recostada en una hamaca descansando, o sentada tranquila leyendo un libro durante más de diez minutos seguidos: tiene la constante necesidad de moverse de un lugar a otro con sus nerviosas piernas, hablar por teléfono, organizar teleconferencias, recabar información, discutir ideas, solicitar respuestas, explorar posibilidades, explicar, comunicar, presionar. Por otro lado, la primera vez que la vio, su dinamismo mental y físico le impresionó casi tanto como su extraordinaria atención. Es verdad que tal vez entonces se trataba de un dinamismo menos orientado, casi ingenuo, antes de que se acentuara de éxito y éxito hasta volverse imparables, insaciables, como lo es ahora.

Tocan a la puerta; Nick Cruickshank se sobresalta en su viejo sillón provenzal, como si estuviera siendo atacado.

—¿Qué pasa?!

—*Viens manger, Nick!* —La voz de la señora Jeanne llega a través de la madera gruesa de la puerta, cargada de preocupación maternal.

—*Okey, merci!* —Nick Cruickshank coloca la guitarra acústica en el *stand*, le da una última fumada a la hierba de Wally y apaga el porro en el cenicero. Piensa que sería feliz si lograra evitar a los demás y comer algo por su cuenta en la cocina.

Camina tan silencioso como puede a través del corredor, pero cuando se asoma al vasto espacio abierto de la estancia de comedor ve que todos se encuentran ahí sentados, en la larga mesa de nogal: Aileen, Tricia, Maggie, Tom, el asistente como se llame, el cuarteto de *Star Life*, Wally, Kimberly, Aldino, Damian Baumann, Christie Swoonie, Marguerite y Hugo Bertrand. Ha una especie de *comité* en esa maldita mesa.

—¡Oh, mira quién se deja ver! —Aileen simula sorpresa y todos los demás también se voltean para verlo—. Pensábamos que habías decidido quedarte encerrado allá adentro para siempre.

—No estaba encerrado. —Nick Cruickshank se sienta a la derecha de Aldino, que se mete a la boca con nerviosismo un pedazo de pan y mantequilla tan grande como la mitad de su mano. Piensa que Aileen tiene razón: *estaba* encerrado en el estudio. Pero lo hizo porque en cualquier punto de la casa está bajo asedio: basta mirar todos esos ojos, y bocas y manos en movimiento todas esas poses puestas en práctica sin parar.

Ni siquiera Wally y Kimberly parecen contentos con la compañía, pero por las peores razones: Wally porque, además de Aileen y Christie Swoonie (que lo detesta), no encuentra otras mujeres atractivas sobre las que pueda poner sus ojos morbosos,

Kimberly porque, además de los dueños de casa, Christie y los dos Bertrand, no hay gente lo suficientemente rica y famosa como para llamar su atención. De hecho, continúa desplazando su pulgar en la pantalla de su celular gigante, apoyada sobre su codo del antebrazo, con la mirada aletargada, unas líneas ultramarcanadas de delineador, el cabello decolorado y con el volumen aumentado a la fuerza, los pómulos inyectados, los labios como botes inflables, una blusa desabotonada para exhibir sus pechos levantados por el sostén *push-up* y un collar de perlas gigantes que le regaló su maridito para que le perdonara alguna canallada. Sólo Wally Thompson podía casarse con una mujer tan hueca y vulgar, que en el momento de su matrimonio encajaba perfectamente con sus sórdidas fantasías eróticas de la adolescencia.

—Me dijo Wally que mañana nos llevarás a dar un paseo a caballo. —Kimberly debe estar convencida de que esta voz mediana jadeante y arrastrada es sexy, así como el desgano en los movimientos de sus párpados y su cabeza.

—Bueno, ya veremos. —Nick Cruickshank no tiene nada de ganas de hacer planes con ellos, porque ya bastante le molesta tenerlos en casa y porque en el fondo espera que de aquí a mañana alguna catástrofe aún pueda arruinar todo.

Tampoco Aileen soporta a Wally y a Kimberly, pero cuando se trató de decidir a quién hospedar y a quién colocar en los hoteles, villas y casas en la ciudad, estuvo de acuerdo con el hecho de que los Thompson se habrían ofendido más que cualquier otro si los hubieran alojado en otro lado. Así que aquí están, estorbando durante cuatro días, lo que en el panorama general tampoco es el peor mal, por cierto.

La jefa de redacción de *Star Life* sigue examinando a los otros huéspedes que están sentados a la mesa, e intercambia miraditas y palabras rápidas con los de su equipo. Aunque el acuerdo es que no tomarán fotos ni videos antes del sábado, es obvio que está registrando cada mínimo detalle para luego utilizarlo en clave voyerista en el largo contenido de portada que harán.

La señora Jeanne llega junto a una camarera joven y un poco tímida que se llama Didiane y que empuja un carrito con un gran olla de barro en la que está su legendario *risotto* de alcachofas. La colocan sobre la mesa sin demasiadas ceremonias, y ella hunde el cucharón. «Nick». Le hace una seña para que sea él el primero en pasarle su plato. No es que no conozca las reglas de etiqueta, es que quiere subrayar que para ella no hay dudas sobre quién es el más importante aquí adentro, más allá de las cortesías formales.

—*Merci, Jeanne. Vous pouvez le laisser ici.* —Aileen le hace una seña cortés pero firme, para no dar a los huéspedes la idea de que no tiene control sobre esta mujer. En los primeros días trató con insistencia de convencer a Nick Cruickshank de que le despidiera, explicándole que con el mismo sueldo podría encontrar a alguien que estuviera más a la altura de sus exigencias dietéticas y más actualizado sobre las tendencias de la cocina contemporánea, además de ser capaz de comunicarse en inglés con sus huéspedes y tal vez de comportarse con una mínima atención a las formas. Entonces él puso en marcha una resistencia feroz para defenderla, y hasta llegó a decir que sin la señora Jeanne no volvería a poner un pie en esta casa. Ahora la cuestión sigue latente, para nada podría decirse que ya está resuelta; nunca ha visto a Aileen darse por vencida en ninguna de las cuestiones que le parecen básicas.

La señora Jeanne continúa como si no la hubiera escuchado: llena el plato del dueño de la casa, luego el de Aileen, luego el de los demás. Por último, el de Kimberly, pero sólo después de mirarla con dureza hasta que, en un arrebato de conciencia, ella decide dejar el celular y lo desliza sobre la mesa con su mano porcina con uñas pintadas con esmalte blanco, aunque sin dejar de ver la pantalla.

Cuando la señora Jeanne se retira, seguida de Didiane, Aileen mira a Tom Harlan y a la jefa de redacción de *Star Life*: levanta los ojos al cielo y suscita pequeñas carcajadas.

—¿Qué sucede? —Nick Cruickshank finge no haberse dado cuenta del desafío silencioso que acaba de tener lugar.

—Nada, nada. —Aileen intercambia otras miradas irónicas con sus vecinos, luego aproxima cautelosamente el tenedor a *risotto*, como si estuviera segura de que va a encontrar alguna sorpresa desagradable en él.

Tres botellas de Côtes de Provence dan la vuelta a la mesa, pero nadie bebe de verdad, tal vez por la presencia de los reporteros, tal vez previendo los excesos que tendrán lugar en los próximos días, tal vez porque no hay un gran espíritu de compartir. Wally es el único que, apenas termina el *gin & tonic* que se llevó a la mesa, bebe una copa en pocos sorbos y se llena otra en seguida; se ríe, le echa una mirada rápida a Christie Swoonie y le murmura algo a Kimberly, quien le clava las uñas en la muñeca.

El *risotto* está extraordinariamente bueno, como todo lo que cocina la señora Jeanne. Más de una vez Nick Cruickshank ha presenciado, fascinado, su preparación: las hojas externas de las alcachofas se quitan y se ponen a hervir hasta obtener un caldo verde y rico de sabor; las partes internas se limpian con cuidado, quitando las puntas punzantes y la pelusa. Luego se cortan en rebanaditas delgadas y se saltean ligeramente en el sartén con ajo y aceite de oliva; antes de agregarlas al arroz en la olla de barro de bañar esto con pequeños chorros de vino blanco y luego con abundantes cucharadas de caldo verde, y de mezclar y mezclar con paciencia hasta agregar al final la mantequilla y el parmesano rallado los que se ocupan para que se haga cremoso. El resultado es lo más cercano a la perfección a la que puede llegar un *risotto* con alcachofas: el sabor dulce-amargo, muy intenso y puro; la consistencia deliciosamente cremosa que deja cada rebanadita, y cada grano de arroz que la lengua reconoce individualmente. Está a años luz de la descolorida, extenuada naturaleza de los *risotti* con alcachofas que le ha tocado comer en los llamados mejores restaurantes del mundo. A veces se asombra de haber aprendido a apreciar estas sutilezas; fue una trayectoria notable, dada la apresurada y despreocupada cocina de simple sobrevivencia de su madre hasta esto. (Recuerda bien las tres rebanadas de hígado puestas en un sartén con un poco de sal, sin nada de mantequilla, ni aceite, ni hojas aromáticas ni nada más, que luego y ponía totalmente encogidas y chamuscadas en los platos. «Ánimo, nutrémonos, chicos»).

o La mesa se divide entre aquellos que comen por gusto, como Aldino, Tom Harlan, su asistente, Maggie, Hugo Bertrand, el fotógrafo y el camarógrafo de *Star Life*, y aquellos que casi no tocan sus platos, como Tricia, que es anoréxica; Christie, que cuida la línea más que cualquier otra cosa en el mundo; la jefa de redacción, que tiene evidentes problemas de peso y se controla a la fuerza; la reportera, que por servilismo trata de hacer lo que hace la jefa; Wally, que ya bebió demasiado y que continúa bebiendo más que nadie, y Kimberly, que probablemente ya se atiborró de porquerías antes y ahora se limita a picar la comida.

r Aileen toma pequeñas cantidades de *risotto* con la punta del tenedor, se las pone en la lengua, moviendo con gran delicadeza las mandíbulas, totalmente derecha sobre su silla. Nunca es de las que se lanza sobre la comida; es capaz de pasar días enteros con un par de licuados de fruta, algunos caramelitos sin azúcar y litros de agua. Comer poco es una de las manifestaciones de su carácter, al igual que dormir poco: es capaz de conciliar el sueño a voluntad (con la ayuda de una píldora), pero luego da muchas vueltas en mitad de la noche, enciende la lamparita frontal para leer, revisa su celular para ver si le llegaron mensajes importantes; se levanta a hacer pipí, regresa a la cama, patatea, jala el edredón hacia su lado. Aun cuando duerme, parece que siempre existe la posibilidad de un arrebato, listo para tomarte por sorpresa apenas te relajas. Compartir la cama con ella es una especie de batalla continua, un ejercicio de resistencia al que Nick Cruickshank no se ha acostumbrado por completo. Una vez incluso se lo dijo, de un modo más ingenioso que se le ocurrió, para exorcizar el asunto, y ella no lo encontró para nada divertido; le rebatió que si le molestaba tanto deberían pensar en tener dos recámaras separadas. Él se preguntó si debía aprovechar esta oportunidad antes de que fuera tarde y responderle de inmediato que estaba de acuerdo, pero sabía que ella lo interpretaría como el cierre definitivo de la fase romántica de su relación. Le vino a la cabeza cuando sus padres habían decidido dormir en dos habitaciones separadas, veen menos de un año se había marchado de casa; así que pensó que tal vez es indispensable un mínimo de adaptación para vivir con alguien. Pero el hecho es que con su segunda mujer dormía muy bien sin tener que adaptarse a nada; al menos desde este punto de vista, el cambio no fue muy ventajoso.

a —*Alors? C'est bon?* —La señora Jeanne se asoma de nuevo al comedor para comprobar si su *risotto* les agrada.

e —*C'est grand!* —Nick Cruickshank le sonríe con agradecimiento, pero siente un verdadero disgusto ante la idea de tener que compartir un regalo tan especial con gente que no es capaz de apreciarlo plenamente.

—Mmm. —Por lo menos Aldino gime de satisfacción; Tom Harlan asiente, pero sin reconocerlo con palabras, y su delgado epárido asistente toma otro bocado con el tenedor, como si tuviera miedo de que le retiraran el plato.

a Aileen, en cambio, no deja de explorar el *risotto* con la punta de su tenedor, sin comentar nada; levanta una rebanadita de salcachofa, la mastica con empeño, vuelve a comentarles a los Bertrand de la expedición fotográfica de esta mañana, en una clara ostentación de desinterés por la obra de arte de la señora Jeanne.

z La señora Jeanne en realidad no es para nada intrusiva; se contenta con residir sin oposiciones en el reino de su cocina, saliendo sólo para servir la comida y retirar los platos. Tiene un sentido de los tiempos perfecto. No llega ni un minuto antes ni un minuto después, en sus gestos nunca hay señales de prisa ni de flojera. Ahora, por ejemplo, ha desaparecido de nuevo, escapando sin que nadie se haya dado cuenta.

e Nick Cruickshank trata de concentrarse en el sabor y en la consistencia de los últimos bocados en el tenedor, pero no puede dejar de poner atención a los gestos sospechosos de Aileen y a aquellos desganados de Wally, a la expresión bovina de Kimberly, a la mirada inquisitiva de la jefa de redacción de *Star Life*. Hace un esfuerzo por no mirar a nadie, pero sus ojos son imantados continuamente de derecha a izquierda, y con cada vistazo aumenta su exasperación, cargada de una variedad de motivos. Al final no resiste, voltea hacia Wally.

—¿No te gusta?

—Las alcachofas están duras. —Wally balbucea con la boca llena y una expresión de perfecta determinación—. El arroz no está lo suficientemente cocido.

Aileen voltea rápidamente hacia la jefa de redacción de *Star Life* y le muestra una pequeña sonrisa irónica. Esto es justo lo que estaba esperando: un ataque a la credibilidad de la señora Jeanne.

e —Sí, es verdad. —Kimberly llega al punto de torcer su boca de rana en una mueca asqueada, como si habitualmente se alimentara de cosas sublimes.

a Nick Cruickshank trata de pensar en una respuesta sarcástica y tal vez incluso un poco educativa, pero está demasiado decepcionado ante la idea de estar compartiendo mesa con personas que no le importan en absoluto o que simplemente detestan entre las cuales sobresale un bajista patán e imbécil que, por el hecho de haber sido arrastrado al éxito mundial, se convenció de que poseer quién sabe qué verdad. El pensamiento de haber pasado décadas alrededor del mundo junto a él y de encontrárselo de nuevo aquí, con su abominable esposa, de pronto le parece demasiado insoportable.

), —¿Qué tiene? —Wally, pese a su torpeza, debe leer algo en su mirada, porque contrae los músculos de la cara en una de sus expresiones más desagradables—. ¿Eh?

s —Nada, nada. —Hace algunos años Nick Cruickshank le habría tirado encima un vaso de vino, o por lo menos un pedazo de pan, tras lo cual los otros miembros de la banda se habrían puesto del lado de uno o del otro, y habría comenzado uno de esos pleitos destroza-restaurantes o destroza-hoteles que se volvieron parte de la mitología más trivial de los Bebonkers. Pero desde entonces él ha trabajado mucho para poder contener sus peores instintos: se limita a voltear la cabeza para otro lado y excluye a los dos Thompson de su campo visual.

e Aileen apoya el tenedor y una rebanada de pan sobre el *risotto* y aparta su plato aún medio lleno. Se voltea hacia él.

o —Mañana a las diez vienen Lucien Deleuze y Marissa con su equipo, para traer los pabellones y las demás estructuras.

Nick Cruickshank se siente instantáneamente entre la espada y la pared, como cada vez que le presentan un horario o un

fecha límite. «¿No podrían venir *pasado* mañana?».

a —No es que no puedan. —Aileen lo mira con sorpresa fingida y sacude un poco la cabeza—. Tal vez no te has dado cuenta pero hay poco tiempo, Nick.

o —Ah, claro. —Apoya el tenedor sobre la mesa y se levanta.

Aileen oscila entre ofendida y moderadamente alarmada. «¿A dónde vas?».

a —Nos vemos después. —Nick Cruickshank logra dibujar una sonrisa en sus labios, incluso les hace un gesto de despedida y los comensales con la servilleta antes de dejarla caer sobre el mantel.

u —Nick. —Aileen trata de detenerlo con la mirada, pero por supuesto no quiere hacer una escena delante de los huéspedes del equipo de *Star Life*, así que se voltea hacia el insoportable de Hugo Bertrand y simula estar repentinamente interesada en lo que está diciendo.

a Nick Cruickshank camina por el corredor y entra en la cocina.

a La señora Jeanne no se sorprende de verlo, sólo parece un poco preocupada.

l —*Ça va?*

e Él asiente a pesar de que está muy tenso: casi a punto de explotar, en realidad. Va hacia la ventana, regresa, se mete las manos en los bolsillos, las saca. Durante el transcurso de los años ha probado una variedad de técnicas para alcanzar el equilibrio interior, desde la yoga hasta el *shuai jiao* o la pintura, pero en realidad nunca lo ha conseguido; el desequilibrio se ha mantenido escondido dentro de él, a la espera del más mínimo pretexto para manifestarse. Es verdad que esto es parte esencial de su carácter: *el alma* de sus canciones, su principal fuente de inspiración, el motor que lo impulsa. Si lograra alcanzar un estado de calma permanente, hasta luego a Nick Cruickshank, y hasta luego a los Bebonkers. ¿Entonces?

La señora Jeanne le señala la gran tabla de olivo sobre la cual están colocados los quesos que llevará a la mesa después de *risotto*; no le dice nada, entre ellos existe la usual comunicación que no tiene necesidad de muchas palabras.

e Nick Cruickshank alarga la mano, quita un pedazo del *bleu d'Auvergne* con los dedos y lo come mientras camina por la cocina. Pero ya no tiene hambre; no puede dejar de sentirse acorralado y de pensar que en los próximos días el asedio sólo empeorará, cada hora más.

La señora Jeanne le echa dos o tres vistazos rápidos mientras recompone con un cuchillo el queso que acaba de ser mutilado y manda a Didiane a que retire los platos y cubiertos con la bandeja. Se limpia las manos en el delantal y va a sacar del refrigerador un recipiente de poliestireno blanco, lo pone sobre la mesa, quita la tapa, quita la hoja protectora de debajo de la tapa. Toma una cuchara y un tazón, los apoya al lado del recipiente y le hace una señal de invitación.

e Nick Cruickshank mueve la cabeza, pero de cualquier modo se acerca a la mesa, porque le disgusta rechazar sus ofertas. Pegado a la tapa de poliestireno blanco hay una tarjetita color amarillo pálido enrollada de forma apretada y amarrada con un hilo rojo. Deshace el pequeño nudo y estira la tarjeta: con pluma está escrito «La vida es demasiado breve como para desperdiciarla realizando los sueños de otros».

e La señora Jeanne lo observa de forma interrogativa, porque lo ve paralizado.

a Nick Cruickshank no logra moverse ni decir nada: por dentro tiene una extraña superposición de pensamientos y sensaciones sobre la que emerge el recuerdo de la vez en que su padre le citó esa misma frase de Oscar Wilde a él, o a su hermano o a su madre, probablemente a toda la familia. Como si su padre hubiera dedicado tan sólo *cinco minutos* de su propia vida a realizar los sueños de cualquier otro más allá de sí mismo. ¿Y él, en cambio? De alguna manera sus canciones tienen que ver con el sueño de los demás, es innegable: tocan cuerdas, crean resonancias. Pero de ahí a que él realice esos sueños, eso es otra cosa. ¿Y en su vida *personal*? ¿La de antes? ¿La de ahora?

La señora Jeanne que continúa escrutándolo, comienza a verse más preocupada.

e Él enrolla de nuevo la tarjeta y se la mete en el bolsillo. Pero aún se encuentra en un estado de suspensión, y le cuesta trabajo salir de él.

e Didiane entra de nuevo con el carrito cargado de platos y cubiertos sucios, y también ella lo mira extrañada. Desde la puerta que se cierra, llegan las voces y risas de las personas que están en el comedor. Es difícil afirmar que tengan sueños, pero pretensiones sí, eso seguro. Y muchas.

1, Nick Cruickshank toma la cuchara de la mesa, la sumerge despacio en la parte más oscura de los cuatro colores diferentes de helado; lo observa, se lo lleva a la boca, lo saborea despacio.

e

s

e

s

e

a

a

fecha límite. «¿No podrían venir *pasado* mañana?».

—No es que no puedan. —Aileen lo mira con sorpresa fingida y sacude un poco la cabeza—. Tal vez no te has dado cuenta, pero hay poco tiempo, Nick.

—Ah, claro. —Apoya el tenedor sobre la mesa y se levanta.

Aileen oscila entre ofendida y moderadamente alarmada. «¿A dónde vas?».

—Nos vemos después. —Nick Cruickshank logra dibujar una sonrisa en sus labios, incluso les hace un gesto de despedida a los comensales con la servilleta antes de dejarla caer sobre el mantel.

—Nick. —Aileen trata de detenerlo con la mirada, pero por supuesto no quiere hacer una escena delante de los huéspedes y del equipo de *Star Life*, así que se voltea hacia el insoportable de Hugo Bertrand y simula estar repentinamente interesada en lo que está diciendo.

Nick Cruickshank camina por el corredor y entra en la cocina.

La señora Jeanne no se sorprende de verlo, sólo parece un poco preocupada.

—*Ça va?*

Él asiente a pesar de que está muy tenso: casi a punto de explotar, en realidad. Va hacia la ventana, regresa, se mete las manos en los bolsillos, las saca. Durante el transcurso de los años ha probado una variedad de técnicas para alcanzar el equilibrio interior, desde la yoga hasta el *shuai juaao* o la pintura, pero en realidad nunca lo ha conseguido; el desequilibrio se ha mantenido escondido dentro de él, a la espera del más mínimo pretexto para manifestarse. Es verdad que esto es parte esencial de su carácter, *el alma* de sus canciones, su principal fuente de inspiración, el motor que lo impulsa. Si lograra alcanzar un estado de calma permanente, hasta luego a Nick Cruickshank, y hasta luego a los Bebonkers. ¿Entonces?

La señora Jeanne le señala la gran tabla de olivo sobre la cual están colocados los quesos que llevará a la mesa después del *risotto*; no le dice nada, entre ellos existe la usual comunicación que no tiene necesidad de muchas palabras.

Nick Cruickshank alarga la mano, quita un pedazo del *bleu d'Auvergne* con los dedos y lo come mientras camina por la cocina. Pero ya no tiene hambre; no puede dejar de sentirse acorralado y de pensar que en los próximos días el asedio sólo empeorará, cada hora más.

La señora Jeanne le echa dos o tres vistazos rápidos mientras recompone con un cuchillo el queso que acaba de ser mutilado, y manda a Didiane a que retire los platos y cubiertos con la bandeja. Se limpia las manos en el delantal y va a sacar del refrigerador un recipiente de poliestireno blanco, lo pone sobre la mesa, quita la tapa, quita la hoja protectora de debajo de la tapa. Toma una cuchara y un tazón, los apoya al lado del recipiente y le hace una señal de invitación.

Nick Cruickshank mueve la cabeza, pero de cualquier modo se acerca a la mesa, porque le disgusta rechazar sus ofertas. Pegado a la tapa de poliestireno blanco hay una tarjetita color amarillo pálido enrollada de forma apretada y amarrada con un hilo rojo. Deshace el pequeño nudo y estira la tarjeta: con pluma está escrito «La vida es demasiado breve como para desperdiciarla realizando los sueños de otros».

La señora Jeanne lo observa de forma interrogativa, porque lo ve paralizado.

Nick Cruickshank no logra moverse ni decir nada: por dentro tiene una extraña superposición de pensamientos y sensaciones sobre la que emerge el recuerdo de la vez en que su padre le citó esa misma frase de Oscar Wilde a él, o a su hermano o a su madre, probablemente a toda la familia. Como si su padre hubiera dedicado tan sólo *cinco minutos* de su propia vida a realizar los sueños de cualquier otro más allá de sí mismo. ¿Y él, en cambio? De alguna manera sus canciones tienen que ver con el sueño de los demás, es innegable: tocan cuerdas, crean resonancias. Pero de ahí a que él realice esos sueños, eso es otra cosa. ¿Y en su vida *personal*? ¿La de antes? ¿La de ahora?

La señora Jeanne que continúa escrutándolo, comienza a verse más preocupada.

Él enrolla de nuevo la tarjeta y se la mete en el bolsillo. Pero aún se encuentra en un estado de suspensión, y le cuesta trabajo salir de él.

Didiane entra de nuevo con el carrito cargado de platos y cubiertos sucios, y también ella lo mira extrañada. Desde la puerta, que se cierra, llegan las voces y risas de las personas que están en el comedor. Es difícil afirmar que tengan sueños, pero pretensiones sí, eso seguro. Y muchas.

Nick Cruickshank toma la cuchara de la mesa, la sumerge despacio en la parte más oscura de los cuatro colores diferentes del helado; lo observa, se lo lleva a la boca, lo saborea despacio.

JUEVES

JUEVES

NUEVE

Milena Migliari piensa que tenía razón al menos en una cosa de la discusión que tuvo ayer con Viviane: la temporada de helados no termina nunca. Le basta con mirar a su alrededor en este mercadito al aire libre que está en la plaza frente a la iglesia reducido a su expresión más simple, como siempre sucede en la segunda mitad de noviembre, y las ideas para los más exquisitos helados otoñales le llegan solas.

Puede utilizar estas castañas del Var, que son más pequeñas que las de Ardèche y no gozan de la misma fama ni de la denominación de origen: el color caoba de su cáscara brillante luce muy bonito mientras Richard, después de haberlas pesado en la báscula de su puesto, las deposita en la bolsa de tela que ella trajo. Tienen un sabor exquisito, forestal, almendrado, a pan de montaña, dulce, reconfortante, que se podría acentuar con un poco de miel de castaño producida por las flores de los mismos árboles de las que provienen las castañas. O puede utilizar las granadas de Bargemon que acaba de comprar dos puestos antes: el vendedor le hizo un pequeño corte con el cuchillo a la cáscara dura para mostrarle las semillas, de color rubí brillante, todas apretadas una contra la otra, relucientes, vivas, rebosantes de jugo agrídulce. O utilizar los caquis que Philippe cultiva cerca de Tourrettes y vende en el puesto de un poco más allá, en contenedores de tres para protegerlos, tan redondos y anaranjados como pequeños soles, en estos días en que cada vez están más cercanos a ponerse de color blanco y negro. No hay que ir muy lejos para encontrar estupendas sugerencias que pueden provocar ideas para nuevas recetas. A medida que se acerca el invierno, la cuestión se volverá aún más interesante: habrá que pensar en sabores aún no experimentados, y buscar nuevos enfoques para los tradicionales, como el chocolate amargo o la crema. Las ganancias serán limitadas debido a que más allá de los fines de semana no habrá casi nadie, e incluso durante los fines de semana vendrán pocos clientes, pero, como recompensa, sin la presión constante de la gente en el mostrador ella tendrá mucho más tiempo para estudiar, para inventar. Sí: el final de la temporada de helados es un lugar común, pero todo lugar común sólo sirve para darle seguridad a las personas carentes de imaginación.

Pero si el lunes debe comenzar con esto de la estimulación hormonal en el centro Plamondon, y con todo lo que seguirá, el tiempo y el espacio mental para ocuparse de los helados otoñales e invernales se reducirán mucho, eso es seguro. Y será aún peor con los helados primaverales y los de estío, por no hablar de los otoñales e invernales del próximo año. Estará completamente ocupada con la lactancia, el cambio de pañales y las preparaciones de papillas, más que con los helados. Sólo podrá dedicarse a su trabajo en algunos fragmentos de sus días, si le va bien; tal vez estará obligada a delegarle casi todo a Guadalupe, a simplificar las recetas, a renunciar a la investigación y a la experimentación. Tan sólo la idea le produce vértigo, la hace tropezar mientras pasa por los puestos de Marianne y Richard, que cada jueves vienen hasta aquí desde Luberon para traer sus quesos de cabra.

Se pregunta si una de las razones por las que Viviane insiste tanto con la idea de tener un hijo es porque en realidad no está para nada contenta de verla tan entregada a sus helados. Tal vez al inicio le parecía un trabajo simple y un buen modo de mantenerla ocupada, pero no se imaginaba que ella se dedicaría a ellos con tanta pasión. Se acuerda perfectamente bien de cuando comenzó a obtener sus primeros resultados en verdad buenos, y a encontrar a los primeros clientes que los apreciaban, y se da cuenta de que apenas se encontraba al comienzo de un largo camino. En la noche se lo contó a Viviane, para compartir su entusiasmo. Viviane la escuchó, luego le sonrió como se puede hacer con una niña exaltada y le dijo: «Pero, *poulette*, al final un helado es un helado. Sólo se necesita que te quede bueno y nada más». Ella trató de replicar diciéndole que entonces también el masaje postural es sólo un *masaje* y nada más, que no habría ninguna necesidad de esforzarse tanto como para perfeccionarlo tampoco como para querer escribir un libro, con tantas premisas generales, explicaciones anatómicas, ilustraciones, fotos de calidad y todo lo demás. Viviane se había ofendido, como si las dos actividades no fueran mínimamente comparables y entre ellas hubiera la misma diferencia que hay entre un trabajo y un *hobby*. Tal vez debido a que comenzó a dar masajes posturales mucho antes de que ella se pusiera a hacer helados, tal vez porque ve los masajes como una necesidad y los helados como un antojo, tal vez porque sus ingresos son sin duda mayores, y mucho más constantes, pero aquí estaban de nuevo en los papeles que se asignaron ellas mismas, casi sin darse cuenta: la soñadora y la concreta, la que sigue las sutilezas intangibles de los sabores y la que trae el pan a casa.

Es un hecho que, en cierta medida, después de eso el apoyo moral de Viviane se redujo, y que ha seguido reduciéndose hasta transformarse en una especie de sorda resistencia hecha de dudas, críticas, objeciones y quejas más o menos explícitas. Ha comenzado a acusarla, en un tono cada vez menos bromista, de que pierde demasiado tiempo en estudiar y perfeccionar las recetas, que desmesuradamente gasta dinero en los ingredientes, que produce muy poco helado cuando la demanda es fuerte demasiado cuando la demanda es poca. Y a quejarse de los horarios, de verla regresar tarde a casa por la noche, de saber que cuando no está en la heladería está leyendo algún libro en la biblioteca o investigando en internet. Luego surgió la idea del hijo. Es difícil pensar que las dos cosas no estén relacionadas: definitivamente lo están. Entonces, ¿de dónde nace en realidad la idea del hijo? ¿De un impulso de amor? ¿De su necesidad por hacer planes a largo y muy largo plazo? ¿Del deseo de crear un vínculo que sea difícil de romper? ¿Del miedo a verla escapar, arrastrada por la pasión por el helado o por alguna otra pasión que aún no se manifiesta?

Otra cosa indiscutible es que Viviane ha manifestado una hostilidad creciente hacia su pasión por las danzas populares. También, con respecto a eso, al inicio le divertía que quisiera participar en el grupo de baile en Callian los viernes en la noche

decía que le parecía un bonito modo de expresar su carácter sociable y su exuberancia física. Una vez la acompañó y hasta formó parte en una danza tradicional bretona, y mientras regresaban a casa le dijo que le había gustado mucho verla bailar tan bien, que estaba orgullosa de ella. Pero luego su actitud cambió: se manifestaba en forma de burla y breves frases provocadoras casi todo los viernes por la mañana y a la hora del desayuno: «Pero ¿tienes que ir a bailar esta noche también?», «¿No te hartas de dar tantas vueltas y vueltas?», «Nadie va a *morirse* si no vas una vez». Tal vez le irrita la idea de que para ella el baile sea una diversión y también un compromiso, le molesta su lealtad hacia las otras personas que se reúnen cada semana en la sala debajo del viejo edificio municipal. Es un hecho que cada vez con mayor frecuencia se queja de tener que cenar sola después de una agotadora jornada de trabajo, mientras ella está afuera saltando como un grillo al ritmo de la música. Como si no fuera suficiente con los meses de verano, cuando regresa a la casa invariablemente tarde.

Es cierto que en junio, julio y agosto ella tiene abierta la heladería hasta las diez de la noche y luego con Guadalupe debe limpiar y dejar en orden el laboratorio y la tienda, así que difícilmente consigue bajar la persiana de cierre antes de las once. Pero se trata de su trabajo, no de un pasatiempo o un capricho. Y aun cuando durante esos meses se sale de la heladería por la tarde corre a casa para preparar una cena rica y que esté lista para calentarse, cuando regresa por la noche invariablemente se encuentra con una Viviane ceñuda, lista para hacer recriminaciones desalentadoras: la casa vacía, la tristeza de comer sola delante de la televisión, sin nadie con quién hablar. Así, al cansancio se le añaden el disgusto y el esfuerzo por hacer como si no pasara nada aunque tenga unas inmensas ganas de llorar. Pero con la danza es peor, porque Viviane la considera un juego inútil e infantil del que ella podría prescindir si le interesara ocuparse un poco más de su relación (que en la noche consistiría esencialmente en quedarse medio dormidas en el sillón, delante de la televisión). Hasta ahora se ha resistido, ya que bailar es muy importante para su equilibrio y aprecia a las personas con quienes lo hace, pero por supuesto que cada viernes termina sintiéndose terriblemente culpable, antes de las danzas, durante y después, cuando se apresura para regresar a casa sabiendo que encontrará a Viviane plena actitud de víctima. Hablando con las otras mujeres del grupo de baile se dio cuenta de que su situación se encuentra lejos de ser excepcional: casi todos los novios o maridos detestan la idea de que una noche a la semana ellas tengan deseos de dedicarse a las polcas, y a la mazurca, y a los valeses, y a las gigas, y a las danzas escocesas, y a la contradanza, y a la gavota, y a la *bourrée* y los círculos circasianos.

Pero este es un punto importante: porque ¿cómo es posible que su relación con Viviane, que al principio era mil veces más libre que sus anteriores relaciones con hombres, no sólo ha terminado por recrear los mismos estereotipos, sino por hacerlo de una manera enteramente *convencional*? ¿Por alguna razón en el mundo también debe haber entre ellas una parte ligera y una pesada, una que quiere abrirse y otra que quiere cerrarse, una que necesita espacio y otra que desea el control? ¿Cómo es posible que los celos y el sentido de posesión se hayan establecido casi del mismo modo en que le sucedía con Roberto y con los otros antes de él? ¿Es culpa suya, culpa de Viviane, culpa de ambas, culpa de la necesidad de seguridad que se apodera de cualquier pareja? ¿Es inevitable que tarde o temprano entre dos personas que están juntas nazca un conflicto de expectativas y de exigencias, independientemente del sexo de las dos personas?

Milena Migliari regresa de nuevo a la heladería con sus bolsas de las compras, Guadalupe le abre y ella se dirige a colocar todo sobre la mesa del laboratorio. Guadalupe le ayuda a sacar las castañas, las nueces, los caquis y las granadas: pronto las dos se encuentran ocupadas pelando, cortando y llenando las palanganas de acero para las primeras fases de las que surgirán algunos deliciosos helados otoñales, mirando de frente al llamado final de temporada de helados.

u
n
el
y
e
s
o
il
e
a

a
a
s
y
e
s
el
e
e

s.
e,

decía que le parecía un bonito modo de expresar su carácter sociable y su exuberancia física. Una vez la acompañó y hasta formó parte en una danza tradicional bretona, y mientras regresaban a casa le dijo que le había gustado mucho verla bailar tan bien, que estaba orgullosa de ella. Pero luego su actitud cambió: se manifestaba en forma de burla y breves frases provocadoras casi todos los viernes por la mañana y a la hora del desayuno: «Pero ¿tienes que ir a bailar esta noche también?», «¿No te hartas de dar tantas vueltas y vueltas?», «Nadie va a *morirse* si no vas una vez». Tal vez le irrita la idea de que para ella el baile sea una diversión y también un compromiso, le molesta su lealtad hacia las otras personas que se reúnen cada semana en la sala debajo del viejo edificio municipal. Es un hecho que cada vez con mayor frecuencia se queja de tener que cenar sola después de una agotadora jornada de trabajo, mientras ella está afuera saltando como un grillo al ritmo de la música. Como si no fuera suficiente con los meses de verano, cuando regresa a la casa invariablemente tarde.

Es cierto que en junio, julio y agosto ella tiene abierta la heladería hasta las diez de la noche y luego con Guadalupe debe limpiar y dejar en orden el laboratorio y la tienda, así que difícilmente consigue bajar la persiana de cierre antes de las once. Pero se trata de su trabajo, no de un pasatiempo o un capricho. Y aun cuando durante esos meses se sale de la heladería por la tarde y corre a casa para preparar una cena rica y que esté lista para calentarse, cuando regresa por la noche invariablemente se encuentra con una Viviane ceñuda, lista para hacer recriminaciones desalentadoras: la casa vacía, la tristeza de comer sola delante de la televisión, sin nadie con quién hablar. Así, al cansancio se le añaden el disgusto y el esfuerzo por hacer como si no pasara nada aunque tenga unas inmensas ganas de llorar. Pero con la danza es peor, porque Viviane la considera un juego inútil e infantil del que ella podría prescindir si le interesara ocuparse un poco más de su relación (que en la noche consistiría esencialmente en quedarse medio dormidas en el sillón, delante de la televisión). Hasta ahora se ha resistido, ya que bailar es muy importante para su equilibrio y aprecia a las personas con quienes lo hace, pero por supuesto que cada viernes termina sintiéndose terriblemente culpable, antes de las danzas, durante y después, cuando se apresura para regresar a casa sabiendo que encontrará a Viviane en plena actitud de víctima. Hablando con las otras mujeres del grupo de baile se dio cuenta de que su situación se encuentra lejos de ser excepcional: casi todos los novios o maridos detestan la idea de que una noche a la semana ellas tengan deseos de dedicarse a las polcas, y a la mazurca, y a los valeses, y a las gigas, y a las danzas escocesas, y a la contradanza, y a la gavota, y a la *bourrée* y a los círculos circasianos.

Pero este es un punto importante: porque ¿cómo es posible que su relación con Viviane, que al principio era mil veces más libre que sus anteriores relaciones con hombres, no sólo ha terminado por recrear los mismos estereotipos, sino por hacerlo de una manera enteramente *convencional*? ¿Por alguna razón en el mundo también debe haber entre ellas una parte ligera y una pesada, una que quiere abrirse y otra que quiere cerrarse, una que necesita espacio y otra que desea el control? ¿Cómo es posible que los celos y el sentido de posesión se hayan establecido casi del mismo modo en que le sucedía con Roberto y con los otros antes de él? ¿Es culpa suya, culpa de Viviane, culpa de ambas, culpa de la necesidad de seguridad que se apodera de cualquier pareja? ¿Es inevitable que tarde o temprano entre dos personas que están juntas nazca un conflicto de expectativas y de exigencias, independientemente del sexo de las dos personas?

Milena Migliari regresa de nuevo a la heladería con sus bolsas de las compras, Guadalupe le abre y ella se dirige a colocar todo sobre la mesa del laboratorio. Guadalupe le ayuda a sacar las castañas, las nueces, los cacahúes y las granadas: pronto las dos se encuentran ocupadas pelando, cortando y llenando las palanganas de acero para las primeras fases de las que surgirán algunos deliciosos helados otoñales, mirando de frente al llamado final de temporada de helados.

DIEZ

Esperar nunca ha sido una de las cosas que se le dan mejor a Nick Cruickshank; por el contrario, se puede decir con tranquilidad que la impaciencia es uno de los elementos dominantes de su carácter. No en el sentido de la ansiedad por ir, o hacer o tener, sino en el de la no-disposición a quedar en manos de los tiempos de los demás, ya sea por procedimientos técnicos: trámites burocráticos, decisiones empresariales o cambios climáticos. Ya sea que se trate de recoger un coche en el mecánico, o de tramitar un pasaporte en el consulado, o una guitarra en la fábrica de instrumentos de cuerda, o un *mix* final con el técnico de sonido o la fecha de salida de su nuevo disco en la casa discográfica, le sucede que a veces se vuelve agresivo si tratan de tenerlo a la espera. Esto sólo ocurre con lo que le interesa, naturalmente; lo que lo aburre o le cuesta trabajo mental podría posponerlo si los límites, relegarlo al estado de pensamiento elíptico que se aparece brevemente para luego desaparecer de nuevo (y luego volver a aparecer, claro).

De cualquier modo, hoy corrió diez kilómetros a través de los prados de la hacienda, pasó tres cuartos de hora en el gimnasio, tomó una ducha energética, y un rico desayuno a base de jugo de naranja, copos de avena, pan, queso y un delicioso *omelette* de la señora Jeanne, ni demasiado seco ni demasiado baboso, y sigue siendo muy temprano para ir al aeródromo. Lo único que puede hacer es quedarse en el estudio con la puerta cerrada con doble llave, tocar en el piano un *boogie-woogie* martilleado, marcando el tiempo con el pie derecho y esperando que nadie venga a molestarlo para pedirle cualquier cosa.

Cuando se harta del *boogie* y las yemas de los dedos le comienzan a doler de tanto golpear las teclas, se dedica a variaciones lentas sobre un tema en mi bemol que se le ocurrió hace unos días. Es una sucesión de acordes bastante normal, sin intuiciones armónicas inquietantes, pero él sabe que dentro de todo eso hay una canción. Es difícil explicar cómo le hace para saberle simplemente lo *sabe*. Tal vez pruebas sonidos durante semanas (o meses) sin que te quede ningún registro significativo y luego, en un momento dado, se te presenta una secuencia que no se disuelve en la nada como las otras, sino que regresa como una idea fija con su atmósfera propia, sus sombras, sus ecos. No es algo que puedas programar: es algo que sucede (o no sucede). Todo lo que puedes hacer es ponerte en un estado de sintonía, escuchar las señales y, cuando éstas lleguen, seguirlas como podrías seguir un sendero a través de la selva; sólo que este sendero se forma mientras vas caminando, paso a paso. No sirve de nada consultar brújulas, ni estudiar mapas, ni decidir itinerarios: el itinerario está ahí, debajo de tus pies.

Al menos esto es lo que le sucede a él, que no sabe leer ni escribir música y, bueno, ciertamente nunca ha estudiado composición. No tiene la más mínima idea de cómo Bach, Mozart o Beethoven compusieron: es posible que vieran con perfecta claridad panorámica los trayectos que querían seguir, que exploraran la selva como si estuvieran desde un avión mental. Él, en cambio, está inmerso en la selva, rodeado de hojas, ramas, troncos y toda clase de enredaderas a decenas de metros sobre su cabeza, y no logra distinguir ningún sendero hasta que este se le abre delante. Los acordes se le presentan uno tras otro, y después de un poco se le presenta también la melodía, y después le llegan las palabras, al menos aquellas clave, si no es que todas. Sólo entonces puede tratar de eliminar las desviaciones inútiles, las pausas y los contratiempos, pero siempre ateniéndose al sendero tal y como se le ha manifestado, sin intentar que cambie de dirección. Se trata de un respeto instintivo, mucho más que racional, nace de la conciencia de que cualquier intento de alterar el recorrido no funcionaría, porque el sendero ya está *allí*. Esta es la parte más difícil de explicar: el hecho de que antes la canción no estaba y luego es como si siempre hubiera estado, como si se hubiera escrito sola. Lo cual no quiere decir que no le haya costado trabajo, porque antes de descubrir cualquier sendero es indispensable *crear la selva*, y luego es necesaria una atención infinita a cada paso, el esfuerzo milimétrico por intuir y favorecer, tomar las medidas exactas en cada bifurcación, evitar terminar entre los canibales y las arenas movedizas. Siempre le ha sucedido así y, por lo que sabe, le sucede del mismo modo a los demás. Esto es válido para todas las canciones, no sólo para las bellas: también para las más feas, que en un momento no estaban y luego de alguna manera es como si hubieran estado siempre. Ahora que lo piensa: el verdadero problema no es explicar cómo se manifiestan las canciones; el problema es explicar *de dónde vienen*. Él se dio por vencido desde hace tiempo: no tiene la menor idea de dónde estaban las suyas antes de que él se sentara frente al piano, o tomar con la mano una guitarra y de sus dedos comenzara a salir algo sorprendente.

Otra cosa muy extraña es que la belleza de una canción puede ser independiente de la calidad intelectual o moral de quien la escribe. Conoce al menos tres o cuatro de sus colegas que son emocionalmente áridos, intelectualmente opacos y artísticamente comprometidos, quienes han podido escribir algunas canciones increíbles que han tocado el corazón y el alma de millones de personas. Es como si se hubieran manifestado *a pesar* de ellos, como si se les hubieran simplemente atravesado. Pero también es que intenta no ser ni árido, ni opaco ni comprometido, recuerda muy bien su profunda perplejidad cuando afloró «Refound» mientras tocaba la guitarra un desolado día en East Sussex. La secuencia de acordes y la melodía se le manifestaron de pronto como si alguna fuerza luminosa del universo se la hubiera soplado al oído mientras estaba en un estado de recepción perfecta, si estar concentrado en ningún otro objetivo. Inmediatamente después le llegaron las palabras, milagrosamente unidas a la música con la misma estupefaciente naturalidad. No tenía una grabadora consigo, así que tuvo que tocarla y cantarla durante tal vez dos o tres horas seguidas para exorcizar el miedo de olvidarla, después de lo cual fue como si «Refound» hubiera existido desde siempre.

Cuando les mostró la canción a los otros Bebonkers en el estudio de grabación en Londres, había espiado sus expresiones esperando oírlos decir «Pero ¡no es tuya! ¡La copiaste exactamente de esta otra!». En vez de eso, los tres se quedaron ahí

mirándolo fijamente y bastante asombrados, porque era innegable que se trataba de una canción bellísima, de esas que puede llegar a ti cada diez años si eres muy bueno y afortunado, o tal vez nunca. Y, sin embargo, siempre le quedó la duda de si realmente la había escrito él. Incluso fue a preguntarle a John Wilcox, el hombre con la cultura musical más vasta que él conoce, alguien que puede escribir una pieza para corno inglés en diez minutos o sacar un arreglo completo para una orquesta sinfónica en una tarde. Le hizo escuchar la cinta con el terror de tener que apagar la grabadora después de algunas notas y oírle decir que había una canción tradicional irlandesa o escocesa, o tal vez napolitana, con la misma melodía. Pero John la escuchó hasta el final, luego movió la cabeza y sonrió, con una mirada conmovida ante la conciencia de lo que acababa de suceder. «Es tuya, Nick».

Entre sus colegas, sólo algunos (muy pocos) han sido atravesados por una sola gran canción; otros (poquísimos) han logrado ser atravesados por varias, en diversas fases de sus vidas, como pescadores que atrapan un buen número de peces mientras los otros están ahí sentados, al borde del agua, con la caña en la mano, esperando un milagro que no llega nunca. El método y la disciplina son indispensables, pero por sí solos no son suficientes. Y no hay conocimiento teórico ni cierta cantidad de estudios que pueda garantizarte algo: ¿cuántas grandes canciones han sido escritas por graduados en el conservatorio, y cuántas por gente que no sabe leer ni escribir música, como él? Los porcentajes son increíblemente desfavorables para los graduados: lástima por ellos. Una hermosa canción es un *don*, y uno no puede buscar un don por su cuenta, este sólo se da. Pero la cuestión es: ¿quién te da el don? Y luego: ¿cómo hacerle para mantenerlo? ¿O para volver a tenerlo, si lo perdiste? ¿Debes llegar a un estado de ausencia, de infelicidad, de desesperación? Porque no cabe la menor duda de que las canciones tristes son más bellas que las alegres, y que en todo caso las pocas canciones alegres que son bellas están atravesadas por una nota de tristeza.

La cuestión es que no hay forma de obtener una bellísima canción del mismo modo en que Aileen produce sus creaciones e Anti-piel: después de haber aprendido las técnicas de corte y costura, y estudiado los trabajos de los grandes diseñadores, analizando los costos y hecho investigaciones de mercado y reunido un equipo de personas talentosas y competentes. Si intenta conseguir una canción así, todo lo que obtendrá será un conjunto de elementos sonoros ya escuchados; las estaciones de radio e internet están llenas de eso, y hay gente que saca mucho dinero de ahí, por supuesto. Pero hasta la más estúpida de las canciones pop, cantada por la idiota más vulgar, exhibicionista y en tacones imposibles, debe contener al menos una pequeña parte *obtenida de la nada*, y no ser construida sólo mecánicamente, para que haga resonar las cuerdas interiores de millones de personas. Al menos un elemento de origen misterioso, una pequeña secuencia no del todo explicable.

Al final es como cuando uno se enamora: no puedes decidirlo racionalmente, juntando los parámetros con base en los cuales una persona puede gustarte. Sucede o no sucede. Y, una vez que sucede, ¿hay algún modo de hacer que dure? Y, cuando termina: ¿qué haces? ¿Intentas repetir los gestos de cuando te enamoraste? ¿Regresas a los mismos lugares? ¿Dices de nuevo las mismas cosas que decías al principio? ¿Te vistes de la misma forma, esperando que la magia se repita? ¿Aunque sabes que no sucederá?

A propósito de repeticiones: ¿alguien alguna vez ha estudiado qué sucede en la cabeza de quien ha escrito una bellísima canción y debe seguir cantándola y volviéndola a cantar durante treinta años seguidos o más, concierto tras concierto? Cuando además, ¿qué pasa cuando se intenta que la canción suene siempre del modo más parecido posible a como la gente la recuerda, dado que muy pocos se ponen contentos al escuchar versiones irreconocibles a la Bob Dylan? Aunque, bueno, esto ya no les gusta a los fans del viejo Bob —excepto precisamente a aquellos que lo ven como el oráculo de Delfos—, y ya no digamos a los fans de los Bebonkers, con su obsesión por el presunto «sonido original». Sea lo que sea que entiendan por original, porque el sonido de los inicios era definitivamente más libre y ecléctico que el que ahora siguen replicando con tan fiable precisión. Probablemente quieren escuchar la fórmula a la que llegaron en un momento dado de los años noventa, después de una larga serie de experimentos que iban en varias direcciones, y que de ahí en adelante se mantengan igual. Es muy probable que incluso Picasso después de haber pasado por su período azul, el rosa, el africano, el del cubismo analítico, el del cubismo sintético y haber llegado al estilo que hoy cualquiera en el mundo puede reconocer de un vistazo, haya tenido deseos de cambiar de nuevo. Pero él sabía muy bien que esto no le habría convenido para nada; y, si no lo sabía, seguramente se lo hicieron saber sus galeristas.

¿Entonces? ¿Estará condenado a volver a cantar para siempre las mismas canciones, tratando de recrear el ánimo con el que las cantó la primera vez? ¿Aunque el espíritu se haya ido hace mucho? ¿No debería intentar hacer algo que refleje por lo menos un poco de lo que piensa o siente hoy, en vez de fingir que es un adolescente congelado en el tiempo (como predijo con exactitud su madre)? ¿No siente pena y vergüenza por sus colegas que interpretan al infinito la pieza que se inventaron al principio, aunque y no corresponda con su actual circunstancia en el mundo? Como Bruce, por ejemplo, que sigue proponiendo enérgicos lamentos sobre un *alter ego* marginado y prófugo por los suburbios de New Jersey, cuando la gente puede verlo fotografiado en la tribuna de visitantes distinguidos en el Jumping International de Mónaco o en el Rolex Grand Prix de Ginebra, mientras asiste a la actuación de su hija veinteañera sobre su caballo de ocho millones de dólares (uno de los diez o doce que posee). O Mick, que a sus setenta y dos años salta y gesticula en el escenario exactamente como lo hacía a los veintidós, y no ha subido un solo kilo desde los años sesenta, y sigue cerrando cada concierto con «Satisfaction» aunque ya le produzca ganas de vomitar. Pero, de lo contrario, ¿qué deberían hacer, pasar los días jugando golf? ¿Escribir canciones sobre la alucinación de tener hijos malcriados y arrogantes que no tienen otro sueño más que el de la adquisición de bienes materiales? ¿Hacer que les pongan un sillón en el escenario, cantar sentados sobre el hastío de pintarse el cabello cada tres días, o sobre la dificultad de encontrar asesores financieros que no se escapen a Paraguay con su dinero?

Se trata de preguntas inútiles: la inspiración llega o no llega, la evolución personal sigue caminos no predecibles y la integridad artística es casi siempre una actitud, cuando no un pretexto para fracasados. Lo más que puede hacer es cultivar una ética de artesano, ser honesto consigo mismo y crear formas en las cuales pueda filtrar un poco de luz, con milagrosa infrecuencia; la alternativa es abandonar todo, desaparecer. Si no puedes, o no quieres, por lo menos no te quejes: ahórrate los lamentos y l

nautoconmiseración, muchas gracias.

e Nick Cruickshank pasa por delante de un ventanal, y ve una pequeña caravana de camionetas que avanzan con cautela por el
epasto de delante de la casa, dirigidos por las señas de Aileen, a la que dejan actuar Tricia, Maggie, Tom Harlan, su asistente y todo
el equipo de *Star Life*, mientras Aldino los vigila. Vacila sólo un segundo, luego se desliza afuera del estudio tan rápido como un
ladrón, camina por el corredor y sale por la puerta trasera antes de que alguien pueda interceptarlo.

o

n

s

il

e

s

s,

n

o

s

n

s,

s

e

s

a

il

s

l,

s

a

),

l,

a

e

e

e

e

),

o

a

e

n

u

a

s

a

s

s

),

s,

y

o

a

a

l;

a

autoconmiseración, muchas gracias.

Nick Cruickshank pasa por delante de un ventanal, y ve una pequeña caravana de camionetas que avanzan con cautela por el pasto de delante de la casa, dirigidos por las señas de Aileen, a la que dejan actuar Tricia, Maggie, Tom Harlan, su asistente y todo el equipo de *Star Life*, mientras Aldino los vigila. Vacila sólo un segundo, luego se desliza afuera del estudio tan rápido como un ladrón, camina por el corredor y sale por la puerta trasera antes de que alguien pueda interceptarlo.

ONCE

A Milena Migliari los caquis siempre le han parecido frutos mágicos: tan intensamente anaranjados en los árboles otoñales ya sin hojas, astringentes cuando están recién cortados, de un dulce intenso cuando están maduros, dorados y casi líquido debajo de su cáscara delgada. A muchos no les gustan, tal vez por su naturaleza viscosa o por cómo se comen, alargando la lengua, frunciendo los labios, succionando y mojándose la nariz, la barbilla y las manos con su dulce baba. Los caquis son misteriosos. Y en el interior de la semilla se esconden minúsculos cubiertos blancos: de verdad. Ella lo descubrió hace sólo poco años, gracias a su amiga de la infancia Alessandra, a la que llaman Míciór; al principio no lo quería creer, ni siquiera después de que Míciór le mandó por mail un artículo con muchas fotografías. Tuvo que hacer la prueba ella misma antes de convencerse de esto: si cortas la semilla de forma horizontal, encuentras un brote blanco con la forma de un tenedor, una cuchara o un cuchillo pequeñísimos pero dibujados con precisión. Según algunas tradiciones campesinas, se puede prever cómo será el invierno dependiendo del cubierto miniatura que encuentres en las semillas de los caquis: una cuchara quiere decir que llegará la nieve paladas; un cuchillo, que el frío será helado; un tenedor, que no estará tan mal. Lástima que los caquis con semillas son cada vez más difíciles de encontrar; si un día los seleccionadores de plantas lograran desaparecerlas del todo, la gente pensaría que se trata de una leyenda. Para el helado el reto es que el resultado final no quede empalagoso, teniendo en cuenta que se trata de un fruto que ya es bastante dulce, así como mantener su sabor, su color y en la medida de lo posible su natural consistencia. En definitiva: el helado de caqui es uno de los menos simples de hacer, y, por lo tanto, uno de los más interesantes.

Pero ahora alguien toca la puerta de vidrio de la heladería: el insistente golpeteo llega hasta el laboratorio pese a una canción pop-rock francesa que sale de la radio.

Milena Migliari no tiene ningún deseo de que la interrumpieran en medio de la elaboración, así que le hace señas con la cabeza. Guadalupe, que de todos modos debía salir a comprar un paquete de nuevos botes de poliestireno expandido en el negocio del señor Deleuze.

Guadalupe va a ver quién es, y pocos segundos después regresa en un estado de extrema agitación: mueve las manos, le cuesta trabajo encontrar las palabras.

—¿Qué diablos pasa? —Milena Migliari se pone instintivamente a la defensiva.

—¡Es Nick, el cantante de los Bebonkers! —Guadalupe da de saltos, sin calmarse—. ¡De los del concierto del domingo en el aeródromo! ¡Es él, te lo juro!

—¿Y qué quiere? —Milena Migliari se avergüenza al ver a su asistente tan emocionada por el impacto de la celebridad, y se molesta ante la idea de que cualquiera, famoso o no, venga a interrumpirla cuando en la puerta de vidrio hay un letrero inconfundible que dice *Fermé*.

—¡No lo sé! ¡Está ahí afuera! ¡Me hizo señas! —Guadalupe no deja de moverse, se limpia las manos en el delantal, se arregla el gorro de la cabeza, luego se asoma para echar otro vistazo a la tienda.

—¿Te calmas, por favor? Pregúntale qué quiere. —Milena Migliari no deja de trabajar con la cucharita de bordes dentados para quitar de la pulpa de los caquis los filamentos blancos, que tienen un sabor ligeramente amargo, pero comienza a inquietarse también ella.

—¿Cómo le hago para preguntarle qué quiere? —Guadalupe la mira, impaciente.

—Pues ¡se lo *preguntas*! ¡Le abres la puerta y le preguntas qué quiere! —Sí, ella ya está agitada también, y todo por alguien quien ayer ni siquiera reconoció cuando se lo encontró de frente, lo cual es doblemente ridículo.

Guadalupe respira profundamente como para prepararse para quién sabe qué heroicidad, luego regresa a la tienda. Se oye el ruido de la llave en la cerradura, luego una voz de hombre con un acento inglés un poco arrastrado.

—*Bonjour, je suis désolée de vous déranger, mais je voulez...*

—*Pas du tout! Vous nous ne dérangez pas du tout, Monsieur Nick!* —La voz de Guadalupe se vuelve aguda de la emoción— ¡Oye, Milena!

—¡Yo no puedo salir de aquí! —Milena Migliari no tiene ninguna intención de involucrarse, así que hace un esfuerzo por concentrarse en la pulpa de los caquis.

Pero Nick Cruickshank ya está aquí, asomado en la puerta que separa la tienda del laboratorio: le sonrío con ese aire de joven arruinado por la vida y, sin embargo, aún un poco joven, porque se lo puede permitir o porque no puede evitarlo. «Buenos días».

—Buenos días. —Milena Migliari se da cuenta de que no está siendo nada cordial, pero la verdad es que se siente invadida en su espacio privado y, por si fuera poco, en un momento en el que no le parece tener buen equilibrio. Señala la bandeja que tiene la pulpa de los caquis—. Disculpa, pero estoy trabajando.

—Eso veo, espero no molestarte. —Tal vez Nick Cruickshank está un poco apenado, o tal vez no. Trae una chamarra de motociclista de piel o piel falsa, un suéter verde con un símbolo indescifrable, una bufanda color rojo sangre, unos *jeans* negro descoloridos y unas botas con hebillas: parece un vestuario que ya ha usado en varias representaciones—. Quería decirte algo.

—¿Qué? —Por autodefensa, a Milena Migliari le salen un tono seco y una mirada dura.

Guadalupe, que le da la espalda al refrigerador, parece afligida: quizás esperaba que la estrella de rock fuera recibida con miles de agasajos, ofertas para probar los helados, felicitaciones por sus canciones y amabilidades varias.

—Tus helados son increíblemente buenos. —La actitud de Nick Cruickshank es tan seria que no se entiende si lo dice en serio o si está bromeando.

—Gracias. —Milena Migliari apenas sonríe y apenas asiente: trata de no perder el equilibrio de sus expresiones faciales corporales.

—En realidad son los *mejores* helados que he comido *en mi vida*. —El timbre de voz de Nick Cruickshank, un poco ronco, tiene un carácter extremadamente familiar, está cargado del eco de quién sabe cuántas canciones: lugares, historias y momentos relacionados con ellas.

—Me da mucho gusto. —Milena Migliari se da cuenta de que está sonriendo mucho más de lo que quisiera, pero no puede hacer nada, los gestos se le salen solos. ¿Cómo se le hace para mantenerse indiferente frente a una frase de este tipo, pronunciada con tal grado de convicción?

Al verla menos hostil, Guadalupe descubre que tiene los dientes muy blancos, y ella misma se ajusta el cabello bajo el gorrito y sigue viendo a Nick Cruickshank con ojos de adoración.

—No lo digo en el sentido intolerablemente *vacío* que se usa normalmente. No es una *fórmula*, te lo juro. —En sus ojos hay una luz de sinceridad no filtrada, desconcertante. Huele a pachuli, o a marihuana o a ambas cosas juntas.

—¿No? —Milena Migliari hace un esfuerzo por volver a poner una expresión contenida, pero hay algo que le altera ligeramente el ritmo del corazón. ¿Por qué, entonces? ¿Qué crédito puede darle a la opinión de alguien que casi seguramente tiene el sentido del gusto alterado de modo permanente por quién sabe cuántas drogas que se ha metido durante décadas? Alguien que muy probablemente ayer se fumó un porro antes de probar su helado, y que en realidad habría apreciado cualquier sustancia dulce. ¿También ella es víctima del impacto de la celebridad, como Guadalupe?

Nick Cruickshank hace un gesto: sus movimientos son fluidos, pero con pequeños empecinamientos que parecen dictados por dudas repentinas o inspiraciones; no por verdaderos arrebatos, pero casi.

—Y eres *atrevida*.

—¿Por qué? —Milena Migliari se da cuenta de que parece ansiosa por tener una respuesta; quisiera poder regresar el tiempo por unos segundos y limitarse a una sacudida de hombros.

Nick Cruickshank apoya la frente en su mano como si persiguiera sensaciones difíciles de traducir en palabras.

—No buscas que ningún sabor resulte más *simple* o más *convinciente* de lo que es.

—¿Sí? —Ella intenta esconder de nuevo las emociones que la atraviesan, pero no lo logra.

Nick Cruickshank asiente, con gran energía. «Logras tomar la *esencia* de cada sabor, y todas las sensaciones, recuerdos y asociaciones encantadoras, y también *defectuosas*, que esta destaca».

Milena Migliari siente cómo se sonroja, aunque esta es la última cosa en el mundo que desearía, y al mismo tiempo la asalta un deseo incontrolable por comprender por qué alguien como él decidiría decirle lo que acaba de decirle.

Guadalupe voltea a verla a ella y luego a él, incierta. Su inglés deja mucho que desear, pero lo que no logra descifrar por completo no son las palabras: es el *sentido* de su intercambio.

Nick Cruickshank hace un gesto para señalar el laboratorio y su equipamiento.

—¿Podría echarle un vistazo?

—Mientras no entres con esas suelas. —Milena Migliari habla sin reflexionar, tal vez para afirmar la jurisdicción de su territorio o para no dejarse invadir más de lo que ya ha sido invadida.

—Oh, discúlpame. —Nick Cruickshank da un salto hacia atrás, con gran agilidad, y asoma solamente la cabeza.

Milena Migliari siente una especie de cosquilleo, como le sucede cuando se da cuenta de que consiguió un helado más bueno de lo que esperaba, o que logró dominar un paso específico de danza. Le hace una señal a Guadalupe. «¿Puedes darle un par de fundas para los zapatos?».

Guadalupe va de inmediato a tomar la caja del armario, extrae dos fundas esterilizadas de plástico transparente y se la ofrece a Nick Cruickshank.

Él las toma, las estudia de cerca como si fueran objetos misteriosos y se las pone con una destreza que disuelve su perplejidad inicial. Da dos pasos que crujen en el laboratorio y se mira los pies. «Guau».

—También un gorro. —Milena Migliari insiste en su actitud de firmeza.

Guadalupe se apresura a sacar un gorro de tela sin tejer de la caja y se lo pasa a Nick Cruickshank.

Él recoge su cabello largo, que es un poco negro y un poco gris, y lo mete en la gorra, adoptando una expresión graciosa.

—Es por la legislación sanitaria. —Milena Migliari se da cuenta de que sus exigencias rozan el límite de lo ridículo, pero en este momento siente la necesidad de tener barreras de protección de algún tipo. Además, le fastidia ser observada por Guadalupe que está completamente embobada, así que le hace una seña para decirle que vaya a comprar los contenedores de *monsieur Deleuze*.

A Guadalupe le toma un par de segundos reaccionar, luego se sacude. «Voy, voy». Igualmente le toma un tiempo muy largo salir del laboratorio, y también salir de la tienda y cerrar la puerta de vidrio.

Nick Cruickshank hace una media reverencia y le alarga una mano.

—Ayer ni siquiera nos presentamos. Soy Nick.

—Milena. —Ella alarga la mano desde atrás del mostrador de fabricación y se la estrecha.

—Bonito nombre. Mi-le-na. —Nick Cruickshank camina por el laboratorio con las fundas y el gorro transparentes, que combinan de forma surrealista con su ropa de rockero. Examina las vitrinas de congelación, el pasteurizador, la mantecadora, la

otinas de maduración, el abatidor de temperatura. Todo con una actitud de gran respeto, como si estuviera en el estudio de un gran artista.

y —¿Y qué sabor te gustó más? —Milena Migliari no sabe por qué se lo preguntó; pedir un juicio a quien prueba sus helados es algo que no hace nunca, realmente nunca. Al principio le preguntaba su opinión a Viviane, pero luego dejó de hacerlo, ya que nunca se le iluminaban los ojos nunca; ella sólo decía «Está bueno» o «Sí».

s Nick Cruickshank hace una expresión de sufrimiento, como si lo estuvieran obligando a tomar una decisión demasiado dolorosa.

e —Puedes decírmelo. —Milena Migliari se pregunta por qué está siendo tan insistente. ¿Será por el modo en el que él la mira, por su curiosidad no atenuada? Pero ¿no había decidido hace cuatro años que ya tenía suficiente de las miradas de los hombres, fueran las que fueran sus intenciones? ¿Será simplemente que le emociona hablar de helados con alguien que puede hacer comentarios y observaciones que no son banales?

—El de almendra era *estelar*. —Nick Cruickshank hace un movimiento de ola, levantando la mano hacia el techo. Sus movimientos tienen una dimensión teatral, pero extrañamente no parecen fingidos; es como si pertenecieran a otra dimensión, otra época.

a —¿Y luego? —Ella sigue preguntándole, presionándolo aún más. Es absurdo, sí, pero quiere hacerlo.

e —Ese de *granada*, Dios mío. —Nick Cruickshank hace otro movimiento semicircular—. El color, la intensidad. Conmovedor

e —¿Supiste que era granada? —Milena Migliari no puede disimular nada, ni siquiera su sorpresa.

a Nick Cruickshank la mira, parece desconcertado.

—¿Cómo habría podido no darme cuenta? Lograste conservar de un modo tan maravilloso su sabor dulce y ácido, ligeramente tánico, *vivo*. No lo banalizaste, no lo rebajaste, capturaste su alma natural. Encontraste el punto exacto de convergencia entre la *verdad* y el *placer*.

—¿Sí? —Milena Migliari se da cuenta de que está nerviosa, pero, por otro lado, esta es la primera vez que escucha a alguien hablar así de sus helados. Está bien, tiene admiradores como Katharina y Ditmer Bouwmeester, que producen chocolate artesanal de gran calidad cerca de Utrecht y en julio vienen aquí todos los días, o ese Liam Bradford, cuya fantástica reseña en el blog motivó a la mujer inglesa a que hiciera su superencargo, o Marianne O'Neil, que dedicó un poema a su Durazno Silvestre de Saint-Paul-en-Forêt. Pero ninguno de ellos le había hablado nunca con la urgencia emocional de este *rockstar* inglés, con esa pasión en la mirada y en la voz, en los gestos, en los pasos, en la respiración.

y —Sí. Sí. Sí. —Nick Cruickshank inclina el torso y extiende los brazos de nuevo, como si estuviera en un escenario del siglo XVIII, pero durante una prueba, sin público en la sala. No hay síntomas de ostentación ni complacencia en su forma de ser, tan sólo una diferencia real con las formas de comportamiento del mundo ordinario.

Milena Migliari ya no sabe qué decir: no le salen las palabras. Vierte un poco de pulpa de caqui en la licuadora, agrega la leche cremosa que le compra en Montauroux a Didier Tornaud, el granjero novicio que antes de cambiar de vida era informático en Bordeaux.

Nick Cruickshank se le acerca, con un roce en las fundas de los zapatos.

—Pero quería decirte algo más.

u —¿Qué? —Milena Migliari ahora siente una pequeña oleada interior de alarma: le sube desde el estómago hasta el corazón.

Nick Cruickshank está a punto de decir algo, pero cambia de expresión, como si hubiera cambiado de parecer. Tiene una gracia tosca, que se corresponde con su elegancia desgastada, con la facilidad de sus movimientos. «Ese helado que parece de dáttil...».

e —¡No lo reconociste! —Milena Migliari siente un alivio inexplicable ante la idea de que él no haya podido identificar el sabor, y también un poco de desilusión. Pero el alivio prevalece, quién sabe por qué.

s —Oye, ¿quién te dijo que no lo reconocí? —Nick Cruickshank reacciona repentinamente con enojo ante la más injusta de las acusaciones.

d —El de dáttil lo hago cerca de Navidad. —Le llega una prisa absurda por acabar con la apasionada definición de la verdad y la que él parece estar empeñado, de archivarlo como un hombre superficial y presumido, convencido de poder hablar de la complejidad de los sabores sin poder entenderlos realmente.

Nick Cruickshank la mira con una luz encendida en los ojos.

—*Sé* de qué era. De jujube. *Ziziphus jujuba*.

n La sorpresa es tan grande que le llega como una descarga, hace que le flaqueen las piernas. En seguida le da risa, así que ríe de forma nerviosa.

ir Nick Cruickshank se queda perplejo por un momento, luego se ríe también él y golpea el piso con el tacón de una botina envuelta en la funda.

o Ambos ríen, por razones más que obvias. Y siguen riendo, parece que no pueden parar; tardan segundos en volver a estar serios.

Milena Migliari trata de recuperar la actitud que tenía cuando él entró, entre desconfianza y curiosidad controlada, pero no lo logra.

—¿Qué sabes tú del jujube?

e Nick Cruickshank levanta los hombros y sonríe.

s —¿Tienes una idea exacta de lo que puedo o no saber?

n —Claro que no. —Ella mueve la cabeza, aunque en realidad sí se había hecho una idea, y en esa idea no cabía ni siquiera la posibilidad de que él supiera que los jujubes *existían*.

s Nick Cruickshank se ajusta el gorrito de la cabeza: jala el elástico y lo suelta. «Sabes, en la *Odisea*, cuando Ulises y sus compañeros desembarcan en la isla de los lotófagos y caen ante la tentación de comer los frutos mágicos que les harán olvidar a sus mujeres, familias y hasta la nostalgia de su casa...».

o —¡Eran jujubes silvestres! —Milena Migliari siente que el corazón se le sale y que le pica la piel del rostro.
—¡*Ziziphus lotus!* —También Nick Cruickshank se emociona y da una especie de saltito.

l, —¡Sí! —Sus voces se sobreponen, parecen igualmente estupefactos.

s, Milena Migliari se hace un poco para atrás y mueve despacio la cabeza. «Pero *nadie* conoce los jujubes. Son frutas prácticamente olvidadas».

—Yo tengo un árbol en Sussex, muy viejo. —Nick Cruickshank hace una señal, como indicando hacia dónde está Sussex—
sHace tiempo la gente pensaba que traían suerte a la casa.

a —Sí. —Milena Migliari habla más fuerte de lo quisiera, pero toda su percepción de sí misma está turbada.
Nick Cruickshank, por su parte, sigue teniendo una mirada extremadamente concentrada.
—Son frutas tan simples, y extrañas. Cuando todavía están claras, y no del todo maduras, saben a manzana, ¿no? Toman su verdadero sabor hasta que se oscurecen y se arrugan.

Ella asiente con mucho énfasis.
—Y son muy dulces, pero sus hojas contienen una sustancia que *anula* la percepción de lo dulce. Se llama zizifina.

), Él la mira sin decir nada, parece encantado.

e Ella no quiere apartar la mirada, pero sigue sintiendo un cosquilleo en el rostro; para no parecer estúpida, trata de poner un expresión impaciente, aunque no está nada segura de que vaya a salirle bien.

n —¿Qué es lo otro que me querías decir?
e Él se pone una mano sobre los ojos, como para recordar la pregunta, luego vuelve a verla.

l —No decir, sino *preguntar*.

e —¿Qué me querías preguntar? —Ella siente de nuevo la pequeña oleada de alarma que le sube por dentro.
a —¿Por qué la maravilla es imperfecta? —Él la mira a la espera.
Ella se pregunta si debería buscar una respuesta cuidadosa, o decir una broma, pero al final habla sin reflexionar.

o —Porque no dura.
n Él se queda mirándola, su mirada es desconcertante por lo receptivo que parece, abierto, no afectado por juicios.
—Se va. Junto con el asombro, la curiosidad, la atención milimétrica, la diversión, el placer y la *alegría* que contenía.

e —Pruebas un helado *buenísimo*. —Ella se da cuenta de que tiene una mirada similar a la suya, que habla en un tono parecido al suyo, por alguna extraña forma de contagio—. Por un momento es tan deliciosamente frío, contiene el equilibrio más deslumbrante entre suavidad y compactación. Estás muy feliz de tenerlo entre las manos, de poder saborearlo. Y un momento después se ha terminado, eso fue todo. Y ni siquiera puedes tomar otro porque sabes perfectamente bien que no será lo mismo.
Él sigue viéndola; luego sonríe, pero sólo un poco.
—¿Sabías que eres aún más sorprendente que tus helados?

a —También tú eres bastante sorprendente, en realidad. —Ella le responde de nuevo sin reflexionar, en ese estado de ánimos descontrolado en el que están desde que comenzaron a hablar. En seguida piensa que no debió decirle algo así; pero ya lo dijo, y sucedió.

r; La mirada de Nick es tan concentrada que casi duele.
—¿Y los mensajes que escribes en esas tarjetitas amarradas con hilo rojo? A mí me salió uno increíblemente *oportuno*.

s —¿De verdad? —Ella encuentra cada vez más difícil mantenerse calmada en esta plática. Es como intentar parar un viento que te empuja con fuerza.
n Él se le acerca de nuevo, con un movimiento que parece incontenible.

a —Es que de verdad tienes algo *especial*.
Ella siente cómo la oleada de alarma se transforma en un miedo que se le sube a los pulmones y la deja sin aliento.
Él le pone las manos en las sienes y se le acerca, le da un beso en la frente.
Ella graba el movimiento del aire, la humedad de sus labios sobre la piel, el calor corporal, el olor a pachuli, marihuana y ambas cosas juntas, el roce de los gorros de plástico, que se tocan.
Está tan sorprendida que, tan pronto él se separa, le da risa de nuevo, así que ríe, con el rostro enrojecido y el corazón palpándole de forma irregular.
También él ríe, a pocos centímetros de ella, con una expresión que irradia una alegría comunicativa de niño irrefrenable.

r Ella oscila entre sensaciones y pensamientos contradictorios: no comprende si ese beso fue lo más inocente del mundo, o lo más peligroso. ¿Puede seguir actuando con naturalidad con él? ¿Debería tomar distancia lo más rápido posible?

o Nick Cruickshank sonríe, pero a estas alturas también él parece un poco dubitativo. Hace uno de sus movimientos.
—Perdón, es que tiendo a ser *cariñoso* con las personas que me caen bien.
Milena Migliari piensa que también ella tiende a ser cariñosa con las personas que le caen bien: siempre le da por tomar a la gente del brazo, por tocar hombros, acariciar cabezas, dar pequeños empujones. Más de una vez ha discutido sobre esto con Viviane, que afirma que el contacto físico debe estar reservado exclusivamente a las relaciones íntimas, tal vez porque su trabajo

aconsiste en manipular cuerpos de extraños todos los días. Pero aquí no se trató simplemente de ser cariñosos, o como se le quiere llamar: él se le acercó y le dio un beso, aunque fuera en la frente. Sus cuerpos hicieron contacto con cierta presión, activaron sensaciones táctiles, aunque no por más de dos o tres segundos. ¿Qué tan inocente puede ser un gesto como este por parte de un hombre, sobre todo por uno que ha sido seductor serial desde hace décadas?

Nick Cruickshank debe percibir estos pensamientos, porque parece estar menos a gusto. Saca del bolsillo de los *jeans* un viejo reloj de bolsillo que tiene una cadenita de plata y lo mira como si de pronto tuviera una repentina urgencia: «Debo irme».

Milena Migliari intenta comprender qué acaba de suceder hace un momento y qué está sucediendo ahora, pero no logra tener una respuesta.

s Nick Cruickshank mueve una mano en el aire.

—Voy a volar. Con el planeador.

-. —Ah, debe ser genial. —Milena Migliari se da cuenta de cuán general es su frase, pero el hecho es que sus sensaciones y sus pensamientos siguen agrupándose sin ningún orden.

—Lo es. —Nick Cruickshank señala la pulpa de los caquis en la licuadora, que aún no se mezcla con la leche cremosa.

—Este helado también será una maravilla, estoy seguro.

u —Eso espero. —Milena Migliari asiente, sin estar convencida de nada.

Se oyen ruidos a la puerta de la tienda: es Guadalupe, que regresó y se ríe con alguien. Un momento después entra al laboratorio, pone en el suelo una caja con bandejas de poliestireno y mira a Nick Cruickshank aún más emocionada que cuando salió.

—Discúlpame, pero hay una amiga mía que me mata si no te tomas una foto con ella.

a Se asoma al laboratorio su amiga Delphine, la vendedora de la panadería cercana: apenas ve a Nick Cruickshank se pone a hacer caras y a gritar: «*Mon Dieu, c'est lui! Je ne peux pas le croire, c'est génial!*».

Nick Cruickshank sonríe, con una amabilidad evidentemente muy experimentada; se quita la gorra de la cabeza y se acomoda el cabello.

Milena Migliari intenta decirles a las dos chicas que lo dejen en paz, pero se abstiene. ¿Por qué debería proteger a alguien que vino a molestarla en medio de su trabajo y que incluso le robó un beso, aunque fuera en la frente?

Nick Cruickshank también se quita las fundas de los zapatos, sigue a Guadalupe y a Delphine a la tienda y se pone con la espalda contra el muro como para un fusilamiento.

Milena Migliari observa todo desde detrás de su mesa de trabajo, medio escondida por el marco de la puerta; piensa que en otros tiempos las chicas se habrían contentado con un autógrafo para ellas y tal vez para mostrárselo a alguna amiga, pero ahora se toman una prueba fotográfica para compartirla al instante con un número ilimitado de personas.

o Guadalupe y Delphine se pegan a Nick Cruickshank, costado con costado y sien contra sien, y sonríen con todos los dientes haciendo dos tomas con cada uno de los celulares; luego lo abrazan y lo besan en las mejillas, vibrantes de emoción. Sin duda, el contacto físico no es un problema para ellas.

—*Salut, je m'en vais.* —Nick Cruickshank concluye la situación con una cortesía firme, también muy experimentada. Se asoma al laboratorio, hace un gesto de despedida, siempre teatral pero decididamente menos enfático que cuando entró.

—Mil gracias por permitirme visitarte. Y otra vez felicidades, de verdad. Adiós.

o —Gracias a ti. —Milena Migliari le sonríe del modo más contenido que puede y regresa a su licuadora, pero antes de encenderla espera oír la puerta de la tienda cerrarse de nuevo. ¿Se habría quedado más tiempo si Guadalupe no hubiera traído su amiga con la grandiosa idea de tomarse *selfies* con él? Pero ¿a hablar de qué, después de que la conversación ya se había estropeado con ese beso en la frente? ¿Al menos habría aclarado la naturaleza de su acción? ¿Se habría entendido que fue un simple impulso sin ninguna connotación especial, o el reflejo automático de un hombre acostumbrado a confirmar su poder de seducción con todas las mujeres a las que conoce, aun con aquellas que no le gustan o que no están interesadas en él? Pero ¿por qué pierde el tiempo en pensar en eso? ¿Y por qué sigue inquieta de un modo tan ridículo? ¿Por qué le tiemblan las piernas, y la manos sobre la licuadora?

Guadalupe despide a Delphine entre más risas, cierra de nuevo con llave la puerta de la tienda y regresa al laboratorio totalmente emocionada.

—¿Viste qué amable es Nick? ¿Te das cuenta? ¡Y con los años que tiene siempre es el más *cool* de todos! Dame un minuto para postear las fotos y luego vengo a ayudarte.

—Hazlo, hazlo. —Milena Migliari enciende la licuadora, mezcla la pulpa de los caquis y la leche cremosa; el beso de Nick Cruickshank en su frente, y sus gestos y sus palabras antes del beso le dan vueltas en la cabeza del mismo modo, producen la misma revoltura total.

o

a

n

o

consiste en manipular cuerpos de extraños todos los días. Pero aquí no se trató simplemente de ser cariñosos, o como se le quiera llamar: él se le acercó y le dio un beso, aunque fuera en la frente. Sus cuerpos hicieron contacto con cierta presión, activaron sensaciones táctiles, aunque no por más de dos o tres segundos. ¿Qué tan inocente puede ser un gesto como este por parte de un hombre, sobre todo por uno que ha sido seductor serial desde hace décadas?

Nick Cruickshank debe percibir estos pensamientos, porque parece estar menos a gusto. Saca del bolsillo de los *jeans* un viejo reloj de bolsillo que tiene una cadenita de plata y lo mira como si de pronto tuviera una repentina urgencia: «Debo irme».

Milena Migliari intenta comprender qué acaba de suceder hace un momento y qué está sucediendo ahora, pero no logra tener una respuesta.

Nick Cruickshank mueve una mano en el aire.

—Voy a volar. Con el planeador.

—Ah, debe ser genial. —Milena Migliari se da cuenta de cuán general es su frase, pero el hecho es que sus sensaciones y sus pensamientos siguen agrupándose sin ningún orden.

—Lo es. —Nick Cruickshank señala la pulpa de los caquis en la licuadora, que aún no se mezcla con la leche cremosa.

—Este helado también será una maravilla, estoy seguro.

—Eso espero. —Milena Migliari asiente, sin estar convencida de nada.

Se oyen ruidos a la puerta de la tienda: es Guadalupe, que regresó y se ríe con alguien. Un momento después entra al laboratorio, pone en el suelo una caja con bandejas de poliestireno y mira a Nick Cruickshank aún más emocionada que cuando salió.

—Discúlpame, pero hay una amiga mía que me mata si no te tomas una foto con ella.

Se asoma al laboratorio su amiga Delphine, la vendedora de la panadería cercana: apenas ve a Nick Cruickshank se pone a hacer caras y a gritar: «*Mon Dieu, c'est lui! Je ne peux pas le croire, c'est génial!*».

Nick Cruickshank sonríe, con una amabilidad evidentemente muy experimentada; se quita la gorra de la cabeza y se acomoda el cabello.

Milena Migliari intenta decirles a las dos chicas que lo dejen en paz, pero se abstiene. ¿Por qué debería proteger a alguien que vino a molestarla en medio de su trabajo y que incluso le robó un beso, aunque fuera en la frente?

Nick Cruickshank también se quita las fundas de los zapatos, sigue a Guadalupe y a Delphine a la tienda y se pone con la espalda contra el muro como para un fusilamiento.

Milena Migliari observa todo desde detrás de su mesa de trabajo, medio escondida por el marco de la puerta; piensa que en otros tiempos las chicas se habrían contentado con un autógrafo para ellas y tal vez para mostrárselo a alguna amiga, pero ahora se toman una prueba fotográfica para compartirla al instante con un número ilimitado de personas.

Guadalupe y Delphine se pegan a Nick Cruickshank, costado con costado y sien contra sien, y sonríen con todos los dientes, haciendo dos tomas con cada uno de los celulares; luego lo abrazan y lo besan en las mejillas, vibrantes de emoción. Sin duda, el contacto físico no es un problema para ellas.

—*Salut, je m'en vais.* —Nick Cruickshank concluye la situación con una cortesía firme, también muy experimentada. Se asoma al laboratorio, hace un gesto de despedida, siempre teatral pero decididamente menos enfático que cuando entró.

—Mil gracias por permitirme visitarte. Y otra vez felicidades, de verdad. Adiós.

—Gracias a ti. —Milena Migliari le sonríe del modo más contenido que puede y regresa a su licuadora, pero antes de encenderla espera oír la puerta de la tienda cerrarse de nuevo. ¿Se habría quedado más tiempo si Guadalupe no hubiera traído a su amiga con la grandiosa idea de tomarse *selfies* con él? Pero ¿a hablar de qué, después de que la conversación ya se había estropeado con ese beso en la frente? ¿Al menos habría aclarado la naturaleza de su acción? ¿Se habría entendido que fue un simple impulso sin ninguna connotación especial, o el reflejo automático de un hombre acostumbrado a confirmar su poder de seducción con todas las mujeres a las que conoce, aun con aquellas que no le gustan o que no están interesadas en él? Pero ¿por qué pierde el tiempo en pensar en eso? ¿Y por qué sigue inquieta de un modo tan ridículo? ¿Por qué le tiemblan las piernas, y las manos sobre la licuadora?

Guadalupe despide a Delphine entre más risas, cierra de nuevo con llave la puerta de la tienda y regresa al laboratorio totalmente emocionada.

—¿Viste qué amable es Nick? ¿Te das cuenta? ¡Y con los años que tiene siempre es el más *cool* de todos! Dame un minuto para postear las fotos y luego vengo a ayudarte.

—Hazlo, hazlo. —Milena Migliari enciende la licuadora, mezcla la pulpa de los caquis y la leche cremosa; el beso de Nick Cruickshank en su frente, y sus gestos y sus palabras antes del beso le dan vueltas en la cabeza del mismo modo, producen la misma revoltura total.

DOCE

El aeródromo de Fayence-Tourrettes cubre un área de cuarenta y cinco hectáreas; las pistas son de hierba, la principal de ochocientos treinta metros de largo, y cuarenta y cinco de ancho. Nick Cruickshank lo descubrió hace muchos años, mientras recorría Europa buscando los mejores lugares donde pudiera volar con el planeador, y le gustó tanto que terminó comprando su casa a pocos kilómetros de allí y extendiendo la hacienda original con la adquisición sucesiva de las propiedades colindantes. No fue difícil, puesto que de un momento a otro todos se pusieron a subdividir sus terrenos en lotes y a venderlos para construir villas y chalets con estilo neoprovenzal. En poco tiempo la llanura se llenó de mucha porquería, las colinas también. El ayuntamiento estuvo feliz de reducir los requisitos mínimos para las concesiones y así llevarse todos los impuestos inmobiliario que pudiera. Como recompensa, él ahora encuentra un poco de descanso en su casa, rodeada de algunas docenas de hectárea verdes, a la que nadie puede acercarse a molestarlo. Lo cual hace bastante paradójico (de nuevo) que ahora se encuentre *animand activamente* a gente tan desagradable con ofertas de comida y alojamiento, bebidas alcohólicas y varias gratificaciones. Pero Aileen insistió mucho durante meses y meses, con su amable pero constante presión, sin descuidarla ni ceder. Y se le ocurrió la idea de combinar la fiesta privada con el concierto benéfico con un día de diferencia, como un paquete para venderle a *Star Life*, los administradores locales, a los habitantes de la zona, a los fans, a los demás miembros de la banda, a él.

Así que hoy continuarán llegando más y más invitados, y mañana irrumpirán aún más. Dado que en la zona hay poco hoteles, Aileen rentó todo lo que pudo encontrar, entre villas y casas del pueblo. Lo que por supuesto es una receta segura para producir agradecimientos y ofensas entre docenas de egos abrasadores que se medirán en relación con la calidad de sus alojamientos, se dividirán en grupos, se compararán con los que fueron hospedados en Vieux Oliviers y los que no. Habrá quien (como Noel) preferirá quedarse a dormir con su amigo oligarca ruso en Saint-Tropez, como afirmación de un principio; quien (como Kate) irá y vendrá desde Cannes, aunque en esta temporada Cannes es la desolación pura; quien (como Reina) fingir adaptarse sin problemas a un alojamiento regular y luego se quejará durante los próximos meses. Por no hablar de la perversa mezcla de amigos falsos y verdaderos, conocidos, colaboradores y socios de negocios, gente que vendrá a fisgonear, y gente que vendrá para lucirse, para ser fotografiada y filmada. Agreguemos a sus hijos y sus hijas, que se transportarán hasta aquí por su cuenta, o los traerán acompañantes que estarán listos para grabar y referir a sus madres cada mínimo detalle que puedan utilizar en el futuro como arma de chantaje. Y, naturalmente, el equipo de *Star Life*, que, con la arrogancia de quien paga la cuenta, hará de todo para mezclar y condimentar el guisado con el fin de hacerlo lo más atractivo posible para un público chismoso y mirón. Realmente, un bello panorama.

Además, por supuesto hay que ver cómo diablos le harán los Bebonkers para encontrar el tiempo y el ánimo para una prueba que no sea un simple *sound-check* antes del concierto del domingo, teniendo en cuenta que no tocan juntos desde hace al menos cinco meses y que la mitad de ellos estará devastada debido a la fiesta del sábado. Y también teniendo en cuenta que lo del domingo no será un concierto de bajo perfil: entre la causa benéfica y la curiosidad morbosa, habrá un mar de gente a la espera del memorable evento, y estarán la radio y la televisión, locales y nacionales. Más miles de celulares, que, con su *zoom* digital devastarán en halos terribles los efectos de luces estudiados con tanto cuidado por Jimmy Rose, y que con sus micrófonos de trece centavos distorsionarán atrocemente el trabajo de ese santo-maniaco de Jamie Cullingham en el *mixer*. Media hora después de que termine el concierto, fans de medio mundo se abalanzarán a YouTube para estudiar con lupa cada segundo de la hora y media de música, para hacer comparaciones con los conciertos del año pasado y con los de hace diez, o veinte o treinta años, listos para conmoverse, indignarse y confirmar orgullosos su pertenencia a una tribu, para alimentar nostalgias conmovedoras, para cargarse de rencor. Habrá seguramente quien dirá que los Bebonkers son maravillosos porque tocan cada canción como siempre, quien dirá que son patéticos porque se obstinan en hacerlo, quien dirá que son una leyenda viviente, quien dirá que son unos dinosaurios. También habrá un ejército de auténticos desdeñadores, de fans renegados o gente que nunca los ha amado de verdad, ansiosos por confirmar el hecho de que los Bebonkers se volvieron un producto tan comercial como la Coca-Cola, un grupo de cerdos millonarios a quienes no les importa nada del espíritu original de su música, ni el rostro de la imagen rebelde que aún tratan de proyectar. Casi puede imaginarse las acusaciones lanzadas sin ningún sentido, estratificadas en el gigantesco basurero de internet: el sonido estandarizado, el *Zeitgeist* perdido, los ideales traicionados, el cálculo monetario detrás de una buena causa, bla, bla, bla. Millones de frustrados incapaces de cualquier cosa notable, o incluso decente, ahí sentados frente a sus pantallas y pantallitas, listos para aprovechar errores inexistentes o a duras penas perceptibles, para escribir «Nick desafin terriblemente en el minuto 2.24!», o «Wally Thompson perdió el toque y le importa un carajo», o «¿En serio, Bebonkers?», o «Quisiera saber en dónde va a terminar el dinero de este llamado concierto benéfico del carajo», o «¿??? WTF???» y, sucesivamente. Entre más piensa en eso, el concierto benéfico del domingo parece más una especie de pesadilla. Y la fiesta del sábado, aún peor.

Lo único que tiene ganas de hacer ahora es ponerse al mando del planeador, que lo dejen caer y subir en círculos por el cielo y mirar este valle, las colinas y los montes desde lo alto hasta que las casas, las calles y las existencias que ellas contienen se vuelvan tan pequeñas como para desaparecer en la irrelevancia.

Jean Leblanc ya está allí esperándolo al lado del Glaser-Dirks DG-303 que sacó del hangar: le aprieta la mano con la fuerza de siempre. Sus ojos azules le brillan en su alargado rostro.

—*Salut*, Nick.

—*Salut*, Jean. —Se conocen desde hace una docena de años, y se ponen contentos cada vez que se ven, pero no tienen el hábito de hablarse mucho. Ahora hacen juntos una vuelta de control del planeador: lado izquierdo del fuselaje, ala izquierda, estabilizadores, timón de dirección, lado derecho del fuselaje. Revisan el gancho para el cable del remolque, la presión de inflado del neumático, con esa mezcla de casualidad y atención que se puede tener para acciones que se han repetido muchas veces, pero que siempre son de crucial importancia. Lucien, llamado *le Petit* por lo joven y delgado que es, llega con el paracaídas. A diferencia de Jean, a quien la música no le interesa para nada, él es un fan de los Bebonkers: cada vez que lo ve, se emociona al observar sus expresiones, sus gestos.

Nick Cruickshank se pone el paracaídas, regula las correas por su cuenta, aun cuando *le Petit* intenta asistirlo de todos los modos posibles. Abre la cabina, salta el flanco y se acomoda sobre el asiento; revisa la palanca de cierre, verifica barra y pedales; prueba el control de los *spoilers* y los del accionamiento del gancho de remolque. Ama estos preparativos: le dan una alternancia de ansia-tranquilidad muy parecida a la que siente cuando repasa la lista técnica junto al director de escenario en su camerino detrás del escenario, aunque sabe muy bien que él y su equipo ya se ocuparon de cada punto con el máximo escrúpulo.

Se mueve: Jean empuja el planeador, *le Petit* sostiene el ala derecha para que no toque la hierba. Se detienen unos veinte metros por detrás del Robin DR400, que está ya en configuración de arrastre. El piloto remolcador hace una señal de saludo, se acerca a revisar el cable, lo engancha, revisa la placa de seguridad del planeador. Hace una señal, se pone a los controles y enciende el motor.

Nick Cruickshank cierra la cabina, asegura los cinturones de seguridad, revisa los depósitos del lastre, de nuevo la barra, los pedales, pone los compensadores en posición de despegue, cierra y bloquea los alerones. Verifica los instrumentos, de izquierda a derecha, primero arriba y luego abajo: anemómetro, variómetro, altímetro de dos agujas, clinómetro, brújula magnética. Regula a cero el altímetro, enciende la radio, regula la frecuencia. La tensión se le sube por dentro, como cuando sale del camerino y va hacia la parte de atrás del escenario con los demás de la banda, lleno de expectativas ante una experiencia familiar que muy probablemente le dará satisfacciones intensas, pero en la cual la posibilidad de un desastre siempre está presente. Hace muchos años, uno de sus primeros instructores le dijo que un piloto de planeador tiene tres veces más posibilidades de matarse en un accidente de vuelo que en un accidente de coche, y que el vuelo a vela es una de las actividades que menos toleran la distracción, la ignorancia y la estupidez. La idea le gustó, y sigue gustándole; le parece una práctica útil, un caso en el que el riesgo vale definitivamente la pena. Le echa una ojeada al cono de viento desinflado en el asta, hace una señal con el pulgar hacia arriba. Está listo para el despegue.

El Robin DR400 se mueve hacia adelante con lentitud, el cable de treinta metros se desenrolla y se tensa, el planeador comienza a moverse sobre la hierba. *Le Petit* camina a su lado cada vez más rápido, sosteniendo el ala derecha; trota, la suelta; Jean está allá atrás, viendo todo con los brazos cruzados. Nick Cruickshank aprieta la mano sobre la palanca de mando, hace la palanca hacia atrás y el corazón le late un poco más rápido. Es como en los últimos pasos antes de aparecer delante de las luces del escenario, cuando la parte más primitiva del cerebro le hace tensar los músculos del cuerpo a la espera del impacto de la multitud de miles de personas extremadamente cargadas de expectativas, y la parte más evolucionada le impone que haga expresiones faciales y movimientos, en una enésima confirmación del *Cruickshank cool*.

El avión remolcador toma velocidad, las alas cortan el aire y comienzan a elevarse, la estructura del Gla-ser-Dirks salta sobre la hierba con una frecuencia creciente. Luego el planeador se despega de la tierra, poco antes de que se despegue el Robin DR400. Ambos suben, unidos por la tensión del arrastre y la vibración creciente. Nick Cruickshank vigila los instrumentos, mueve la palanca de mando para mantenerse ligeramente por encima de la estela del remolcador, de modo que no lo desequilibre ni se desequilibre él. Es un juego de fuerzas opuestas, un puente de fierro entre la gravedad, que quiere jalarte hacia abajo, y la densidad del aire, que te sostiene: una oscilación intensa entre lo natural y lo antinatural. El altímetro marca sesenta, ochenta, cien pies; los números crecen tanto como la distancia a la tierra y el susurro del aire sobre la cabina. El verde del pasto adquiere, primeramente despacio y luego rápido, unos contornos definidos; las calles que atraviesan la llanura se hacen visibles y comienzan a hacerse chiquitas junto a los coches que van sobre ellas, junto a las casas, a las piscinas azules, a los jardines alrededor de las casas, a los cobertizos, a los espacios de cemento que rodean los cobertizos. Ciento cuarenta pies, ciento ochenta, doscientos, doscientos veinte: después de poco tiempo los elementos del paisaje comienzan a perder progresivamente su significado habitual hasta que no conservan prácticamente ninguno cuando llega el momento del desenganche y se convierten en simples marcas sobre la superficie de la tierra, fruto de intenciones cada vez más difíciles de descifrar conforme se sube de altitud, cada vez más difíciles de tomar en serio.

De golpe hay un crujido violento: la tensión de arrastre se interrumpe, la velocidad se reduce de un momento a otro. El cable se rompió o desganchó, el avión se sobresalta, gira a la izquierda. Nick Cruickshank siente que el corazón se le desacelera, el sangre se le enfría; empuja de inmediato la barra hacia adelante en un reflejo adquirido en las simulaciones de emergencia, pone el planeador en picada para tomar velocidad y evitar el punto muerto, vira a la derecha. La diferencia es que ninguna de las simulaciones fue a menos de trescientos pies de la tierra, y ahora ya está a doscientos y sigue descendiendo: el paisaje se le acerca con una rapidez vengativa, sus elementos adquieren de nuevo su ordinario significado segundo a segundo. A esta altura el paracaídas no sirve para nada, sus dos alternativas son un aterrizaje sobre el filo de la navaja y el desplome. Cincuenta y cinco millas por hora; entre menor sea la velocidad, los márgenes de maniobra se reducen considerablemente, junto a las posibilidades de lograr aterrizar sin sufrir daños catastróficos.

Es extraño, porque Nick Cruickshank está extremadamente concentrado en sus cálculos mentales y los gestos necesarios

para hacer un viraje de ciento ochenta grados y tratar de tocar tierra en *back-track* sobre el césped del aeródromo, y mientras tanto le surgen pensamientos que no le ayudan para nada en la maniobra, al contrario. Es como si el sentimiento de fin inminente, de ayer por la mañana en el olivar hubiera sido en realidad una premonición de *esto*. Un accidente de vuelo a cientos de metros donde sería el concierto el domingo constituiría una magnífica conclusión en la bibliografía legendaria que le han construido sería también la manera perfecta de anular la fiesta del sábado. Ya no podría terminar la canción en la que estaba trabajando ayer por la noche. No podría volver a ver a Milena, la heladera italiana, ni saborear sus helados, ni tal vez darle otro beso en la frente. Más que de pensamientos se trata de híbridas instantáneas de imágenes y sensaciones que le atraviesan como relámpagos una parte del cerebro distinta a la que continúa ocupándose de la velocidad, la altura del suelo, el ángulo de maniobra y todo lo demás. Las dos partes funcionan de manera paralela e independiente, una caliente y una fría, en el poquísimo tiempo, que se reduce cada vez más rápido, y el espacio, que lo separa del impacto.

Nick Cruickshank está a pocas decenas de metros del suelo, aún en viraje, aún más o menos a la mitad entre la posibilidad de conseguirlo por un pelo y aquella de derrapar y estrellarse en la carretera que está allí abajo, o contra los árboles, peligrosamente cercanos, que delimitan el perímetro del aeródromo. Y, sin embargo, un instante después está sobre los prados, sin ningún obstáculo por delante; logra nivelarse, planea algunos metros, toca tierra con suavidad y da de tumbos sobre la hierba hasta detenerse.

Luego se queda inmóvil sobre el asiento, sin quitarse el cinturón de seguridad ni abrir la cabina. Respira despacio, espera que el corazón regrese a su latido normal, mira el viejo vochito Volkswagen color café con leche de Jean, que se dirige lentamente hacia él a través del césped. Pero esta vez no le disgusta no haber podido planear en lo alto del cielo el mayor tiempo posible, esta vez está bastante contento de estar de nuevo en tierra.

a

a

y

s

n

a

e

á

r

i.

a

s

a

a

e

);

a

e

d

s

o

e

s

s

e

a

e

e

a

l

s

a

l

o

s

s

para hacer un viraje de ciento ochenta grados y tratar de tocar tierra en *back-track* sobre el césped del aeródromo, y mientras tanto le surgen pensamientos que no le ayudan para nada en la maniobra, al contrario. Es como si el sentimiento de fin inminente de ayer por la mañana en el olivar hubiera sido en realidad una premonición de *esto*. Un accidente de vuelo a cientos de metros de donde sería el concierto el domingo constituiría una magnífica conclusión en la bibliografía legendaria que le han construido; sería también la manera perfecta de anular la fiesta del sábado. Ya no podría terminar la canción en la que estaba trabajando ayer por la noche. No podría volver a ver a Milena, la heladera italiana, ni saborear sus helados, ni tal vez darle otro beso en la frente. Más que de pensamientos se trata de híbridas instantáneas de imágenes y sensaciones que le atraviesan como relámpagos una parte del cerebro distinta a la que continúa ocupándose de la velocidad, la altura del suelo, el ángulo de maniobra y todo lo demás. Las dos partes funcionan de manera paralela e independiente, una caliente y una fría, en el poquísimos tiempo, que se reduce cada vez más rápido, y el espacio, que lo separa del impacto.

Nick Cruickshank está a pocas decenas de metros del suelo, aún en viraje, aún más o menos a la mitad entre la posibilidad de conseguirlo por un pelo y aquella de derrapar y estrellarse en la carretera que está allí abajo, o contra los árboles, peligrosamente cercanos, que delimitan el perímetro del aeródromo. Y, sin embargo, un instante después está sobre los prados, sin ningún obstáculo por delante; logra nivelarse, planea algunos metros, toca tierra con suavidad y da de tumbos sobre la hierba hasta detenerse.

Luego se queda inmóvil sobre el asiento, sin quitarse el cinturón de seguridad ni abrir la cabina. Respira despacio, espera que el corazón regrese a su latido normal, mira el viejo vochito Volkswagen color café con leche de Jean, que se dirige lentamente hacia él a través del césped. Pero esta vez no le disgusta no haber podido planear en lo alto del cielo el mayor tiempo posible, esta vez está bastante contento de estar de nuevo en tierra.

TRECE

Viviane viene a recogerla en coche a la heladería para ir a la cita con el doctor Lapointe en el Centro Plamondon, en Grasse. Cuando viajan juntas, Viviane siempre es la que maneja: no porque lo hayan decidido alguna vez, simplemente sucede así. Tal vez tiene que ver con el hecho de que Viviane es la que conoce mejor la zona y la que pasa más tiempo al volante todos los días. En cualquier caso, ella maneja su Peugeot de forma bastante agresiva, con giros bruscos, acelerados, hasta casi llegar a tener contacto con las defensas de los coches de adelante; frena hasta el último momento, hace cambio de marcha, tirona el auto al acelerar fondo para rebasar y correr por la carretera, que ya está libre. Milena Migliari piensa que al principio la forma de manejar de Viviane la ponía nerviosa y le daba seguridad casi en la misma medida, ya que le parecía una expresión de tensión interior, pero también de sentido práctico, destinada a un objetivo, sin el mínimo asombro para contemplar el paisaje. Ahora sobre todo le pone nerviosa: hace que ponga firmes los pies, que apriete las manos a los bordes del asiento y se presione contra el respaldo.

Viviane le echa un rápido vistazo de verificación.

—¿Todo bien?

—Sí, sí. —Milena Migliari piensa que en realidad nada está bien, pero no puede imaginarse explicándole el porqué: le parece que sería feo y desleal, y, además de todo, increíblemente tardío. Pero en este momento quisiera estar en la heladería terminando el helado de castaña, en vez de estar corriendo hacia Grasse y la catástrofe. Es verdad que Guadalupe ya conoce cada etapa de la elaboración y puede hacerlo sola sin ningún problema, pero le duele la idea de dejar un helado a la mitad, sobre todo para ir a un maldito centro médico a hablar de procedimientos para la fertilización *in vitro*. Lo que la lleva de nuevo a pensar que no podrá trabajar en pleno verano, cuando la gente hará la cola delante del mostrador y también afuera de la tienda. Tal vez tendrá que dejar de hacerlo a mitad de julio, porque, si todo va según los planes, será su octavo mes de embarazo y el doctor Lapointe ya le avisó (con una de sus sonrisas condescendientes) que los cambios de temperatura del frío del laboratorio al calor del exterior no sería lo mejor para una casi parturienta vieja como ella. Al oír que la definía así, ella se puso a reír, pero Lapointe le explicó que debería estar contenta, puesto que en la década de los setenta se consideraba vieja a una mujer que tenía un hijo alrededor de los veintiocho años, y ahora lo es alrededor de los treinta y cinco. Sin embargo, esto no hizo que el término le pareciera menos alucinante; como toda la terminología que ella y Viviane han asimilado en las citas con los médicos y en internet, y repitieron quién sabe cuántas veces en la casa como dos buenos pericos, en resúmenes insistentes de las etapas de lo que deberá suceder en su vida de aquí a los próximos meses (y años y décadas).

La cuestión es que, cuando te dedicas a un proyecto junto a la persona que amas, y además se trata de un proyecto que no está del todo aceptado socialmente y que además es ilegal en algunos estados, terminas por entrar en la perspectiva de un submarinista, usando una expresión de su padre que hasta hace tiempo le costaba trabajo entender. Ahora, en cambio, le parece que representa bien lo que puede suceder con dos personas que ponen juntas un caparazón de intenciones, convicciones y expectativas hasta encontrarse atrapadas dentro de él, convencidas de no poder salir sin ser aplastadas por la presión que ha justo afuera. Así que aquí están, en el submarino de su proyecto de maternidad; tan sólo al imaginar querer salir de ahí, se sienten como una traidora. ¿Pero qué debería hacer, continuar adelante por ciega lealtad? ¿Porque ya se comprometió? ¿Para tener contenta a Viviane? ¿Es una casualidad que ayer haya escrito esa frase de Oscar Wilde en una de esas notitas de los helados para los ingleses, sobre que la vida es demasiado breve para dedicarla a realizar sueños de otros? ¿No debería también ser *suyo* este sueño?

Siendo totalmente sincera consigo misma, no. No lo es. Siendo totalmente sincera, no está para nada convencida de que quiere tener una hija o un hijo, sobre todo de una manera tan poco espontánea y natural. Le parece absurdo, e incluso anacrónico encontrarse en la situación de una gallina ponedora con destino programado. Cargando toda la responsabilidad física y moral que ello implica: la presión de la persona que ama, la de los demás, la de la sociedad. Si lo piensa, no ha tenido una sola relación en la que el hombre con el que estaba no le hiciera ponderar, tarde o temprano, su función procreadora: o porque sentía horror ante la idea de que ella quedara embarazada, o porque, al contrario, lo consideraba la última meta de su relación. Intentando ver la cuestión con un mínimo de distancia y sentido del humor, esto es algo inaceptable. Tal vez era diferente en la época de las cavernas, cuando las vidas de los seres humanos estaban determinadas por una lucha entre intenciones y circunstancias, en la cual las circunstancias prevalecían casi siempre sobre las intenciones. O milenios después, cuando las mujeres no tenían elección a menos que quisieran quedarse solteras y ser compadecidas por todos, o ser consideradas brujas o locas. ¿Pero hoy?

Hay un estallido: el coche da un giro, derrapa, se jala hacia el carril contrario con un horrible ruido de arrastre justo cuando un camión se dirige directamente hacia ellas.

—¡Ay! —Milena Migliari grita y clava los pies, mira con terror la parrilla del radiador que se dirige hacia ella, cada vez más grande y cercano.

—¡Mierda! —Viviane gira el volante hacia la derecha con todas sus fuerzas, empleando todo su cuerpo, hace chillar las llantas al frenar apenas a tiempo.

El camión toca el claxon, furioso, y sigue adelante con un estruendo de chatarra; el desplazamiento de aire de su enorme costado hace que el Peugeot se balancee.

Viviane permanece aferrada al volante para no perder el control, frena, se estaciona y para.

El corazón le late con fuerza a Milena Migliari. Tiene la sangre llena de adrenalina.

—¿Qué sucedió?

—Se pinchó una llanta. —Viviane se ajusta los lentes sobre la nariz, y respira profundamente mientras cuenta con los dedos uno, dos, tres. Lo hace con bastante calma, teniendo en cuenta que acaba de evitar un choque frontal en el que probablemente habrían terminado como dos tortillas. Mete primera, avanza muy despacio durante algunos metros, arrastrándose y saltando, se detiene en un espacio de terracería al lado de la carretera. Ambas se bajan: la llanta delantera derecha tiene una rasgadura, está completamente baja.

—¿Y ahora? —Milena Migliari siente la más extraña alternación de miedo y alivio, por el riesgo terrible que han corrido también porque sabe que las citas del Centro Plamondon siguen un esquema implacable, y, que llegar tarde, incluso unos pocos minutos, significa tener que posponer la cita hasta quién sabe cuándo. Se pregunta si el estallido de la llanta es una señal de destino para arruinar toda la cuestión de la fecundación. O, bien, ¿la señal del destino será que no se destrozaron contra el camión? ¿Cómo se interpreta lo que acaba de suceder? O, más bien, ¿tiene sentido tratar de interpretar estas cosas, en vez de llegar a una decisión racional, sin necesidad de sugerencias externas?

—Pues la cambiamos, maldita sea. —Viviane abre la cajuela: saca la llanta de repuesto, la hace rodar al lado del auto. Regresa por el gato y la bolsita de las herramientas y pone todo sobre el piso.

Milena Migliari no se considera para nada incapaz de afrontar las dificultades prácticas; habitualmente se encarga de la reparación de máquinas de la heladería; ha logrado reparar por sí sola la mantecadora, que tenía una palanca atascada. Pero cambiar la llanta de un auto siempre le ha parecido algo que está más allá de sus posibilidades: entre pesos, obstáculos, resistencias, fuerzas a ejercitar, si tuviera que pensar en algo que es mejor dejarles a los hombres, sería esto.

—¿Por qué no mejor le llamamos a una grúa?

—Pero qué va, cuál grúa. Tan sólo en llegar se tardaría media hora. —Viviane no parece preocupada en lo más mínimo por el cambio de la rueda, sino sólo muy impaciente ante la posible cancelación de la cita. Saca de la bolsita la llave para desatornillar, como diablos se llame, la coloca en un perno de la llanta y presiona con todas sus fuerzas la barra, sin resultados.

—¡No te lastimes! —Milena Migliari se da cuenta de que lo dice en parte por auténtica preocupación y en parte porque en el fondo de su corazón espera que cambiar la llanta resulte mucho más complicado de lo que Viviane imagina.

—¡En los talleres los aprietan demasiado con esas malditas pistolas neumáticas! ¡Incompetentes! —Viviane se apoya en el techo del auto, golpea fuerte con un pie sobre la llave, salta sobre ella y logra desbloquear el perno. Le da algunas vueltas, luego repite la operación con el siguiente: inserta la llave, salta sobre ella, lo desbloquea y le da la vuelta.

Milena Migliari la mira entre admirada y horrorizada por la rapidez con la cual logró encontrar el método más eficaz y por la furia con la que lo lleva a cabo.

Viviane continúa como una máquina de guerra, sin detenerse un sólo instante: afloja todos los pernos, luego coloca el gato debajo del auto, gira velozmente la llave como una manivela y el auto comienza a elevarse.

Milena Migliari está dividida entre el instinto de ofrecer ayuda y la esperanza de que algún contratiempo pueda alargar y prolongar de modo significativo la situación.

—¿Qué puedo hacer?

—Nada. —Viviane sacude la cabeza: ya está quitando la rueda, ya está poniendo en su lugar la de repuesto, ya está apretando los pernos, ya está bajando de nuevo el gato, ya está saltando de nuevo sobre la barra de la llave para apretarlos bien.

Milena Migliari levanta con gran esfuerzo la rueda perforada para hacer una pequeña contribución. Está por ponerla en la cajuela, luchando contra el peso y contra el sentido de culpa que la hace desear quedarse detenida en esta parcela en espera de una grúa que tarde en llegar, hasta que haya desaparecido definitivamente no sólo la hora de la cita en el centro Plamondon, sino la idea de necesitarla. Viviane quita el gato de abajo del auto, termina de cerrarlo, mete la llave destornilladora en su bolsita, pone todo en la cajuela y se limpia las manos con un trapo.

—Vamos.

—Fuiste como un rayo. —A Milena Migliari le disgusta que su consternación prevalezca sobre la admiración, pero así es y no hay nada que pueda hacer.

Viviane se detiene a mirarla con una mano en la cintura, como si quisiera reprocharle algo; en cambio sonrío y se estira para darle un beso.

Milena Migliari es tomada completamente por sorpresa, y está tan llena de sentimientos encontrados que los ojos se le llenan de lágrimas.

Viviane le frota el trapo en las manos, que están un poco sucias por haber levantado la llanta.

—Vámonos; de lo contrario, adiós cita.

En un segundo se encuentran nuevamente en la carretera, acelerando como si no hubiera pasado nada. Habrán pasado tal vez diez minutos desde que se les pinchó la llanta, quince cuando mucho.

—Lo lograremos, lo lograremos. —Viviane maneja con su modo agresivo, hace los cambios de velocidad; parece tener el control de la situación, como siempre.

—Estuviste increíble con esa llanta. —Milena Migliari lo piensa de verdad, aunque vuelve a sentirse en la carrera hacia el catástrofe. Pero, bueno, este es el lado de Viviane que encontraba tan reconfortante al inicio: su capacidad para afrontar y resolver problemas con la misma eficiencia energética con la que hace sus masajes posturales. Sin vacilaciones, sin titubeos, sin dudas. Así es como logró obtener el préstamo para la casa de Seillans, a pesar de la desconfianza del banco; así es como la convenció d

meterse en la empresa de la heladería, a pesar de sus miedos.

Viviane le lanza un par de miradas intermitentes, sonrío y se ajusta los anteojos sobre la nariz.

s: También Milena Migliari sonrío, mientras se debate entre el afecto por un perfil tan familiar y la aprensión que le oprimen todos los órganos internos. Piensa que, cuando empezaron a estar juntas, una de las cosas que más le gustaban de estar con una mujer en vez de con un hombre era la idea de que no tendría que preocuparse por tener o no tener hijos. Estaba convencida de haberse liberado finalmente, de haber terminado con el ir y venir de expectativas, explicaciones, justificaciones para darse a sí misma y a los demás, proyecciones a futuro, hipótesis cargadas de implicaciones. En cambio, en un cierto punto la cuestión volvió a salir, y ganó terreno con más insistencia y determinación de como había sucedido en sus relaciones heterosexuales. No entendía cómo no se dio cuenta a tiempo, cómo es que no pudo explicar su posición con honestidad, en vez de mostrarse indecisa pero al final abierta a todas las posibilidades. Como si la prioridad fuera evitar discusiones y desilusiones, y la cuestión pudiera quedar suspendida indefinidamente o, mejor aún, desvanecerse en la nada. Tal vez estaba *realmente* abierta a todas las posibilidades, pero más en una línea teórica que práctica: la historia de la fecundación le parecía una idea que había que tomar en cuenta, pero nada más. ¿Se trata de una muestra de inmadurez? ¿De la incapacidad de asumir responsabilidades que no sean efímeras, como la de hacer día a día muy buenos helados? La cuestión es que en un momento ella y Viviane eran dos mujeres libres y felices por estar juntas, decididas a hacer la vida que querían sin dejarse condicionar por nadie y mucho menos por la otra, y un momento después estaban encerradas en su submarino de intenciones aparentemente compartidas, con este absurdo sentido de misión. ¿Cómo sucedió que sentimientos tiernos y bonitos se transformaron en una idea recurrente, y la idea recurrente en un programa, y el programa en una lista de pasos cada vez más definidos, y que ahora ellas dos se estén precipitando para llevarlo a cabo sin debatir las razones y el sentido de lo que van a hacer? ¿Sin siquiera poder hablar más de eso?

—¿En qué estás pensando? —Viviane la mira rápido, cambia la velocidad, acelera de un tirón.

—En nada. —Milena Migliari trata de sonreír de nuevo, pero esta vez le cuesta un esfuerzo demasiado grande. Se mira el tatuaje que tiene en la parte interna de la muñeca izquierda: las dos A invertidas por una pequeña serpiente que sube y baja en un círculo, y que quieren decir *Arte y Amor*. Se lo hizo a los veinte años, como una declaración de principios, junto a su amigo Luca que tres años más tarde murió en un accidente de moto en España. (No eran novios, pero eran tan parecidos, tan cercanos).

Viviane nunca le ha gustado, porque dice que los tatuajes son un intento de mostrar carácter por parte de quien no lo tiene, y que le molesta mucho dar masajes posturales a alguien que está tatuado. Esto le produce la sensación de que es una parte de ella que debe proteger más que otras.

—¿Estás comenzando a dudar? —Viviane voltea de nuevo la cabeza, pero está atenta a la carretera y continúa manejando a gran rapidez.

—¿Por qué lo dices? —Milena Migliari trata de unir las palabras para responderle que sí, que le vinieron dudas, pero no lo consigue.

—Porque me parece evidente que lo estás dudando. —Los ojos grises de Viviane parpadean rápidamente debajo de las lentes.

n —Qué va. —Milena Migliari mira las casas cada vez más densas, detrás de las puertas y de los arbustos al lado de la calle.

—Si quieres regresamos. —Viviane baja la velocidad como si de verdad estuviera lista para detener el auto y dar la vuelta—

Les llamo por teléfono y les digo que cambiamos de opinión, que ya no queremos hacerlo.

o —N-O. —Milena Migliari intenta poner mayor convicción en su voz y también mueve la cabeza de un lado a otro. Se siente terriblemente no sincera, no honesta, consigo misma y con el mundo.

a
a
a
e

o

a

n

il

il

a

r

í

e

meterse en la empresa de la heladería, a pesar de sus miedos.

Viviane le lanza un par de miradas intermitentes, sonrío y se ajusta los anteojos sobre la nariz.

También Milena Migliari sonrío, mientras se debate entre el afecto por un perfil tan familiar y la aprensión que le oprime todos los órganos internos. Piensa que, cuando empezaron a estar juntas, una de las cosas que más le gustaban de estar con una mujer en vez de con un hombre era la idea de que no tendría que preocuparse por tener o no tener hijos. Estaba convencida de haberse liberado finalmente, de haber terminado con el ir y venir de expectativas, explicaciones, justificaciones para darse a sí misma y a los demás, proyecciones a futuro, hipótesis cargadas de implicaciones. En cambio, en un cierto punto la cuestión volvió a salir, y ganó terreno con más insistencia y determinación de como había sucedido en sus relaciones heterosexuales. No entiende cómo no se dio cuenta a tiempo, cómo es que no pudo explicar su posición con honestidad, en vez de mostrarse indecisa pero al final abierta a todas las posibilidades. Como si la prioridad fuera evitar discusiones y desilusiones, y la cuestión pudiera quedar suspendida indefinidamente o, mejor aún, desvanecerse en la nada. Tal vez estaba *realmente* abierta a todas las posibilidades, pero más en una línea teórica que práctica: la historia de la fecundación le parecía una idea que había que tomar en cuenta, pero nada más. ¿Se trata de una muestra de inmadurez? ¿De la incapacidad de asumir responsabilidades que no sean efímeras, como la de hacer día a día muy buenos helados? La cuestión es que en un momento ella y Viviane eran dos mujeres libres y felices por estar juntas, decididas a hacer la vida que querían sin dejarse condicionar por nadie y mucho menos por la otra, y un momento después estaban encerradas en su submarino de intenciones aparentemente compartidas, con este absurdo sentido de misión. ¿Cómo sucedió que sentimientos tiernos y bonitos se transformaron en una idea recurrente, y la idea recurrente en un programa, y el programa en una lista de pasos cada vez más definidos, y que ahora ellas dos se estén precipitando para llevarlo a cabo sin debatir las razones y el sentido de lo que van a hacer? ¿Sin siquiera poder hablar más de eso?

—¿En qué estás pensando? —Viviane la mira rápido, cambia la velocidad, acelera de un tirón.

—En nada. —Milena Migliari trata de sonreír de nuevo, pero esta vez le cuesta un esfuerzo demasiado grande. Se mira el tatuaje que tiene en la parte interna de la muñeca izquierda: las dos A invertidas por una pequeña serpiente que sube y baja en un círculo, y que quieren decir *Arte y Amor*. Se lo hizo a los veinte años, como una declaración de principios, junto a su amigo Luca, que tres años más tarde murió en un accidente de moto en España. (No eran novios, pero eran tan parecidos, tan cercanos). A Viviane nunca le ha gustado, porque dice que los tatuajes son un intento de mostrar carácter por parte de quien no lo tiene, y que le molesta mucho dar masajes posturales a alguien que está tatuado. Esto le produce la sensación de que es una parte de ella que debe de proteger más que otras.

—¿Estás comenzando a dudar? —Viviane voltea de nuevo la cabeza, pero está atenta a la carretera y continúa manejando con rapidez.

—¿Por qué lo dices? —Milena Migliari trata de unir las palabras para responderle que sí, que le vinieron dudas, pero no lo consigue.

—Porque me parece evidente que lo estás dudando. —Los ojos grises de Viviane parpadean rápidamente debajo los lentes.

—Qué va. —Milena Migliari mira las casas cada vez más densas, detrás de las puertas y de los arbustos al lado de la calle.

—Si quieres regresamos. —Viviane baja la velocidad como si de verdad estuviera lista para detener el auto y dar la vuelta—. Les llamo por teléfono y les digo que cambiamos de opinión, que ya no queremos hacerlo.

—N-o. —Milena Migliari intenta poner mayor convicción en su voz y también mueve la cabeza de un lado a otro. Se siente terriblemente no sincera, no honesta, consigo misma y con el mundo.

CATORCE

Cuando Nick Cruickshank regresa a Les Vieux Oliviers hay autos y camionetas de todos colores y dimensiones estacionado por todos lados, tanto detrás de la casa como en el lado este y sobre el césped de enfrente. Entre los autos resguardados del se está la Bentley Continental turquesa de Rodney Ainsworth, que se encuentra mal estacionada, de forma que ocupa dos espacio en vez de uno.

Nick Cruickshank intenta entrar a la casa sin ser visto, pero Tricia lo intercepta un poco más allá de la entrada, saturado como si hubiera llegado la primera línea de algún frente militar.

—¡Aileen te está buscando desde hace horas!

—Estaba en el *aire*, ¿okey? —Nick Cruickshank hace un gesto de cansancio; lo invade una sensación de distancia, como si un parte de él se hubiera quedado a algunos metros de la tierra, aún suspendido entre la posibilidad de salvarse o no.

—¡Sí, pero Aileen te necesita! —Parece que Tricia no está refiriéndose simplemente a una necesidad específica, sino a una más extensa, ligada al equilibrio emocional de Aileen, tal vez a su misma sobrevivencia.

—¿Y en dónde está Aileen? —De la sala llegan voces y risas, entre las que se entreoyen los versos guturales de Wally y el timbre de asno metálico de Rodney.

—¡En el jardín de adelante de la casa! —Está claro que Tricia considera una auténtica misión el encargo que ha recibido de hacer que se reporte.

—¿Puedo, tal vez saludar antes a mis amigos, que viajaron miles de kilómetros para venir hasta aquí? —Nick Cruickshank señala la sala, pero no está nada seguro de querer saludarlos de verdad.

Tricia asiente, si bien con una expresión extremadamente contrariada.

En la sala están Rodney y su mujer, Sadie; Todd y su mujer, Cynthia, y Wally y Kimberly alrededor del mueble del bar, con un vaso en la mano. Voltean hacia él con una expresión ambigua, como si verlo fuera al mismo tiempo la más bella y la más fe sorpresa del mundo, y también como si no fuera para nada una sorpresa.

Nick Cruickshank abraza primero a Rodney, con un impulso falso como miles de abrazos anteriores a este.

Rodney lo estrecha sujetándolo por la parte posterior del cuello con su clásico apretón, lo suficientemente fuerte como para lastimarle las vértebras cervicales. Se separa casi de inmediato: lo examina con su acostumbrada evaluación recíproca. Su cabello es misteriosamente más abundante que la última vez que se vieron, en Londres antes del verano, y a diferencia de Wally tiene más o menos el mismo aspecto que tenía en los inicios de los Bebonkers. Es probable que a un fan acérrimo que lo vea a una decena de metros del escenario, o incluso en la megapantalla en lo alto, pueda parecerle exactamente el mismo que cuando grabaron su primer disco, ya hace una vida.

También Sadie se acerca para que le dé un abrazo, se aprieta contra él con demasiado entusiasmo: tiene el rostro tenso como una manzana, y está vestida con su estilo de pantera sadomasoquista, perfumada de modo intolerable, como si esto pudiera servirle para controlar la propensión a la infidelidad de su marido. Las dos mujeres anteriores de Rodney eran prácticamente idénticas a ella, lo que demuestra una continuidad en sus elecciones, y tal vez la ayude a detectar a tiempo posibles rivales.

Inmediatamente después llega el abrazo de Todd: contacto de pecho y hombros, y dos o tres palmadas energéticas en la región escapular.

Todd sonrío en su modo habitual: de una forma tranquila, nunca demasiado involucrado.

—¿Cómo estás?

—¿Cómo estás tú? —A Nick Cruickshank *le da* gusto verlo, a pesar de que se da cuenta de que no tiene mucho que decirle. La realidad es que desde hace años la relación entre los miembros de la banda se limita a intercambios de información telefónica sobre las fechas y los lugares de grabación y conciertos, o a tocar en un estudio o en un escenario; de lo demás se ocupan los agentes y los abogados.

—Bastante bien. —Todd es en el fondo un hombre moderado, nunca se ha dejado llevar demasiado por la idea de ser un *rockstar*. Es el único Bebonker que casi siempre ha logrado tener los pies en la tierra, aun cuando los demás revoloteaban conmocionados en la estratósfera del éxito planetario.

—Menos mal. —Nick Cruickshank le da otra palmadita. Sí, a Todd lo quiere: sin el latido potente y siempre centrado de su batería, quién sabe cuántos conciertos de los Bebonkers se habrían vuelto un caos sonoro; sin su sentido común, quién sabe cuántas discusiones estúpidas habrían degenerado en peleas salvajes.

También Cynthia se acerca para abrazarlo, de forma torpe. Es la única sobreviviente de las primeras mujeres de los Bebonkers, y no tiene una gran relación con las segundas o terceras mujeres de los demás, también debido al salto generacional.

Wally no puede perder la ocasión de meterse en medio, por supuesto: empuja a los hombres a la derecha y a la izquierda, y le da palmadas en el trasero a las mujeres. Luego se hace espacio con los codos, levanta los brazos hacia el techo y lanza su grito de guerrero céltico desquiciado: «¡Be-bo-be-bo-be-bonk! ¡Bebonkers por siempre!» En los conciertos logra que se vuelva un coro con ritmo *in crescendo* que involucra a miles de personas convencidas de formar parte de una tribu memorable, pero aquí está claro que nadie quiere seguirlo.

Continúan intercambiando manifestaciones de asombro durante algunos minutos debido a que no se han visto en much

tiempo, aunque saben muy bien que habrían podido verse antes en cualquier momento si tan sólo lo hubiesen querido: es difícil pensar en gente con más tiempo libre y facilidad para poder viajar. La realidad es que desde hace tiempo sus vidas tomaron direcciones divergentes por distintos intereses, por frecuentar a otras personas, otros lugares. Además de la música que hacen juntos, ya tienen muy poco en común. Y, como en cualquier relación muy cercana que dura mucho tiempo, cada uno conoce perfectamente bien los defectos del otro, por lo que basta un gesto o una palabra, o incluso un cambio de expresión, para desencadenar reacciones fuera de control. Si evitan verse es por una cuestión de sobrevivencia: para la banda y para cada uno de sus miembros. Probablemente no tocarían juntos si no tuvieran la necesidad de continuas infusiones de dinero para mantener sus costosas vidas, y si no fuera porque sólo juntos logran llenar estadios y obtener oleadas oceánicas de respuesta.

—¿Cómo estuvo el viaje? —Nick Cruickshank trata de limitarse a los últimos eventos, sin abrir espirales en posibles territorios de conflicto.

—¿Cómo? —Rodney se está quedando medio sordo después de décadas de actuaciones salvajes con la Les Paul. En un par de ocasiones midieron el nivel de potencia acústica bajo sus escenarios y resultó que, dependiendo de las canciones, este va de ciento a ciento veinte decibeles: más o menos la intensidad de un martillo mecánico cuando tú eres el que lo tiene entre las manos. Son bastantes pocos minutos para producir daño, imaginemos una hora y media o dos seguidas, multiplicadas por miles de conciertos, los que se suman quién sabe cuántas horas más en pruebas con audífonos, que siempre están a un volumen que rompe los tímpanos. Es verdad que el volumen rompetímpanos tiene un efecto excitante, pero Nick Cruickshank comenzó a ponerse tapones en los oídos cuando aún nadie lo hacía, tan pronto se dio cuenta de que los silbidos y zumbidos de después del concierto lo perseguían durante la noche y hasta entrada la mañana. Ahora usa un monitor auricular de última generación que le hace llegar los sonidos perfectamente calibrados directamente desde el *mixer*, pero está muy contento de haber usado antes esos tapones para obras en construcción. El otorrino que le hace revisiones periódicas en Londres dice que su oído no está al cien por ciento pero tampoco tan mal considerando su forma de vida. Rodney y Wally, en cambio, siempre han tomado como una cuestión de honor mantenerse sin la más mínima precaución en la línea de golpe de los altavoces: tal vez se sentían como una especie de héroes mitológicos, sacrificando sus conductos auditivos en esa batalla sonora generalizada. Como resultado, ahora deben usar un aparato tanto cuando tocan como en la vida normal, si no quieren tocar una nota equivocada en una canción o perderse una palabra de cada cuatro en la mesa durante las comidas familiares. Menos mal que tienen dinero para pagarse la tecnología de amplificación acústica más avanzada que existe en el mundo. Los oídos de Todd, en cambio, salieron bien librados, tal vez porque la naturaleza lo dotó de tímpanos extrafuertes, o tal vez porque su batería siempre está colocada un poco atrás con respecto a las columnas de los altavoces. En todo caso, un músico de rock no sólo empeora con el tiempo por culpa de sus heridas de guerra: Wally, por ejemplo, ha perdido parte de sus capacidades inventivas en el bajo no sólo porque está medio sordo, sino por su general pasividad y su falta de disciplina, ya que a estas alturas lo único que le interesa de la música es el dinero que aún puede obtener de ella. Para la banda esto no es un problema, ya que lo compensa ampliamente con su legendaria y frenética constancia con las cuerdas.

—¿Cómo estuvo el *viaje*?! —Nick Cruickshank le hace la mímica a Rodney con el gesto de sostener el volante, incluso sabiendo que esto lo molesta.

—Muy bien, pero ¿se puede saber en dónde diablos estabas? ¡Venimos hasta aquí como peregrinos, y no se puede encontrar al dueño de la casa por ningún lado! —Rodney, de hecho, se lo tomó a mal: hay cierto resentimiento e indignación. Ciertamente, la presencia de Wally a pocos pasos no ayuda; durante el último *tour* americano se escupieron en varias ocasiones en los camerinos: y en la fiesta después del concierto de Seattle si los de seguridad no los hubieran separado todo habría acabado mal.

—¡Es-ta-ba vo-lan-do! —Nick Cruickshank, en vez de parar, deletrea e imita dos alas con los brazos extendidos. No puede hacer nada para impedirlo: entre más es consciente de los riesgos de una provocación, más ganas le dan de provocar.

—¡Párale, hijo de puta! —El sentido del humor de Rodney no solía ser malo, pero se deterioró con el tiempo, como todo lo demás.

Nick Cruickshank piensa en cuando Rodney y Todd eran cercanos a él, en los inicios: más que amigos, más que hermanos. Aun cuando su carácter y su origen familiar eran diferentes, la música los acercaba al punto de hacerlos sentir, pensar, hablar o moverse del mismo modo. Cuando tenían los instrumentos en la mano, o cuando estaban amontonados en el minibus para ir a un concierto a otro, o cuando estaban sentados en la mesa de conferencia de prensa, no necesitaban debatir qué hacer o qué decir: sólo tenían que confiar en su instinto colectivo. Antes de reunirse, cada uno de ellos había pasado años autoexcluidos de su familia, de la escuela, de los de su generación, de la vida en general, encerrados en su habitación tarde tras tarde, escuchando a los grandes del blues y del rock, y tratando de aprender su propio instrumento, copiando nota por nota con imprecisa obstinación. Luego se encontraron y armaron la banda, y después de un par de meses de repasar los clásicos descubrieron que tenían un sonido distintivo que nacía de la combinación de las cualidades y de los defectos de cada uno de ellos. Fue como excavar en el jardín de su casa y encontrarse con un chorro de petróleo saliendo a borbotones: su talento en bruto los llevó de manera inexorable rumbo a las primeras canciones originales, hacia respuestas cada vez más intensas por parte de quien las escuchaba, en conciertos en lugares cada vez más grandes.

Wally se integró al último, después de una serie de bajistas no lo suficientemente buenos o que no creían tanto en la banda. Desde el primer encuentro no le resultó particularmente agradable a nadie, pero tenía un bajo Fender Precision y un Fender Bassman Silverface con dos altavoces de quince pulgadas, y ya tocaba en los clubs y ganaba lo suficiente como para vivir, cuando ellos aún eran unos seminovatos. A pesar de su carácter desagradable, su técnica era magnífica, y apenas se pusieron a tocar también con él se había repetido el milagro. En un par de semanas de pruebas, Todd y él se habían vuelto la espina dorsal de lo

ilBebonkers, la base rítmica palpitante y cautivadora en la cual los otros dos podían apoyarse con los ojos cerrados. Se convirtieron en una pequeña pandilla criminal más que en una banda, unida por un pacto de sangre (literalmente: una vez los cuatro se perforaron un dedo con un alfiler, mezclaron ritualmente las gotas e hicieron un juramento de lealtad hasta la muerte). Pensándolo ahora, se trató de una increíble demostración de ingenuidad, y de ignorancia sobre las consecuencias del uso de otro tipo de agujas, que les duró muy poco tiempo). Nick Cruickshank recuerda los primeros dos o tres años de los Bebonkers como el único periodo de su vida en el que le pareció vivir el tipo de amistad que lo había entusiasmado al leer *Los tres mosqueteros*, de Alexandre Dumas, de niño. «Uno para todos, todos para uno». Así eran, ellos cuatro contra el resto del mundo. Luego les llegó el éxito de verdad, y les llegó el dinero de verdad, y les llegó la presión de verdad, y les llegaron los *managers* de verdad, y los empresarios de verdad y los verdaderos ejércitos de seguidores, y desde entonces comenzaron los conflictos de personalidad, los juegos de poder y las comparaciones para establecer quién le gustaba más a las chicas, quién estaba musicalmente más dotado, equien tenía el poder de decirle a los demás qué hacer. El ánimo de los inicios se deterioró según crecía su fama; cuanto más lo oveían los fans como un núcleo de maravillosos amigos unidos en una apasionante aventura, menos ganas tenían ellos de estar juntos. Y, aun así, helos a todos aquí, en este salón: la formación original de la banda, una auténtica excepción en el mundo del rock, contra todo pronóstico realista. ¿Resistieron por interés? ¿Por flojera mental? ¿Porque ninguno de ellos pudo encontrar una verdadera identidad más allá de los Bebonkers (aunque algunos lo intentaron tarde o temprano)? ¿Porque es más simple interpretar su papel en un juego en el que se está en desacuerdo con los otros y aún así se sigue conviviendo, como en un matrimonio en el que se decide seguir adelante a pesar de todo por el bien de los hijos? ¿Y la actitud del inicio a dónde se fue? ¿Se rñue a otras bandas? ¿A cuáles? ¿Se deshizo de la nada? ¿Es posible que tengan que lidiar para siempre con el fantasma de lo que sñueron en sus años de oro?

), —¿Cuándo llegarán los demás? —Kimberly mira alrededor de la sala, y espía a través de los ventanales los movimientos de los jardineros y de los obreros en el jardín frente a la casa.

e —Baz debe de llegar dentro de poco, llamó por teléfono desde Niza hace una hora. —Nick Cruickshank señala hacia el lado, aunque no está cien por ciento seguro de que sea en dirección a Niza.

a Los demás asienten, medio contentos y medio no, pero a Kimberly no le interesa Baz Bennett: sigue viéndolo como si quisiera esconderle quién sabe qué secreto.

e Nick Cruickshank señala por doquier, para darle una idea de la amplia gama de personas que llegarán entre esta noche mañana. «Habrán una invasión en gran escala, Kim, no tengas miedo».

i: Pero Kimberly tiene tres o cuatro nombres en mente que según ella califican para la ocasión y justifican el viaje hasta aquí.

u —¿Kate cuando llegará? —Y entonces comienza a soltar nombres. —¿Brad y Angelina? ¿George y Amal? ¿Los Beckham?

e —Pregúntale a Aileen, ella es la que tiene todas las llegadas bajo control. —Nick Cruickshank le da la espalda y se dirige hacia uno de los ventanales. Tricia se le pega detrás como un sabueso y lo sigue hacia el jardín.

Aileen está cerca de la piscina, discutiendo y gesticulando en medio de un grupo de personas del que forman parte Tor oHarlan, la jefa de redacción, la reportera, el camarógrafo y el fotógrafo de *Star Life*, así como otros de los que no tiene la mínima idea de quiénes son. Mientras tanto, los trabajadores y los jardineros arrastran estructuras de madera, hacen agujeros, resperan instrucciones. Aldino voltea hacia a todos lados para revisar los movimientos, aunque parece un poco agobiado por su compromiso ante esta confusión.

s, —¿Me buscabas? —Nick Cruickshank se acerca a Aileen. Piensa en que al principio de su relación le cautivaban sus gestos: le parecía que pintaba en el aire con las manos, llena de recursos sorprendentes.

e —¿Por supuesto que te estaba buscando! —Aileen se voltea con el rostro contraído por la ira, pero casi de inmediato se relaja y sonrío; es demasiado consciente de las personas que hay a su alrededor—. ¿Estamos tratando de decidir más o menos un milla de cosas! ¡Tu contribución sería muy apreciada!

—A tu servicio. —Nick Cruickshank también sonrío, aun cuando lo único que quiere es irse a caminar al bosque por su cuenta, lo más lejos posible de aquí.

y
e
r,
u
s
l.
n
l
a
a

l.
r
o
r,
s

Bebonkers, la base rítmica palpitante y cautivadora en la cual los otros dos podían apoyarse con los ojos cerrados. Se convirtieron en una pequeña pandilla criminal más que en una banda, unida por un pacto de sangre (literalmente: una vez los cuatro se perforaron un dedo con un alfiler, mezclaron ritualmente las gotas e hicieron un juramento de lealtad hasta la muerte. Pensándolo ahora, se trató de una increíble demostración de ingenuidad, y de ignorancia sobre las consecuencias del uso de otro tipo de agujas, que les duró muy poco tiempo). Nick Cruickshank recuerda los primeros dos o tres años de los Bebonkers como el único periodo de su vida en el que le pareció vivir el tipo de amistad que lo había entusiasmado al leer *Los tres mosqueteros*, de Alexandre Dumas, de niño. «Uno para todos, todos para uno». Así eran, ellos cuatro contra el resto del mundo. Luego les llegó el éxito de verdad, y les llegó el dinero de verdad, y les llegó la presión de verdad, y les llegaron los *managers* de verdad, y los empresarios de verdad y los verdaderos ejércitos de seguidores, y desde entonces comenzaron los conflictos de personalidad, los juegos de poder y las comparaciones para establecer quién le gustaba más a las chicas, quién estaba musicalmente más dotado, quién tenía el poder de decirle a los demás qué hacer. El ánimo de los inicios se deterioró según crecía su fama; cuanto más los veían los fans como un núcleo de maravillosos amigos unidos en una apasionante aventura, menos ganas tenían ellos de estar juntos. Y, aun así, helos a todos aquí, en este salón: la formación original de la banda, una auténtica excepción en el mundo del rock, contra todo pronóstico realista. ¿Resistieron por interés? ¿Por flojera mental? ¿Porque ninguno de ellos pudo encontrar una verdadera identidad más allá de los Bebonkers (aunque algunos lo intentaron tarde o temprano)? ¿Porque es más simple interpretar su papel en un juego en el que se está en desacuerdo con los otros y aún así se sigue conviviendo, como en un matrimonio en el que se decide seguir adelante a pesar de todo por el bien de los hijos? ¿Y la actitud del inicio a dónde se fue? ¿Se fue a otras bandas? ¿A cuáles? ¿Se deshizo de la nada? ¿Es posible que tengan que lidiar para siempre con el fantasma de lo que fueron en sus años de oro?

—¿Cuándo llegarán los demás? —Kimberly mira alrededor de la sala, y espía a través de los ventanales los movimientos de los jardineros y de los obreros en el jardín frente a la casa.

—Baz debe de llegar dentro de poco, llamó por teléfono desde Niza hace una hora. —Nick Cruickshank señala hacia algún lado, aunque no está cien por ciento seguro de que sea en dirección a Niza.

Los demás asienten, medio contentos y medio no, pero a Kimberly no le interesa Baz Bennett: sigue viéndolo como si quisiera esconderle quién sabe qué secreto.

Nick Cruickshank señala por doquier, para darle una idea de la amplia gama de personas que llegarán entre esta noche y mañana. «Habrà una invasión en gran escala, Kim, no tengas miedo».

Pero Kimberly tiene tres o cuatro nombres en mente que según ella califican para la ocasión y justifican el viaje hasta aquí.

—¿Kate cuando llegará? —Y entonces comienza a soltar nombres. —¿Brad y Angelina? ¿George y Amal? ¿Los Beckham?

—Pregúntale a Aileen, ella es la que tiene todas las llegadas bajo control. —Nick Cruickshank le da la espalda y se dirige hacia uno de los ventanales. Tricia se le pega detrás como un sabueso y lo sigue hacia el jardín.

Aileen está cerca de la piscina, discutiendo y gesticulando en medio de un grupo de personas del que forman parte Tom Harlan, la jefa de redacción, la reportera, el camarógrafo y el fotógrafo de *Star Life*, así como otros de los que no tiene la más mínima idea de quiénes son. Mientras tanto, los trabajadores y los jardineros arrastran estructuras de madera, hacen agujeros, esperan instrucciones. Aldino voltea hacia a todos lados para revisar los movimientos, aunque parece un poco agobiado por su compromiso ante esta confusión.

—¿Me buscabas? —Nick Cruickshank se acerca a Aileen. Piensa en que al principio de su relación le cautivaban sus gestos: le parecía que pintaba en el aire con las manos, llena de recursos sorprendentes.

—¡Por supuesto que te estaba buscando! —Aileen se voltea con el rostro contraído por la ira, pero casi de inmediato se relaja y sonrío; es demasiado consciente de las personas que hay a su alrededor—. ¡Estamos tratando de decidir más o menos un millar de cosas! ¡Tu contribución sería muy apreciada!

—A tu servicio. —Nick Cruickshank también sonrío, aun cuando lo único que quiere es irse a caminar al bosque por su cuenta, lo más lejos posible de aquí.

QUINCE

Por supuesto que a Milena Migliari no le gusta que la inspeccionen, la exploren y la valoren de este modo. Hasta los términos clínicos le parecen detestables: no hay ni uno que sea ni remotamente asociable con una bella imagen. Ya se trataría de un situación desagradable si estuviera enferma, pero estando sana le parece completamente absurda. Y le molesta aún más la idea de que para realizar este proyecto de mujeres sin hombres tenga que, sin embargo, haber un varón que le meta las manos por esa partes. Se pone de nuevo la ropa interior, los pantalones, los zapatos: está roja de la cara y muy molesta. La mirada partícipe de Viviane desde la silla de al lado del escritorio del doctor sólo tiene el efecto de ponerla aún más nerviosa.

El doctor Lapointe se quita los guantes de látex, y habla del tratamiento de hormonas que ella deberá comenzar el lunes y que durará un par de semanas para estimular los ovarios y preparar los tejidos endometriales. Las inyecciones podrá hacerla Viviane y no deberían ser dolorosas, porque las agujas de las jeringas son tan delgadas como las de insulina para los diabéticos: Después de la primera semana será necesario hacer una ecografía cada dos días para verificar el número de folículos y el espesor del endometrio. Luego, cuando los folículos hayan llegado a un cierto diámetro y número, comenzará la preparación para el *pickup*. ¿Será que Lapointe usa el término inglés para hacer ver que su centro es innovador? ¿Para darle un toque de ciencia ficción al procedimiento?

Viviane ya tomó muchos apuntes detallados en las reuniones anteriores, pero ahora los completa y los corrige meticulosamente con color azul, en su cuaderno de portada *beige*. Hace todas las preguntas pertinentes con calma, no le permite Lapointe caer en la vaguedad ni esconderse detrás de un lenguaje incomprensible, aprovechándose del hecho de que su trabajo la califica como una casi-colega, y ser francesa como él le da una ventaja adicional.

Milena Migliari, por el contrario, cada vez que se encuentra en una situación incómoda y complicada como esta tiene la sensación de no poseer todos los instrumentos lingüísticos que necesita. Tal vez es sólo cuestión de tiempo, pero después de tres años y medio en Francia comienza a pensar que quizá no llegará a expresarse nunca con el mismo dominio que tiene con el italiano. Éstas son consideraciones que le vuelven cuando debe hablar con alguien en el banco, o con un inspector de la oficina de sanidad; o también cuando se engancha en una discusión de política, arte o vida común con Viviane. Tal como están las cosas: casi le parece que Viviane y el doctor Lapointe están del mismo lado: son dos contra una. Sabe muy bien que no es así, que Viviane la quiere muchísimo y que actúa por su sueño común, etcétera. Pero también está el hecho de que es *ella* la que es manipulada examinada, y de que será *ella* la que se someterá a estimulaciones hormonales y al *pick-up* de los óvulos en Barcelona, treinta y seis horas después de que le suministren gonadotropina coreónica. Solicitado por Viviane, el doctor aclara que será indispensable que se atengan a los tiempos exactos, porque un retraso o una anticipación de incluso un par de horas podría provocar la liberación de los folículos y el fallo del ciclo entero.

—En el momento en que se tome la muestra se hará una ecografía, ¿cierto? —Aunque Viviane no estudió medicina, tiene contacto con los médicos todos los días: ellos son los que le mandan la mitad de sus pacientes. Y también ordena ecografía cuando no quiere comprometer una articulación o dañar una vertebra fisurada.

—Claro, los colegas españoles le harán una ligera anestesia sedativa. —Lapointe renunciaría con gusto a ser presionado por cualquier colega, pero por otra parte la clínica para la que trabaja es una empresa comercial, lo cual lo obliga a una cierta dosis de paciencia.

Milena Migliari se pregunta qué tan eficaz es la anestesia ligera sedativa, porque ha leído en internet que en ciertos casos la anestesia es total. Y, además, ¿qué tanto puede saber Lapointe sobre cuánto dolor puede sentir? ¿Él se conformaría con un «anestesia ligera sedativa» para que le picaran los testículos con una aguja?

—¿Y la selección del esperma? —Viviane apenas levanta la mirada de su cuaderno.

—La harán los colegas españoles basándose en criterios de compatibilidad. —Lapointe parece satisfecho de moverse en un ámbito binacional—. La entrega tendrá lugar el mismo día de la extracción de los óvulos.

Milena Migliari tiene varias preguntas en mente, pero cada vez que piensa hacerlas, Viviane se le adelanta. Lo cual parece incluso lógico, considerando sus conocimientos anatómicos y su dominio de la terminología.

—Luego los óvulos y los espermatozoides serán colocados en un líquido de cultivo durante veinticuatro horas. —Viviane le las notas que ha escrito, con la pluma lista para eventuales correcciones.

—Exactamente. —Lapointe confirma, aunque comienza a parecer un poco harto—. Después de que los colegas españoles hagan una evaluación del número y de la calidad de los preembriones. El porcentaje de los óvulos fecundados es en promedio alrededor del sesenta por ciento, si los óvulos y los espermatozoides son de buena calidad.

—¿Es decir? —Viviane está determinada a aclarar todo más allá de cada posible duda.

Lapointe sonríe de forma un poco forzada, pero no deja de contestar. «Hay una clasificación por grados. Desde el primero, el más óptimo, al cuarto, que quiere decir insuficiente».

Milena Migliari se pregunta si sus óvulos resultarán de óptima calidad, o sólo buena o insuficiente, tal vez reflejo de su irregular vida anterior o hasta por una actitud equivocada. En la primera visita, el doctor ya le explicó (según él, sin meter presión) que definitivamente es mejor no seguir esperando, puesto que, aunque su «reserva ovárica» no se haya terminado ni en número ni en calidad, con cada año que pasa sufre un «empobrecimiento imparables». Palabras textuales. Ella se pregunta cuánto

se desilusionaría Viviane ante un posible fracaso del proyecto debido a la insuficiente calidad de sus óvulos; tal vez llegaría reprochárselo, lo convertiría en un pensamiento-sombra, siempre ahí, en el trasfondo de sus comentarios. Se enoja con sólo imaginarlo: con Viviane, pero sobre todo consigo misma por haber entrado sin suficiente convicción en este asunto, por habers dejado llevar por una maldita corriente inevitable.

—¿Y si la calidad de los óvulos fuera insuficiente? —Viviane se ajusta los lentes mirando al doctor de modo apremiante.

Lapointe contrae un poco los músculos alrededor de la boca. «Podríamos usar los gametos de una donadora anónima que naturalmente haya firmado un consentimiento escrito para su utilización».

—Y la donadora podría incluso ser yo. —Este pensamiento de Viviane no es una vaga hipótesis: es el resultado de largas discusiones por la tarde y por la mañana, en las que han explorado todas las hipótesis posibles.

—Digamos que sí. —Lapointe lo confirma.

—Milena Migliari no tiene ganas de volver a tener una discusión sobre este punto, pero la verdad es que la idea de tener que prestarle su útero (y el resto del aparato que está vinculado al útero) a un óvulo que no es suyo, fecundado por el espermatozoid de quién sabe quién, no le gusta para nada. Se lo dijo claramente a Viviane más de una vez: quien pone el óvulo debe poner también el útero. Por otra parte, ambas tienen úteros, y sobre todo lo dice la ley. A lo que Viviane le respondió (como siempre que es ella quien más contribuye al presupuesto familiar y que no podría hacer sus masajes posturales con un vientre tan grande.

—Hasta aquí todo está claro, supongo. —Es evidente que Viviane prefiere seguir adelante: no se demora demasiado con este detalle.

—Ajá. —Milena Migliari no logra dar una mejor respuesta. ¿Es una especie de monstruo por sentirse atrapada? ¿Por tener deseos de escapar de este maldito centro médico y no dejar que la encuentren? Hay tantas cosas que preferiría hacer en los próximos meses en vez de tener un hijo: investigar nuevos ingredientes, ir detrás de nuevos sabores, inventar nuevas recetas: escribir el libro sobre helados en el que piensa desde hace tiempo. No tiene nada en absoluto en contra de los niños ni en contra de quien los quiere tener; le bastaría que nadie pretendiera que ella los tuviera, que la dejaran en paz.

—Bien. —En este momento Lapointe está ansioso por concluir la consulta; hay otras aspirantes a procreadoras sentadas en la sala de espera.

—¿Y luego? —Viviane no tiene intención de concluir la visita sin antes haber recibido una confirmación sobre todos los puntos.

—Luego los preembriones se transfieren al útero con un catéter. —Sí, definitivamente está harto, ya se le dificulta ocultarle—. Dos o tres días después del *pick-up*.

—Y los preembriones son tres, en promedio. —Viviane lo mira fijamente, se encuentra lista para subrayar y corregir lo que ya escribió en el cuaderno con su caligrafía redondeada y regular.

Lapointe asiente. «La tendencia es no transferir de más, para reducir el riesgo de embarazos gemelares».

—Pero ¿siempre existe? —Milena Migliari debe preguntar esto por lo menos, incluso cuando ya sabe la respuesta porque ya han hablado de eso.

—Digamos que sí. Pero es posible minimizarlo, precisamente. —Lapointe escribe algo en la receta para subrayar que el espacio dedicado a las dos ya se acabó.

Milena Migliari imagina que tiene dos o tres alienígenas en la panza, chupándole sus recursos vitales: una película de horror más que de ciencia ficción.

—Okey. —Viviane considera pasado ese punto en particular, pero todavía no quiere soltar al doctor—. ¿Efectos colaterales del *embryo-transfer*?

—Ninguno. —Lapointe mueve la cabeza, sin levantar la mirada—. La única recomendación es estar en casa durante cuatro o cinco días, no levantar peso, ni hacer ejercicio ni saltar de arriba abajo por las escaleras o cosas de ese tipo.

—Nuestra casa es *toda* de escaleras. —Milena Migliari adopta un tono esperanzador, como si esperara oír como respuesta que entonces es mejor renunciar a todo el procedimiento, que ya ni es necesario hablar de eso—. Tenemos una sola habitación en el piso. Para ir de la cocina a la sala, a la recámara, al baño, al estudio, a la terraza: hay que subir escalones para ir a *donde sea*.

—Basta, no hay que exagerar. Se trata de tener sentido común. —Lapointe pone una de esas sonrisitas condescendientes si mirarla.

—Cierto. ¿Luego serán necesarias un par de semanas para tener confirmación del embarazo, ¿no? —Viviane guarda la pluma y cierra con un elástico el cuaderno de portada *beige*.

—Sí. —Lapointe firma la receta—. Los controles los haremos aquí en el centro. Prueba de embarazo por muestra de sangre ecografía después de dos semanas para analizar el estado del saco amniótico.

Milena Migliari piensa que hay términos, como «saco amniótico», que le da horror. Pero ¿por qué darle tanto peso a un nombre, aunque sea tan feo y vulgar? ¿Por lo que describe, por las implicaciones que lleva consigo? ¿Su rechazo instintivo por ser una hembra fértil es algo que debe reivindicar con orgullo, o algo de lo que debe avergonzarse?

—Perfecto. —Viviane ya está de pie, mira el reloj con un gesto casi idéntico al del doctor Lapointe y por razones casi idénticas. También ella tiene pacientes que la esperan en su estudio de Dranguignan. Esta excursión a Grasse terminará por costarle tres buenas horas de trabajo que deberá recuperar más tarde.

Lapointe las acompaña hacia la puerta, estrechándoles la mano a las dos.

—Como ya dijimos, las probabilidades de éxito en el primer intento son de aproximadamente el cuarenta por ciento. Así que hay que cruzar los dedos y, en el debido caso, estar listos para intentarlo de nuevo.

a —Claro. —Viviane se despide moviendo la cabeza con la barbilla levantada.

o —Sí. —Milena Migliari también se despide del mismo modo.

e Viviane le presiona el hombro con una mano, casi empujándola para que baje las escaleras.

Y esto, ¿cómo debería interpretarlo? ¿Se trata de una manifestación de su espíritu de protección o de prepotencia? La cuestión de que la heladería todavía no genere beneficios y de que deberá ser Viviane la que pague los diez mil euros de todo el procedimiento, más el viaje y la estancia en España, ¿tendrá el efecto de acentuar aún más la división de los papeles? ¿Se está haciendo demasiadas preguntas, tal vez? ¿Con el riesgo de perderse en una selva de suposiciones y especulaciones, y no salir de allí? ¿No sería mejor dejar pasar las dudas de una vez por todas, y dedicarse con confianza a este proyecto común? Pero, más bien ¿no deberían suceder estas cosas con entusiasmo, en el calor de una emoción compartida? ¿Lo suyo es sólo miedo, como sostiene Viviane, o es una alarma justificada a la que debería poner atención?

e
e
r
)

e

r
s
,
e

n

s

o

e

a

l

r

s

o

a

n

n

a

,

n

r

i

r

e

—Claro. —Viviane se despide moviendo la cabeza con la barbilla levantada.

—Sí. —Milena Migliari también se despide del mismo modo.

Viviane le presiona el hombro con una mano, casi empujándola para que baje las escaleras.

Y esto, ¿cómo debería interpretarlo? ¿Se trata de una manifestación de su espíritu de protección o de prepotencia? La cuestión de que la heladería todavía no genere beneficios y de que deberá ser Viviane la que pague los diez mil euros de todo el procedimiento, más el viaje y la estancia en España, ¿tendrá el efecto de acentuar aún más la división de los papeles? ¿Se estará haciendo demasiadas preguntas, tal vez? ¿Con el riesgo de perderse en una selva de suposiciones y especulaciones, y no salir de allí? ¿No sería mejor dejar pasar las dudas de una vez por todas, y dedicarse con confianza a este proyecto común? Pero, más bien, ¿no deberían suceder estas cosas con entusiasmo, en el calor de una emoción compartida? ¿Lo suyo es sólo miedo, como sostiene Viviane, o es una alarma justificada a la que debería poner atención?

DIECISÉIS

Por lo general, Nick Cruickshank no deja entrar a nadie a su estudio, con excepción de Annette, la señora de la limpieza cuando es justo y necesario. Consta de dos habitaciones conectadas por una puerta interior, la más pequeña con un escritorio, una silla y un sofá provenzal que sobrevivió al radical cambio de decoración por parte de Aileen. En la más amplia están una Steinway de cola, las guitarras acústicas y eléctricas y otros instrumentos de cuerda sobre sus soportes, los micrófonos en su bases, las bocinas, los monitores, la mezcladora. Es el único lugar realmente privado que tiene en la casa, en donde puede encerrarse a pensar, y a escribir y a tocar a cualquier hora del día o de la noche, cuando no puede dormir o no tiene ganas de ver a nadie o cuando le llega la inspiración para una canción. Esta es otra gran paradoja de su vida: mientras más grande es la casa que se compra, menor es el espacio en el que puede estar a salvo de interferencias.

Por cierto, en este momento la interferencia la propició él mismo, porque Baz Bennett le ha estado pidiendo desde hace meses que lo deje escuchar en lo que ha estado trabajando, y a estas alturas también a él le interesa tener algún tipo de retroalimentación. Han tenido que inventar una excusa para venir aquí solos los dos, sin que Wally, Rodney y Todd trataran de seguirlos.

Baz mira a su alrededor con una actitud de respeto por la guarida creativa del artista, junto con la ansiedad por comprobar si el artista en cuestión está haciendo algo bueno o si en realidad está perdiendo el tiempo. Ha sido el manager de los Bebonkers desde hace veinte años, desde que Stu Abrahams fue encontrado ahogado en su *jacuzzi* en L.A. Fue él quien arregló su situación económica, fue él quien los mantuvo unidos a lo largo de las mil crisis recurrentes, es él quien lleva adelante la máquina de los contratos, de las grabaciones, de los conciertos. No hay duda de que ha contribuido de modo determinante a que se volviera ricos, y que, gracias a ellos, él a su vez se haya vuelto rico. Sin embargo, hay que reconocer que su trabajo no ha sido para nada fácil, en absoluto.

Nick Cruickshank enciende la Mac, el amplificador, maniobra con el Pro Tools y proyecta en el monitor lo que a él le parece la mejor versión de las canciones en proceso. Es una melodía que se le ocurrió con la mandolina octava, en lugar de con la guitarra o el piano, surgida del mismo misterioso modo que sus mejores canciones. El problema es que no tiene mucho que ver con el repertorio de los Bebonkers, a menos de que quieran volver a los primeros discos, cuando aún experimentaban con sonidos diferentes instrumentaciones y no tenían miedo de hacer incursiones en territorios aún lejanos a su base rock-blues. Antes de decidir que era mucho mejor simplificar las cosas, concentrarse en pocos acordes tocados con dos guitarras eléctricas, bajo, batería, y adiciones ocasionales de piano y órgano Hammond, ya que les salía muy bien y les gustaba a la gran mayoría de sus fans. Antes de venderse a sí mismos y a los demás la idea de que lo suyo era un apego a sus raíces, aunque la verdadera razón era que buscar en otras direcciones habría requerido más esfuerzo y habría sido casi con toda seguridad menos apreciado por la masas. Antes de difundir el cierre de sus horizontes como si se tratara de una elección admirable. Por otro lado, ¿no hicieron lo mismo todos los demás? ¿Qué grupo de gran éxito no repite al infinito la fórmula que funciona, que cualquiera puede reconocer desde las primeras notas (hasta que no se harta de eso)?

Baz da algunos pasos; mientras escucha, camina con las manos en los bolsillos de los pantalones. Parece estar estudiando con gran atención las tiras de nogal del *parquet*.

Nick Cruickshank está perfectamente consciente de que siempre ha tenido una actitud juguetona respecto a lo que hace, pero lo menos más que un dirigente de banco, o que un ingeniero o que un político, y por supuesto que nunca ha sido el tipo de persona que se jacta en público de su sufrimiento de artista. El problema es que la gente (incluidos los fans, incluido Baz, que es quien mejor debería saber cómo están las cosas) tiende a pensar que su trabajo es sustancialmente una *diversión*, el fruto delicioso y gratuito de la inspiración. A veces se pregunta si no sería bueno mostrarles de algún modo el cansancio lacerante que hay detrás de cada una de sus canciones, sin llegar a proyectar una imagen de mártir de la creatividad, como algunos de sus colegas (en su mayoría, mediocres, y que aun así la proyectaron desde el inicio); pero siempre concluye que esto sería algo muy poco *cool* de su parte, para nada su estilo.

La canción termina; Baz se aclara la garganta como si quisiera decir algo, pero no dice nada.

Nick Cruickshank lo sondea con miradas de un lado a otro a lo ancho del silencioso espacio del estudio.

—¿Entonces?

Baz Bennett levanta la cabeza y extiende una sonrisa sutil.

—Bueno, interesante. Ecos de folk irlandés, delta blues, influencias barrocas, una energía étnico-tribal. Y al mismo tiempo absolutamente tuya, claro.

—No lo sé. Así se me ocurrió. —Nick Cruickshank piensa que no es del todo cierto que se le haya «ocurrido» así: han sido años de investigación detrás de esta maldita canción, años escuchando, años de experimentación, de intentos.

—Muy sugerente. —Baz lo mira con su cara de póker, de esfinge egipcia.

—¿Pero? —A Nick Cruickshank le sale un tono áspero, porque está seguro de que detrás de las palabras de Baz hay un *pero*.

—¿Qué quisieras hacer con eso? —Baz usa un tono ultrasereno, sabe muy bien que de un momento a otro podría encontrarse frente a una versión muy agresiva de su artista.

—¿Cómo que qué quisiera hacer con eso? —Nick Cruickshank siente una corriente peligrosa que se le sube por dentro, pero

hace un esfuerzo por controlarse—. Terminar de escribir la letra y grabarla en un estudio para el próximo disco. Tengo ya otra cuatro más o menos en este estilo.

—¿En el próximo disco de los Bebonkers? —Baz asiente despacio, pero es como si dijera no.

—¿Por qué, te parece tan *inconcebible* que podamos sacar algo diferente de lo habitual? —Nick Cruickshank está a punto de ponerse a gritar, o de tirar algún objeto.

Baz extiende los brazos, su expresión sigue siendo neutra.

—Bueno, pues deberías oír qué piensan los demás.

—¡Yo quiero saber qué piensas *tú!* —Ahora, está gritando, pero ¿contra quién? ¿Contra Baz? ¿Contra los demás? ¿Contra s mismo?— ¡Si a los demás no les interesa este tipo de música, haré un disco solo!

Baz levanta los hombros de forma apenas perceptible.

—Ya te dije, es una canción muy sugerente. De hecho, es bellísima.

Nick Cruickshank está por gritar más cosas, pero le llega por sorpresa una sensación de inutilidad que le calma el enojo como si se tratara de una manta mojada. La cuestión es que ya probó el camino de solista, como también lo probaron los demás, y l salió mal, tanto a él como a los otros. Cada uno de ellos estaba convencido de que la popularidad de la que gozan los Bebonker podía funcionar para sus componentes individuales: pensaban que podrían liberarse de la banda de modo temporal, o incluso definitivo, y dedicarse a la música que les interesa de verdad. Y, en cambio, descubrieron que el número de fans que estaba dispuestos a seguirlos en su camino individual era sólo una pequeña fracción de aquellos que los siguen cuando tocan juntos. La gente está interesada en los Bebonkers, punto. Cada intento por alejarse del grupo se ve como una traición, o por lo menos como un episodio de egocentrismo y en el mejor de los casos como una distracción apta para ocupar el tiempo libre entre los discos n las giras de la banda.

—Yo sólo trato de entender qué puede funcionar y qué puede no funcionar para los Bebonkers, Nick. —Baz sabe que no deb n añadir nada más; en el fondo es un buen *manager* precisamente porque no es una gran persona. Con el tiempo, Nick Cruickshank y los demás entendieron que no tenía sentido que buscaran un fantástico amigo para tener buenas relaciones con las casa discográficas y los organizadores de conciertos. Basta con pensar en Tim Hotchinson, que se puso a trabajar para conseguirle a los primeros contratos y los paseó por media Inglaterra con su vieja camioneta Ford: sufrió una crisis apenas tuvo que o enfrentarse con los peces gordos. O Stu Abrahams, a quien consideraron durante largo tiempo un quinto miembro de la banda: estaba muy encaminado en llevarlos amablemente a la ruina cuando se murió. La verdad es que deberían agradecerle a Baz todo y los días, aunque quejarse de él se haya vuelto su *leitmotiv*. Claro, cuando le das a Baz Bennett un porcentaje de cada lib esterlina, euro o dólar que ganas con tu música, luego no puedes quejarte si te empuja al camino más trillado que hay. Pero l y hace midiéndose, porque sabe muy bien que hay límites, que los Bebonkers tienen una reputación que mantener, la denominada s integridad artística que sus fans aprecian tanto. Sabe perfectamente bien que si quiere vender una de sus canciones para un *spot* publicitario debe escoger muy bien la combinación que hace con el producto para no arriesgarse a un efecto *boomeran* s desastroso. Una marca de automóviles puede estar bien, otra en absoluto; una cadena de supermercados sí, otra no. Es todo u o juego de equilibrio en el que la relación entre dinero e imagen debe ser evaluada con extrema atención, y Baz Bennett lo hace mejo r que cualquier otro, eso es innegable.

Tanto como es innegable que el dinero es la razón más importante por la cual lo mantienen junto a ellos desde hace veint o años, aunque es más bonito contarse a ellos mismos que su verdadera prioridad es reunir al mayor número de gente posible. ¿' cuál sería el objetivo de reunir a la mayor gente posible? Al final todo se traduce en números de descargas y de boletos vendido: r que se traducen a su vez en números en sus cuentas bancarias, que se traducen en el número de botellas de excelente *champagn* e que Wally puede beber como si se tratara de cerveza (después de haberlas fotografiado religiosamente y publicado en Instagram s. También Rodney tiene una verdadera dependencia por el dinero, como durante décadas la tuvo por el sexo y por la coca (que, po o otra parte, le costaban mucho). No podría vivir sin sus Rolls, Bentley y Ferrari, sin sus barcos, su ropa, sus guitarras con clavija s de oro macizo y decoraciones en perla negra. Hasta a Todd, que es mucho más sobrio que los demás, y que probablemente nunc u ha puesto un pie en Montecarlo, le gusta tener preciosas y cómodas casas, coleccionar cuadros de valor, jugar golf, comprar rop a su medida en Savile Row.

¿Y él? ¿Qué relación tiene Nick Cruickshank con los bienes materiales? Aunque no quiere admitírselo, la verdad es que s volvió un serio inversionista, tanto como los demás. Es verdad que afirma con frecuencia que aprecia el dinero sólo por l libertad que este le da, y que podría renunciar al noventa por ciento de lo que tiene, pero hay momentos en los que le llegan la dudas. Por suerte, en su campo lo que cuenta es la actuación, y la actuación le sale tan bien que todos se la creen, aunque se contradictoria con la vida real. Pero ¿quién conoce su vida real? La gente ve la imagen que proyecta de sí mismo en el escenari o capta el tono de sus entrevistas, tan característico que existe el riesgo de que se esté convirtiendo en un estereotipo. (Literalment el año pasado Baz recibió una propuesta de Dreamworks para incluir un personaje inspirado en él en una caricatura, per o semanas antes deshizo el trato porque no pagaban lo suficiente). Parece haber un consenso sobre el hecho de que sigu transmitiendo altas dosis del llamado «espíritu rebelde», sea lo que sea que eso signifique a estas alturas; todavía no ha llegado la fase de aferrarse de forma desesperada a una máscara insostenible. Dejando a un lado la detestable falsa modestia, no ha muchos vocalistas, incluso más jóvenes, capaces de sacudir la misma cantidad de emociones y con la misma intensidad. Incluso s se mira al espejo de su más despiadado espíritu crítico, su resistencia no ha disminuido; puede estar en el escenario durante do horas seguidas y cantar al máximo de potencia sin arriesgar desplomes ni dar una imagen penosa.

o Sí, pero ¿tiene *sentido* seguir haciéndolo? ¿Tiene las denominadas *razones*? ¿Qué tan convincentes pueden ser aún cancione

como «Hard Hard Hard», «One Push Too Far» u «On The Brink», escuchadas por alguien que fue previamente conquistado por la causa? Todas esas representaciones de estados de ánimo de adolescentes, en una gama que va desde la frustración sexual y la intolerancia social a la queja pueril, ¿no son ridículas en boca de un hombre maduro, que ha sido más que premiado por la misma sociedad a la cual en los inicios atacaba con ira iconoclasta? ¿Cómo podría hacerle una chica o chico de dieciocho años de honor para tomar como verdaderas sus críticas (genéricas) al estado de las cosas y sus invitaciones (también genéricas) a la revuelta? Y aun así, sucede, increíblemente. ¿Será que lo que sucede con él y los demás Bebonkers puede ser algo parecido al suspenso de la incredulidad que tiene lugar en los encuentros de *wrestling*, donde el público sabe muy bien que cada golpe o caída, así como las expresiones de furia o de dolor, son falsos, y aun así todos gritan y golpean con los pies y las manos, e igualmente se ponen a llorar y se entusiasman?

Pero no es tan simple, porque, aunque ya se volvieron desde hace tiempo una máquina comercial, cada vez que él y los otros Bebonkers están arriba del escenario y se ponen a tocar sus canciones de hace veinte, treinta o treinta y cinco años, *se la creen*. De verdad. Tal vez no a la primera canción, pero a la segunda sí, o a la tercera. Es cuestión de calentarse, y la música muestra su alma original casi con la misma intensidad de entonces: la impaciencia, la indignación, el deseo furioso de un mundo diferente. Pese a todo, a pesar de haberse convertido en lo que son, a pesar de las canciones infinitamente más débiles que escriben ahora, cuando tocan y cantan sus canciones de batalla, no sólo el público cree en ellos, también ellos lo hacen. Tal vez es por eso que desde hace años las canciones de los inicios cada vez tienen más espacio en la lista de canciones que tocan, respecto a las más recientes. Claro que el asunto dura lo que dura el concierto, hasta los aplausos finales. Luego todo se acaba y hay que regresar a la vida real.

O algunas veces Nick Cruickshank se pregunta si los Bebonkers podrían usar el escenario global del que ahora gozan para decir algo significativo sobre lo que no está bien en el mundo de *hoy*, en vez de volver a moler eternamente la harina de una rebelión genérica de hace tres décadas. Se pregunta si podrían escribir canciones con objetivos mucho más específicos: los políticos corruptos e ineptos, los fundamentalistas de diferentes religiones, las multinacionales del comercio en la web, los gigantes de la comunicación, las compañías petrolíferas y las de tabaco, los fabricantes de armas, los grandes bancos que secuestran el dinero de los ciudadanos, los conglomerados que devastan y saquean el planeta. ¿Lograrían obtener algún efecto concreto? ¿Empujarían a quien los escucha hacia alguna forma de boicot a gran escala, a una desintegración de las reglas del juego?

1: Se ha vuelto muy hábil para responder a estas preguntas, ya sea que se las haga él mismo o se las haga un antiguo fan filtrado a través de los controles o un reportero que trata de salir de la rutina de estereotipos trazados por cientos de sus colegas ante que él. Le sale natural asumir un tono irónico, subrayar que en la sociedad de hoy rebelarse ante las reglas es imposible, porque las reglas ya son flexibles y la transgresión se ha vuelto un producto de consumo como todo lo demás, que se vende en cada maldita pantalla de la computadora, *tablet* o celular y en cada estantería de supermercado. En la práctica, lo que hace es reconocer su propia irrelevancia, aun cuando logra dar la impresión de realizar una crítica social o de presentarse como una clase de disidente, como una voz fuera del coro. Pero desde hace mucho tiempo su voz y la de los Bebonkers *forman parte* del coro, aunque los fans no quieran darse cuenta de ello. Cuando grabaron «Enough Isn't Enough» parecía que se trataba de un himno revolucionario, por lo que la BBC impidió que saliera al aire; hoy es parte de la banda sonora colectiva. ¿Hace algunos meses hasta la pidieron para un comercial de televisión de una marca de galletas y cereales para el desayuno!

2: No se necesita mucho para entender que lo mejor es abandonar cualquier idea que tenga que ver con ponerse a escribir un montón de canciones incendiarias que sean más específicas que las antiguas. Además de las cuestiones legales y el ostracismo que se le caería encima, y además del hecho de que tal vez desde el punto de vista musical no sería la gran cosa, ¿a quién le interesaría realmente? ¿A una minúscula minoría de idealistas? ¿De utópicos? ¿De fanáticos? ¿Serían capaces de sacudir algo en la opinión pública general? Es muy difícil: aun cuando los demás Bebonkers estuvieran dispuestos a lanzarse con él en un proyecto común (algo que dista mucho de lo probable), y lograran superar la oposición de Baz (algo prácticamente imposible), los resultados comerciales serían desastrosos casi con certeza. Y, además, es casi un hecho que no serían tomados en serio: parecería que sólo se trata de una jugada de *marketing*, de un intento cínico para volver a construirse una virginidad, una especulación en las heridas del planeta para refrescar su imagen. Y esto sucedería aunque decidieran destinar las ganancias de los discos y conciertos a buenas causas: basta con ver las acusaciones a la ligera y los chistes de mal gusto que están lloviendo sobre la buena causa de un concierto del domingo.

3: Y sobre todo: ¿por qué deberían utilizar su música para desencadenar fuerzas potencialmente devastadoras más allá de un contexto ritual, fuera del perímetro seguro de un estadio o de un palacio del deporte? ¿Por qué hay tantas cosas que no están bien en el mundo, tantas cosas equivocadas e inaceptables? Pero los cuatro ya han vivido lo suficiente para entender que la inestabilidad no es *necesariamente* mejor que la estabilidad, sobre todo cuando se trata de sistemas sociales complejos. Es suficiente con dar una ojeada al Medio Oriente y al norte de África para recordar que un estado absolutista es mejor que un estado colapsado y sumido en la más atroz guerra civil, o mirar alrededor del mundo occidental para entender que un estado defectuoso es mejor que una democracia secuestrada por algún improvisado populista con baba en la boca. Los fanáticos y los dictadores aspirantes están allí, al acecho, detrás de cada movimiento de las multitudes, agitando las sogas y sus agendas escondidas, y es altamente improbable que hagan las cosas mejor que aquellos a los que quieren sustituir.

4: ¿Y entonces? Pues nada: los Bebonkers continuarán tocando «Enough Isn't Enough» con determinación rabiosa hasta que se acaben, y decenas de miles de personas seguirán saltando sobre las escalinatas o sobre el césped con la onda sonora de ciento veinte decibeles, agitando los brazos con el rostro enrojecido, y sacando toda la frustración que han acumulado en su vida. Luego, en la noche, regresarán a casa exhaustos y satisfechos, y al día siguiente irán al trabajo y les contarán a sus colegas que estuvieron

ren el concierto de los Bebonkers, quienes, después de todos estos años, no han perdido ni siquiera un poco de su rabia original sino todo lo contrario.

a —¿Crees que sea posible tomar una taza de té de limón, tal vez? —Baz le sonrió con su sonrisa más amable, que siempre era una sonrisa helada.

’, —Creo que sí. —Nick Cruickshank se siente aliviado por tener una excusa para quitarse de encima todos estos pensamientos y salir del estudio. Abre la puerta y empuja a Baz al corredor.

s

a

s

e

a

a

o

e

),

a

a

s

s

e

n

l

o

s

e

a

r

e

e

ji

s

n

e

a

n

o

s

e

s

a

l

n

n

a

s

n

a

s

s

s

e

o

),

n

en el concierto de los Bebonkers, quienes, después de todos estos años, no han perdido ni siquiera un poco de su rabia original, sino todo lo contrario.

—¿Crees que sea posible tomar una taza de té de limón, tal vez? —Baz le sonríe con su sonrisa más amable, que siempre es una sonrisa helada.

—Creo que sí. —Nick Cruickshank se siente aliviado por tener una excusa para quitarse de encima todos estos pensamientos y salir del estudio. Abre la puerta y empuja a Baz al corredor.

DIECISIETE

Milena Migliari camina con paso vigoroso por la calle que la lleva a Seillans, en Fayence, por la costa de pequeñas montañas aunque sabe que la luz comenzará a irse dentro de poco. Pero dejó la furgoneta en el estacionamiento de arriba del negocio, y no tiene ganas de estar en casa, como Viviane le aconsejó antes de salir corriendo hacia su estudio en Draguignan, con el tono de quien se dirige a una semienferma que necesita ahorrar energías. Además, está decidida a verificar cómo quedó el helado de castaña, a pesar de que Guadalupe le dijo por teléfono que siguió escrupulosamente todas sus instrucciones: quiere verlo probarlo para estar segura. Y, aunque es altamente improbable que alguien vaya a tomar un helado ya avanzada la tarde de jueves, siempre puede suceder. En un momento tan desestabilizador como este, tiene la necesidad de recibir cualquier confirmación de que tiene sentido lo que hace.

Le gusta caminar muy rápido porque eso pone en funcionamiento todos los músculos de su cuerpo y le ayuda a pensar muchas veces mejor que cuando está paralizada en una habitación. Le parece también un modo de confirmar que conoce el territorio: metro a metro, muro de piedra tras muro de piedra, árbol tras árbol, arbusto tras arbusto, curva tras curva. Conoce bien estos sitios, se siente en casa, aunque no del todo. Pero, bueno, no hay ningún lugar donde ella pueda sentirse *verdaderamente* en casa: ni siquiera Verona, donde nació, ni Padua, donde estudió lenguas en la universidad, ni siquiera en las demás ciudades en donde ha pasado meses o años por razones de estudio, trabajo o descubriendo el mundo. Se ha preguntado con frecuencia si tendrá un síndrome de apatrida del que no se librará nunca, o si tarde o temprano encontrará algún lugar en el que encaje por completo, de forma natural, sin ningún esfuerzo. A veces tiene miedo de que la familiaridad con los lugares sea tan difícil de alcanzar como lo sucede con las personas y los objetos, o consigo misma, y que más bien se trate de una ilusión que nace de la repetición y que genera predictibilidad, que a su vez genera tranquilidad. Algo así como caminar a lo largo de esta calle, que ha recorrido tantas veces hasta conocerla de memoria y que aun así no le pertenece. Bastaría con que alguien le gritara una indecencia desde un coche que pasa, o que un perro saliera ladrando y gruñendo desde un jardín mostrándole los dientes, y se sentiría perdida, con la brújula descompuesta.

Cuando logra recordarlos, tiene dos sueños recurrentes, uno bonito y uno feo. En el bonito se sumerge en el mar lentamente y cuando tiene la cabeza bajo el agua se da cuenta de que puede respirar adentro. En ese momento tiene una sensación de inmensa serenidad y de euforia ante la idea de poder dedicarse a exploraciones, y juegos y marometas subacuáticas, sin que nadie en la tierra pueda verla. En el sueño feo, en cambio, está en una ciudad o en un país que no conoce en absoluto, y se da cuenta de que y no tiene su bolsa con su cartera, ni su teléfono ni sus demás cosas, y que no tiene idea de hacia dónde ir, ni de dónde viene ni por qué. No se acuerda del nombre de ninguna amiga, amigo o conocido a quien pueda pedirle información o ayuda, ni siquiera se acuerda de su propio nombre. Cada vez que le sucede esto, se despierta en un estado de angustia total, bañada en sudor y con el corazón palpitándole con fuerza, tan asustada que no puede volver a dormirse. Normalmente los dos sueños se le presentan de forma alterna, a intervalos de algunos meses, pero en los últimos tiempos la pesadilla se presenta con más frecuencia. No es necesario ir al psicólogo para ver las relaciones que tiene con las dudas y la angustia de su vida real, el sentido de extrañeza y el desconcierto que se le siguen presentando.

Y, aun así, cuando vino con Viviane por primera vez, el verano en que se conocieron, se *sintió* en casa: incluso antes de encontrar su verdadera casa de ahora, cuando estaban en el pequeño departamento que rentaban sobre la mercería de *Madam* Voclain. Incluso cuando estaban todas apretujadas en una sola habitación con un espacio para la cocina, y el baño era tan minúsculo que no podían extender los brazos por completo cuando se bañaban y tenía una cortina de plástico con flores que se les pegaba al cuerpo húmedo. En ese periodo no había deseado tener más espacio ni una mejor vista de la que tenían: un pequeño patio con una higuera en una esquina. Estar en la casa entonces simplemente quería decir estar con Viviane: *ellas juntas* eran la casa. Y siguió sintiéndose en casa cuando se mudaron al departamento del piso de arriba, donde tenían dos habitaciones y había una verdadera cocina en la que podía preparar sus helados sin estar obligada a juegos de equilibrio.

Ahora que lo piensa, dejó de sentirse en casa justo cuando *compraron* una casa: la casa con el techo de vidrio, tan bonita, sólida y espaciosa respecto a sus alojamientos anteriores, la que escogieron como contenedora de una vida juntas por tiempo indefinido, en vez de por algunas semanas o meses. ¿Qué significa esto? ¿Que la única casa en la que puede sentirse en casa no es física, sino *mental*? ¿Una casa *emocional*? ¿Un lugar por definición no tangible, no permanente, confiado a la suerte oscilante de las sensaciones y de los sentimientos?

Entonces, ¿su casa es su carácter? ¿Su así llamada personalidad? ¿Y sus sueños, tan indefinidos como son? ¿Su cuerpo aunque lo habría deseado diferente de como es? ¿Su feminidad, con todas las consecuencias bonitas e inaceptables que lleva dentro? ¿Su trabajo? ¿Su pasión por los helados, el tiempo y la investigación que les dedica, el gusto y la preocupación que obtiene? Si fuera hombre, probablemente diría que sí, los hombres se identifican casi totalmente con lo que hacen, como si fuera tortugas que llevan su caparazón allá por donde van. Pueden comprar casas, pero no se ocupan de ellas: eso se lo dejan a las mujeres. Y las mujeres asumen la tarea por deber, por gusto o por una especie de vocación natural. Aunque tengan miles de ocupaciones, terminan por dedicarle una cantidad increíble de su tiempo y de sus energías. Se dedican sustancialmente al mantenimiento de una caja: a limpiarla, a acomodarla, a hacerla funcionar y a hacerla acogedora, de habitación en habitación, de mueble en mueble, de objeto en objeto. Sí, pero antes no estaba hablando de casas; estaba hablando de *sentirse* en casa, del

un grado de familiaridad total con una pequeña porción de mundo. Bueno, ella nunca la ha tenido. Ni siquiera de niña, ni siquiera cuando sus padres estaban todavía juntos y le parecía gozar de un cierto grado de protección, de un cierto grado de definición respecto a la falta de forma del universo. De ahí en adelante, en donde sea que ha estado, le ha parecido que su relación con el lugar era precaria. Lo que claramente no era sólo algo desagradable: saber que tarde o temprano podía irse de un lugar o de un situación, le salvó la vida quién sabe cuántas veces, salvó su curiosidad y su deseo de descubrir.

s, Pero: si uno mismo no se siente en casa en ningún lado, ¿como podría tomar la responsabilidad de traer al mundo a otra persona? ¿Para condenarla también a ella (o a él) a no sentirse en casa en ningún lado? ¿O será que tal vez el traer al mundo a otra persona podría ser un modo de sentirse en casa de verdad? ¿La solución podría ser esta, formar una familia? Pero ¿no se sentiría como en una trampa, sin ninguna salida durante años y años, como le sucedió con Roberto y con los demás hombres antes de él y cuando eran sólo dos y hablaban de una familia de forma intermitente o incluso sólo de forma hipotética? ¿Como le está sucediendo ahora con Viviane, mucho antes de que la otra personita comience a transformarse en realidad? ¿Como le sucedió al principio cuando Viviane y ella compraron la casa, y ella dejó de sentirse en casa?

Le parece que la gran mayoría de la gente no se plantea este problema en absoluto. Sin incluir a los que no tienen casa porque se la destruyeron a cañonazos o han tenido que dejarla porque no pueden pagar la renta, miles de personas se sienten en casa al lado de donde están. Se sienten en casa incluso en las casas más feas y tristes, en las más lujosas, o convencionales o escuálidas, en las que se dan hacia al tráfico feroz de una avenida de ciudad, o a una piscina con forma de corazón o hacia el lado norte de un valle, donde no hay sol. Nunca lo ha intentado, pero está segura de que si tocara a cualquier puerta y preguntara a quien le abriera si se siente en casa, le contestarían que sí. Mirándola como a una loca, seguramente, y con actitud de defensa territorial, con orgullo reivindicativo, subrayando su identificación con su casa: la única prueba visible y tangible de ocupar legítimamente una pequeña porción de mundo.

e Tal vez el problema es que ella no es una persona normal: fundamentalmente es una desadaptada, con la cabeza llena de ideas que no coinciden nunca con el mundo real. Y el mundo real siempre se da cuenta, así que, cuando puede, le envía un golpe en la cabeza para recordarle quién es más fuerte, o bien trata de ponerle algún muro alrededor, bloquearle la puerta cuando ella quiere escapar, respirar aire libre y mirar al cielo.

a Estas son consideraciones que ha estado pensado con demasiada frecuencia y que no la han llevado a ninguna conclusión útil. Milena Migliari pone su máximo esfuerzo en los músculos de las piernas y se empuja hacia adelante lo más rápido que puede. Fayence ya está a la vista, con sus casas escalonadas en la pendiente, habitadas por gente que no tiene la más mínima duda de sentirse en casa.

a

a

r

e

l

e

s

l

e

e

n

e

o

a

a

l,

o

s

e

),

a

e

n

s

e

il

e

r

un grado de familiaridad total con una pequeña porción de mundo. Bueno, ella nunca la ha tenido. Ni siquiera de niña, ni siquiera cuando sus padres estaban todavía juntos y le parecía gozar de un cierto grado de protección, de un cierto grado de definición respecto a la falta de forma del universo. De ahí en adelante, en donde sea que ha estado, le ha parecido que su relación con el lugar era precaria. Lo que claramente no era sólo algo desagradable: saber que tarde o temprano podía irse de un lugar o de una situación, le salvó la vida quién sabe cuántas veces, salvó su curiosidad y su deseo de descubrir.

Pero: si uno mismo no se siente en casa en ningún lado, ¿como podría tomar la responsabilidad de traer al mundo a otra persona? ¿Para condenarla también a ella (o a él) a no sentirse en casa en ningún lado? ¿O será que tal vez el traer al mundo a otra persona podría ser un modo de sentirse en casa de verdad? ¿La solución podría ser esta, formar una familia? Pero ¿no se sentiría como en una trampa, sin ninguna salida durante años y años, como le sucedió con Roberto y con los demás hombres antes de él, cuando eran sólo dos y hablaban de una familia de forma intermitente o incluso sólo de forma hipotética? ¿Como le está sucediendo ahora con Viviane, mucho antes de que la otra personita comience a transformarse en realidad? ¿Como le sucedió al inicio cuando Viviane y ella compraron la casa, y ella dejó de sentirse en casa?

Le parece que la gran mayoría de la gente no se plantea este problema en absoluto. Sin incluir a los que no tienen casa porque se la destruyeron a cañonazos o han tenido que dejarla porque no pueden pagar la renta, miles de personas se sienten en casa allí donde están. Se sienten en casa incluso en las casas más feas y tristes, en las más lujosas, o convencionales o escuálidas, en las que dan hacia al tráfico feroz de una avenida de ciudad, o a una piscina con forma de corazón o hacia el lado norte de un valle, donde hay sol. Nunca lo ha intentado, pero está segura de que si tocara a cualquier puerta y preguntara a quien le abriera si se siente en casa, le contestarían que sí. Mirándola como a una loca, seguramente, y con actitud de defensa territorial, con orgullo reivindicativo, subrayando su identificación con su casa: la única prueba visible y tangible de ocupar legítimamente una pequeña porción de mundo.

Tal vez el problema es que ella no es una persona normal: fundamentalmente es una desadaptada, con la cabeza llena de ideas que no coinciden nunca con el mundo real. Y el mundo real siempre se da cuenta, así que, cuando puede, le envía un golpe en la cabeza para recordarle quién es más fuerte, o bien trata de ponerle algún muro alrededor, bloquearle la puerta cuando ella instintivamente quiere escapar, respirar aire libre y mirar al cielo.

Estas son consideraciones que ha estado pensado con demasiada frecuencia y que no la han llevado a ninguna conclusión útil. Milena Migliari pone su máximo esfuerzo en los músculos de las piernas y se empuja hacia adelante lo más rápido que puede. Fayence ya está a la vista, con sus casas escalonadas en la pendiente, habitadas por gente que no tiene la más mínima duda de sentirse en casa.

DIECIOCHO

A las diez de la noche Nick Cruickshank se levanta de la mesa, antes de que la cena termine, con la excusa de que tiene que hacer una llamada. Ignora a Wally, que le grita desde atrás varias veces: «Una llamada, ¿a quién?». Se pone una sudadera y un chamarra, y se escabulle de la casa sin que siquiera Aldino se dé cuenta. No tiene en mente ningún lugar en particular a dónde ir, lo único que le interesa es apartar de su vista todos esos ojos, labios y manos en movimiento, todas esas afirmaciones, reivindicaciones y observaciones insistentes e irrelevantes que invadieron su espacio vital.

Se mete en el pequeño Mazda, maneja despacio con los faros apagados a través del claro que está detrás de la casa y por la avenida de acceso hasta el cancel, y oprime el control remoto. Apenas está afuera siente un alivio de fugitivo. Enciende los faros: continúa despacio por la estrecha calle que tiene el murito de piedra por un lado y los árboles por el otro, hasta la bifurcación de Mons y Callian. Por un segundo o dos, duda entre subir hacia los montes o bajar hacia la llanura, entre la oscuridad más densa y una oscuridad iluminada, y luego toma el camino a la derecha, hacia Callian. No cambia la velocidad, oprime con la punta del pie el acelerador; lo mínimo indispensable. En diez minutos ya está en el pueblo: por ahí no se ve nadie, parece ser más tarde de lo que es. Sin elegir hacerlo, continúa por la calle, acompañando con indolencia las curvas de bajada. No puede concentrarse en ningún pensamiento, pero tiene el mismo sentimiento de no-pertenencia generalizada que siente desde que era niño o adolescente, y luego de adulto cada vez que se liberaba de los hilos que lo mantenían en una situación, ya fuera por impaciencia, por irritación, por aburrimiento, por estúpidas o sólidas razones, por una equivocación, por un principio, por un error.

Llega a la calle de abajo, gira a la derecha como si siguiera una deriva. Pasa por debajo de Tourettes, por debajo de Fayence sigue derecho en dirección a Draguignan y en el último momento gira hacia la derecha, sube por la calle con curvas con la misma inercia con la cual ha bajado antes. Llega a la parte superior del pueblo, pasa debajo del arco del municipio, continúa hasta el estacionamiento al aire libre con varios niveles que en verano no es suficiente para todos los coches de los turistas y que ahora está casi vacío. Se pregunta por un instante si seguir dando el paseo en coche y luego regresar a la casa, y en vez de eso gira a la izquierda y se estaciona en un lugar cualquiera entre las decenas y decenas de espacios libres.

Baja: el aire está húmedo, la temperatura ha descendido mucho respecto al día, hay una neblina que flota. Nick Cruickshank baja por las escaleras hacia el pueblo, pasa por delante de las vitrinas de la cafetería de verano, con sus grandes carteles de hamburguesas, sándwiches y helados de colores irreales; también pasa por las vitrinas de una de las tantas agencias inmobiliaria con fotos de las mansiones y chalets pseudoprovenzales, con piscinas muy azules en primer plano.

Fayence está tan desierta como Callian: cero autos en la calle principal, por donde subió hace tres minutos. El único lugar abierto es el bar que está al lado de la tienda de falsas especialidades locales, donde alguna figura se mueve tras las vitrinas iluminadas. De pocos edificios se filtra la luz de televisores a través de los listones de las persianas cerradas. El semiletargo en el que toda la zona cae en temporada baja es aún más evidente de noche, el silencio es tan denso que parece sólido. Pero al menos mañana algunos de los huéspedes de la fiesta del sábado vendrán aquí buscando un mínimo de color local: les abrirán un restaurante o dos, traerán un poco de dinero, voces, movimientos. Seguramente habrá algún periodista y algún fotógrafo a la acecho de sujetos interesantes, mejor aún si se encuentran en estado alterado y con parejas ilegítimas. Seguramente habrá algún fan que espera un encuentro milagroso, algún local curioso y algún acosador. Luego, el sábado llegarán a la explanada de aeródromo los que quieren colocarse en el prado del concierto con un día de anticipación, acomodarán sus tiendas y sus bolsas de dormir lo más cerca del escenario. Todo esto a pesar de las órdenes del alcalde, que asegura que no los quiere allí por cuestiones de higiene y de seguridad, pero quien, como sus colegas de las otras poblaciones de la región, está muy contento de formar parte de un evento tan famoso, con la gente, las imágenes de televisión, la atención, y el nombre del lugar que va a recorrer el mundo.

La vitrina de la heladería de Milena, la chica italiana, está apagada, cerrada; la vitrina de la joyería-bisutería de más abajo apagada, cerrada; la vitrina de la pizzería de más abajo, lo mismo. En la plaza del mercado, en donde tres días a la semana ha puestos con fruta y verduras y quesos, unas luces bajas proyectan rayos de luz cálida sobre los plátanos y sobre la fachada de la iglesia. Y en medio del espacio vacío hay más o menos una docena de personas colocadas en círculo: oscilan sobre sus piernas y se dan palmadas en los brazos, como una danza tribal muy entretenida y sin música.

Nick Cruickshank se pone la capucha de la sudadera, un gesto que hace de forma automática las raras veces que se encuentra solo en medio de la gente. Se pregunta cuál será el motivo del círculo de personas que se reúne allá abajo: ¿una multitud repentina de protesta, o de celebración? ¿Para qué, contra qué? Y ¿qué sentido podría tener un multitud repentina en un lugar donde no ha nadie que la vea, aparte de él, que observa desde arriba, con la espalda contra el muro de un viejo edificio impregnado de humedad? A menos que sean unos fans de los Bebonkers que llegaron con tres días de anticipación al concierto, que intenta calentarse de algún modo y ocupar el tiempo de espera. Sucede: se adaptan a dormir en el piso, con el frío y hasta bajo la lluvia durante noches seguidas, con tal de tener el privilegio de marcar el territorio antes que los demás de adquirir un derecho de preferencia, cargado de anticipación. Pero si fueran fans de los Bebonkers tendrían un estéreo portátil para oír sus canciones, por lo menos un celular con un minialtavo *bluetooth*, o una guitarra para tocar los típicos estribillos deteriorados, se pasaría latas y botellas de cerveza, cigarrillos de marihuana, pipas. Y ellos, en cambio, están totalmente en silencio y muy coordinados: absortos.

Nick Cruickshank sigue bajando hacia la plaza del mercado con extrema cautela, manteniéndose en la sombra tanto como e

posible. Aldino se volvería loco si lo supiera: comenzaría a darle el mismo discurso sobre qué sentido tiene pagarl generosamente para hacerse cargo de su seguridad si después hace a un lado todas las precauciones y se expone sin razón peligros terriblemente reales. Le respondería que exagera, que los peligros no son tan reales, aunque sabe muy bien que lo *son*: los fans locos que están listos para transformar su veneración en odio, existen. A John lo *mataron* con cinco disparos y fue alguien que conocía de memoria todas sus canciones y que sólo algunas horas antes le había pedido un autógrafo. George *fue* atacado con un cuchillo de siete pulgadas en su casa de Friar Park por un fan que le perforó un pulmón, y habría acabado con él, seguramente si la esposa de George, Olivia, no le hubiera roto una lámpara en la cabeza. Paul *se encontró* rodeado por fans criminales en un autobús en la Ciudad de México, y quién sabe cómo habría acabado si la policía no hubiera llegado a tiempo. Pero no por anda con un guardaespaldas tienes garantizado algo: un montón de déspotas del Medio Oriente fueron bañados en proyectiles mientras se encontraban rodeados de fuerzas armadas enteras. La seguridad absoluta no existe, la vida en general es arriesgada y difícil de prever.

De cualquier modo, las personas que están en círculo en la plaza desierta del mercado no parecen locos peligrosos, aunque son un poco raros al estar haciendo lo que sea que estén haciendo en este lugar y a esta hora. Nick Cruickshank se acerca dando unos pasos más, los observa mejor: son jóvenes, como de veinte años; la mitad son chicos, la otra, chicas. Si pese a todo fuera un fan de los Bebonkers, lo más que podrían hacer es rodearlo para pedirle una *selfie* con sus celulares o una firma en sus playeras: ninguno de ellos tiene la fisonomía o el comportamiento de un asesino en potencia. Pusieron sus mochilas en el piso, al centro del círculo, para poder moverse con libertad, pero se quedaron con las bufandas, los abrigo y los gorros, para protegerse de la humedad y del frío de la noche. Hay uno que es más alto y delgado, y que parece ser el que los guía, o al menos él es el que hace primero unos movimientos que los demás repiten de inmediato. No es una gran coreografía: están parados, apenas se balancean con las rodillas, luego presionan las manos sobre sus ojos y las alejan, después lo hacen de nuevo. Asimismo, esta variación dura un par de minutos, como las anteriores; cuando termina vuelven a mirarse entre ellos, serios, concentrados. El joven más alto mira panorámicamente sobre los demás, luego gira un poco más y ve a Nick Cruickshank y le sonrío. Le hace un seña para que se una a ellos, señala un punto en el círculo: ponte ahí, ponte ahí.

Nick Cruickshank se da cuenta de que se acercó demasiado: está a un par de metros de distancia de ellos. Pero esto no le alarma particularmente porque ninguno de los chicos y chicas parece reconocerlo, quizá debido a la sombra, o a la neblina, o a la luz de las lámparas amarillas, o a la capucha de la sudadera que tiene en la cabeza. Incluso el joven alto que lo invita a entrar en el círculo lo hace con buena voluntad, no con atención específica en él; o, al menos, así parece. Además, ya habiendo establecido contacto visual, considera descortés e incluso vil no aceptar; de cualquier modo, en este momento no tiene nada que hacer, tal sólo caminar aún más hacia abajo por las calles estrechas y desiertas, o subir de nuevo al estacionamiento, tomar el auto manejar sin rumbo, o regresar a su casa para estar entre decenas de personas a las que no quiere ver. Así que toma su lugar en el círculo: con los pies bien plantados, las manos en los bolsillos de la chamarra, la capucha cubriéndole la frente.

El joven alto le hace una seña de aprobación con la cabeza, luego se dirige a todos con una voz tan baja que es difícil oírlo: «Ahora miraremos a otra persona del círculo y le sonreiremos». No tiene una actitud de líder ni parece que los demás lo consideren como tal. Por lo visto, simplemente asumió la tarea de indicar la sucesión de las acciones que tienen que cumplirse, tal vez porque las conoce mejor que los demás, tal vez porque fue él quien sugirió que vinieran aquí, tal vez sólo porque su altura lo hace particularmente visible.

Las dieciséis o dieciocho personas que están en el círculo se miran y se sonríen en parejas. Nick Cruickshank termina por sonreírle a una chica pálida y delgadita que trae puesto un gorro de lana azul y un abrigo gris con muchos botones. A su vez, la chica le sonrío: tiene un rostro redondeado, limpio, y sus ojos son increíblemente claros, libres de segundas y terceras intenciones. Él mira hacia todos lados para ver si alguien lo reconoce, pero todos parecen estar absortos en sus sonrisas y no le dedica ninguna atención en particular. Siguen sonriéndose por parejas durante algunos segundos: aquí, en el círculo, silenciosos entre la niebla, oscilan ligeramente sobre sus rodillas, con las manos en los bolsillos y con sus rostros iluminados u oscurecidos por la luz de los faroles amarillos, y se sonríen.

El joven alto baja la cabeza para decirles que esta etapa ya concluyó; no parece satisfecho ni insatisfecho con los resultados: tiene una actitud neutra. Hace una seña, sin ningún énfasis. «Ahora cada uno se va a acercarse a otra persona del círculo y lo abrazará».

Nick Cruickshank se pregunta si la situación podría de pronto perder su magia suspendida, justo un instante antes de abrazarlo. («Pero ¡eres Nick Cruickshank! ¡Oigan, chicos, es Nick, de los Bebonkers!»).

El joven alto lo mira como para animarlo, de nuevo sin insistir. Desvía los ojos casi de inmediato, abraza a una chica muy baja y se agacha de forma un poco torpe para poder hacerlo.

Nick Cruickshank también se mueve. Mientras tanto, un chico se cambia de lado. Ahora ambos se encuentran a la mitad del círculo, se miran a los ojos: por suerte no hay ningún cambio repentino. De nuevo tiene la impresión de tener delante un rostro extraordinariamente puro: el chico no hace ni el más mínimo esfuerzo por transmitir una imagen de sí mismo, no propone ningún tipo de intercambio. Se abrazan y permanecen así durante algunos segundos, en un abrazo entre hombres, con el torso en contacto, la pelvis y las piernas separadas. Se dan una pequeña palmada en la espalda. Luego vuelven, como los demás, a su lugar en el círculo. Una vez más, todos se balancean sobre sus rodillas, moviendo apenas los brazos.

El joven alto asiente, de nuevo de forma moderada, apacible. No intenta enardecer los ánimos ni exaltarlos; se limita a permanecer en el círculo y a dar algunas indicaciones. «Ahora abrazaremos a otra persona, pero sin mirarla antes, y trataremos de transmitirle el *sentido* de nuestro abrazo. Después de abrazarla, la miraremos y le sonreiremos».

e Luego de sus palabras hay una pausa de reflexión general; en seguida, ruido por los movimientos de las personas del círculo que se mueven hacia los otros a tientas, con los ojos cerrados y las manos por delante, para tener un encuentro sin buscarlo.

s Nick Cruickshank hace lo mismo: cierra los ojos, se mueve con pasos cautos hasta que toca a alguien que, al tacto y por color, parece ser una chica, pero se impone no mirarla, tal y como se los dijo el joven alto. Se abrazan sin verse, no muy fuerte pero apretándose un poco, con la intimidad que pueden tener dos totales desconocidos que, no obstante, están conscientes de que el abrazo va a ser recíproco. El que se trate de un abrazo tan gratuito, no motivado por una atracción ni por lazos de ningún tipo provoca una extraña precipitación de sensaciones y pensamientos. A él le parece como si una sucesión infinita de abrazos recorrieran todo el cuerpo como en cámara rápida, llevando consigo una variedad de peticiones explícitas e implícitas, que se manifiestan y se disuelven una después de la otra. ¿Será este el *sentido* del que hablaba el joven alto?

y El abrazo dura definitivamente más que con el chico. Es difícil decir si esto se debe a la combinación de superficies duras y suaves, o si es porque no se vieron antes o porque en cada ritual se espera una progresión y este abrazo con los ojos cerrados es muy probablemente el gran final. Sea como sea, Nick Cruickshank no se esperaba la ola de emociones que le suben por todo el cuerpo ni el colapso general de sus defensas. Es casi como ponerse a llorar en público sin razones aparentes, con la más intensa sensación de pérdida, o de hallazgo o de las dos cosas juntas. Cuando intenta separarse no puede hacerlo; no está claro si se debe a que la chica sigue sujetándolo o a que en realidad es él quien no quiere separarse porque le parece que el asunto no ha terminado, pues una extraña fuerza los tiene entrelazados. Ni siquiera sabe qué están haciendo los otros: no se perciben susurros, apapados de retroceso, mucho menos palabras finales. Así que él y la chica a la que no ha visto siguen abrazándose por un espacio de tiempo indefinido, absortos en la presión y en el calor corporal, en el sentido que tratan de transmitirse, sea lo que sea que est

a Al final se separan con la lentitud de quien se despierta de un sueño inesperado; dan un paso atrás y finalmente se miran a la o cara. Es entonces cuando Nick Cruickshank ve que ella es Milena, la chica italiana de los helados. La sorpresa tiene la misma intensidad no filtrada de las sensaciones que la precedieron: lo atraviesa con la misma violencia de una descarga eléctrica, lo deja sin aliento.

o Ella reacciona de manera parecida: se hace hacia atrás de golpe, con una expresión de susto.

a Nick Cruickshank piensa por un momento en explicarle que no tenía la menor idea de quién era, pero en el mismo instante comienza a pensar que tal vez haya podido estar consciente de alguna manera: quizá con la imprecisión de un vistazo entre sus pestañas semicerradas, a pesar de las pésimas condiciones de iluminación.

n No se dicen nada, él se hace hacia atrás hasta estar de nuevo a una distancia de más o menos un metro, en su lugar del círculo. Pero el juego del círculo, o como se le quiera llamar, ya acabó: el joven alto asiente con una expresión un poco triste. «Ahora pueden ir a dar la vuelta por el pueblo y abrazar a quien quieran». Los chicos y las chicas recogen sus bolsas y sus mochilas del piso, miran a su alrededor y no tardan en ver que por la calle no hay nadie a quien abrazar.

o Nick Cruickshank no sabe qué hacer. Se acerca al joven alto. ¿De dónde vienen?

o El chico alto lo mira por un par de segundos, como si la pregunta le pareciera un poco fuera de contexto. «Digne-les-Bains». El —¿Y hacen esto en distintos lugares? —Nick Cruickshank señala el lugar donde hace dos minutos estaba el círculo de personas, que ahora se dispersaron en varias direcciones.

El joven alto asiente, apenas sonriendo. Recoge su mochila y se va hacia uno de los callejones que descienden en este pueblo situado en una pendiente. Los que no se han ido lo siguen en silencio.

a Nick Cruickshank se voltea hacia el lugar donde estaba Milena, la chica de los helados, pero ya no está ahí. La plaza del mercado está vacía: como si allí no hubiera habido nadie, con la fachada de la iglesia y los plátanos iluminados por las luces de los faroles amarillos en la neblina. Sube de nuevo por el callejón escalonado que lleva a la calle principal, con un jadeo que crece a cada paso: nada. Llega a la calle principal, mira a derecha y a izquierda, y la falta de aliento sigue aumentando, muy difícil de explicar: nada, nada.

s,

a

el

y

el

o

e

n

r

ii

a

Luego de sus palabras hay una pausa de reflexión general; en seguida, ruido por los movimientos de las personas del círculo, que se mueven hacia los otros a tientas, con los ojos cerrados y las manos por delante, para tener un encuentro sin buscarlo.

Nick Cruickshank hace lo mismo: cierra los ojos, se mueve con pasos cautos hasta que toca a alguien que, al tacto y por el olor, parece ser una chica, pero se impone no mirarla, tal y como se los dijo el joven alto. Se abrazan sin verse, no muy fuerte pero apretándose un poco, con la intimidad que pueden tener dos totales desconocidos que, no obstante, están conscientes de que el abrazo va a ser recíproco. El que se trate de un abrazo tan gratuito, no motivado por una atracción ni por lazos de ningún tipo, provoca una extraña precipitación de sensaciones y pensamientos. A él le parece como si una sucesión infinita de abrazos le recorrieran todo el cuerpo como en cámara rápida, llevando consigo una variedad de peticiones explícitas e implícitas, que se manifiestan y se disuelven una después de la otra. ¿Será este el *sentido* del que hablaba el joven alto?

El abrazo dura definitivamente más que con el chico. Es difícil decir si esto se debe a la combinación de superficies duras y suaves, o si es porque no se vieron antes o porque en cada ritual se espera una progresión y este abrazo con los ojos cerrados es muy probablemente el gran final. Sea como sea, Nick Cruickshank no se esperaba la ola de emociones que le suben por todo el cuerpo ni el colapso general de sus defensas. Es casi como ponerse a llorar en público sin razones aparentes, con la más intensa sensación de pérdida, o de hallazgo o de las dos cosas juntas. Cuando intenta separarse no puede hacerlo; no está claro si se debe a que la chica sigue sujetándolo o a que en realidad es él quien no quiere separarse porque le parece que el asunto no ha terminado, pues una extraña fuerza los tiene entrelazados. Ni siquiera sabe qué están haciendo los otros: no se perciben susurros, pasos de retroceso, mucho menos palabras finales. Así que él y la chica a la que no ha visto siguen abrazándose por un espacio de tiempo indefinido, absortos en la presión y en el calor corporal, en el sentido que tratan de transmitirse, sea lo que sea que esto quiera decir.

Al final se separan con la lentitud de quien se despierta de un sueño inesperado; dan un paso atrás y finalmente se miran a la cara. Es entonces cuando Nick Cruickshank ve que ella es Milena, la chica italiana de los helados. La sorpresa tiene la misma intensidad no filtrada de las sensaciones que la precedieron: lo atraviesa con la misma violencia de una descarga eléctrica, lo deja sin aliento.

Ella reacciona de manera parecida: se hace hacia atrás de golpe, con una expresión de susto.

Nick Cruickshank piensa por un momento en explicarle que no tenía la menor idea de quién era, pero en el mismo instante comienza a pensar que tal vez haya podido estar consciente de alguna manera: quizá con la imprecisión de un vistazo entre sus pestañas semicerradas, a pesar de las pésimas condiciones de iluminación.

No se dicen nada, él se hace hacia atrás hasta estar de nuevo a una distancia de más o menos un metro, en su lugar del círculo. Pero el juego del círculo, o como se le quiera llamar, ya acabó: el joven alto asiente con una expresión un poco triste. «Ahora pueden ir a dar la vuelta por el pueblo y abrazar a quien quieran». Los chicos y las chicas recogen sus bolsas y sus mochilas del piso, miran a su alrededor y no tardan en ver que por la calle no hay nadie a quien abrazar.

Nick Cruickshank no sabe qué hacer. Se acerca al joven alto. ¿De dónde vienen?

El chico alto lo mira por un par de segundos, como si la pregunta le pareciera un poco fuera de contexto. «Digne-les-Bains».

—¿Y hacen esto en distintos lugares? —Nick Cruickshank señala el lugar donde hace dos minutos estaba el círculo de personas, que ahora se dispersaron en varias direcciones.

El joven alto asiente, apenas sonriendo. Recoge su mochila y se va hacia uno de los callejones que descienden en este pueblo situado en una pendiente. Los que no se han ido lo siguen en silencio.

Nick Cruickshank se voltea hacia el lugar donde estaba Milena, la chica de los helados, pero ya no está ahí. La plaza del mercado está vacía: como si allí no hubiera habido nadie, con la fachada de la iglesia y los plátanos iluminados por las luces de los faroles amarillos en la neblina. Sube de nuevo por el callejón escalonado que lleva a la calle principal, con un jadeo que crece a cada paso: nada. Llega a la calle principal, mira a derecha y a izquierda, y la falta de aliento sigue aumentando, muy difícil de explicar: nada, nada.

VIERNES

VIERNES

DIECINUEVE

De todos los momentos del día, por la mañana es cuando las diferencias de carácter con Viviane parecen aflorar más: Milena Migliari lo ha observado desde hace tiempo, pero esto sigue acentuándose. La cuestión es que para ella la transición del sueño a la vigilia debe suceder de forma progresiva: necesita sentarse en el borde de la cama para reflexionar un momento, luego se dirige con cierta lentitud al baño, que está en el piso de abajo, mira su rostro reflejado en el espejo; le toma un momento aceptar que es la suya. Hace pipí, se lava la cara, se lava los dientes, regresa arriba a la recámara a vestirse, desciende a la planta baja, quita la cortina anaranjada para ver hacia afuera a través de la ventana de la cocina, que da al callejón. Llena con calma la cafetera, la pone en el fuego, se prepara un tazón de hojuelas de avena, le agrega semillas de girasol y pedacitos de manzana o rebanadas de plátano; le pone encima leche de soya y un poco de jarabe de maple; aún suspendida en las sensaciones de los últimos sueños. En total se trata de tal vez quince minutos, pero para ella son importantes; cuando no hace esta pequeña rutina, sufre por ello.

Viviane, en cambio, apenas se despierta arroja las cobijas y salta de la cama, toma la ropa de la silla, se la pone y mientras tanto comienza a enlistar con total lucidez nombres de pacientes, problemas físicos a tratar, horarios. Baja a encerrarse en el baño, y cinco minutos después ya está en la planta baja, bañada, peinada y lista para el día, ansiosa por tomar su café con leche engullir sus galletas de centeno. A menudo, de mal humor, proyectándose en dificultades existentes o incluso en las sólo hipotéticas, quejándose del sistema de salud, del sistema bancario o del sistema de mantenimiento de las calles. Le fastidia ver aún un poco ambigua, no del todo afuera de los brazos de Morfeo: le hace preguntas secas, la apremia para tener respuesta precisas. Luego se levanta de golpe de la mesa, enjuaga con movimientos nerviosos su taza, su platito y sus cubiertos en el fregadero, toma las llaves del auto del tazón chino que está sobre el mueble de la entrada, sale de casa, se dirige hacia el espacio donde dejó el auto y maneja velozmente hasta Draguignan.

Cuando se fueron a vivir juntas no eran tan diferentes al despertar: si ambas tenían tiempo se lo tomaban con calma; si una de las dos tenía prisa, se apuraba la otra también. Sucedió de forma totalmente instintiva, sin exigencias, sin presiones. Convivir al inicio del día era un gusto, una oportunidad para reír juntas y decirse cosas que en otros momentos no se habrían dicho. ¿Hacia un esfuerzo por adaptarse cuando se encontraban en esa sintonía que parecía tan fácil? ¿Estaban haciendo un experimento? ¿Era el contagio natural que nace entre dos personas el que hace que repentinamente se vuelvan muy cercanas?

Desde luego que Viviane era mucho menos pesimista que ahora, y mucho menos acelerada; pasaba minutos enteros fascinada con sus expresiones y con sus gestos, se asombraba, se los comentaba. Ya trabajaba mucho entonces, pero el gusto que tenía por hacer las cosas prevalecía sobre la necesidad de hacerlas, y, apenas estaba libre, compartía de lleno con ella su espíritu de aventura, sus ganas de hacer cosas fuera de lo común, de arriesgarse. En cuanto a lo demás, se sentían recíprocamente atraídas: consumidas de curiosidad por lo que aún no sabían una de la otra y exaltadas por cada mínimo descubrimiento. Los problemas prácticos parecían secundarios, o eran ocasiones para poner en evidencia sus capacidades creativas; afrontaban con ligereza cualquier dificultad, las superaban. Incluso les divertían las miradas hostiles y los comentarios en voz baja de los habitantes de Seillans, en vez de molestarlas; las hacían sentirse dos mujeres libres que desafían las convenciones, que juegan a inventarse cada día la vida que quieren. ¿Cuándo comenzó a cambiar ese espíritu? ¿Cuándo empezaron a cambiar *ellas*? ¿O simplemente dejaron de ser como querían ser y regresaron a ser como *son*? ¿En qué momento el juego de la invención se transformó en un esfuerzo por construir, empeño tras empeño, obligación tras obligación? ¿Cuándo se transformó la ligereza en peso?

Lo cierto es que la repetición cotidiana también amplifica el más inocente de los comportamientos hasta hacerlo imposible de ignorar. Por ejemplo: el modo que Viviane tiene de despejarse la garganta con pequeños golpeteos de tos cuando está nerviosa; o de quitarse los lentes y frotarlos con el pliegue del suéter, de la servilleta, del mantel. O su virtuosa capacidad de pelar una manzana en una única tira, para luego dejarla allí como si fuera una envoltura vacía en la mesa la afirmación de quién sabe qué principio. O cómo ronca de noche, tan persistentemente como el ruido de un electrodoméstico. O su modo de jalar el coberto hacia su lado, con pequeños tirones casi imperceptibles. Todas estas cosas hasta hace algún tiempo no sólo no le molestaban, sino que le despertaban ternura, deseos de apoyarla. ¿Y entonces?

—Bueno, tengo que correr, nos vemos en la noche. —Viviane tose dos o tres veces en la puerta, afuera de la casa. ¿Está angustiada por alguna de las cuestiones financieras y de trabajo de las que ha hablado desde que saltó de la cama? ¿Está resentida porque percibe su falta de entusiasmo por todo el asunto de la fecundación, por los planes a corto, medio y muy largo plazo que deberán compartir desde el lunes?

Milena Migliari piensa que incluso el sexo entre ellas ha perdido el carácter improvisado y divertido que tenía al inicio: se volvió una sucesión de acciones dirigidas al cumplimiento de un objetivo de la forma más eficaz (y rápida) posible. El aspecto mecánico ya prevalece por mucho sobre el emocional; la sorpresa ya se fue, ya no existe un mínimo desorden de pensamientos. Al principio le parecía una revolución el haberse quitado de encima las exigencias de un hombre: sus sordos reclamos, la insistencia canina, la constante sombra chantajista, la violencia dormida en el fondo de cada movimiento, su voz siempre lista para levantarse y sobresalir, las ofertas de protección que esconden intentos de autoridad. Había sentido un alivio al no ser examinada milímetro a milímetro por su aspecto, por su modo de vestirse, por su cuidado con los detalles, por su elección de accesorios; con esa alternancia continua entre la admiración y la desilusión. No le había parecido real el no ser constantemente comparada con

un catálogo de mujeres más sexys, más altas, más delgadas, con las piernas más largas, con los pechos más grandes, inspirado por una mezcla de películas, publicidad, sitios porno, ambientes de trabajo, fantasías de adolescentes, charlas de colegas, comentarios de amigos. Había estado muy feliz por no tener que adaptarse a la predictibilidad e invasión de un órgano sexual que domina cada elección y comportamiento de su poseedor, y que en ciertos momentos es un arma, en otros un instrumento difícil de usar y en otros más un penoso testimonio de debilidad. Con Viviane mil veces habían hablado y reído tanto de esas estúpidas protuberancias anatómicas y de la importancia desproporcionada que desempeñan en la vida de los hombres, en sus pensamientos, en su lenguaje, en la continua comparación con sus propios congéneres, en los alardes patéticos, en su inseguridad latente, en su ansiedad agotadora por mantener o mejorar una posición jerárquica. Le encantaba el hecho de prescindir con gusto de las declaraciones de fuerza alternadas con demostraciones de cobardía, del egocentrismo devorador que cede a desplomes de confianza, de la pedantería que da lugar a la consternación, de las exhibiciones de memoria seguidas de admisiones de ignorancia de la racionalidad que esconde su incapacidad sentimental. Con Viviane se había sentido por primera vez libre de simplemente ella misma, con sus cualidades y sus defectos, junto a otra persona que por fin entendía sus razones mentales: emocionales y físicas (en vez de pretender entenderlas por tres minutos en los momentos de crisis), porque también ella era mujer. Le había parecido increíble no haberlo pensado antes, no haber contemplado la posibilidad de que hubiera una alternativa a caer y volver a caer en la misma trampa cada vez.

Habían pasado meses enteros sin hacer planes más que de un día para otro, a veces con diferencia de una hora. De noche hablaban, hacían el amor, se reían, se imaginaban los viajes y las actividades más improbables. Viviane aún estaba terminando de perfeccionar su masaje postural, trabajaba en diferentes centros médicos y deportivos de la región, o a domicilio, en casa de los pacientes. Ella, en cambio, había encontrado un empleo precario en una pastelería de Fayence y, cuando tenía un poco de tiempo libre, experimentaba recetas con una máquina rudimentaria para hacer helados en el pequeño departamento que rentaban. Tenían muy poco dinero, pero ninguna de las dos se angustiaba por eso; estaban seguras de que encontrarían el modo de conseguir lo que necesitaran.

¿Qué sucedió luego? ¿Entre ellas? ¿A ellas? ¿Qué diablos fue lo que sucedió? ¿Y hacia dónde están tratando de ir ahora, entre empujones, resistencias y arrastres? ¿Hacia una familia consolidada, no tan diferente de aquella de la que provienen? ¿Hacia una división de funciones cada vez más definida y duradera? ¿Es inevitable que entre dos mujeres que están siempre juntas se recrea con el tiempo una relación similar a la que hay entre una mujer y un hombre, por una pura cuestión de supervivencia? ¿Será que dos mujeres en un mundo de hombres siempre estarán en condición de vulnerabilidad, por más evolucionadas, emancipadas, independientes e intolerantes a las opresiones que sean? ¿Podría ser que, para no dejarse someter por los hombres, una de las dos esté obligada a volverse por lo menos un poco hombre ella misma, aunque no lo desee, y sobre todo para librarse de las guerras creadas por los hombres, para lograr que al menos la otra pueda *no* ser un hombre?

Basta con mirar alrededor para darse cuenta de que en el mundo siempre hay gente buscando una involución de las formas de comportamiento, del lenguaje, de las imágenes mentales frecuentes, dentro de las cuales está garantizado que las mujeres obtendrán la peor parte. Hay religiones enteras que se dedican de tiempo completo a negar los derechos de las mujeres, o a tratar de menoscabarlos o a retirárselos de nuevo si es que ya los obtuvieron, para mantenerlas en la situación única de amas de casa procreadoras. Hay organizaciones enteras, ya sean militares, terroristas y no terroristas, cuyo objetivo principal es hacer retroceder las relaciones humanas hasta un sistema de opresión en el que las mujeres se encuentren invariablemente en el nivel más bajo. Hay industrias enteras que, con el apoyo de los estados, producen armas y las venden a las facciones involucradas en cualquier conflicto, de forma que los hombres puedan divertirse matando y destruyendo con la alegre crueldad de niños que crecieron físicamente, pero no mentalmente. Hay redes oscuras enteras que provocan y orientan emigraciones, y ganan más dinero que con la heroína, empujando a cientos de miles de hombres de espíritu medieval a buscar una vida más fácil en países que desprecian los valores, comenzando por la libertad de las mujeres. Hay partidos políticos enteros que reaccionan ante la amenaza de la barbarie con *slogans* que exudan barbarie. Y, ante la menor provocación, comienzan los alardes de hombría primitiva: golpes en el pecho, fuertes pisoteos, voces guturales, despliegues y formaciones marciales, barbas y turbantes, puños y palos, pistolas y escopetas agitadas al aire con el único propósito de aterrorizar a las masas.

¿Y entonces? ¿Seguirá siendo importante que Viviane sea capaz de darle de codazos al maleducado que la empujó en un vagón de tren, que se atreva a darle una patada en los testículos a cualquier cerdo que haya alargado las manos en un supermercado, que pueda levantarle la voz a cualquier prepotente que trate de apropiarse de su espacio de estacionamiento? ¿Y que al llegar a casa, ejercite sobre su compañera una opresión muy similar a la que ejercitaría un hombre?

Milena Migliari toma otra cucharada de muesli, se seca la leche de soja de los labios con el dorso de la mano. Mastica despacio, trata de concentrarse en la consistencia y el sabor de las hojuelas de avena, en las pasas y en las avellanas, pero no puede. No lo logra ni siquiera un poco.

e
o
l
a
a
a
n
n

un catálogo de mujeres más sexys, más altas, más delgadas, con las piernas más largas, con los pechos más grandes, inspirado por una mezcla de películas, publicidad, sitios porno, ambientes de trabajo, fantasías de adolescentes, charlas de colegas y comentarios de amigos. Había estado muy feliz por no tener que adaptarse a la predictibilidad e invasión de un órgano sexual que domina cada elección y comportamiento de su posesor, y que en ciertos momentos es un arma, en otros un instrumento difícil de usar y en otros más un penoso testimonio de debilidad. Con Viviane mil veces habían hablado y reído tanto de esas estúpidas protuberancias anatómicas y de la importancia desproporcionada que desempeñan en la vida de los hombres, en sus pensamientos, en su lenguaje, en la continua comparación con sus propios congéneres, en los alardes patéticos, en su inseguridad latente, en su ansiedad agotadora por mantener o mejorar una posición jerárquica. Le encantaba el hecho de prescindir con gusto de las declaraciones de fuerza alternadas con demostraciones de cobardía, del egocentrismo devorador que cede a desplomes de confianza, de la pedantería que da lugar a la consternación, de las exhibiciones de memoria seguidas de admisiones de ignorancia, de la racionalidad que esconde su incapacidad sentimental. Con Viviane se había sentido por primera vez libre de ser simplemente ella misma, con sus cualidades y sus defectos, junto a otra persona que por fin entendía sus razones mentales, emocionales y físicas (en vez de pretender entenderlas por tres minutos en los momentos de crisis), porque también ella era mujer. Le había parecido increíble no haberlo pensado antes, no haber contemplado la posibilidad de que hubiera una alternativa a caer y volver a caer en la misma trampa cada vez.

Habían pasado meses enteros sin hacer planes más que de un día para otro, a veces con diferencia de una hora. De noche hablaban, hacían el amor, se reían, se imaginaban los viajes y las actividades más improbables. Viviane aún estaba terminando de perfeccionar su masaje postural, trabajaba en diferentes centros médicos y deportivos de la región, o a domicilio, en casa de los pacientes. Ella, en cambio, había encontrado un empleo precario en una pastelería de Fayence y, cuando tenía un poco de tiempo, experimentaba recetas con una máquina rudimentaria para hacer helados en el pequeño departamento que rentaban. Tenían muy poco dinero, pero ninguna de las dos se angustiaba por eso; estaban seguras de que encontrarían el modo de conseguir lo que necesitaran.

¿Qué sucedió luego? ¿Entre ellas? ¿A ellas? ¿Qué diablos fue lo que sucedió? ¿Y hacia dónde están tratando de ir ahora, entre empujones, resistencias y arrastres? ¿Hacia una familia consolidada, no tan diferente de aquella de la que provienen? ¿Hacia una división de funciones cada vez más definida y duradera? ¿Es inevitable que entre dos mujeres que están siempre juntas se recree con el tiempo una relación similar a la que hay entre una mujer y un hombre, por una pura cuestión de supervivencia? ¿Será que dos mujeres en un mundo de hombres siempre estarán en condición de vulnerabilidad, por más evolucionadas, emancipadas, independientes e intolerantes a las opresiones que sean? ¿Podría ser que, para no dejarse someter por los hombres, una de las dos esté obligada a volverse por lo menos un poco hombre ella misma, aunque no lo desee, y sobre todo para librarse de las guerras creadas por los hombres, para lograr que al menos la otra pueda *no ser un hombre*?

Basta con mirar alrededor para darse cuenta de que en el mundo siempre hay gente buscando una involución de las formas de comportamiento, del lenguaje, de las imágenes mentales frecuentes, dentro de las cuales está garantizado que las mujeres obtendrán la peor parte. Hay religiones enteras que se dedican de tiempo completo a negar los derechos de las mujeres, o a tratar de menoscarlos o a retirárselos de nuevo si es que ya los obtuvieron, para mantenerlas en la situación única de amas de casa y procreadoras. Hay organizaciones enteras, ya sean militares, terroristas y no terroristas, cuyo objetivo principal es hacer retroceder las relaciones humanas hasta un sistema de opresión en el que las mujeres se encuentren invariablemente en el nivel más bajo. Hay industrias enteras que, con el apoyo de los estados, producen armas y las venden a las facciones involucradas en cualquier conflicto, de forma que los hombres puedan divertirse matando y destruyendo con la alegre crueldad de niños que crecieron físicamente, pero no mentalmente. Hay redes oscuras enteras que provocan y orientan emigraciones, y ganan más con eso que con la heroína, empujando a cientos de miles de hombres de espíritu medieval a buscar una vida más fácil en países que desprecian los valores, comenzando por la libertad de las mujeres. Hay partidos políticos enteros que reaccionan ante la amenaza de la barbarie con *slogans* que exudan barbarie. Y, ante la menor provocación, comienzan los alardes de hombría primitiva: golpes en el pecho, fuertes pisoteos, voces guturales, despliegues y formaciones marciales, barbas y turbantes, puños y palos, y pistolas y escopetas agitadas al aire con el único propósito de aterrorizar a las masas.

¿Y entonces? ¿Seguirá siendo importante que Viviane sea capaz de darle de codazos al maleducado que la empujó en una estación de tren, que se atreva a darle una patada en los testículos a cualquier cerdo que haya alargado las manos en un supermercado, que pueda levantarle la voz a cualquier prepotente que trate de apropiarse de su espacio de estacionamiento? ¿Y, que al llegar a casa, ejercite sobre su compañera una opresión muy similar a la que ejercitaría un hombre?

Milena Migliari toma otra cucharada de muesli, se seca la leche de soya de los labios con el dorso de la mano. Mastica despacio, trata de concentrarse en la consistencia y el sabor de las hojuelas de avena, en las pasas y en las avellanas, pero no puede. No lo logra ni siquiera un poco.

VEINTE

Nick Cruickshank ensaya una y otra vez las primeras líneas de la Sonatina en do mayor de Beethoven, para mandolina piano, que tal vez tocará en la fiesta de mañana, si su ánimo, el clima general y el sistema de amplificación coinciden milagrosamente. Se trata de una pieza rápida, además de que el maldito arpeggio en do te obliga a expandir al máximo la articulación de la mano y a hacer saltar los dedos deprisa sobre todos los trastes, al mismo tiempo que debes tener cuidado de no tocar notas sucias o atenuadas. Tal vez para un mandolinista clásico esto no presenta gran dificultad, a menos que lo quiera tocar a doble velocidad, como lo hace un virtuoso imbécil en YouTube. Pero para un guitarrista rítmico y aprendiz lento como él se trata de un desafío y le cuesta mucho trabajo. Tal vez esta es una de las razones por las que le gusta la mandolina —además de por ser tan pequeña y fácil de llevar a todos lados—, porque lo obliga a salir de su zona de confort y a liberarse de los reflejos automáticos que tiene al tocar la guitarra.

Sin embargo, es verdad que ya en los tiempos de los primeros discos de los Bebonkers estaba fascinado por una variedad de instrumentos, y a menudo metía alguno de ellos en los arreglos de sus canciones, aun cuando siempre tenía que convencer a los oídos sordos de los demás. Tal vez estaban en el estudio trabajando un *boogie-woogie* demasiado forzado, y se le ocurría ir a curiosear a la sala de al lado, donde había un xilófono que habían dejado allí para otra grabación. Entonces comenzaba a golpear las láminas de madera, sin saber qué estaba haciendo, y como por arte de magia se le ocurrían ideas interesantes. Entonces regresaba a donde estaban los demás con una actitud de completa seguridad en sí mismo: «En esta parte tocaré el *xilófono*». Lo demás se reían y sacudían la cabeza, le decían que el xilófono no tenía nada que ver con el *boogie* y que, de todos modos, él no sabía tocarlo. Pero se obstinaba y los forzaba a hacer una prueba, y al segundo o tercer intento funcionaba: el xilófono terminaba produciendo un sonido distinto al que tenían innumerables bandas con la misma instrumentación que ellos. En todas las canciones de los Bebonkers de sus años de oro hay un instrumento insólito que le da otro color a la atmósfera de la canción, crea sombras y reflejos sorprendentes: hay un *buzuki*, un dulcemele, un sitar, una arpa céltica, una flauta dulce tenor y un oboe.

¿Será que esta reciente pasión por la mandolina es un intento de volver en el tiempo, a lo libre y creativo que era en sus primeros discos? ¿Querrá volver a hacer, pero con conocimiento de causa, lo que hace treinta y cinco años hacía sin pensar realmente, siguiendo sólo su instinto? ¿Lo estará haciendo para librarse del sentimiento de culpa que tiene por haber complacido a Rodney, Wally y Todd desde cierto momento y haberse conformado también él con el llamado *Bebonker sound*? ¿Querrá reducir el estorbo de sus instrumentos al mínimo, precisamente cuando el resto de su vida parece orientado en la dirección opuesta? ¿No es paradójico (una vez más en su vida) que haya tenido que matarse trabajando algunos años, escribiendo canciones: grabándolas, publicando un disco tras otro, yendo de *tour* en *tour* sin una sola fecha de descanso, hasta poder comprarse una colección de instrumentos que ocupa varias habitaciones en distintas casas en lugares y países distintos, como para que ahora se encuentre tocando casi exclusivamente una mandolina canadiense que casi no pesa y ocupa tan poco espacio? Al menos sigue teniendo callos en las yemas de los dedos y agilidad en éstos. Pero para el concierto del domingo dejará la mandolina en casa, bien guardada en su estuche; ningún fan de los Bebonkers quedará desconcertado al verlo en el escenario llevando en el hombro algo diferente a su Stratocaster y Telecaster.

Sin embargo, ¿tiene algún sentido haberse aprendido de memoria a Beethoven, Bach o O'Carolan, después de haberlo escuchado una y otra vez, decenas de veces en varias ejecuciones, dado que no es capaz de leer una partitura, y después imaginarse por sí sólo la digitación y posición de la mano, intuyendo relaciones entre escalas y arpeggios con los que no tiene ninguna familiaridad? ¿Es posible que en cierto momento algunos de estos elementos resurjan en la forma de una canción original de belleza sorprendente? Y, si esto sucediera, ¿los otros Bebonkers aceptarían tocarla, teniendo en cuenta que seguramente no tendría nada que ver con su repertorio actual? La reacción que Baz tuvo ayer fue más que ilustrativa: no lo aceptarían en absoluto. Y lo mismo con respecto a los fans, tan determinados como parecen a escuchar un *replay* infinito de sus clásicos. Esta inmersión en un tipo de música que no es *la suya*, con un instrumento que no es *de los suyos*, ¿será tan sólo el enésimo intento por no aceptar en quién se ha convertido definitivamente, en vez de continuar imaginándose *quién* más habría podido ser?

Tocan la puerta. Nick Cruickshank intenta ignorarlo y sigue tocando. Pero insisten, así que finalmente va a abrir, muy molesto.

Es Aldino, con una expresión medio enojada y medio avergonzada como cada vez que tiene algo que reprocharle, pero no se atreve a hacerlo. Ayer en la noche perdió el control cuando se dio cuenta de que había salido de la propiedad por su cuenta; al regreso Nick lo encontró esperándolo en la parte de atrás de la casa con una linterna en la mano, agitado como pocas veces lo había visto.

—Necesitaba dar una vuelta solo, ¿okey? —Nick Cruickshank ataca, para defenderse.

Aldino sacude la cabeza. «No quería hablar de ayer en la noche, quería hablar de mañana».

—¿Sobre qué aspecto de mañana? Hay varios. —No es que Nick Cruickshank no piense en mañana: ya van varias *semanas* e incluso meses que la idea de mañana le martillea en la cabeza, con todas sus implicaciones. Van *meses*.

—Bueno, sobre la seguridad, ¿no? —Aldino trabaja para él desde hace ocho años y siempre ha habido entre ellos un cierto juego de papeles: la intolerancia del protegido y la paciencia del protector.

—¿Qué problemas hay con la seguridad? —A Nick Cruickshank le parece que, de entre todos los aspectos de mañana, el de l

inseguridad es el que menos le interesa.

—Hay un montón. —Aldino nunca tiene un actitud optimista: tal vez por eso es bueno en su trabajo—. Dentro de poco llegará Allard de Montecarlo para la inspección, pero ya sabemos que se necesitarán hombres en el cancel, detrás de los setos, e la casa, en el jardín frente a la casa, en los límites del bosque. Luego está la cuestión de la policía local. Casi no tienen hombres disponibles ni equipamiento suficiente. Si, aunque crucemos los dedos, sucede una sorpresa desagradable, yo no sé...

y —¿Qué tipo de sorpresas desagradables podríamos tener? —Por un momento, la idea de que mañana pueda haber una sorpresa desagradable le parece casi *deseable*, una esperanza a la cual desea aferrarse.

a Aldino levanta la barbilla y abre ligeramente los brazos.

o —Desde un solo loco desgraciado que aparezca por los bosques, hasta un comando de tres o cuatro hombres bien adiestrados que puedan derribar el cancel con un camión con defensa reforzada, AK-47, granadas y buenos acompañantes.

e —Virgen santa, Aldino. —A Nick Cruickshank le da risa porque se acuerda de su reacción paranoica con los trabajadores de olivar de la otra mañana. Recuerda lo estúpido que se sintió después.

s —No es algo para reírse. —Aldino permanece totalmente serio y, menos mal, para eso le pagan—. Y, luego, el domingo en el aeródromo será aún peor, porque allí estamos hablando de mucha, pero mucha más gente en un área totalmente expuesta. Por la decenas de calles que lo rodean, cualquiera puede ir o venir a su gusto.

s Nick Cruickshank hace un esfuerzo por ponerse serio. Asiente y aprieta las manos dentro de los bolsillos de los *jeans*. Piensa en cuando los Bebonkers hacían sus primeros *tours* sin nada de protección privada, y debían confiar en la policía local, que nunca estaba preparada para los verdaderos asaltos al escenario por parte de chicos y chicas visceralmente determinados a arrancarle la ropa, cabellos o *pedazos* de cualquier integrante de la banda que se les cruzara en el camino. Piensa en los gritos histéricos, en las miradas delirantes, en los gestos de endemoniados delante del escenario, que no tenía ninguna barrera que lo contuviera, y en cómo todo eso se volvía combustible para su espectáculo, un flujo de energía primordial de ida y vuelta. Él, como vocalista, era el blanco principal, pero también Rodney tenía a sus idólatras caníbales fuera de control, y también Todd y Wally. Más de una vez se salvaron sólo porque tenían buena condición física: lograban correr hasta los coches y refugiarse en su hotel apenas a tiempo. Pero en ese entonces nunca se habrían quejado: era parte fundamental de la mística del rock que los había impulsado sin tregua a llegar a donde estaban. Antes de que la persecución se volviera hostigamiento y luego una verdadera pesadilla, les parecía emocionante, como si se tratara de la consagración definitiva de su estatus de estrellas del rock.

o Las cosas han cambiado mucho desde entonces, entre escuadrones de guardaespaldas conectados a auriculares inalámbricos: escenarios elevados, barreras de seguridad metálicas, distancias de seguridad. El precio que debe pagarse por la seguridad ha significado una pérdida de contacto no sólo durante los conciertos, sino también antes y después de ellos: todo el tiempo. Nick Cruickshank piensa que entre él y el público hay una barrera permanente: la emoción peligrosa del contacto físico que puede degenerarse de un momento a otro es cosa del pasado. No le disgusta que durante dos días haya algún riesgo adicional, para variar un poco, aunque esto signifique contrariar a Aldino.

e

e

n

o

s

e

a

e

o

n

a

r

y

e

e

o

n

o

a

inseguridad es el que menos le interesa.

—Hay un montón. —Aldino nunca tiene un actitud optimista: tal vez por eso es bueno en su trabajo—. Dentro de poco llegará Allard de Montecarlo para la inspección, pero ya sabemos que se necesitarán hombres en el cancel, detrás de los setos, en la casa, en el jardín frente a la casa, en los límites del bosque. Luego está la cuestión de la policía local. Casi no tienen hombres disponibles ni equipamiento suficiente. Si, aunque crucemos los dedos, sucede una sorpresa desagradable, yo no sé...

—¿Qué tipo de sorpresas desagradables podríamos tener? —Por un momento, la idea de que mañana pueda haber una sorpresa desagradable le parece casi *deseable*, una esperanza a la cual desea aferrarse.

Aldino levanta la barbilla y abre ligeramente los brazos.

—Desde un solo loco desgraciado que aparezca por los bosques, hasta un comando de tres o cuatro hombres bien adiestrados que puedan derribar el cancel con un camión con defensa reforzada, AK-47, granadas y buenos acompañantes.

—Virgen santa, Aldino. —A Nick Cruickshank le da risa porque se acuerda de su reacción paranoica con los trabajadores del olivar de la otra mañana. Recuerda lo estúpido que se sintió después.

—No es algo para reírse. —Aldino permanece totalmente serio y, menos mal, para eso le pagan—. Y, luego, el domingo en el aeródromo será aún peor, porque allí estamos hablando de mucha, pero mucha más gente en un área totalmente expuesta. Por las dos calles que lo rodean, cualquiera puede ir o venir a su gusto.

Nick Cruickshank hace un esfuerzo por ponerse serio. Asiente y aprieta las manos dentro de los bolsillos de los *jeans*. Piensa en cuando los Bebonkers hacían sus primeros *tours* sin nada de protección privada, y debían confiar en la policía local, que nunca estaba preparada para los verdaderos asaltos al escenario por parte de chicos y chicas visceralmente determinados a arrancarles la ropa, cabellos o *pedazos* de cualquier integrante de la banda que se les cruzara en el camino. Piensa en los gritos histéricos, en las miradas delirantes, en los gestos de endemoniados delante del escenario, que no tenía ninguna barrera que lo contuviera, y en cómo todo eso se volvía combustible para su espectáculo, un flujo de energía primordial de ida y vuelta. Él, como vocalista, era el blanco principal, pero también Rodney tenía a sus idólatras caníbales fuera de control, y también Todd y Wally. Más de una vez se salvaron sólo porque tenían buena condición física: lograban correr hasta los coches y refugiarse en su hotel apenas a tiempo. Pero en ese entonces nunca se habrían quejado: era parte fundamental de la mística del rock que los había impulsado sin tregua a llegar a donde estaban. Antes de que la persecución se volviera hostigamiento y luego una verdadera pesadilla, les parecía emocionante, como si se tratara de la consagración definitiva de su estatus de estrellas del rock.

Las cosas han cambiado mucho desde entonces, entre escuadrones de guardaespaldas conectados a auriculares inalámbricos, escenarios elevados, barreras de seguridad metálicas, distancias de seguridad. El precio que debe pagarse por la seguridad ha significado una pérdida de contacto no sólo durante los conciertos, sino también antes y después de ellos: todo el tiempo. Nick Cruickshank piensa que entre él y el público hay una barrera permanente: la emoción peligrosa del contacto físico que puede degenerarse de un momento a otro es cosa del pasado. No le disgusta que durante dos días haya algún riesgo adicional, para variar un poco, aunque esto signifique contrariar a Aldino.

VEINTIUNO

Milena Migliari está trabajando de nuevo en la mezcla del helado de castaña, ya que la de ayer no la entusiasmó nada. No es que Guadalupe no haya seguido bien sus instrucciones, sino que se apegó demasiado a ellas y no se tomó la libertad de agregar su toque personal. La cuestión es que uno puede enseñarle más o menos a cualquiera la parte práctica de cualquier procedimiento pero no la parte *inventiva*: esa depende del carácter de cada uno, de su combinación específica de cualidades y defectos, de su modo de reaccionar ante las circunstancias. Tal vez un día te despiertes con una aversión por un sabor o por las atmósferas y la historias que lleva consigo, o bien descubres que te falta un ingrediente y no tienes tiempo de ir a buscarlo, y entonces usas otro aventurándote a una combinación distinta y cambiando el equilibrio del conjunto. Es así como ella ha llegado a algunos de sus mejores helados, es por esto que siempre necesita dejar un margen de improvisación cuando trabaja: para dejarse inspirar por la vista, por el olfato, por el clima, por la temperatura, por el humor del momento, por los pensamientos que le pasan por la cabeza incluso por la música que escucha en la radio.

Ahora, por ejemplo, la radio está transmitiendo «Enough Isn't Enough», de los Bebonkers, con la voz ronca pero cálida de Nick Cruickshank y con el ritmo acelerado del bajo, la batería y los acordes animados de las guitarras eléctricas, así que, si reflexionar, le da por agregar un poquito de sal a la mezcla, y también una pequeña cantidad de pimienta blanca, para contrastar lo dulce de la crema de leche. Como siempre, no usa báscula; mide las cantidades con una cucharita de mango largo sobre un platito en el que deja caer la molineta fresca. Nunca suelen ser los cambios contundentes los que dan un resultado interesante son las pequeñas desviaciones de la norma, los toques que podrían resultar casi inadvertidos y en cambio se sienten.

Guadalupe la observa con la perplejidad que siempre le causa verla desviarse de una receta afortunada. Sigue sin entender por qué el helado de ayer no recibió su completa aprobación, ya que no tenía defectos evidentes y más bien le parecía bien logrado. («¿Qué quiere decir que es bueno pero no *interesante*?», le preguntó por la tarde, después de que había probado con calma una cucharadita y le había hecho observaciones. «Que ya lo conozco», contestó ella, sabiendo que podía parecer un observación un poco enigmática).

Milena Migliari se estira para apagar el radio porque el ritmo de la canción le está dando ansiedad. O tal vez es la letra de la canción o la voz. O tal vez la canción no tiene nada que ver, y tiene ansiedad por la visita de ayer al Centro Plamondon, por los pensamientos que le llegan sobre el lunes y lo que sucederá después, sobre el próximo verano, sobre un futuro que ya no le parece el suyo. Trata de concentrarse exclusivamente en lo que hace: en los pasos y en las etapas, en el lento amalgamarse de los ingredientes.

Y entonces alguien toca la puerta de vidrio de la heladería, como el otro día. El corazón se le acelera de pronto. Le parece haber estado esperándolo, incluso haberlo temido desde el otro día, desde anoche. Casi puede ver a Nick Cruickshank asomándose al laboratorio y sonriéndole de ese modo que parece tan espontáneo, pero que tal vez ha sido cuidadosamente estudiado para obtener algún efecto. Casi puede oír la misma voz, que hace dos minutos cantaba tan furiosa en la radio, haciendo observaciones interesantes sobre sus helados y su vida, aparentemente sinceras pero que tal vez son el producto de una inteligencia aburrida y acostumbrada a no respetar los límites personales.

—Hay alguien en la puerta. —Guadalupe señala hacia la tienda.

—Ya escuché. No le hagas caso. — Milena Migliari pone una pizca de eneldo en la mezcla del helado de castaña. Actúa como si nada, pero su corazón sigue palpitándole de manera irregular.

—¿Cómo que no le haga caso? —Guadalupe inclina la cabeza, sin entender.

—¡Mi laboratorio no se ha convertido en una estúpida sala de conversación! —A Milena Migliari le sale un tono demasiado duro, pero está nerviosa y enojada con ella misma. ¿Qué sentido tuvo el abrazo con Nick Cruickshank anoche en la plaza del mercado? ¿También eso fue completamente inocente, como el beso en la frente de la otra tarde? A juzgar por como se sienten ahora, no. O por como se sentía en casa, mientras daba de vueltas en la cama, con la cabeza y el cuerpo llenos de impulsos contradictorios. La dinámica misma del abrazo tiene matices inciertos que no recuerda bien a pesar de que sigue esforzándose por reconstruirla con exactitud, lo cual quizá pueda explicarse en parte por el hecho de que ambos tenían los ojos cerrados. Pero ante los tenían abiertos. ¿Realmente no se habían reconocido mientras estaban de pie en ese círculo, medio congelados, entre las sombras, las luces y la niebla? En el círculo había como veinte personas; entre todas ellas, ¿qué probabilidades tenían de encontrarse abrazados justamente ellos? ¿La habría seleccionado él a propósito? ¿Tal vez lo escogió ella sin darse cuenta? ¿S habrá dejado arrastrar por una estúpida corriente magnética, por lo aturdida que estaba después de dos horas intensas de danza populares en la sala de abajo del ayuntamiento? ¿Y que hacía Nick Cruickshank entre los abrazadores de Digne-les-Bains? ¿S había colocado allí como un depredador? Pero ¿por qué alguien como él se pondría a acechar a alguien como ella, con todas las otras presas, seguramente más apropiadas y dispuestas, que debe tener a su disposición? ¿Por el capricho un tanto perverso de intentarlo con alguien a quien no le gustan los hombres? ¿Aun cuando no tiene forma de saberlo? ¿Aunque le pareció que en su abrazo no había nada de perverso? ¿Aunque le haya parecido el abrazo más *puro* que le hayan dado en la vida?

Desde la puerta de vidrio de la heladería sigue llegando un sonido de golpes de nudillos, cada vez más insistente y que no se detiene.

—¿Qué hacemos? —Ahora Guadalupe tiene una expresión de susto. Está claro que percibe su agitación.

—Ve a ver quién es y dile que ya cerramos. Tenemos puesto el cartel, maldita sea. —Milena Migliari detesta la idea de estar tan nerviosa; sin embargo, no puede calmarse. Tal vez la idea de todo lo que debe comenzar a hacer a partir el lunes la desestabilizó más de lo que se imaginaba y la está haciendo desequilibrarse internamente. Ayer tuvo continuos cambios de humor, y ahora esta irregularidad en el latido del corazón, esta dificultad para respirar.

Guadalupe va a la tienda, pero no sigue las instrucciones. Abre la puerta. Se escucha una voz que dice:

s —¿Querían dejarme afuera?

u De ninguna forma se trata de la voz de Nick Cruickshank: es la voz de Viviane. Un instante después se asoma a la puerta del laboratorio, toda sonriente y superexpansiva.

u —Ay, pero ¡si aquí está *ma poulette*! ¿Cómo estás?

s —Bien. —Milena Migliari está bastante desconcertada porque se la imaginaba trabajando en su estudio de Draguigna, desde hace al menos una hora, porque no tiene la costumbre de dar este tipo de sorpresas y porque siente una especie de absurdo e injustificada desilusión.

a —¿Quería enseñarte algo! —Viviane le agita una mano frente a la cara. Sigue sonriendo toda acelerada, de un modo totalmente atípico.

—¿Qué cosa? —Milena Migliari se hace hacia atrás algunos centímetros, a la defensiva, porque está casi segura de que está teniendo algo que ver con su cita del lunes en el Centro Plamondon y con todo lo que le seguirá.

n —¡Mira aquí! ¡*Aquí!* ¡Lo tienes delante de tus ojos! —Viviane deja de mover la mano y extiende su muñeca, mostrándole la parte interior. En el mismo punto en donde ella lo tiene, se hizo un tatuaje idéntico al suyo: las dos A especulares formadas por una serpiente que ondula en una línea transversal. Un tatuaje real, no uno dibujado con pluma, de broma. Se lo acaba de hacer hasta tiene un poco de crema calmante sobre él para proteger la piel, traumatizada por la aguja.

Milena Migliari no logra decir nada: esto es lo último en el mundo que se habría esperado de Viviane, sobre todo después de lo que le ha dicho sobre lo feo de los tatuajes y lo estúpido de las razones para hacerlos. Incluso se pelearon varias veces cuando ella defendía el suyo con la idea de que puede ser bonito trazar algún signo permanente en el cuerpo para revelar alguna característica de su propio carácter o algún sueño por cumplir.

a —*Arte y Amor*, ¿no? —Viviane sigue mostrándole la muñeca izquierda, sonriendo y sonriendo. Está tratando de hacerlo ver como algo ligero, sin mayor importancia, pero sus ojos brillan debajo de los lentes: está tan emocionada como no le sucede a menudo.

s Milena Migliari trata de responder algo, pero la idea de que haya podido hacer por amor algo tan contrario a su propia naturaleza le cae encima como un balde de agua fría. Es un tatuaje pequeño, en un punto del cuerpo bastante escondido, pero lo que le trastorna es el nivel de entrega que revela. Los ojos se le llenan de lágrimas y rompe a llorar sin poder controlarse.

—¡Oye! —Viviane se acerca a abrazarla y la estrecha con fuerza—. ¡Si hubiera sabido que te haría este efecto, lo habría pensado dos veces!

k Milena Migliari sacude la cabeza, solloza, le cuesta trabajo recuperar el aliento. Sabe muy bien que debe de haberlo pensado no dos, sino *mil* veces antes de superar la resistencia de sus convicciones tan radicales y decidirse a hacerlo. Apoya la frente en su hombro, hunde el rostro entre su abrigo y el suéter, y sigue llorando.

a —No tenías que hacerlo.

—Pues ¡me gustó la idea! —Viviane la aparta para mirarla. También tiene algunas lágrimas corriéndole por los ojos. Se pasados dedos por debajo de los lentes para secárselas—. Me pareció algo bonito. Sobre todo en este momento, ¿no? Fui con un paciente, el que tiene un estudio de tatuajes en Callian, y ¡le enseñé una foto de tu muñeca que tenía en el celular!

Milena Migliari quisiera dejar de llorar, pero no puede. Entre más lo piensa más llora.

—Es idéntico al tuyo, ¿no? —Viviane le toma la muñeca izquierda para compararla con la suya, las pone una al lado de la otra.

l —Sí. —Milena Migliari dice que sí con la cabeza y levanta la nariz: en efecto, los dos tatuajes son casi idénticos, aunque el suyo está ligeramente descolorido por el tiempo y el de Viviane parece un poco más pequeño, con las A un poco más estrechas, tal vez porque su muñeca es más ancha.

r —Bueno, ¡debo correr, de lo contrario los clientes me matan! —Viviane le suelta la mano, le da un beso, se sacude de encima la conmoción. Se despide de Guadalupe, que se quedó allí, cerca del refrigerador, observando en silencio. Da unos pocos pasos se encuentra fuera del laboratorio, otros más y se encuentra fuera de la tienda.

e Milena Migliari toma un pañuelo de papel de la caja, se seca los ojos, las mejillas, se suena la nariz.

e Guadalupe la mira, también a ella le brillan los ojos por el desconcierto.

s —Nunca me imaginé un gesto así de Viviane, ¿hacerse un tatuaje?

e —Tampoco yo. —Milena Migliari se suena de nuevo la nariz y mira el techo para ver si así logra que paren las lágrimas. ¿Es una reacción excesiva? Más que la conmoción, ¿será que lo que le afectó fueron los sentimientos de culpa, dado que ella no tiene la misma disposición para superar las resistencias de su propia naturaleza en nombre de un proyecto común? Pero ¿se trata realmente de las resistencias de su propia naturaleza, o son sólo miedos y excusas dictadas por su egoísmo?

—De cualquier modo, fue un gesto tan, pero tan romántico. —Guadalupe agita su mano en el aire como para disipar la conmoción.

—Sí, bastante. —Lo más extraño es que justo en el instante en que ella lo dice, le viene a la cabeza la posibilidad de que el gesto de Viviane pueda no haber sido un simple impulso romántico, sino un acto de *apropiación*. Sus pensamientos se alterna

rtan radicalmente que la desorientan por completo, haciendo que casi se le caiga el cucharón de la mano.

a —¿Todo bien? —Guadalupe la mira, aprensiva.

e —¿Puedes cerrar con llave la puerta del negocio, por favor, antes de que entre alguien más? —Milena Migliari trata de concentrarse nuevamente en la mezcla, pero no lo logra. Le llega de nuevo un sentimiento de ternura, casi como para ponerse a llorar de nuevo, y un segundo después del enternecimiento llega la perplejidad y luego el enojo. Por algunos minutos le parece interpretar el gesto de Viviane tanto positiva como negativamente, como en esas postales de reflejo doble en las que la imagen cambia según la inclinación con que la mires. Pero, entre más piensa en eso, la segunda interpretación comienza a prevalecer sobre la primera. Gira la muñeca y se la ve: estas dos A pertenecen a su vida de antes de los helados, antes de Francia, antes de su encuentro con Viviane en ese caluroso verano, lleno de cigarras. Son el signo de una parte de ella que suscita en Viviane incompreensión y hasta hostilidad, tal vez porque ella nunca ha querido compartirla realmente. La verdad es que Viviane siempre ha *detestado* este tatuaje, afirmando que detestaba los tatuajes en general; y con toda razón, además, porque la parte de ella a la que este tatuaje pertenece es la parte que Viviane no podrá tener nunca. Seguramente habría preferido que ella se lo quitara en vez de copárselo. De hecho, se lo sugirió un par de veces, hablándole, en un falso tono casual, de uno de sus clientes que tiene un laboratorio en Niza en donde eliminan los tatuajes con láser Q-switch sin dejar marcas.

o Milena Migliari muele en la mezcla del helado de castaña otros granos de cardamomo y otra pimienta blanca. Entre más lo piensa, más se confunde. Por unos instantes le parece que el gesto de Viviane es como mínimo un chantaje sentimental, pero unos instantes después le parece nuevamente un acto de extraordinaria generosidad. Por un momento se siente víctima de un episodio de canibalismo, pero un momento después se siente un monstruo desagradecido. Oscila de una interpretación a la otra, preocupada, incierta.

—¿No le pusiste demasiada pimienta? —Guadalupe parece preocuparse cada vez más.

e —No lo sé. —Milena Migliari mete una cucharita en la mezcla, se la lleva a la boca, saborea. Sí, claro: hay demasiada pimienta, demasiado cardamomo, demasiada sal; el sabor de la castaña se arruinó por completo. Incluso, si quisiera considerar la mezcla como una interpretación no convencional, no funcionaría, no es agradable de ningún modo, es un asco. Toma el recipiente y derrama la mezcla en el fregadero, abre la llave del grifo, deja que se vaya todo por el drenaje.

r Guadalupe la observa consternada, como si estuviera frente a un episodio de locura.

a Milena Migliari se pone a la defensiva, pero la verdad es que está desmoralizada hasta el fondo de su alma.

—La gente se equivoca, ¡¿está bien?! ¡Y se seguirá equivocando!

a Guadalupe dice que sí con la cabeza. Probablemente piensa que tiene una jefa muy inestable emocionalmente.

o

a

o

u

a

ii

a

l

il

a

y

s

a

a

a

l

n

tan radicalmente que la desorientan por completo, haciendo que casi se le caiga el cucharón de la mano.

—¿Todo bien? —Guadalupe la mira, aprensiva.

—¿Puedes cerrar con llave la puerta del negocio, por favor, antes de que entre alguien más? —Milena Migliari trata de concentrarse nuevamente en la mezcla, pero no lo logra. Le llega de nuevo un sentimiento de ternura, casi como para ponerse a llorar de nuevo, y un segundo después del enternecimiento llega la perplejidad y luego el enojo. Por algunos minutos le parece interpretar el gesto de Viviane tanto positiva como negativamente, como en esas postales de reflejo doble en las que la imagen cambia según la inclinación con que la mires. Pero, entre más piensa en eso, la segunda interpretación comienza a prevalecer sobre la primera. Gira la muñeca y se la ve: estas dos A pertenecen a su vida de antes de los helados, antes de Francia, antes del encuentro con Viviane en ese caluroso verano, lleno de cigarras. Son el signo de una parte de ella que suscita en Viviane incomprensión y hasta hostilidad, tal vez porque ella nunca ha querido compartirla realmente. La verdad es que Viviane siempre ha *detestado* este tatuaje, afirmando que detestaba los tatuajes en general; y con toda razón, además, porque la parte de ella a la que este tatuaje pertenece es la parte que Viviane no podrá tener nunca. Seguramente habría preferido que ella se lo quitara en vez de copiárselo. De hecho, se lo sugirió un par de veces, hablándole, en un falso tono casual, de uno de sus clientes que tiene un laboratorio en Niza en donde eliminan los tatuajes con láser Q-switch sin dejar marcas.

Milena Migliari muele en la mezcla del helado de castaña otros granos de cardamomo y otra pimienta blanca. Entre más lo piensa, más se confunde. Por unos instantes le parece que el gesto de Viviane es como mínimo un chantaje sentimental, pero unos instantes después le parece nuevamente un acto de extraordinaria generosidad. Por un momento se siente víctima de un episodio de canibalismo, pero un momento después se siente un monstruo desagradecido. Oscila de una interpretación a la otra, preocupada, incierta.

—¿No le pusiste demasiada pimienta? —Guadalupe parece preocuparse cada vez más.

—No lo sé. —Milena Migliari mete una cucharita en la mezcla, se la lleva a la boca, saborea. Sí, claro: hay demasiada pimienta, demasiado cardamomo, demasiada sal; el sabor de la castaña se arruinó por completo. Incluso, si quisiera considerar la mezcla como una interpretación no convencional, no funcionaría, no es agradable de ningún modo, es un asco. Toma el recipiente, derrama la mezcla en el fregadero, abre la llave del grifo, deja que se vaya todo por el drenaje.

Guadalupe la observa consternada, como si estuviera frente a un episodio de locura.

Milena Migliari se pone a la defensiva, pero la verdad es que está desmoralizada hasta el fondo de su alma.

—La gente se equivoca, ¿está bien?! ¡Y se seguirá equivocando!

Guadalupe dice que sí con la cabeza. Probablemente piensa que tiene una jefa muy inestable emocionalmente.

VEINTIDÓS

Nick Cruickshank mira hacia afuera desde detrás de la cortina que acaba de apartar de una de las ventanas de su estudio. En el jardín frente a la casa ya hay una construcción frenética, con obreros, jardineros y electricistas que montan un quiosco para el jardín, pabellones, arquitos, galerías de flores, mesas, un bar, un pequeño palco, calentadores para exterior, lámpara: proyectores y bocinas. Aileen va y viene de un punto al otro, señala, explica, reúne a grupos de personas, los dispersa; confabula con su consultora holística, que se llama Fiona; con su amigo arquitecto, que llegó esta mañana de Antibes; con la responsable de *catering*, que llegó de Niza; con Tom Harlan; con el equipo de *Star Life*; con Nishanath Kapoor, que apenas puso un pie aquí sacó mil solicitudes concernientes a su presentación de mañana. Desde más lejos, Aldino inspecciona a grandes pasos el perímetro entre el jardín, el bosque y el olivar, junto a su colega de Montecarlo. Es comprensible que no se sienta tranquilo hasta que llegue los refuerzos, porque incluso así la situación parece difícil de controlar.

Nick Cruickshank se da cuenta de estar medio admirado con la idea de que Aileen logre ocuparse de tantos detalles con tanto empeño, y medio angustiado por las mismas razones. Pero ¿es posible que los dos sentimientos sean casi equivalentes, y que el primero no prevalezca realmente sobre el segundo? ¿Y por qué encontrar angustiantes las características de Aileen que siempre había apreciado, como su extraordinaria persistencia, su capacidad de nunca perder de vista ninguno de los objetivos que persigue? ¿Qué esperaba, que ella tendría un interruptor de *on/off* en la cabeza para pasar del frenesí multifuncional de cuando se mueve en el mundo a una tranquilidad absorta y hasta un poco distraída cuando está en casa con él? ¿Es su parte más aislacionista la que se siente bajo asedio, la que de modo recurrente se acurruca en alguna parte y corta los contactos con el resto del mundo con la excusa de sus exigencias creativas?

¿Cómo debería ser Aileen para ser compatible con él en un cien por ciento, en vez del cincuenta? ¿Más dedicada a él? Pero está *extremadamente* dedicada: puede resolverle cualquier problema práctico en un abrir y cerrar de ojos, eliminar cualquier duda artística con pocas palabras. ¿Más tranquila? Pero, bueno, es que Aileen tranquila es simplemente un oxímoron. Si la vieran somnolienta sobre una tumbona al borde de la piscina le darían ganas de llamar por teléfono a su médico, o por lo menos a su consultora holística. ¿Debería dejar a un lado, por lo menos de vez en cuando, su vocación de superorganizadora? La gente no cambia, él es el primero en saberlo. Hasta lo escribió en una de sus mejores canciones, «Stop Looking For A Stripeless Zebra (You'll Only Get A Donkey)».

Pero ¿por qué aceptó sin discutir la idea de una fiesta a lo grande aquí, en Les Vieux Oliviers? Es cierto que al principio presentó un poco de resistencia, pero sólo eso. Bueno, *mucha* resistencia al principio, de acuerdo, pero fue eliminada ante la obstinación de Aileen. ¿Para qué? ¿Para no decepcionarla? ¿Por la comodidad de todos? ¿Por qué no le propuso una ceremonia simple y secreta, tal vez en una pequeña isla griega? ¿Porque sabía que ella lo habría tomado como una ofensa, una reducción de su estatus respecto a sus dos mujeres anteriores (que no quisieron esconderse para casarse)? ¿Es posible que la haya secundado sólo para llegar a este momento de crisis sin darse cuenta? Lo que es seguro es que en una pequeña isla griega Aileen no habría podido dar rienda suelta al espíritu de inventiva interminable que está poniendo en acción ahora mismo, allá afuera en el jardín. Y que *Star Life* no estaría patrocinando ni ventilando cada detalle, no habría huéspedes famosos (por lo menos, no los que él detesta), no habría toda esa habladuría de ellos dos, de ella, de Anti-piel. Pero Aileen dista mucho de ser una oportunista, no es una cazafortunas. Viene de una familia bastante sólida y tenía un total conocimiento del mundo desde mucho antes de estar con él, y además es una emprendedora de mucho éxito. Claramente no tiene necesidad de esta pantalla para hacerse más publicitada. ¿O sí?

De golpe, a Nick Cruickshank le viene a la mente el círculo de los abrazadores de ayer en la noche: la mitigada, desconcertante inocencia de sus rostros, la falta de intenciones maliciosas en sus miradas, la ausencia total de actitudes pretenciosas. Estaban bier eran chicas y chicos de veinte años, seguramente todavía mantenidos por sus familias, seguramente todavía fuera de los circuitos de trabajo, de las responsabilidades reales, de la fricción con todo lo que es agotador y feo en la vida real. Tendría que volver a ver a los abrazadores dentro de cinco o diez años: muy probablemente no serán tan sugerentes, a menos que se hubieran vuelto unos vagabundos o unos santos. Tal vez algunos de ellos se volverán idealistas auténticos, no transitorios, y no desarrollarán nunca deseos de bienes materiales ni de reconocimiento social de ningún tipo. Pero los idealistas son aburridos. Ostentan superioridad moral, siempre tienen algo que enseñarles a los demás y a la larga se vuelven insoportables. Como Milton Jernigan, que en los años setenta escribió dos o tal vez tres canciones tristes y bellas y unas veinte canciones tristes y mediocres, y se volvió una figura de culto porque a partir de cierto momento dejó de cobrar sus derechos de autor y vivió como vagabundo, antes de colgarse de un árbol en Kinver Forest.

¿Y Milena, la chica italiana de los helados? Ella no es una veinteañera mantenida por su familia, y tampoco parece ser una idealista con la cabeza llena de estereotipos morales, políticos y artísticos. Y, aun así, ayer por la noche parecía muy poco contaminada, como los otros chicos de ese círculo. Ella tampoco parecía pedir ni proponer un intercambio de favores. Lo mismo el día anterior, cuando él fue a buscarla a su heladería para decirle que nunca había probado unos helados tan buenos en su vida. Sí, le sonrió, pero para nada de una manera engreída; al contrario, se apuró a cambiar de tema, prefirió hablar de otra cosa. Pero en realidad, ¿qué sabe de ella? La ha visto tres veces: la primera apenas se saludaron, la segunda hablaron pocos minutos, la tercera estuvieron callados. ¿Estará atribuyendo características imaginarias a una desconocida sólo porque no entra con

facilidad en ninguna de las categorías humanas que conoce? ¿Sólo porque en este momento él se siente con el agua hasta el cuello?

Le ha sucedido más de una vez el tener expectativas infundadas en alguien con quien apenas había intercambiado alguna palabra (o ninguna en absoluto), sólo basándose en sus facciones o en su forma de ser, en una mirada, un gesto, hasta debido a una prenda de vestir no convencional. Tal vez incluso sin haberla visto de cerca, dejándose llevar por lo que le parece percibir sobre la marcha, a metros de distancia. ¿Cuántos falsos reconocimientos habrá tenido? ¿Cuántos impulsos en vano? Se trata de una actitud infantil, sin ninguna duda, y ha sido el origen de varias situaciones incómodas y de algunas situaciones decididamente lamentables. Recuerda muy bien los colapsos al descubrir la realidad, las desilusiones mutuas, la perplejidad generalizada, la sensación de ser el peor imbécil del mundo.

Y, en todo caso, esta chica, Milena, también parece tener una relación no ordinaria con su trabajo y tal vez con el mundo pero cuando le dio ese beso en la frente en la heladería, sintió claramente que se ponía rígida. Y también anoche, cuando se abrazaron por casualidad en la plaza del mercado de Fayence, y luego abrieron los ojos y descubrieron quiénes eran, no parecía para nada contenta. Basta con acercarse a ella más allá de una distancia segura para notar una resistencia en su mirada y en sus gestos. Tal vez en otros tiempos la habría visto como un reto y habría tratado de superarlo, pero ahora no. Hace tiempo que ya no es el pirata sentimental que busca mujeres difíciles, y las maltrata y luego se olvida de ellas al día siguiente, sin preocuparse por las consecuencias. Bueno, admitiendo que alguna vez lo haya sido realmente. Pero ¿por qué le vino a la mente eso justo ahora? ¿antes? ¿Por la extraña coincidencia de haberla abrazado precisamente a ella en ese círculo de abrazadores? Pero su heladería está a dos pasos de la plaza del mercado, no hay nada extraño en el hecho de que pasara por allí después de haber cerrado. Y las personas en el círculo eran dieciocho, incluyéndolo a él, así que las probabilidades de abrazarla justo a ella tampoco eran tan bajas. ¿Tendrá que ver con el hecho de que el otro día, cuando vino a dejar los helados en su furgoneta y él la vio al lado de Aileen se le parecieron dos mujeres completamente opuestas en cuanto a su aspecto físico, carácter, forma de ser, ropa y todo? ¿Con el hecho de que entre esas dos mujeres opuestas le había parecido, aunque fuera sólo por un instante, que su simpatía se dirigía a ella, en lugar de a Aileen? ¿Que corría hacia ella de forma puramente instintiva, sin razonar siquiera un poco? ¿Qué fue eso, otra manifestación de su ridícula idea de que pueda haber algún tipo de encuentro milagroso que lo espera en alguna parte, tarde o temprano? Seguramente se trata de otro signo de que tiene el agua hasta el cuello, no hay duda de esto.

Nick Cruickshank se escabulle de su estudio, baja las escaleras hasta el corredor del modo más silencioso que puede cuidándose de no ser visto por los invitados que platican, ríen y beben en la sala. Quiere ir a refugiarse a la cocina, el reino protegido y reconfortante de la señora Jeanne.

Pero, como era de esperarse, los invitados lo ven justo cuando cree que ha escapado ileso. Wally lo apunta molesto con el dedo índice.

—¡Oye, Nick! ¿A dónde diablos crees que vas?

—Debo ir a ver algo. —Nick Cruickshank se esfuerza por responder en un tono amable cuando en realidad tiene ganas de decirle que eso no le incumbe, que siga bebiéndose de un trago su Jameson 18 Year Old y que no lo moleste.

Wally sonríe con malicia, siempre ha sido la persona más entrometida e insistente que haya conocido. En su caso, no se trata solamente de obstinación mezclada con falta de tacto: cuando Wally quiere algo insiste e insiste, y no se detiene hasta que lo obtiene, a pesar de cualquier otra cuestión. Esta característica lo ha hecho el bajista que es, con ese estilo apremiante, incesante y obsesivo que le ha hecho ganarse el apodo de *The Wall*. Y así es también como ha obtenido todo lo que tiene hoy: entrar a la banda de los Bebonkers aunque a los demás no les cayera bien, introducir sus ideas en los arreglos aun cuando a los otros no les convencían, invertir su dinero en paquetes de acciones sorprendentemente rentables pese a que su consultor financiero no estaba de acuerdo, llevarse a la cama a cientos o tal vez miles de pobres fans que habrían preferido a cualquier otro de la banda, casarse tres veces seguidas con mujeres prácticamente idénticas, las cuales por lo menos al inicio lo encontraban repulsivo. Su insistencia fuera de lo común le han dado resultados tan buenos, y durante tanto tiempo, que ahora no tiene ninguna razón en el mundo como para hacerlas a un lado: ninguna.

—¿Y ese paseo a caballo que nos habías prometido? ¿Cuándo diablos lo haremos?

—Mmm, no lo sé. —Nick Cruickshank tiene ganas de empujarlo, como lo hizo Rodney en el último *tour*. Es algo que salta instintivamente al relacionarte con alguien así.

Ahora hasta Kimberly, la mujer de Wally, se acerca, sin dejar de masticar una goma de mascar.

—¿Alguna novedad sobre las llegadas?

Nick Cruickshank piensa que este lugar se está volviendo cada vez más imposible, por dentro y por fuera.

—Vamos, pónganse algo adecuado, los llevaré a dar ese maldito paseo a caballo.

Wally y Kimberly asienten: es probable que se sientan mal por haber sido privados tan bruscamente de la posibilidad de insistir más.

Nick Cruickshank sale por la parte trasera de la casa y va a buscar a René para que aliste los caballos, aunque está casi seguro de que Aileen ya lo reclutó, como a todos los demás.

o
o
i.
,
a
n

facilidad en ninguna de las categorías humanas que conoce? ¿Sólo porque en este momento él se siente con el agua hasta el cuello?

Le ha sucedido más de una vez el tener expectativas infundadas en alguien con quien apenas había intercambiado alguna palabra (o ninguna en absoluto), sólo basándose en sus facciones o en su forma de ser, en una mirada, un gesto, hasta debido a una prenda de vestir no convencional. Tal vez incluso sin haberla visto de cerca, dejándose llevar por lo que le parece percibir sobre la marcha, a metros de distancia. ¿Cuántos falsos reconocimientos habrá tenido? ¿Cuántos impulsos en vano? Se trata de una actitud infantil, sin ninguna duda, y ha sido el origen de varias situaciones incómodas y de algunas situaciones decididamente lamentables. Recuerda muy bien los colapsos al descubrir la realidad, las desilusiones mutuas, la perplejidad generalizada, la sensación de ser el peor imbécil del mundo.

Y, en todo caso, esta chica, Milena, también parece tener una relación no ordinaria con su trabajo y tal vez con el mundo, pero cuando le dio ese beso en la frente en la heladería, sintió claramente que se ponía rígida. Y también anoche, cuando se abrazaron por casualidad en la plaza del mercado de Fayence, y luego abrieron los ojos y descubrieron quiénes eran, no parecía para nada contenta. Basta con acercarse a ella más allá de una distancia segura para notar una resistencia en su mirada y en sus gestos. Tal vez en otros tiempos la habría visto como un reto y habría tratado de superarlo, pero ahora no. Hace tiempo que ya no es el pirata sentimental que busca mujeres difíciles, y las maltrata y luego se olvida de ellas al día siguiente, sin preocuparse por las consecuencias. Bueno, admitiendo que alguna vez lo haya sido realmente. Pero ¿por qué le vino a la mente eso justo ahora? ¿Y antes? ¿Por la extraña coincidencia de haberla abrazado precisamente a ella en ese círculo de abrazadores? Pero su heladería está a dos pasos de la plaza del mercado, no hay nada extraño en el hecho de que pasara por allí después de haber cerrado. Y las personas en el círculo eran dieciocho, incluyéndolo a él, así que las probabilidades de abrazarla justo a ella tampoco eran tan bajas. ¿Tendrá que ver con el hecho de que el otro día, cuando vino a dejar los helados en su furgoneta y él la vio al lado de Aileen, le parecieron dos mujeres completamente *opuestas* en cuanto a su aspecto físico, carácter, forma de ser, ropa y todo? ¿Con el hecho de que entre esas dos mujeres opuestas le había parecido, aunque fuera sólo por un instante, que su simpatía se dirigía a *ella*, en lugar de a Aileen? ¿Que *corría* hacia ella de forma puramente instintiva, sin razonar siquiera un poco? ¿Qué fue eso, otra manifestación de su ridícula idea de que pueda haber algún tipo de encuentro milagroso que lo espera en alguna parte, tarde o temprano? Seguramente se trata de otro signo de que tiene el agua hasta el cuello, no hay duda de esto.

Nick Cruickshank se escabulle de su estudio, baja las escaleras hasta el corredor del modo más silencioso que puede, cuidándose de no ser visto por los invitados que platican, ríen y beben en la sala. Quiere ir a refugiarse a la cocina, el reino protegido y reconfortante de la señora Jeanne.

Pero, como era de esperarse, los invitados lo ven justo cuando cree que ha escapado ileso. Wally lo apunta molesto con el dedo índice.

—¡Oye, Nick! ¿A dónde diablos crees que vas?

—Debo ir a ver algo. —Nick Cruickshank se esfuerza por responder en un tono amable cuando en realidad tiene ganas de decirle que eso no le incumbe, que siga bebiéndose de un trago su Jameson 18 Year Old y que no lo moleste.

Wally sonríe con malicia, siempre ha sido la persona más entrometida e insistente que haya conocido. En su caso, no se trata solamente de obstinación mezclada con falta de tacto: cuando Wally quiere algo insiste e insiste, y no se detiene hasta que lo obtiene, a pesar de cualquier otra cuestión. Esta característica lo ha hecho el bajista que es, con ese estilo apremiante, incesante y obsesivo que le ha hecho ganarse el apodo de *The Wall*. Y así es también como ha obtenido todo lo que tiene hoy: entrar a la banda de los Bebonkers aunque a los demás no les cayera bien, introducir sus ideas en los arreglos aun cuando a los otros no lo convencían, invertir su dinero en paquetes de acciones sorprendentemente rentables pese a que su consultor financiero no estaba de acuerdo, llevarse a la cama a cientos o tal vez miles de pobres fans que habrían preferido a cualquier otro de la banda, casarse tres veces seguidas con mujeres prácticamente idénticas, las cuales por lo menos al inicio lo encontraban repulsivo. Su invasión y su insistencia fuera de lo común le han dado resultados tan buenos, y durante tanto tiempo, que ahora no tiene ninguna razón en el mundo como para hacerlas a un lado: ninguna.

—¿Y ese paseo a caballo que nos habías prometido? ¿Cuándo diablos lo haremos?

—Mmm, no lo sé. —Nick Cruickshank tiene ganas de empujarlo, como lo hizo Rodney en el último *tour*. Es algo que sale instintivamente al relacionarte con alguien así.

Ahora hasta Kimberly, la mujer de Wally, se acerca, sin dejar de masticar una goma de mascar.

—¿Alguna novedad sobre las llegadas?

Nick Cruickshank piensa que este lugar se está volviendo cada vez más imposible, por dentro y por fuera.

—Vamos, pónganse algo adecuado, los llevaré a dar ese maldito paseo a caballo.

Wally y Kimberly asienten: es probable que se sientan mal por haber sido privados tan bruscamente de la posibilidad de insistir más.

Nick Cruickshank sale por la parte trasera de la casa y va a buscar a René para que aliste los caballos, aunque está casi seguro de que Aileen ya lo reclutó, como a todos los demás.

VEINTITRÉS

Milena Migliari está cerca de la mantecadora, fascinada por el sonido de la espátula, que revuelve la mezcla del helado de *fiordilatte* que preparó después de haber tirado el de castaña que arruinó antes. El *fiordilatte* es el sabor al que regresa cuando necesita un *reset* después de una experimentación fallida o decepcionante, es el punto desde el cual puede volver a comenzar. Ha algo inicial en el *fiordilatte*: como si fuera una tela blanca, o una página no escrita que contiene miles de historias en potencia ninguna, todo depende. Es un sabor tan profundamente familiar y, aun así, tan difícil de describir con palabras. Cremoso, no es suficiente; dulce, tampoco lo define. ¿Suave, blando, esencial, cándido, nevoso? Homogéneo, sí: te recubre la lengua, crea una capa que se disuelve con rapidez, no permanece. No hay nada evidente en el *fiordilatte*: su aparente simplicidad se desenvuelve ante un universo de matices suaves y sedosos, que acarician la lengua y el paladar, y llevan consigo la memoria de pensamientos genuinos: frescas impresiones, inofensivas experiencias táctiles y olfativas. Si hay un helado que desmiente el prejuicio de que los helados tienen una temporada, es el de *fiordilatte*. Va bien en primavera, en verano, en otoño, en invierno, con cualquier clima, e cualquier día, a cualquier hora. Como con cada sabor, su calidad depende de la calidad de los ingredientes y de cómo se les ayuda a expresarse, en lugar de opacarlos. Gran parte de los heladeros usan crema y leche del supermercado, otros usan porquería como la leche UAT desnaturalizada y desvitalizada o, peor aún, leche en polvo rehidratada o leche condensada. Luego, para cubrir el mal sabor y darle uno más reconfortante, le ponen kilos de azúcar a las mezclas, ya sea sacarosa, fructosa, dextrosa o jarabe de maíz con alto contenido de fructosa, no importa. Además, le agregan vainilla u otros aromas sintéticos, y en el mejor de los casos harina de algarroba para espesar. El resultado es que el *fiordilatte* comercial es normalmente uno de los helados más empalagosos, inútiles y pegajosos que hay. Termina por estar vacío, suave hasta el punto de no tener carácter: un sabor para quien no sabe qué escoger.

Ella sólo usa la leche de Didier, que tiene sus propias vacas de raza parda alpina en los prados cerca de Montauroux y que deja que se nutran de hierba fresca o de heno secado al sol, según la estación. Están libres y se resguardan sólo cuando quieren, incluso allí son tratadas bien en todos los aspectos, incluida la música, cuando él les toca la gaita zamorana. Producen mucho menos leche que las vacas que están encerradas en los establos, entre barrotes de hierro y alimentadas a la fuerza con alimento industrial, pero es tan cremosa que no es necesario agregarle crema, y tiene maravillosas notas herbáceas y florales que cambian según el día, ya sean un poco más agrídulces o un poco más melosas; están vivas. Es la base de todos sus sabores, y la razón por la cual decidió dedicarse exclusivamente a los helados, dejando a un lado los sorbetes (son otro mundo: tan acuosos, azucarados: granulados, se deshacen en la boca sin haber complacido a la lengua con la deliciosa, envolvente y persistente densidad de los helados). Puesto que la pasteurización altera cualquier sabor, ella la hace a una temperatura muy baja y durante un tiempo breve: sesenta grados durante treinta segundos como máximo. Para endulzar la mezcla, usa jugo de uva concentrado, a veces miel de acacia, a veces jarabe de agave; luego agrega un poco de vainilla *bourbon* que viene desde la isla de la Reunión. Cada uno de estos ingredientes aporta un elemento sutil pero detectable que contribuye al carácter final. El *fiordilatte* es uno de los sabores con los que mejor puede comprobarse la diferencia entre un helado sin chiste y un helado interesante, entre uno que te cansa después de pocas cucharaditas y otro que te hace continuar hasta que se acaba. Empleó mucho tiempo y muchos intentos para que le quedara así de bueno, y todavía le parece tener cosas que descubrir. De verdad, no es un decir.

Por cierto, el batido es probablemente la fase de la elaboración que más le gusta, aquella en la que el aire se incorpora a la mezcla líquida y como por arte de magia se transforma poco a poco en una crema densa, suave y pastosa. En unos minutos saldrá de aquí un helado muy cercano al que será el producto final, pero, con una temperatura que ronda los menos ocho grados centígrados, su estructura será aún precaria: bastaría un apagón como el del miércoles en la mañana para disolverlo. Su batido es de cinco litros, con extracción a mano; lo eligió porque no tenía dinero para uno más grande, y porque de cualquier forma le sirve para producir sólo pequeñas cantidades para consumir durante el día. Hay heladeros que usan máquinas mucho más grandes y sofisticadas, otros que trabajan con nitrógeno líquido, no para hacerlo más bueno sino para hacerlo en menos tiempo para hacer más. «Optimizando los procedimientos», como dicen en las páginas de internet, o «Maximizando el rendimiento». Ella siempre tiene curiosidad por conocer los nuevos desarrollos tecnológicos, pero incluso aunque tuviera dinero no le gustaría e absoluto transformar este laboratorio en una especie de centro espacial, con robots controlados por computadora que hacen solos, y de un modo completamente predecible, lo que ella hace a mano con pequeñas variaciones de vez en cuando. Le gusta la idea de poder equivocarse, como le acaba de suceder con el helado de castaña; le gusta que el riesgo forme parte del juego.

En estos días la cuestión del nitrógeno líquido la convence todavía menos que antes, por lo que le dijo el doctor Lapointe sobre las mujeres que se retiran los óvulos antes de los treinta años y los conservan a temperaturas ultrabajas, justamente con nitrógeno líquido, para resguardarlos y tenerlos listos para cuando decidan tener hijos, cinco o tal vez diez años más tarde. Lapointe lo llama *social egg freezing*, porque el objetivo es que puedas seguir teniendo varios años más de vida de soltera dedicada a tu carrera, a las fiestas o a los viajes exóticos sin el estorbo de los hijos, posponiéndolos para cuando haya un hombre que lo desee o para cuando la situación financiera sea óptima y la vida de pareja, estable (tal vez casi hasta el punto del aburrimiento). Esta idea la llena de tristeza, pero es probable que ella sea la que está equivocada, más bien, seguramente lo está. De todos modos: no tiene ganas de pensar en este argumento. Y, sin embargo, estos pensamientos siguen dándole vueltas por la cabeza aunque ella no lo desee, con una insistencia incontenible.

Quando el batido está terminado, le pide ayuda a Guadalupe para pasar el helado de *fiordilatte* a la bandeja de metal, y de la bandeja al abatidor, que en pocos minutos baja la temperatura de menos ocho a menos veinte grados centígrados, con el fin de reducir la parte de agua no congelada, que le haría perder cremosidad y volumen. Luego transfieren el *fiordilatte* al cuenco del mostrador, junto al helado de caqui. Al levantar las tapas y mirarlos, forman un bonito conjunto: blanco y anaranjado, una estupenda combinación otoñal.

De pronto a Milena Migliari le parece que no tiene nada más que hacer: la heladería está vacía, el pueblo casi desierto, hay muy pocos coches pasando por la calle principal allá arriba y sólo cuatro sabores de helados en los cuencos del mostrador. Dos días más y será lunes. Los cuenta con los dedos, aun cuando no hay necesidad: sábado, domingo. Uno, dos. Y hoy, pero este día se está consumiendo delante de sus ojos.

s
a
n
,
s
n
e
s
r
e
s
s
a

e
e
a
o
n
a
,
s
e:
e
s
s
e
e

a
á
s
r
e
s
,
a
n
n
a

e
n
e.
a
s
)
,
a

Cuando el batido está terminado, le pide ayuda a Guadalupe para pasar el helado de *fiordilatte* a la bandeja de metal, y de la bandeja al abatidor, que en pocos minutos baja la temperatura de menos ocho a menos veinte grados centígrados, con el fin de reducir la parte de agua no congelada, que le haría perder cremosidad y volumen. Luego transfieren el *fiordilatte* al cuenco del mostrador, junto al helado de caqui. Al levantar las tapas y mirarlos, forman un bonito conjunto: blanco y anaranjado, una estupenda combinación otoñal.

De pronto a Milena Migliari le parece que no tiene nada más qué hacer: la heladería está vacía, el pueblo casi desierto, hay muy pocos coches pasando por la calle principal allá arriba y sólo cuatro sabores de helados en los cuencos del mostrador. Dos días más y será lunes. Los cuenta con los dedos, aun cuando no hay necesidad: sábado, domingo. Uno, dos. Y hoy, pero este día se está consumiendo delante de sus ojos.

VEINTICUATRO

Nick Cruickshank va por tres caballos al establo, puesto que, como se lo imaginaba, Aileen ya había puesto a trabajar a Ren en los preparativos de la fiesta de mañana. Los sujeta de uno en uno por el cabestro y los ata a los postes: Tusk, Muck y Michell. Les pasa un cepillo duro con movimientos decididos y les quita el lodo seco del lomo, de los costados, de la panza, de las patas luego les quita el polvo con otro cepillo, animado por la irritación que le produce la invasión de adentro y afuera de su casa. Va a depósito a tomar bridas, monturas y caronas, y prepara un caballo y luego otro en una secuencia que conoce de memoria, aunque esté acostumbrado desde hace años a encontrarlos listos. Finalmente ajusta los estribos.

Cuando regresa a casa, el caos es aún peor que el de hace veinte minutos: hay un ir y venir de nuevos huéspedes, gestos y voces que siguen sobreponiéndose. En la estancia, el abogado luxemburgués de Aileen está aporreando «Summertime» en el piano, sin tener problemas con que lo escuchen verdaderos músicos. Baz habla de música de la India con Nishanath Kapoor mientras Beth Bolton los contempla como si fueran dos divinidades que aterrizaron milagrosamente en el mismo sofá. Rodney finge escuchar a una pareja de aburridos que deben ser inversionistas de Aileen, o tal vez socios en sus proyectos de beneficencia. Pero hay al menos otras veinte personas que tratan de esparcir hacia todos lados sus poses y actitudes. Voltean la cabeza hacia él con diferentes grados de interés. Nick Cruickshank las excluye de su campo visual y se centra en Wally, que está intentando con extrema insistencia que Todd pruebe su *whisky*, a pesar de que Todd no bebe desde hace más de diez años. Kimberly no se separa de la reportera de *Star Life*, como si fueran grandes amigas: se ríe, hace gestos innecesarios. Él se dirige hacia ella como si atravesara un campo de batalla, sin dejarse enganchar por ninguna de las otras miradas errantes.

—¿Vamos? Los caballos están listos.

—¿Los caballos? —La reportera de *Star Life* voltea a su alrededor de inmediato, en busca del fotógrafo y del camarógrafo— Esperen un momento, llamaré a Ed y Simon.

Nick Cruickshank ni siquiera le responde. Se lleva a Kimberly tomándola de un brazo, y hace gestos furiosos para llamar a Wally, que, como siempre, tarda varios segundos en reaccionar.

En la parte trasera de la casa, Kimberly se tambalea de forma patética sobre los tacones altos de sus botas mosqueteras. Trae una chamarra de piel azul con borrego por dentro, unos *shorts* blancos cortísimos, unas medias negras semitransparentes con una sección más oscura en la rodilla: no podría haberse puesto algo menos adecuado.

—¿Quieres montar a caballo así? —Nick Cruickshank le señala las piernas. No puede creer que tenga una relación tan cercana con gente de este tipo.

—¡No me has dado tiempo para cambiarme! —Kimberly está convencida de que tiene razón mientras mastica su chicle vigorosamente.

—¡Sí, prácticamente nos arrastraste afuera de la casa, carajo! —Wally la secunda de inmediato. Caminando con torpeza dos pasos por detrás de ellos, se cierra la chamarra plateada de plumas que agarró rápidamente.

Y, a pesar de todo, Nick Cruickshank piensa que Kimberly y Wally Thompson no están entre las personas más detestables con las cuales tendrá que lidiar en estos días: tienen defectos tan evidentes que son casi reconfortantes, y los conoce muy bien. Lamentablemente vienen a la mente decenas de otros supuestos amigos y conocidos que le molestan mucho más: su apatía ante la vida y sus miradas vacías.

—Movámonos, antes de que nos encuentren esos ventajistas de *Star Life*.

Los Thompson lo siguen de mala gana hasta la construcción de madera de la talabartería. Sobre las repisas bajas están alineadas siete u ocho pares de botas de equitación de diferentes medidas, bien engrasadas y lustradas. René debe sentir que son un despilfarro, por lo poco que se usan. Wally se prueba un par que le quedan justas, otras le quedan anchas; al tercer intento logra. Camina hacia delante y hacia atrás por ese pequeño espacio como si fuera un soldado de reserva un poco deteriorado pero aún lleno de instintos bélicos. Marca con fuerza los pasos sobre las tablas de madera.

—¿No te quieres poner un par también tú? —Nick Cruickshank mira las botas mosqueteras de Kimberly con cierres laterales decorativos. Luego voltea a ver hacia la casa, por miedo de que alguien se acerque.

—No, éstas están muy bien. —También Kimberly golpea los tacones un par de veces. Hace un mueca que podría parecer de dolor, pero que muy probablemente sólo es una de las expresiones que Wally y ella hacen para llenar sus días intelectualmente vacíos.

Nick Cruickshank se pone sus botas, toma de los ganchos dos cascos rojos de senderismo más o menos de la medida de los Thompson y se los pone.

Kimberly lo presiona cautelosamente sobre su cabello alborotado y aprieta sin convencimiento la correa en su mentón. Con la mandíbula apretada le cuesta más trabajo masticar el chicle, pero de igual modo lo mastica.

En cambio Wally se ríe, retrocede inclinándose hacia atrás, como para demostrar que sabe reconocer una broma a tiempo. «No. ¿Qué diablos estás haciendo? Yo monto desde antes que tú, así que si me disculpas».

Nick Cruickshank se da cuenta de que tiene razón. Cuando los Bebonkers comenzaron a ganar dinero de verdad, es decir desde que salió su tercer álbum, Wally fue el primero en dedicarse metódicamente a adquirir un estatus. Desde su Ferrari hasta su grandiosa residencia en Kent, pasando por los caballos de concurso, con los cuales comenzó a dejarse fotografiar por revistas

hasta entrevistarse por televisión. Los otros del grupo lo siguieron de cerca: uno se compró un edificio en Chelsea para estar más al centro de las cosas (Nick), otro se fue por el camino de los veleros de lujo (Rodney), otro comenzó a frecuentar las subastas de Christie's (Todd). De ahí en adelante sólo ha sido cuestión de continuar y acumular más y más bienes. Aunque no los necesitara realmente, aunque no les gustaran de verdad. Pero, bueno, casi todas las estrellas que él conoce gastan enormes cantidades de dinero haciendo cosas que *detestan*, como comprando casas en islas tropicales donde padecen el clima, o en ciudades donde viven como reclusos; o coleccionando obras de arte de las que no entienden nada; o llenando sus casas de muebles, platería y porcelana que ellos mismos encuentran horriblos; o comprando vinos franceses de cosechas de prestigio que se les dificulta tomar; o dedicándose a deportes extremos que sólo los desaniman, o atravesando el mundo entero para ir a la fiesta de alguien con quien no tienen una verdadera relación de amistad. Lo hacen por inseguridad social o por avaricia de acumular bienes, pero sobre todo por presentarles una evidencia tangible de su éxito a sus padres, vecinos, colegas, rivales y a los millones de perfectos desconocidos que los observan a distancia. Una vez más se trata de no decepcionar las expectativas de los demás; entre más grandes las expectativas, mayor el esfuerzo por no decepcionarlas. En cuanto a la morbosidad de los medios de comunicación, los continuos intentos de intromisión y a las disparatadas opiniones basadas en las apariencias, como una vez dijo Rodney en una entrevista: lo único que es peor que tener encima los ojos de todos es que te dejen en paz, porque eso quiere decir que ya no lo importas a nadie.

—Entonces, ¿dónde están los caballos? —Vuelve Wally con su insistencia después de haberla aguantado hasta este momento.

Nick Cruickshank guía a los Thompson hasta el *paddock*, donde los tres caballos negros están amarrados a la tranca, y ensillados y listos, con sus largas crines y colas.

—¿Son esos? —Wally se hecha a reír. Voltea a ver a Kimberly y luego a él—. Pero ¡si son unos jodidos ponis!

—Son *caballos* de Merens, también llamados Ariège. —Nick Cruickshank sabía perfectamente cómo iba a reaccionar el imbécil ignorante y vulgar de Wally. Pero de igual modo le vino una explosión de enojo.

—Son *ponis*, siento decepcionarte. —Wally se pasa la vida entera comparando lo que tiene con lo que tienen los demás, en una actividad sin fin. Y como carece por completo de inteligencia y gusto, los únicos parámetros de referencia que tiene son el costo y la dimensión. Mide y compara todo, todo el tiempo: sus bajos eléctricos, su pene, sus cuentas de banco, la atención de los fans, el número de entrevistas, las pobrecitas que ha logrado llevarse a la cama, con quiénes se ha casado, las casas, los autos. Cuando la comparación no le favorece, como sucede a menudo, desarrolla dosis considerables de rencor; cuando le parece tener una ventaja, se exhibe como un mono aullador.

—Son *caballos*. Échale una ojeada a internet, si necesitas confirmarlo. —Nick Cruickshank no pone mucho énfasis en la voz porque entrar en el juego de comparación de Wally Thompson sería demasiado degradante.

—No, querido, los *míos* son caballos hannoverianos importados directamente de Sajonia, con un *pedigree* así de largo. Y su altura es de metro setenta y cinco hasta el lomo. —Este cabeza de chorlito de Wally jamás cambiará.

—¿Y te hacen sentir un mejor hombre? ¿Más realizado, más importante? —Nick Cruickshank tiene muchas ganas de darle una patada en las espinillas, o en los huevos.

—¿Qué diablos quieres decir con eso? —Wally se ríe de manera obscena, desde la nariz y la garganta. Voltea a ver de nuevo a su mujer—. Nena, ¿según tú estos son caballos? Honestamente.

Kimberly mastica su chicle con dificultad por la correa que se ha atado en la barbilla, y sacude la cabeza. «Pues están muy pequeños y feitos». Ella en cambio parece una niña gigante, con la cara inflada por el bóxox o por cualquier otra cosa que le haya inyectado. Es una cabezona de casco rojo.

—¿Quieren que vayamos o no? —Nick Cruickshank debe hacer un esfuerzo extremo para controlarse—. Desde hace dos días me están fastidiando con este maldito paseo a caballo.

—Sí, a *caballo*. —Wally carece de sentido de la moderación. Lo peor es que piensa que puede permitírselo.

—Movámonos, pues. —Nick Cruickshank abre el cancel del *paddock* y los impulsa hacia adentro. Le da un apretón a la cincha de Tusk, le da las riendas a Kimberly, la ayuda a subir a la silla y le mueve las pantorrillas para regular los estribos, puesto que ella no piensa hacerlo.

—No manosees demasiado a mi esposa, ¿eh? —Wally naturalmente no pierde la ocasión. Hace un gesto y se ríe.

—No te preocupes. —A Nick Cruickshank de nuevo le cuesta trabajo no responderle como quisiera.

Kimberly se deja ayudar como por un mozo de cuadra, inerte sobre la montura, ni siquiera se le ocurre agradecer. Nick no se puede ni imaginar cómo deben comportarse estos dos patanes con la gente que trabaja para ellos: la falta de educación, la arrogancia explícita. ¿Es posible que le sigan pareciendo el mal *menor* respecto al resto de la gente que invadirá la casa, y respecto a los refuerzos que llegarán de aquí a mañana por la mañana?

Wally mira a Muck y a Michelle con aire escéptico, como si fueran totalmente indignos de él.

—¿Y cuál de estos dos burros me quieres dar?

Nick Cruickshank duda, porque querría decirle que no le dará absolutamente nada, que vaya de hablador despreciable a otra parte; pero ya están aquí, y estar ocupado en entretener a dos huéspedes es mucho más justificable ante los ojos de Aileen que irse a dar una vuelta por su cuenta.

—Toma a Michelle, vamos.

—¿Michelle? Pero ¡si tiene barba! —Wally lo mira con complacencia, de modo horrible.

—¡Maldición, este es muy nervioso! —Kimberly se tambalea en la montura de Tusk: es posible que nunca monte a su

sHannover de competición, o que como máximo le dé alguna vuelta al tronco bajo la mirada de un instructor muy bien pagado emuy dispuesto a intervenir.

n —No es nada nervioso. Suéltale un poco las riendas. —Nick Cruickshank debe recurrir a toda la paciencia de la cual es capa: ey esta nunca ha sido mucha.

n Wally aprieta la cincha de Michelle en una demostración de rápida experiencia. Se la jala demasiado.

a —Apriétala menos, así le molesta. —Nick Cruickshank escogió estos caballos porque en un tiempo fueron usados po ocontrabandistas para atravesar las montañas por los senderos más inaccesibles, y le gustó la historia.

n Wally hace como si no lo hubiera escuchado; cierra la hebilla, mete el pie izquierdo en el estribo, se aferra con la fuerza de su obrazos y suelta de golpe su pesado trasero sobre la montura. Michelle, naturalmente, se molesta, se estira, alza la cabeza. Wall sjala las riendas de aquí a allá, como el imbécil que es, y se ríe. «¡Vaya! Se ofendió al oír lo que dije de ella!».

s —Idiota. —Nick Cruickshank trata de hablar bajo mientras le ajusta la cincha a Muck, pero no lo logra.

a —¿Qué dijiste? —Wally debe haber regulado bien su aparato acústico, porque escucha muy bien. Pega con los talones y hac ngirar a la yegua.

e —Nada. Vamos. —Nick Cruickshank se monta en la silla y se abre paso para llevarlos afuera del *paddock*.

—¡Me dijiste idiota, te escuché! ¡Imbécil! —Wally se dirige a él con el rostro enrojecido.

e —¡Hola, Kimberly! —A pocos metros de la cerca, llega Sadie, la mujer de Rodney, con sus gafas de sol panorámicas, s chamarra de lince de las nieves y sus botas con tacones delgados, que la hacen aún más inestable que Kimberly, además de un aenorme bolsa Gucci sobre el hombro—. ¡Nosotros estamos yendo a Saint-Tropez, a casa de Dimitri y Vanessa!

—¿A Saint-Tropez? —Kimberly le jala las riendas a Tusk como si quisiera arrancarle la cabeza, haciéndolo retroceder llen de pánico.

l —Ajá. ¿Quieres venir con nosotros? —Sadie también mastica chicle, con un empeño tan grande que podría dedicarlo a un actividad productiva.

s —Sí, sí. Espérame. —Kimberly ya está tratando de desmontar de la forma más incorrecta que hay. Tusk comienza a da lvueltas en círculos.

s —¿Qué diablos, Nena? —Wally jalonea las riendas para acercarse a ella—. ¿No vas a dar este maldito paseo?

s. —Prefiero ir con Sadie. Además, debemos ver un par de negocios. —Kimberly trata de pasar la pierna derecha al frente de l rmontura.

—Pero ¡diablos, Nena! ¿Me vas a dejar así? —Wally hace una mueca de niño gordo mimado: infla las mejillas, resopla.

z, Nick Cruickshank desmonta con rapidez, amarra las riendas de Muck a la cerca con aire molesto y le ayuda a Kimberly desmontar antes de que se rompa una pierna.

u —¡No aproveches para tocarle el culo a mi mujer! —Este es Wally gozando al repetir la misma broma. Mas, lo que es peo no está bromeando: vigila de verdad a Nick durante el tiempo que este se ve obligado a sostenerla, hasta que ella pon edifcultosamente los pies en el suelo.

Kimberly se quita de inmediato el casco, trata de esponjarse de nuevo el cabello con las manos, resopla y le hace una seña a s amarido girando el índice.

—¡Nos vemos después, amor!

y —Vete al diablo, Nena. —Wally la mira alejarse junto a Sadie, lleno de resentimiento.

n Nick Cruickshank detesta a los dos, pero siente una especie de admiración por cómo los unen los mismos defectos: como s hubieran sido hechos el uno para el otro. Es una sensación desconcertante que lo hace sentirse aún más solo y arrinconado d scomo ya se siente.

—Entonces, ¿vamos? —Wally ya lo está presionando de nuevo.

—Espera. —Nick Cruickshank le quita la montura, la carona y las riendas a Tusk, que parece muy contento de no tener qu allevar de paseo a Kimberly. Deja todo en la cerca, se monta de nuevo en Muck y se abre paso afuera del *paddock*.

o —Oye, ¿cómo le haces para que se despierte esta burra? —Wally espolea a Michelle con los talones para tratar de rebasarlo.

Nick Cruickshank ni siquiera le responde; toma inmediatamente el sendero de los encinos para eludir a los de *Star Life*, qu seguramente los están buscando, y para que no lo vean Aileen y toda la tropa que está en acción en el jardín de adelante de la casa

Siguen a paso firme entre los árboles, evitando los troncos, en el húmedo sotobosque, en medio del olor de hongos y leñ epodrida. Después de algunos minutos llegan a un claro en donde está la casita secreta. Nick Cruickshank se enamoró apenas l avio, antes de descubrir que era parte de una propiedad colindante, lo cual lo empujó a tener una nueva adquisición. Pero nunc oquiso remodelarla como lo hizo con la casa grande. Solamente le reparó el techo y las ventanas y puso adentro lo mínim indispensable. Le gusta así: un lugar simple e inocente en el cual puede refugiarse cuando lo necesita.

—¿Qué diablos es eso? —Wally señala la casita sin dejar de golpear los costados de Michelle.

—Nada. —Nick Cruickshank no tiene intenciones de explicárselo.

a —¿A qué te refieres con nada? ¡Es tu matadero secreto, di la verdad! —Wally pone su mirada entrometida—. ¿A quién trae eaquí? ¿A esa meserita joven que sirve la mesa?

—¿Podrías no proyectar tu detestable miseria en mi vida? —Como en muchas otras ocasiones, su disgusto por Wally s expande al pensar que ha convivido con él durante décadas enteras, con todo lo que esto implica.

—¿Detestable quién? Pero ¡escúchate! ¡Eres un imbécil! —Wally espolea para alcanzarlo. Es increíble que pueda ofenders spor ser definido como detestable cuando pareciera que se esfuerza de manera tan incesante para serlo—. ¿Cómo se llama l

ymeserita? ¡Si a ti no te interesa tal vez lo intente yo, mientras Kim está fuera!

—¡Das asco, Wally! —Nick Cruickshank piensa con horror que por algún tiempo compartió al menos una parte de este asco, aparentando tener espíritu libre y transgresor, y vanagloriándose como triunfantes guerreros bárbaros después del saqueo. Rodney y él escribieron sobre eso en algunas de sus canciones más amadas todavía hoy por sus fans. Sí, increíblemente también por sus fans mujeres.

—¡Ah, claro, tú eres tan superior! —Wally lo sigue de cerca. Sigue espoleando a Michelle, que comienza a trotar nerviosamente y lo obliga a reacomodarse en la montura. Nick Cruickshank también comienza a trotar con Muck para no dejar que lo rebase. Atravesan velozmente el descampado, y vuelven a adentrarse en el bosque. Siguen entre los encinos, con los dos y caballos ya resoplando y vibrando en competencia.

Wally, en vez de calmar a Michelle, continúa golpeándola con sus talones, aunque le cueste más trabajo esquivar las ramas que casi le golpean el rostro.

—¡Oye, despacio! —Para evitar problemas, Nick Cruickshank apresura a Muck por entre los árboles en dirección a los campos. Baja la cabeza, la inclina a la derecha y hacia la izquierda, según lo que se encuentra adelante. Sale del bosque, lo recorre por el costado trotando en dirección al olivar.

Pero Wally lo persigue con el mismo ímpetu con el que en los años ochenta tocaba sus solos interminables en el bajo. Espolea y sacude las riendas hasta que Michelle se harta de tener un jinete tan desagradable sobre el lomo y se arranca galopando muy rápido y a una distancia muy cercana.

Nick Cruickshank no tiene otra elección que incitarle a galopar también a Muck para tener a Wally en segunda línea.

Wally naturalmente no tolera que lo limiten. Azuza a Michele ahora de forma más frenética, jadea, gruñe y se estira hacia delante.

—¡Vas, vas, vas! ¡Y vas, hija de puta!

—¡Despacio! ¡No seas idiota! —Nick Cruickshank trata de hacer una barrera con el brazo izquierdo, moviéndolo de arriba abajo. Wally lo ve como un reto y redobla la carga: se le lanza encima como un lunático, dando un grito gutural. En pocos segundos los dos caballos se lanzan en un galope frenético, encendidos por no haber sido montados desde hace días, probablemente porque René les da demasiada avena. Una vez más, Nick Cruickshank trata de contener a Muck, y Wally aprovecha esto para rebasarlo, totalmente extendido sobre el cuello de la yegua, con la cabeza baja y el trasero en el aire. Como si tuviera que demostrarle algo a quién sabe quién, para variar. Y justo en este momento hay una agitación entre las ramas y el alpaca negro da un salto al salir del bosque, seguido muy de cerca por los dos blancos. Michelle se mueve a un lado con brusquedad, en pleno galope, da de patadas, se levanta furiosamente. Wally toma vuelo como un hombre-bala: permanece en el aire un par de largos segundos, cae de mala manera, rueda como un saco de papas y se queda inmóvil bocarriba.

A Nick Cruickshank le cuesta mucho trabajo contener a Muck, que por instinto quisiera precipitarse detrás de Michelle de modo más veloz que puede.

Wally está allí, inerte sobre la hierba, con su chamarra de plumas plateada y sus *jeans* de marca.

Nick Cruickshank desmonta sobre la marcha, jala las riendas de Muck, que sigue temblando, moviendo la cabeza apuntando con las orejas hacia su amiga, que ahora comienza a desacelerar a dos o trescientos metros más allá.

—¿Oye? ¿Wally? —Se agacha para mirarlo de cerca. Trata de evaluar la situación.

Wally emite una especie de estertor, su estómago sube y baja. No está muerto, pero sí se hizo daño.

—Mantén la calma, Wall, no te muevas. —Nick Cruickshank trata de ver de nuevo la caída en cámara lenta, pero, aunque sucedió hace dos minutos, no logra recordar si lo vio caer de cabeza o no.

—Aaargh. —Wally vuelve a respirar con dificultad. Mueve una pierna, lo que quiere decir que las vértebras cervicales no se les despedazaron, pero tiene los ojos cerrados, la respiración desacelerada y emite un feo silbido por la nariz.

—Wall, ¿me oyes? —Nick Cruickshank sostiene las riendas con la mano izquierda y con la derecha le palpa cuidadosamente las piernas, los brazos, para ver si hay algo roto. Piensa que no es cierto que odie a Wally: odia lo que Wally representa, pero tienen una historia en común demasiado larga, han pasado por muchas cosas juntos, buenas y malas. Este cabeza hueca es un parte de su vida. La idea de que de un momento a otro pueda ser un pedazo de su pasado le rompe el corazón.

Wally emite otro estertor, apenas mueve la mandíbula. Parece estar muy mal.

—Oye, ¿Wally? —Nick Cruickshank siente que le sube internamente un disgusto violento, uno distinto al *Cruickshank cool*—¿Wally? —Le palpa el cuello, el hombro izquierdo, el hombro derecho.

—¡Maaaldición! —Wally se sienta de golpe, con la misma expresión que ponía en sus peores periodos de abuso generalizado cuando despertaba como Lázaro después de haber aspirado, consumido y bebido cualquier mezcla de polvos, píldoras y alcohol que se le hubiera ocurrido, y de haberse caído como una piedra sobre el piso de alguna *suite* de hotel.

—Wall, ¡bienvenido de vuelta! ¡Me has dado un susto de muerte! —A Nick Cruickshank lo invade una sensación de alivio que no se había imaginado; le apoya de nuevo la mano en el hombro derecho, despacio.

—¡Aaay! —Wally emite una voz tan ronca y extenuada como la de sus horas más devastadas.

Nick Cruickshank ríe, casi olvida que está deteniendo las riendas de Muck para que no se le escape. Y el alivio inmediato cede el paso a una película desastrosa que comienza a fluirle en la cabeza: ambulancias con sirenas encendidas, hospitales en los que no es fácil darse a entender, y aún menos pretender discreción, yesos, una Kimberly enfurecida, la fiesta de mañana arruinada, un eAileen furiosa, el concierto del domingo eliminado, Baz Bennett furioso, fans furiosos.

—¡Ese jodido poni de mierda me rompió el hombro! —Wally se lo sostiene con una mano. Está pálido por el dolor, o porqu

tal vez entró en uno de sus famosos estados de autosugestión, como la vez que tomó un ácido después de un concierto en Albuquerque y estaba convencido de que las yemas de los dedos se le habían hecho enormes. Le había gritado por horas a los otros de la banda y a cualquiera que estaba cerca de él: «¡Me convertí en un jodido geco!». Ahora está allí sentado en la hierba, sin más rastro de ánimo competitivo, como si fuera una víctima profesional.

—Oye, cálmate, Wall. No te rompiste nada. —Nick Cruickshank no está seguro de esto, pero lo dice para tratar de calmarle. Piensa que en realidad sí lo odia un poco, ahora que el alivio se ha disipado y sabe que no está moribundo ni paralizado de por vida.

—¡Calma, un carajo! ¡Estoy bien, un carajo! ¡Me hiciste montar ese poni de mierdaaa! —Wally grita casi con toda la capacidad de notable potencia vocal, se sostiene el hombro y hace muecas.

—¡Fuiste quien la hizo correr como loco! ¡Te dije como diez veces que no lo hicieras! —Ahí está: Nick Cruickshank siente de nuevo una ira extraordinaria contra él, y aún más contra él mismo por haberse puesto en medio de esta situación.

—¿Cómo diablos me iba a imaginar que tenías esas jodidas llamas en el bosque, y que se me podían cruzar en el camino? —Wally siempre ha sido oficialmente incapaz de reconocer lo evidente. Ahora imaginémoslo en un momento como este.

—¡Son *alpacas*! ¡Y tú eres un imbécil! —Aunque Nick Cruickshank sigue repitiéndose que debe mantener la calma, las palabras le salen solas y no logra detenerlas.

—¡Y tú eres un estúpido idiota por haberme hecho montar a esa bestia peligrosa y por no decirme que tienes un jodido safari aquí! —La expresión de Wally es una mezcla de dolor y rencor en la cual es imposible distinguir la verdad de la exageración.

—Pero ¡si me fastidiaste durante *días* para dar este maldito paseo a caballo! ¡Y nunca has tenido el más mínimo sentido de la moderación desde que te conozco! —Nick Cruickshank sabe muy bien que sólo está empeorando las cosas, que ni siquiera debería escucharlo y sólo debería ocuparse de organizar la ayuda que van a necesitar. Pero no puede dejar de hacerlo.

—¡Hijo de puta! Y tú siempre te has creído superior, porque ¡has leído alguno que otro libro y porque eres el jodido vocalista del carajo! —Wally grita con la potencia desquiciada de sus más brutales intervenciones en los más desequilibrados coros de los Bebonkers, cuando el público ya no logra distinguir lo bonito de lo feo en lo más mínimo.

Nick Cruickshank hace un esfuerzo extremo por concentrarse exclusivamente en lo que se tiene que hacer. Saca el celular de su bolsillo. «No te muevas. Déjame llamarle a alguien».

Wally también extrae con dificultad su iPhone de la chamarra de plumas, con esa ridícula funda de raíz de nogal con borde de oro macizo. Le llama a Kimberly, como un niño estúpido y quejoso que apenas se lastima busca a su mamá.

n
l

l

y

e

e

e

o

a

-.

,

l

e

e

o

a

e

tal vez entró en uno de sus famosos estados de autosugestión, como la vez que tomó un ácido después de un concierto en Albuquerque y estaba convencido de que las yemas de los dedos se le habían hecho enormes. Le había gritado por horas a los otros de la banda y a cualquiera que estaba cerca de él: «¡Me convertí en un jodido geco!». Ahora está allí sentado en la hierba, sin más rastro de ánimo competitivo, como si fuera una víctima profesional.

—Oye, cálmate, Wall. No te rompiste nada. —Nick Cruickshank no está seguro de esto, pero lo dice para tratar de calmarlo. Piensa que en realidad sí lo odia un poco, ahora que el alivio se ha disipado y sabe que no está moribundo ni paralizado de por vida.

—¡Calma, un carajo! ¡Estoy bien, un carajo! ¡Me hiciste montar ese poni de mierdaaa! —Wally grita casi con toda la capacidad de notable potencia vocal, se sostiene el hombro y hace muecas.

—¡Fuiste quien la hizo correr como loco! ¡Te dije como diez veces que no lo hicieras! —Ahí está: Nick Cruickshank siente de nuevo una ira extraordinaria contra él, y aún más contra él mismo por haberse puesto en medio de esta situación.

—¿Cómo diablos me iba a imaginar que tenías esas jodidas llamas en el bosque, y que se me podían cruzar en el camino? —Wally siempre ha sido oficialmente incapaz de reconocer lo evidente. Ahora imaginémoslo en un momento como este.

—¡Son *alpacas*! ¡Y tú eres un imbécil! —Aunque Nick Cruickshank sigue repitiéndose que debe mantener la calma, las palabras le salen solas y no logra detenerlas.

—¡Y tú eres un estúpido idiota por haberme hecho montar a esa bestia peligrosa y por no decirme que tienes un jodido safari aquí! —La expresión de Wally es una mezcla de dolor y rencor en la cual es imposible distinguir la verdad de la exageración.

—Pero ¡si me fastidiaste durante *días* para dar este maldito paseo a caballo! ¡Y nunca has tenido el más mínimo sentido de la moderación desde que te conozco! —Nick Cruickshank sabe muy bien que sólo está empeorando las cosas, que ni siquiera debería escucharlo y sólo debería ocuparse de organizar la ayuda que van a necesitar. Pero no puede dejar de hacerlo.

—¡Hijo de puta! Y tú siempre te has creído superior, porque ¡has leído alguno que otro libro y porque eres el jodido vocalista del carajo! —Wally grita con la potencia desquiciada de sus más brutales intervenciones en los más desequilibrados coros de los Bebonkers, cuando el público ya no logra distinguir lo bonito de lo feo en lo más mínimo.

Nick Cruickshank hace un esfuerzo extremo por concentrarse exclusivamente en lo que se tiene que hacer. Saca el celular del bolsillo. «No te muevas. Déjame llamarle a alguien».

Wally también extrae con dificultad su iPhone de la chamarra de plumas, con esa ridícula funda de raíz de nogal con bordes en oro macizo. Le llama a Kimberly, como un niño estúpido y quejoso que apenas se lastima busca a su mamá.

VEINTICINCO

Milena Migliari toma una cucharadita del helado de *fiordilatte* directamente del cilindro del mostrador, se lo pone en la lengua y deja que se deshaga despacio, lo traga. Sí, le quedó bien. *Muy* bien, en realidad. Es uno de los mejores helados de *fiordilatte* que haya logrado hacer, tal vez el mejor. Cremoso pero no grasoso, denso pero no airoso, con un punto de dulzor ideal con la languidez de la vainilla acompañando de modo vehemente los aromas de flores y hierbas de la leche. Es una especie de milagro, si piensa en el estado de agitación en el que estaba debido al tatuaje de Viviane y a todos los pensamientos desestabilizantes que le siguen cruzando la cabeza y el corazón. Podría interpretarlo como un mensaje de serenidad del universo o como una señal de alarma antes de que todo se arruine, todo depende.

Sea como sea, esto es muy cercano al helado de *fiordilatte* que tenía en mente mientras lo preparaba, y aun así la sorprende con pequeñas diferencias inesperadas. Esto le sucede sólo con los helados mejor logrados, aquellos que hacen que le broten lágrimas de felicidad: poder literalmente *probar* la distancia entre lo que buscaba y lo que ha conseguido. Es simple, e complicado, tanto como es simple y complicado cada sabor, como son simples y complicadas las conexiones que cada sabor te hace establecer y los motivos por los cuales te alegra o te entristece, te apaga o te hace ponerte inquieta. Este helado de *fiordilatte* contiene la esencia de las cosas vividas, o incluso sólo acariciadas o imaginadas. Se trata de un conjunto de elementos indefinible e inasibles que para ella son la esencia de la imperfecta maravilla.

Pero ahora siente una desesperada necesidad de confirmaciones externas, y aquí, en la heladería, no ha entrado nadie, y no parece probable que alguien lo haga dentro de las próximas horas. Y, si no hay nadie que aprecie la maravilla, ¿qué sentido tiene el haberla capturado, pensando que en verdad haya sido exitosa la mezcla? ¿Quién podría decirle si la ha capturado o si sólo se ha deslumbrado? Hoy por la noche y mañana seguramente habrá algo de gente que viene por el fin de semana, y el domingo seguramente habrá miles de personas en el aeródromo por el concierto de los Bebonkers, aunque muy pocos estarán interesados en sus helados, y aún menos serán capaces de darle la opinión sensible, inteligente y articulada que necesita. Y que necesitará *ahora*, cuando el helado de *fiordilatte* está apenas hecho, fresquísimo, palpitante, en el máximo de su capacidad expresiva.

Guadalupe está terminando de limpiar la batidora y los utensilios bajo el chorro de agua del fregadero. Se voltea apenas ella vuelve a entrar al laboratorio.

—¿Podrías venir a darme una opinión sobre el *fiordilatte*? —Milena Migliari siente una urgencia que se le derrama en la voz en sus gestos.

—Dentro de cinco minutos. —Guadalupe la mira un poco perpleja; tal vez no entiende qué otra opinión pueda esperar de ella, puesto que ha probado la mezcla durante la elaboración y le ha dicho que le parecía óptima.

—¡No, ahora! ¡Por favor! —Milena Migliari se da cuenta de que la necesidad de confirmaciones le sigue creciendo por dentro. No logra estarse quieta.

Guadalupe cierra la llave, se seca las manos y la sigue a la tienda. Prueba la cucharadita de *fiordilatte* que ella le ofreció. Reflexiona algunos segundos y sonríe. «Exquisito».

—No lo dices para hacerme sentir contenta, ¿verdad? —Milena Migliari la observa buscando manifestaciones de estupor y de alegría, pero no logra verlas.

—Qué va. Está buenísimo. Te lo juro. —Guadalupe está siendo sincera, ella no tiene la costumbre de hacer cumplidos sin razón, pero no parece particularmente impresionada ni conmovida, o atravesada por sensaciones que no se detienen, imágenes mentales que se abren una después de la otra.

—¿De verdad? —Milena Migliari sigue viéndola con una expresión demasiado ansiosa. Está consciente de ello.

—Claro que sí, Milena. —Guadalupe no sabe cómo convencerla: asiente de modo demostrativo, mueve también el busto y las manos para reforzar las palabras—. Es perfecto.

—Pero ¡perfecto no significa nada! —Milena Migliari, en vez de calmarse, se pone cada vez más inquieta y hace gestos desesperados señalando la vitrina—. ¿Qué no has visto cómo se llama esta heladería?

—Discúlpame, quería decir que está buenísimo. —Guadalupe está comenzando a preocuparse de nuevo—. Quería decir que no tiene ningún defecto.

—¡No tener ningún defecto no es ningún *mérito*! —Milena Migliari alza la voz aunque no quiere hacerlo, pero la ansiedad se está convirtiendo en pánico—. ¡No tener ningún defecto es el *peor* de los defectos! ¡Quiere decir que no tiene ningún *carácter* ningún elemento capaz de tocar el corazón de alguien!

Guadalupe da un paso hacia atrás, la mira con una luz de alarma en los ojos.

Milena Migliari no tiene deseos ni tiempo de entender por qué se siente así. Sólo sabe que la urgencia de respuestas se está transformando en una ola que amenaza con arrollarla. Camina hacia adelante y hacia atrás, entre el laboratorio y la heladería con la respiración entrecortada y el corazón latiéndole a toda velocidad, sus manos sudan. Se siente en una trampa, sin salida, sin escapatoria.

—Oye, ¿qué pasa? ¿Milena? —Guadalupe ya está muy preocupada: en los dos años que ha trabajado con ella la ha visto en varios estados de agitación, pero siempre por razones identificables y nunca como ahora.

—¡Lo que pasa es que debo salir de aquí! —Milena Migliari no puede estarse quieta. Toma de la repisa una cubeta de medi

kilo, levanta las tapas de los recipientes del helado de *fiordilatte* y del de caqui, y comienza a mover la espátula. A pesar de la agitación extrema, los gestos le salen muy precisos, aunque más veloces de lo normal: logra transferir las cantidades adecuada sin dejar espacios vacíos ni comprimir. Cuando la cubeta está llena la mete en el abatidor de temperatura, espera algunos minutos, la saca, pone encima el papel encerado y la tapa, cierra con la cinta adhesiva, la mete en una bolsa térmica suave. Hurgando en el cestito de las notitas con inscripciones listas para enrollar y amarrar con el hilo rojo, pero no encuentra ninguna que le convenza, así que lo deja. Pone un pequeño surtido de vasitos, conos, canastas y cucharitas en tres cajitas de cartón, y las coloca también en la bolsa térmica junto a una cuchara para servir helado. Se quita la gorra y las fundas de los zapatos, se pone la chamarra y la gorra.

e —¿A dónde vas? —Guadalupe no sabe qué pensar.

s —Luego te digo. —Milena Migliari ya está afuera de la heladería, caminando velozmente hacia su furgoneta.

,

e

n

s

e

e

s

o

e

a

o

s

a

a

,

e

).

e.

e

n

s

s

s

e

e

r,

á

,

n

n

o

kilo, levanta las tapas de los recipientes del helado de *fiordilatte* y del de caqui, y comienza a mover la espátula. A pesar de la agitación extrema, los gestos le salen muy precisos, aunque más veloces de lo normal: logra transferir las cantidades adecuadas sin dejar espacios vacíos ni comprimir. Cuando la cubeta está llena la mete en el abatidor de temperatura, espera algunos minutos, la saca, pone encima el papel encerado y la tapa, cierra con la cinta adhesiva, la mete en una bolsa térmica suave. Hurga en el cestito de las notitas con inscripciones listas para enrollar y amarrar con el hilo rojo, pero no encuentra ninguna que la convenza, así que lo deja. Pone un pequeño surtido de vasitos, conos, canastas y cucharitas en tres cajitas de cartón, y las coloca también en la bolsa térmica junto a una cuchara para servir helado. Se quita la gorra y las fundas de los zapatos, se pone la chamarra y la gorra.

—¿A dónde vas? —Guadalupe no sabe qué pensar.

—Luego te digo. —Milena Migliari ya está afuera de la heladería, caminando velozmente hacia su furgoneta.

VEINTISÉIS

Nick Cruickshank piensa que su casa ya no es su casa, si es que alguna vez lo fue. Todo es gente que entra y gente que sale, gente que abre y cierra puertas, mueve muebles, camina por los corredores, se ríe, acciona retretes, se grita, camina, corre, habla sin sentido o pide cosas muy específicas.

La habitación de los Thompson estaría más tranquila si no fuera porque ahí está el doctor Angénieux, que llegó con un rapidez sorprendente desde Draguignan junto con su asistente y los aparatos móviles para radiografías y ecografías, puesto que llevar a Wally al hospital no habría sido una buena idea, tomando en cuenta a los oportunistas que ya infectan la zona esperando el día de mañana y el domingo.

Wally está sentado al borde de la cama en su habitación, adolorido y profundamente desilusionado por el diagnóstico.

El doctor le muestra de nuevo las radiografías del hombro, clavícula, húmero y pulso derechos obtenidas por el lector digital Fujifilm, y sacude la cabeza. «*Pas de fractures*».

—Ninguna fractura —Nick Cruickshank traduce ya por tercera vez, con una entonación en la cual la impaciencia suplanta del todo al alivio inicial.

—¿Y, entonces, por qué siento este jodido dolor?! —Wally puede ver por sí mismo que no hay facturas, pero no acepta la idea porque le arruina el autorretrato de víctima que quiere pintar a toda costa—. ¡Tengo que haberme roto algo!

Aileen entra de nuevo a la habitación, seguida de Tricia y de Fiona, la consultora holística. Insiste en darle una nueva ojeada a las radiografías y ecografías. Las estudia con atención, y observa a Wally. Le pregunta al doctor Angénieux si de casualidad no podría tratarse de una lesión en el *coiffe des rotateurs*.

El doctor Angénieux no puede creer que ella conozca el término anatómico preciso y además en francés. La observa con una mezcla de sospecha y admiración.

Aileen le explica que su hermano tuvo un accidente de ese tipo cuando jugaba *hockey* sobre hielo en la serie A2 canadiense, en Montreal.

Nick Cruickshank está casi tan asombrado como el doctor, aunque a estas alturas ya debería estar acostumbrado a que Aileen tenga un historial casi inagotable de experiencias y conocidos, hecho aún más impresionante por la capacidad que tiene para establecer relaciones ultrarrápidas en diferentes lenguas, en cualquier momento, en medio de cualquier actividad, si tropezar con imprecisiones ni titubear en general. Ella fue la que tomó el control de la situación cuando él y Aldino regresaron a casa en el Land Rover, con Wally gritando y gimiendo como si estuviera a punto de morir. Y también fue ella quien lo tranquilizó, aunque tuviera otras mil cosas que hacer, localizó el centro de radiología móvil en Draguignan y convenció al doctor Angénieux de que se trataba de una emergencia inaplazable.

—No, *Madame*. —Probablemente el doctor sigue considerándola extraña, pero sabe muy bien que los extranjeros ricos raros son los mejores clientes que se pueden encontrar en este sitio, por lo que la trata con mucho respeto. Le hace una señal a su asistente, que está sentado frente al monitor, y le indica dos o tres puntos específicos en las imágenes ecográficas, oprime con los dedos los puntos correspondientes en el hombro de Wally y le mueve el brazo con cierta energía—. *Vous voyez? Pas de rupture*.

—¡Ay! ¡Quítame las manos de encima! ¡No soy un conejillo de indias de laboratorio! —Wally no agradece en absoluto que lo manipulen con un objetivo demostrativo, y sobre todo que se niegue de nuevo la gravedad del daño.

Aileen se siente aliviada ante la idea de que en gran parte la emergencia ya está resuelta. Sus pensamientos están comenzando a moverse hacia otro lado. Le sonrío con amabilidad a Angénieux y a su asistente. «*Merci infiniment, Docteur*». Sale seguida de Tricia y Fiona, pero se voltea para ver a Nick Cruickshank. «Necesito hablar contigo de algunas cosas».

—Sí, cuando me libere de aquí. —Nick Cruickshank se siente acorralado de inmediato. Señala a Wally como prueba viviente del hecho de que no puede ir a ningún otro lado en este momento.

Aileen parece muy poco convencida, pero asiente y sale seguida por la asistente y su consejera.

En parte para demostrar que su presencia es en efecto necesaria, Nick Cruickshank le pregunta al doctor Angénieux qué se puede hacer para calmar el dolor de hombro de Wally.

El doctor llena rápidamente una receta sin saber que la familiaridad de Wally con opiáceos y sus derivados lo hace inmune casi todos los analgésicos que se suministran en dosis ordinarias.

—Pero ¿podrá tocar el domingo? —Nick Cruickshank hace la mímica como si estuviera tocando un bajo eléctrico, con los dedos de su mano izquierda oprimiendo las cuerdas y los de la derecha tocando en modo de percusión.

El doctor abre los brazos en señal de que no quiere comprometerse con su veredicto, porque ciertamente no tiene la mínima idea de cómo se toca un bajo eléctrico.

—¡Obviamente no podré, maldición! —Wally sufre un nuevo paroxismo reivindicativo—. ¡Ni siquiera podré moverme, maldita sea!

—Yo no te tiré del caballo, ¿eh? —El ejercicio de autocontrol ha tenido fracasos continuos—. ¡Fuiste tú el que se portó con un idiota presumido y exhibicionista!

—¿Idiota quién?! —Wally tiene el rostro enrojecido, casi se olvida de su comportamiento de víctima para adoptar un amenazante—. ¡Idiota quién?!.

—¡Sigue actuando como inválido, te sale de maravilla! —Sí, es un hecho que Nick Cruickshank agotó sus reservas, ya de por sí bastante reducidas, de paciencia.

—¡Pendejo! ¡Te voy a demandar! —También es cierto que Wally tiene *décadas* enteras de rencor acumulado: por cada canción que les propuso inútilmente a los Bebonkers, por cada pésima idea de arreglos que le rechazaron, por cada limitación los chistes que quería decir en las entrevistas de grupo, por cada foto de la banda en la que él quedó en segundo plano.

—¿Por qué? ¿Por haberte revelado tu estupidez? —Nick Cruickshank sabe que sólo está empeorando la situación, pero ¿cómo diablos se le puede hacer para tener una relación diplomática con alguien como él?—. ¡Mira que ser estúpido no es un simple defecto, es un *pecado*! ¡El *mundo* es el que debería demandarte *a ti* por haber contribuido a *empeorarlo*, aunque sea un poco!

—¡Desgraciado! ¡Hijo de puta! —Wally está furioso. Escupe saliva—. ¡Fuiste tú a quien el otro día se le ocurrió la gran idea de ir a dar una vuelta a caballo!

—¡Lo dije sólo porque te vi muy *desganado*! —Nick Cruickshank también levanta la voz casi a nivel de concierto, ahora que buena parte de sus filtros zen explotaron—. ¡Tan desprovisto de *recursos interiores*!

El doctor Angénieux voltea hacia otro lado de la habitación con una mirada avergonzada. Está claro que en este momento lo que más quiere es irse de aquí y regresar a la serenidad de su estudio, y a pacientes más normales y tranquilos. Abre los brazos: «Se podría recurrir a una o dos sesiones de masoterapia».

—¿Cuándo? ¿Dónde? —Wally ladra como un bulldog, tiembla de rabia. Se agarra con la mano izquierda al borde de la cama. —Hay una terapeuta muy buena que recomendamos en estos casos. —El doctor se quita la bata, que se puso apenas entró como si fuera su vestuario escénico. La dobla y saca el celular de su chamarra—. Si quieren puedo llamarle, explicarle que es una urgencia.

—¡Yo no quiero que nadie me vuelva a poner las manos encima, carajo! —grita Wally, enojado—. ¡No quiero a ningún jodida masoterapeuta!

Nick Cruickshank le da la espalda para excluirlo de su campo visual, luego le hace una seña al doctor para que llame.

n

e

e

n

a

s

r

y

u

s

o

o

e

e

e

a

s

s

,

o

o

—¡Sigue actuando como inválido, te sale de maravilla! —Sí, es un hecho que Nick Cruickshank agotó sus reservas, ya de por sí bastante reducidas, de paciencia.

—¡Pendejo! ¡Te voy a demandar! —También es cierto que Wally tiene *décadas* enteras de rencor acumulado: por cada canción que les propuso inútilmente a los Bebonkers, por cada pésima idea de arreglos que le rechazaron, por cada limitación a los chistes que quería decir en las entrevistas de grupo, por cada foto de la banda en la que él quedó en segundo plano.

—¿Por qué? ¿Por haberte revelado tu estupidez? —Nick Cruickshank sabe que sólo está empeorando la situación, pero ¿cómo diablos se le puede hacer para tener una relación diplomática con alguien como él?—. ¡Mira que ser estúpido no es un simple defecto, es un *pecado*! ¡El *mundo* es el que debería demandarte *a ti* por haber contribuido a *empeorarlo*, aunque sea un poco!

—¡Desgraciado! ¡Hijo de puta! —Wally está furioso. Escupe saliva—. ¡Fuiste tú a quien el otro día se le ocurrió la gran idea de ir a dar una vuelta a caballo!

—¡Lo dije sólo porque te vi muy *desganado*! —Nick Cruickshank también levanta la voz casi a nivel de concierto, ahora que buena parte de sus filtros zen explotaron—. ¡Tan desprovisto de *recursos interiores*!

El doctor Angénieux voltea hacia otro lado de la habitación con una mirada avergonzada. Está claro que en este momento lo que más quiere es irse de aquí y regresar a la serenidad de su estudio, y a pacientes más normales y tranquilos. Abre los brazos. «Se podría recurrir a una o dos sesiones de masoterapia».

—¿Cuándo? ¿Dónde? —Wally ladra como un bulldog, tiembla de rabia. Se agarra con la mano izquierda al borde de la cama.

—Hay una terapeuta muy buena que recomendamos en estos casos. —El doctor se quita la bata, que se puso apenas entró, como si fuera su vestuario escénico. La dobla y saca el celular de su chamarra—. Si quieren puedo llamarle, explicarle que es una urgencia.

—¡Yo no quiero que nadie me vuelva a poner las manos encima, carajo! —grita Wally, enojado—. ¡No quiero a ninguna jodida masoterapeuta!

Nick Cruickshank le da la espalda para excluirlo de su campo visual, luego le hace una seña al doctor para que llame.

VEINTISIETE

Justo ahora que Milena Migliari llegó a la penúltima curva de la calle, la realidad le cae como un balde de agua fría. La irresistible urgencia con la que salió de la heladería y manejó hasta aquí se atenúa de un momento a otro. De golpe, la idea que le parecía tan natural y buena hasta hace un minuto le parece ahora terriblemente equivocada. No puede entender cómo no se da cuenta de que no existe la más mínima justificación para una visita como esta, que la visita sorpresa de ayer en la mañana de Nic Cruickshank a la heladería y el abrazo anoche en la plaza no sólo no han establecido una confianza real entre ellos, sino que, al contrario, la han dejado confundida, profundamente intranquila.

Que su lucidez en este periodo no esté al cien por ciento sólo justifica un poco la tontería de lanzarse a una acción tan desequilibrada sin reflexionar siquiera un momento: ¿será que no se imaginó *realmente* cómo sería regresar aquí? ¿Sobre todo después de la incomodidad que pasó el otro día, cuando al menos había venido para entregar un pedido? Sí, el abrazo de anoche fue extrañamente intenso, un intercambio de emociones sin filtros que la conmovieron hasta las lágrimas. Le pareció que para él fue igual, a juzgar por su respiración, por la fuerza con la que la apretaba. Pero inmediatamente después la conmoción se transformó en perplejidad pura, y se fueron cada uno por su lado sin siquiera despedirse. Pero ¿qué podría haberle dicho o haber hecho, puesto que el abrazo no nació de la iniciativa de ninguno de los dos, sino que era parte del pequeño ritual de esos extraño abrazadores de Digne-les-Bains? ¿Un abrazo entre una mujer no interesada en los hombres y un hombre interesado en todo tipo de mujeres? ¿Qué diablos le pasó por la cabeza hace unos veinte minutos? ¿En qué estado mental y emocional se encuentra? Tal vez Viviane tiene razón, *debería* tomar calmantes.

El gran cancel está allí, veinte metros delante de ella. Milena Migliari siente que el estómago se le contrae. Baja la velocidad y detiene la furgoneta. Le queda muy claro que lo que debe hacer es dar la vuelta y regresar. Incluso olvidarse de haber tenido un idea tan estúpida y de que haya estado tan cerca de ponerla en práctica. Lo mejor sería dar la vuelta de inmediato, antes de entrar en el campo visual de la cámara de seguridad que está sobre el cancel, antes de que el hombre con saco y corbata y con aspecto de guardaespaldas que debe estar en el camino de ingreso tome la placa y la entregue a las autoridades para investigar a una loca heladera-*stalker*.

Sin embargo, en este punto la calle es tan estrecha que girar es imposible debido al murito de piedras que hay a la derecha y al foso y los árboles a la izquierda. Milena Migliari intenta hacer una maniobra mental: no, es imposible. Pone la reversa, voltea la cabeza para volver una decena de metros hasta el primer claro que hay, pero ve que una furgoneta blanca está llegando con demasiada rapidez a sus espaldas. Más bien, *dos* furgonetas, una detrás de la otra, y son tan anchas que ciertamente no pueden pasar con ellas en medio. Se hace a un lado todo lo que puede, con el riesgo de rayar el costado contra las piedras del murito, pero no logra liberar más de un metro y medio de espacio a su izquierda: no hay posibilidad de que pasen. Baja la ventanilla, se asoma, hace gestos de desesperación para explicar que debe ir hacia atrás, que regresen hacia atrás también ellos, por favor. Pero la furgoneta blanca le enciende las luces altas sin la más mínima señal de comprensión. Ella siente que cayó en una trampa: mira llena de angustia el cancel, que se está abriendo delante de ella. En el camino, el guardaespaldas le hace gestos con una mano como diciendo: avanza. Puesto que ella se queda paralizada, le hace gestos más enérgicos con las dos manos: vamos, muévete.

Milena Migliari se asoma de nuevo para mirar las dos furgonetas que están detrás de ella, pero la defensa de la primera y casi está en contacto con la suya. El hombre del volante enciende de nuevo los faros y toca el claxon. Ella se estremece. No tiene otra opción más que meter primera, ir despacio hacia el cancel, ya abierto, como si se tratara de la boca de un monstruo devorador. No puede creer que esté atrapada en una situación así, y todo ocasionado por ella misma, por no haber pensado en eso por qué de lo que estaba haciendo durante los doce kilómetros de camino desde Fayence hasta acá y por haber empezado a razonar en tan sólo los últimos metros. Sigue adelante, impulsada por las dos furgonetas, tan agitada y avergonzada como pocas veces lo ha estado antes. Apenas pasa el cancel, baja la ventanilla de la derecha y se estira para decirle al hombre robusto con saco y corbata que está obligada a entrar sólo para no bloquear a los de atrás de ella, que saldrá apenas logre girar, que deje abierto.

Pero el hombre apenas la mira. Tiene ojos rasgados, cabello rapado sobre la nuca y en las sienes; está completamente en su papel. Lee el letrero de la heladería sobre el costado y le hace una seña de que siga adelante. Dirige su atención a las dos furgonetas que están detrás de ella. Milena Migliari espera a que regrese para poder explicarle, pero al verla aún allí parada, él le hace seña con enojo. «*Allez! Allez! Dépêchez-vous!*».

Entonces ella maneja por el camino de acceso, presionada por la otra furgoneta, que también pasó rápido el control, sintiéndose increíblemente estúpida. ¿Qué podría decir si se encuentra de nuevo delante del enorme guardaespaldas italiano de antier, que ya estaba tan suspicaz cuando ella vino a hacer la entrega? ¿Que la empujaron hacia adentro en contra de su voluntad?

Las dos grandes furgonetas la persiguen sin tregua hasta el claro detrás de la casa. Respecto al otro día, hay muchos más autos estacionados, varias furgonetas, un camión, y un ir y venir de hombres que descargan y transportan palos y tabloncillos de madera, lámparas, sillas, banquetas, plantas de limón, cajas enteras de ciclamen en floración. Ella no sabe si se siente un poco mimetizada en medio del alboroto, o aún más reconocible como intrusa. Maniobra de inmediato para girar y volver. Se quita del medio tan rápido como puede. Se esfuerza por no ver a nadie, por miedo a que le pregunten qué diablos hace aquí. Percibe mientras más se esfuerza por no ver, más ve, y justo cuando termina la maniobra y está por pasar por delante del cuerpo central de la casa, la puerta se abre y sale un hombre joven con lentes que empuja un aparato sobre ruedas que podría ser un híbrido

entre una aspiradora y una fotocopiadora. Justo después de él sale un hombre más viejo con bigotes grises, e inmediatamente después sale Nick Cruickshank.

Milena Migliari siente que el corazón se le sube a la garganta; frena, aunque es lo último que quisiera hacer. Luego espera un segundo para poder acelerar con suavidad y recuperar el camino de regreso sin que él haya tenido el tiempo de reconocerla; en vez de eso, en ese mismo instante él la reconoce, o por lo menos reconoce la furgoneta. Baja la cabeza, para mirar por la ventanilla abierta. «¡Espera!».

Milena Migliari se siente como una ladrona sorprendida justo cuando estaba por salirse con la suya: paralizada.

Nick Cruickshank se asoma dentro de la furgoneta y le sonrío. «¿Qué haces aquí?».

Milena Migliari no tiene la menor idea de qué responder ni de qué expresión asumir. Hace un gesto vago, por completo carente de significado.

—¿Aileen te ordenó más helado? —Bajo esta luz, a Nick Cruickshank se le ve más el rostro que ayer en la noche. Tiene muchos colores encima, entre pulseras y anillos de plata, el aretito de oro, un pañuelo azul alrededor del cuello, una camisa anaranjada o un saco rojo con rayas moradas. Parece un actor del siglo XVI más que del XVIII, sin compañía y sin escenario, arrojado a un mundo que no es suyo, pero donde logra arreglárselas bastante bien, hasta cierto punto.

—No. —Milena Migliari trata de pensar en otra razón por la que podría haber venido hasta aquí, pero no se le ocurre nada.

—*Eh bien, nous allons, Monsieur.* —El hombre con bigotes reclama la atención de Nick Cruickshank, señalando al hombre más joven, que está cargando el extraño aparato en una furgoneta azul con una inscripción en blanco «Diagnostics Mobiles».

Nick Cruickshank saca de su bolsillo un rollo de billetes, cuenta algunos, aprieta su mano. Apenas se va el hombre de los bigotes, regresa y se asoma de nuevo a la ventanilla. «¿Entonces?».

Milena Migliari piensa que probablemente se sentiría más cómoda si de verdad fuera una ladrona que vino aquí a robar algo pero como no lo es, las únicas dos alternativas posibles le parece que son sonreír de forma enigmática y manejar lejos, o bien decir la verdad. Toma un respiro profundo, trata de reducir su dificultad para respirar. «Quería consultarte algo. Si tienes cinco minutos».

—¿Sí? —Nick Cruickshank parece curioso, divertido.

El asistente del médico regresa, con el celular en la mano. «*Monsieur Cruickshank, un selfie, s'il vous plaît?*».

Nick Cruickshank accede, aunque con un poco de impaciencia. Se voltea para que le dé la luz necesaria y acerca su cabeza a la del asistente. Se despide rápido y se asoma de nuevo a la ventanilla. «¿Una opinión sobre qué? ¿Decisiones profesionales? ¿De la vida?».

Milena Migliari se sonroja, aunque no está segura de que él se dé cuenta. «Sobre dos sabores de helado».

Nick Cruickshank se aparta, hace una amplia seña semicircular como para ofrecerle el regalo suntuoso de un espacio donde estacionar la furgoneta.

Milena Migliari sigue el gesto, aunque una parte de ella quisiera ir hacia el camino de entrada ahora que aún hay tiempo. Avanza algunos metros y se estaciona al lado del muro de la casa. Apenas baja se siente todavía más expuesta de como se había imaginado, ya sin métodos de huida. Para disimularlo, inmediatamente rodea el Kangoo, toma la bolsa térmica y la levanta por delante, como un escudo.

El hombre impaciente y villano que la impulsó hasta aquí sacó un gran altavoz de su furgoneta blanca y ahora lo empuja sobre un carrito. Parece asombrado al reconocer a Nick Cruickshank.

—¿Qué sabores? —Nick Cruickshank ignora todo lo que sucede a su alrededor. La mira de una manera extremadamente concentrada, igual que como la vio ayer cuando entró por sorpresa a la heladería.

—Mejor te lo digo después. —Milena Migliari piensa que ya es tarde para intentar salvarse el pellejo. Decide ser ella misma a pesar de las consecuencias—. Para no prevenirte.

Nick Cruickshank piensa en esto con seriedad; asiente. «Claro. Pero necesitaríamos un lugar tranquilo para probarlo, ¿no? Lejos de todo este alboroto».

Milena Migliari también asiente, como lo hizo él. De nuevo es como si entre ellos hubiera un contagio de expresiones, algo difícil de explicar.

Tal vez también Nick Cruickshank se da cuenta de eso, porque se queda paralizado viéndola fijamente por un instante. Luego le señala la dirección opuesta a la que van todas las personas que se están ocupando de descargar y transportar cosas. Comienza a caminar.

Milena Migliari lo sigue, pero le viene a la mente que en realidad ahora se está arriesgando a transformar la prueba de helado en una especie de evento revelador, lo opuesto a lo que tenía en mente cuando siguió el impulso absurdo de venir hasta aquí a pedirle una opinión. Se había imaginado que le llenaría un vasito o un cono sin ninguna ceremonia, y oiría sus impresiones. Ahora le parece que ha logrado estropear una idea que ya desde el inicio estaba equivocada.

Nick Cruickshank la guía hasta el fondo, al lado oeste de la casa, pero en vez de abrirle la puerta, le hace una seña y sigue caminando con ese extraño paso suyo tan elástico y ondulado. Atraviesan un jardín, rodean un corral de madera en el que hay unos pequeños caballos oscuros que se acercan a la cerca para observarlos. En seguida hay un denso bosque de encinos.

Milena Migliari habría querido decirle que no era necesario ir tan lejos para la prueba, que en cualquier estacionamiento, medianamente tranquila estaría muy bien; pero, en vez de eso, permanece callada y lo sigue, apretando el asa de su estúpida bolsa térmica con flores.

Nick Cruickshank se voltea para verla, le hace una señal y toma un sendero en el bosque sin decir nada. No trae abrigo ni

echaqueta, sólo su saco rojo con rayas moradas.

Entre más se internan en el bosque, más se pregunta Milena Migliari si él no habrá interpretado su solicitud de una opinión sobre los helados de la forma más equivocada del mundo: después de todo, es un depredador de primera categoría. Probablemente está acostumbrado a cazar a cualquier mujer que tenga en la mira. Pero no está tan segura de esto y, además, continúa siguiéndolo, llevada por una corriente en la que la perplejidad y la curiosidad se mezclan en dosis casi iguales.

Caminan en silencio a buen ritmo. Nick Cruickshank se voltea un par de veces para comprobar que ella aún lo sigue, le sonrío ligeramente bajo la sombra del bosque. Las hojas crujen bajo sus pies, las ramas truenan, hay olores de corteza, de musgos, de hongos. A Milena Migliari le viene a la mente un artículo que leyó sobre los «baños de bosque», y los beneficios mentales y físicos de caminar entre los árboles, no sólo por la pureza del aire y la distancia del mundo construido y habitado, sino por algunos compuestos orgánicos volátiles que los árboles expiden a su alrededor para protegerse del moho y las bacterias. Dos estudiosos japoneses hicieron unos experimentos con personas de ciudad y descubrieron que, después de caminar por un bosque, su presión sanguínea bajaba, junto con sus niveles de adrenalina. No sabe si todo esto es verdad, pero lo que es un hecho es que se siente menos inquieta que hace unos pocos minutos, aunque su perplejidad no se ha disuelto. Pero es una perplejidad apagada, ligeramente casi agradable; más que un estado de suspensión que de extravío. Sigue a Nick Cruickshank, que avanza entre los árboles con su extraño caminar y sus colores vivos sobre el fondo monocromático de los troncos, y en un par de ocasiones piensa que esto podría ser una situación puramente imaginaria si no fuera por el peso, bastante real, de la bolsa térmica que tiene en la mano. Piensa que le gustaría hacer un helado de bosque: no con los frutos del bosque, sino del *bosque*. Se pregunta cómo podría conseguirlo sin recurrir a los clichés de las esencias de coníferas de los ambientadores. No es nada sencillo: ¿qué sabor tiene un bosque?

), Parecía que iban a seguir caminando por el sendero indefinidamente y en cambio llegan de golpe a la luz de un claro, a un jardín circular en cuyos márgenes hay una casita de piedra. Nick Cruickshank la señala con una expresión que extrañamente parece tímida.

Milena Migliari quisiera decir algo para no alimentar más cualquier malentendido que se podría haber creado, pero de nuevo calla y mira la pequeña casa.

Nick Cruickshank va derecho a la puerta, se inclina para buscar algo en un arbusto, saca una llave, abre y se voltea para ahacerle una señal de invitación.

e Milena Migliari entra con paso cauteloso: estaría casi oscuro si no fuera por algunos rayos de luz que se filtran más adelante. Hay un olor a hierba de limón, a madera húmeda, a humo de leña, a humo de hierba. Hay una chaqueta y un impermeable colgados en un perchero y un par de botas de goma sobre los tablones rústicos del suelo.

e Nick Cruickshank abre las persianas de tres pequeñas ventanas y deja entrar la luz de afuera: es una habitación espartana: con un fregadero de piedra, un hornillo de campamento sobre una repisa, una vieja mesa de campo, tres sillas tejidas con bejuco, un sillón estilo provenzal, un piano vertical, una estufa de leña en una esquina, leña partida en una cesta.

a Milena Migliari apoya sobre la mesa la bolsa térmica, tratando de ordenar sus ideas. Piensa decirle a Nick Cruickshank que este lugar tiene una atmósfera demasiado densa, que existe el riesgo de hacer que la prueba de los helados sea confusa, en vez de hacerla más transparente. Pero no lo dice.

a —Este es el único lugar que está protegido de la invasión. —Nick Cruickshank la mira, y no tiene en absoluto el aire de un depredador de primera categoría que acaba de atraer a una mujer a su guarida: al contrario, él también parece profundamente perplejo. Abre una ventana, mira en dirección a la casa grande, pero todo lo que ve es el claro y los árboles. Sólo llegan algunos sonidos atenuados por el bosque y la distancia: sierras o taladros eléctricos, algunas voces.

a Milena Migliari está por preguntarle por qué no la considera a ella parte de la invasión. Luego piensa que no desea saberlo.

Nick Cruickshank cierra de nuevo las ventanas y va a abrir la ventanilla de la estufa: dentro ya hay papel y madera, pequeña y grande. Frota un cerillo de cocina sobre su caja, enciende el papel, le sopla a las primeras flamas hasta que el fuego prende. Se queda allí agachado viéndolo, fascinado.

o Milena Migliari va hacia la ventana y regresa; va hacia el fregadero y regresa. Trata de mantener una distancia entre ellos: aunque no está del todo segura de que haya necesidad, así como no está del todo segura de que haya necesidad de encender la estufa para la prueba de los helados. Señala la bolsa térmica sobre la mesa. «Sólo necesitamos cinco minutos».

a Nick Cruickshank asiente, pero en seguida le enseña una escalera de madera, en una esquina de la estancia. «¿Quieres ver lo de arriba?».

l Milena Migliari piensa decirle que no, pero él ya está subiendo, así que lo sigue hacia arriba por los escalones, que crujen. Se asoma con extrema cautela, lo mira abrir las persianas de otras tres pequeñas ventanas: bajo la luz de la tarde emergen el azul de la cubierta de una cama, los amarillos, rojos y verdes de algunos libros sobre dos repisas, el negro y el blanco de los estuches de una guitarra y de un instrumento más pequeño, el color cobre oxidado del tubo de la estufa, que cruje poco a poco al calentarse con el fuego de abajo.

y Nick Cruickshank hace un gesto como para decir «esto es todo». Sonríe, de nuevo con ese extraño atisbo de timidez, tan improbable en alguien como él.

a —¿Hacemos la prueba, entonces? —Milena Migliari intenta volver al motivo de su incursión, pero debe esforzarse, porque se encuentra en un estado de extrema vaguedad: cada mínimo detalle la distrae. Baja los escalones de madera, y regresa a la estancia de abajo.

ii Nick Cruickshank la sigue casi de inmediato. Permanece al pie de la escalera, a la espera.

Milena Migliari abre la bolsa térmica sobre la vieja mesa de nogal, que está un poco apolillada y tiene fisuras, pero es tan sólida como el árbol del cual fue extraída. Saca el recipiente de medio kilo, la espátula, los contenedores de papel con los conos, vasitos y cucharitas. Organizar todo le da un sentido a la situación, lo cual atenúa la confusión que siente por dentro. Toma un respiro, retira la cinta adhesiva que mantiene cerrada la tapa.

Nick Cruickshank se acerca algunos pasos. Se detiene para ver el recipiente y la mira a ella.

—No mires aún. —Ella piensa que a estas alturas es mejor confiar en el instinto, y dejar de esforzarse por hacer razonamientos complicados.

—Okey. —Él alza las manos y se cubre los ojos.

—Espera. —Ella está sorprendida por cómo fluye la comunicación entre ellos, apenas hace a un lado la racionalidad—. ¿Quieres, como o vaso?

Él baja las manos, la mira. «Hay mucha diferencia, ¿verdad?».

Ella asiente, seria; aunque el hecho de ponerse seria le parece ahora una especie de juego, como todo lo demás.

—Explicame. —Él sonríe, pero de verdad está en espera de las explicaciones. Su paciencia contrasta de manera asombrosa con la urgencia que le transmitió las otras veces que se han visto.

—Para empezar, el cono necesita una sola mano. —Éstas son reflexiones que ella ha hecho muchas veces para sí misma, pero que nunca le ha contado a nadie—. Va muy bien si quieres comer tu helado mientras paseas, y platicas y miras a tu alrededor.

—Entonces, ¿se trata de la elección más *superficial*? —Tiene una forma peculiar de mirarla: como si se esperara la *verdad*, no una respuesta cualquiera, y no sólo referente al cono.

—No necesariamente. —Ella mueve la cabeza. Le gusta mucho la responsabilidad que él acaba de asignarle y la atención con la que la observa, sin límites aparentes de profundidad o de duración.

—Porque en compensación el cono no requiere intermediarios, ¿no? —Él continúa viéndola fijamente. Están en la misma idéntica sintonía, la misma.

—Te deja establecer la relación más *directa* posible entre tu boca y el helado. —Ella se da cuenta de que hace énfasis en algunas palabras, del mismo modo que él, pero no se trata de una imitación. Lo hacía de niña, siempre lo ha hecho. Se parecen en esto.

—Como nuestros antepasados, que comían los frutos directamente de los árboles, sin tan siquiera arrancarlos antes con las manos. —Él mueve una mano como si se estuviera acercando una rama a la boca, mueve los labios en un mueca de homínido goloso.

Ella ríe. Piensa que su capacidad para imitar no debería sorprenderla, teniendo en cuenta su trabajo, y aun así la sorprende. «O como un niño que toma la leche del pecho». Él también ríe, pero rápidamente vuelve a ponerse serio. «Entonces, ¿el vasito es la opción más *mediada*?».

Ella piensa que podría haberse ahorrado el comentario del niño y del pecho. Mueve la cabeza. «No necesariamente».

Él inclina la cabeza. Es evidente que está examinando la cuestión desde cada ángulo posible, con una ausencia de prejuicio que resulta sorprendente. «También cuenta el tipo de cucharita que usas, ¿no?».

—Sí, claro. —Ella asiente con gran energía, pero le parece suficiente—. Cambia muchísimo si tu lengua resbala sobre el plástico o recoge el sabor del frío del metal, por ejemplo. Hay una gran diferencia.

—*Enorme*. —El énfasis que hay en su voz podría hacerle pensar que se está burlando, pero basta con verle los ojos para entender que no es así. Basta con mirarlo—. Y tú, ¿cuál prefieres?

—Madera. —Le da gusto contestarle de inmediato, sin pausas—. Es ligeramente porosa, la lengua debe rascarnos un poquito mientras persigue el sabor. —Parece como si estuvieran en un deporte de contacto: como si se tomaran de los brazos y se yempujaran un poco hacia delante y un poco hacia atrás, con fuerza y suavidad.

Él se toca un mechón de cabello con los dedos. Tiene una extraordinaria flexibilidad física: hacia adelante, hacia atrás, hacia un lado, hacia el otro. Pero también es muy estable cuando está plantado sobre los dos pies. «Entonces, ¿cuáles son las ventajas del vasito, respecto al cono?».

Ella también inclina la cabeza, prácticamente del mismo modo. Por mucho que haya podido reflexionar, nunca ha podido llegar a una conclusión definitiva. «Seguramente te obliga a *concentrarte* más en el helado. A *mirarlo* más, incluso».

Él se pone las manos alrededor de los ojos como para ver, con una inocencia que parece imposible pero debe ser real. «También te das cuenta de cuando está por *acabarse*».

—Sí. *Sí*. —Ella se da cuenta de que ha tenido una necesidad terrible de comunicarse con alguien de este modo desde hace equien sabe cuánto tiempo. Desde *siempre*, en la práctica. O por lo menos desde que iba a la primaria y pasaba tardes enteras hablando, y riendo y jugando con su amiga Tania; lo cual es muy extraño, y del todo natural—. La cucharita de madera raspa el fondo del cartón acerado, y el vasito vacío hace ese ruido de un pequeño altoparlante que grazna.

—Pero ¡si es un pequeño altavoz! —Él se sacude, los ojos le brillan—. Cuando yo era niño, en Manchester, mi hermano y yo nos comíamos dos vasitos vacíos del pésimo helado industrial que lográbamos que nos compraran de vez en cuando, le hacíamos un agujero en el fondo, le pasábamos un hilo, lo sujetábamos con un nudo, lo estirábamos y ¡teníamos un *teléfono*!

—¡También yo lo hacía con mi amiga Tania! —Ella está sorprendida ante la idea de que ambos hayan vivido la misma experiencia, a una distancia tan grande de espacio y de tiempo. Y de nuevo le parece que no podría ser de otra manera.

—En cambio, si eliges un cono, terminar el helado es mucho más *gradual*, ¿no? —Él sigue en este flujo de comunicación sin filtros, divertido—. Tu lengua logra atrapar una pequeña cantidad de helado aun cuando parece que ya no hay más.

n —Y, desde cierto punto, el sabor y la consistencia del helado se mezclan con los del cono. —Ella siente los sabores y las consistencias mezcladas con perfecta claridad tan sólo al hablar de ello.

n —¡Oh, sí! —Él se acerca a ella como si estuviera totalmente poseído por las sensaciones que están evocando—. Y cuando el helado se acaba, puedes seguir mordisqueando lo que queda del cono, hasta la punta. Puedes hacer que te dure aún un minuto, mucho más. Puedes quedarte con el pedacito de cono vacío mordisqueado entre las manos incluso durante una *hora*, si quieres.

r —Sí, pero como sea, el helado ya se acabó. —Ella quisiera agregar algo más, pero no puede escoger entre los muchos estímulos que se le ocurren en su interior.

Ambos se quedan callados y quietos, se miran y no se miran, en la pequeña casa en medio del bosque, en el aire húmedo, que poco a poco se calienta con la estufa.

—¿Y qué sucede cuando se come helado en una copa de *crystal*? —Él hace un gesto *intencionalmente* teatral, en una especie de autocitación—. ¿Con una cucharita de *plata*?

—*Baaah*. —Hace una cara de disgusto, pero no por la representación teatral—. Me parece que es el modo más equivocado que hay, si quieres mi opinión.

—Claro que quiero tu opinión. —Él sonríe, sonríe—. Es un intercambio *equitativo*, puesto que tú quieres la mía, ¿no?

o —Ajá. —Pero ella se pregunta para *qué* exactamente quiere su opinión. ¿Sobre el helado de *fiordilatte* y el de caqui? ¿Sobre el *sentido* de hacerlo? ¿Sobre lo que debe suceder el lunes? ¿Sobre después? ¿Sobre ahora?

o —En fin, la otra noche yo comí tu helado directamente de la cubeta. —Él ríe—. A diferencia de los otros, a quienes se lo sirvieron en copas de cristal.

n Ella se da cuenta de que olvidó el porqué están aquí, pero lo retoma en seguida y quita la tapa del contenedor.

Él se hace hacia para atrás, en lugar de acercarse. «Pero aún no hemos decidido cómo lo debo probar».

e Ella mueve la cabeza. «No puedo decírtelo yo. Debes escogerlo tú». Sí, hay algo de delicioso en este juego, y también de preocupante, por lo inocente y lo no inocente que parece.

n Él se pone una mano en la frente: un gesto que ella le vio hacer el otro día en la heladería, y también en el videoclip de una canción, hace algunos años. Cierra los ojos. «Vasito. No. Cono.»

—Decídetes. —Ella lo presiona, y esto también le gusta.

s —No lo sé. —Él sacude la cabeza—. Me parece que cada una de las dos posibilidades implica una renuncia intolerable.

o Ella siente que un cosquilleo le sube por dentro, una corriente de diversión que la emociona. «¿Quién te dijo que las posibilidades sólo pueden ser *dos*?».

e Él parece repentinamente desconcertado, por su mirada es claro que sus pensamientos viajan rápido en diversas direcciones. «¿Quieres decir que podría probarlo de la cubeta?».

—No. —Sí, ella está disfrutando realmente este intercambio. Quisiera que nunca terminara—. Sería más o menos como comer de un vasito, sólo que más grande.

s —¿Y entonces? —Él la mira como si le fuera indispensable tener una respuesta.

Ella siente que el corazón le palpita velozmente, por el gusto eléctrico de jugar con él y de poder sorprenderlo. Toma una caja de cartón de la mesa, la abre. «Entonces, ¡también existe la *canasta*! ¡Lo mejor de dos mundos!».

Él parece sorprendido, como si se tratara de una revelación. Se acerca a observar el cono incompleto que ella tiene entre los dedos, y la mira. «¡Tú eres la mujer de las mil sorpresas!».

Ella sonríe. Es cierto, le da gusto oírle decir algo así, pero es el tono de su voz lo que acentúa el placer eléctrico. «Luego también está la canastita, los barquillos, y los *cannoli*».

e Él le mira las manos de cerca. Parece embrujado por sus gestos.

Ella se quita el abrigo para tener más libertad de movimiento y también porque comienza a tener calor. Por un instante piensa que su suéter verde está un poco descolorido por tantas lavadas y ensanchado en el cuello. Luego piensa que esto no le importa en absoluto. Quita el papel encerado que protege el helado en la cubeta: el blanco y el anaranjado del *fiordilatte* y de los caqui son vivos, bellísimos. Pone la canastita a la izquierda con delicadeza, hunde la espátula en el *fiordilatte*: la consistencia es justamente como debería ser. Pone una bolita de *fiordilatte* y encima una de caqui, ajusta con dos o tres toques para darle la forma final que le gusta más, redondeada pero no aplastada como un hongo atómico ni comprimida. Le ofrece la canastita, le ofrece una cucharita de bambú.

Él lo observa a distancia con el brazo extendido, lo observa de cerca; cierra los ojos, alarga la lengua sobre el helado de caqui

e Milena Migliari espía sus expresiones, y se da cuenta de que un pensamiento racional le está regresando de nuevo a la cabeza a través de la extraña exaltación que la ha tenido ocupada hasta ahora. Se pregunta de nuevo si no ha exagerado demasiado el asunto, si no ha hecho prácticamente inevitable una desilusión para los dos.

Nick Cruickshank abre los ojos de nuevo, le da de vueltas a la canastita de helado entre los dedos. Hunde la cucharita, se la lleva a la boca. Está pensativo, no dice nada, no la mira. Se acerca a una ventana, se quita la cucharita de los labios con extremada lentitud.

Milena Migliari piensa que la primera prueba lo decepcionó, y las sucesivas siguen desilusionándolo: que sus impresiones entusiastas del otro día se han desvanecido frente a este resultado mediocre, acompañado además de demasiadas teorías filosofadas. Tal vez es culpa de la hierba, ya agotada, que comen las vacas de Didier, o de la paja demasiado fresca; o de su estado de ánimo, de su incapacidad por trabajar como una verdadera profesional que no se deja influenciar por los acontecimientos de su vida privada.

s Nick Cruickshank lame un poco el helado y un poco lo come con la cucharita, sin decir nada y sin verla, volteado de espalda. Es probable que esté buscando las palabras menos brutales para decirle que ni el *fiordilatte* ni el caqui son para nada especiales, aunque la canasta es sólo una estúpida fusión entre un cono y un vasito. Le parecerá que estaba completamente equivocado cuando se mostró convencido de que había probado los mejores helados del mundo. Tal vez esa fue su impresión debido al hambre química después de haber fumado hierba: cuando vino ayer al laboratorio, el olor a marihuana era inconfundible, aunque estuvo mezclado con el pachuli. Se sentirá estúpido por haberla felicitado tanto sin ningún fundamento. Tal vez ahora reaccionará con una sinceridad feroz, como en la canción que pasaron ayer en la radio.

e Milena Migliari se pregunta cómo diablos se le ocurrió ponerse en una situación tan avergonzante. ¿Qué necesidad había, verdad? ¿Qué estúpidas gratificaciones buscaba? ¿Quería oírle decir que los dos pertenecen a un mundo de extraordinaria creatividad artística? Al final quizá Viviane también tiene razón en esto, cuando dice que un helado puede ser bueno o malo, punto. Y que no tiene sentido construir sobre él quién sabe qué cosa.

o Es difícil saber cuánto tiempo ha pasado. En esta estancia cada percepción parece filtrada, como los sonidos del ajetreo alrededor de la casa, que llegan a través del bosque apenas distinguibles, cubiertos por el crujido y el soplo de la estufa.

Milena Migliari vuelve a colocar el papel encerado sobre el helado que queda en la cubeta, cierra de nuevo la tapa, pone de nuevo la cubeta en la bolsa térmica, mete la espátula y las cajas con conos, vasitos y cucharitas. Piensa que en este momento tal vez lo mejor sería despedirse e irse, o irse sin tan siquiera despedirse. Reducir al mínimo la vergüenza, reducir al mínimo los daños.

Ahora Nick Cruickshank mastica la canastita, tal vez para demostrar algo, para subrayar que de cualquier manera lo terminaría. Se voltea, se acerca a ella con una expresión que no le había visto nunca. Deja la cucharita de bambú en la mesa.

—Oye, no tienes que decirme nada, ¿okey? —Milena Migliari toma la bolsa térmica de la mesa, y mira hacia la puerta. Debería ser capaz de encontrar el sendero del bosque, incluso sola, a pesar del desequilibrio que tiene por dentro.

Nick Cruickshank mueve la cabeza despacio. En su forma de proceder, sigue sin haber ni rastro de teatralidad, lo que aumenta la tristeza del momento.

Milena Migliari mira de nuevo la puerta. Se siente un poco vil como para escapar así, sin siquiera pedirle que le explique por qué no le gustó el helado. Le da coraje, pero no por él: por el mundo en general, por todas las razones que le han hecho tener una expectativa tan alta sólo para que se desinflen como si fueran crema mal batida. «¿No estaba bueno?».

s Nick Cruickshank mueve de nuevo la cabeza.

Milena Migliari siente el impacto de la desilusión, aunque estaba convencida de haberla asimilado y en parte digerido. Siente que le quema la cara, pero la sangre está fría, le duele el estómago. Aprieta el asa de la bolsa térmica, se voltea. Ya tiene en las piernas los pasos para llegar hasta la puerta, para atravesar de nuevo el bosque de encinos, llegar a su furgoneta, irse de esta maldita propiedad.

De pronto Nick Cruickshank la toma de un brazo, y la voltea hacia él. En sus ojos hay una urgencia que la asusta. «Ha capturado *todo* en ese *fiordilatte* y en ese caqui. El interior y el exterior, el descubrimiento y la pérdida, la alegría milagrosa de un momento que se disuelve. Como en un muy bello poema. Como en una muy bella *canción*».

Ella está tan desconcertada que se queda sin aliento, aprieta aún más los dedos alrededor del asa de la bolsa térmica. Intenta hacer un diafragma entre las palabras que él acaba de pronunciar y la oleada de emociones que le despiertan, pero el diafragma se resquebraja de inmediato, se desmorona. El corazón se le ralentiza, los ojos se le llenan de lágrimas.

o Él la mira muy de cerca, y un instante después la jala contra él con sus dos manos. Oprime sus labios, fríos de helado, en sus labios.

Ella cierra la boca lo más fuerte que puede, pero casi de inmediato la abre, al sabor del *fiordilatte*, al calor que crece; sus lenguas resbalan una sobre la otra con una impaciencia incontrolable, generan olas interiores que se propagan hasta cada rincón de su cuerpo. La bolsa térmica se le resbala de los dedos, cae sobre el suelo de madera: ella escucha el sonido como si viniera desde una dimensión diferente, de la dimensión en la que ella viaja a una velocidad cada vez mayor alejándose de ella misma. O al menos de la que ella misma conoce, la de años enteros de abrazos y besos con Viviane. La familiaridad se le escapa y se reconstruye mientras su cuerpo y su mente absorben la forma, la consistencia y la respiración de él, tan diferentes y al mismo tiempo tan reconocidos.

Él la aprieta, la mira con esa luz oscura y cálida en los ojos, concentrado en ella, absorto. La besa de nuevo, sus labios son más suaves de lo que ella se imaginaba, y al mismo tiempo son precisamente como se los esperaba. Le pasa las manos por la frente, por las cejas, por las sienes, por el cabello, de nuevo por la frente; el contacto continuamente renovado genera torrentes de impulsos que arrollan cualquier pregunta o intento de definición. Ella hace los mismos movimientos, como un juego de espejo: sigue con las yemas de los dedos el contorno de su rostro, despacio. Repiten y repiten cada gesto, lentos y cuidadosos como en un acercamiento; se miran a pocos centímetros, más allá del punto mínimo de enfoque. Se leen el rostro uno a la otra con las manos, más que con los ojos; se exploran, se prueban. Se oprimen uno contra el otro y se separan, se sonríen: el flujo continúa, continúa, irrefrenable.

s Siguen así por un momento que de nuevo ella no podría medir ni aunque quisiera hacerlo. Él la acaricia en círculos cada vez más amplios, como un radar que extiende su radio de acción: poco a poco llega a sus hombros, a su espalda, a sus caderas, a sus axilas, a sus glúteos, a sus muslos, luego acota de nuevo el radio y regresa a concentrarse en su rostro, sus orejas, su frente, sus cejas.

Ella está totalmente inmersa en estos movimientos semicirculares y en las sensaciones que generan, y de un instante a otro

s. sus pensamientos recuperan terreno con la misma rapidez con la que han desaparecido, la arrastran hacia ella misma, la de adelante que comenzara este abrazo. De pronto le parece estar al borde de un abismo, el vértigo la hace sacudirse. «¡Oye!». Se hace hacia atrás de pronto, golpea el muro con la espalda.

a También Nick Cruickshank se hace hacia atrás, de modo ágil y ligeramente desconectado. La observa, pendiente, casi asustado.

n Milena Migliari quisiera poder identificar el momento preciso en el que lo que estaba sucediendo entre ellos se volvió algo equivocado. ¿Fue la insistencia en las manos de él, la dirección que estaban destinadas a tomar tarde o temprano? ¿O la equivocación estaba con ellos desde el principio, desde que atravesaron juntos el bosque y entraron aquí?

a Nick Cruickshank hace un gesto que parece incluir la estancia y todo lo que sucedió en ella, en retroceso hasta la prueba de hielo, hasta cuando le abrió la puerta.

Milena Migliari se pasa una mano por la boca, la levanta hasta la nariz. Piensa que lo que sucedió es imperdonable, pero ha compartido culpa de los dos en igual medida. No puede hacerse la víctima, aunque sería lo más cómodo.

Nick Cruickshank parece desolado. Con una mano señala la casa grande, el caos de preparación que la rodea. «Mañana me voy».

l Milena Migliari siente la más extraña mezcla de alivio y desilusión subirle por dentro: le llega a la cabeza con tal intensidad que la hace sacudirse de nuevo. Recupera la respiración en busca de una respuesta, y sólo una le emerge de los labios: «Yo el lunes comienzo los procedimientos para tener un hijo».

ó —Ah. —Nick Cruickshank trata de sonreír, pero no lo logra. Tiene la cara de alguien que acaba de recibir un puñetazo en el estómago.

i. —Sí, con mi compañera. —Milena Migliari piensa que tal vez podría gustarle ver cuál es el efecto de sus palabras, si ella misma no estuviera tan increíblemente paralizada.

e

r
s

e
s
a

s
n

a
e

s

s
n
e
s
e
n

n
a
e
s:
n
s
y

z
u
s

o

sus pensamientos recuperan terreno con la misma rapidez con la que han desaparecido, la arrastran hacia ella misma, la de antes de que comenzara este abrazo. De pronto le parece estar al borde de un abismo, el vértigo la hace sacudirse. «¡Oye!». Se hace hacia atrás de pronto, golpea el muro con la espalda.

También Nick Cruickshank se hace hacia atrás, de modo ágil y ligeramente desconectado. La observa, pendiente, casi asustado.

Milena Migliari quisiera poder identificar el momento preciso en el que lo que estaba sucediendo entre ellos se volvió algo equivocado. ¿Fue la insistencia en las manos de él, la dirección que estaban destinadas a tomar tarde o temprano? ¿O la equivocación estaba con ellos desde el principio, desde que atravesaron juntos el bosque y entraron aquí?

Nick Cruickshank hace un gesto que parece incluir la estancia y todo lo que sucedió en ella, en retroceso hasta la prueba del helado, hasta cuando le abrió la puerta.

Milena Migliari se pasa una mano por la boca, la levanta hasta la nariz. Piensa que lo que sucedió es imperdonable, pero ha sido culpa de los dos en igual medida. No puede hacerse la víctima, aunque sería lo más cómodo.

Nick Cruickshank parece desolado. Con una mano señala la casa grande, el caos de preparación que la rodea. «Mañana me caso».

Milena Migliari siente la más extraña mezcla de alivio y desilusión subirle por dentro: le llega a la cabeza con tal intensidad que la hace sacudirse de nuevo. Recupera la respiración en busca de una respuesta, y sólo una le emerge de los labios: «Yo el lunes comienzo los procedimientos para tener un hijo».

—Ah. —Nick Cruickshank trata de sonreír, pero no lo logra. Tiene la cara de alguien que acaba de recibir un puñetazo en el estómago.

—Sí, con mi compañera. —Milena Migliari piensa que tal vez podría gustarle ver cuál es el efecto de sus palabras, si ella misma no estuviera tan increíblemente paralizada.

VEINTIOCHO

Nick Cruickshank observa la expresión de Milena, la chica de los helados, y es evidente que no está bromeando. Lo mira directamente, con un resplandor especial en los ojos. Busca algo extremadamente *cool* que decir, pero no se le ocurre nada.

—Ah, eso es.

—¿Eso es qué? —Milena tiene una actitud de desafío, o tal vez de defensa personal. Lo mira fijamente.

—Me refería a que..., bien. —Nick Cruickshank se da cuenta de que está desconcertado, y eso no le sucede normalmente.

—¿Bien *qué cosa*? —Milena está plantada frente a él. Sus mejillas están enrojecidas y su barbilla ligeramente levantada.

—Pues qué bien por ustedes, ¿no? —Nick Cruickshank oscila entre el mundo exterior y el beso de hace dos minutos. ¿Qué fue ese beso? ¿Un intento de evasión? ¿Un acto de desesperación? Y, sin embargo, hubo algo inesperado: le pareció como si la conociera desde quién sabe qué punto en el tiempo y el espacio, e incluso le pareció como si se reconociera a *sí mismo*, o a un parte de sí mismo que había perdido o renunciado buscar. Lo cual probablemente dice mucho sobre cómo se ha sentido en estos últimos días.

Milena sigue viéndolo fijamente. Su mirada, más que de reto o de defensa, es una mirada extremadamente atenta, que lo examina y no se contenta con lo que ve.

—¿O sea?

—Si yo fuera mujer, también preferiría estar con una mujer. —Nick Cruickshank piensa que podría haber organizado mejor la idea, pero así le salió.

—Ah, claro. —Milena mueve la cabeza y resopla por la nariz—. Como cualquier hombre que hace el jueguito de imaginarse por dos segundos que es una mujer. Es un buen viaje erótico, ¿eh?

—No, no, *no*. —Nick Cruickshank no puede creer que no sea capaz de juntar una mínima secuencia de palabras que representen de modo preciso lo que piensa.

—Entonces explícame, ¿por qué? —Milena sigue observándolo, irritada. Está casi furiosa.

—Porque *detesto* a los hombres. —Nick Cruickshank trata de canalizar toda la verdad que puede en su tono, puesto que sus instrumentos verbales están realmente incapacitados. Es como si un técnico de sonido incompetente le hubiera apagado el micrófono en medio de una canción, y él tuviera que tratar desesperadamente que lo oyeran entre las protestas del público.

—¿Por qué? —Milena está sobre él, no lo deja escabullirse.

—Por su *limitación* —responde Nick Cruickshank sin tan siquiera reflexionar—. Por lo *predicibles* que son. Por lo *feos* que son, además.

Milena hace un esfuerzo evidente por mantenerse seria, pero no lo logra. Se ríe.

Nick Cruickshank siente un alivio inesperado. Ríe también él.

—Estar en una banda de rock durante varias décadas es un buen modo de conocer el peor lado de los hombres.

—También ser una *mujer* durante algunas décadas, te lo aseguro. —Milena tiene una bonita manera de reírse, de mirarlo. Tiene un aire independiente, impaciente.

—Ya me imagino. —Nick Cruickshank piensa que sí: la situación *es* absurda si la mira con un poco de perspectiva. Pero si, al contrario, la ve desde donde está, le parece completamente natural.

Milena sacude la cabeza un poco.

—Entonces, ¿también te detestas a *ti mismo*, puesto que eres hombre?

—Sí, frecuentemente. —Nick Cruickshank se concentra en sus gestos para ver si le parece graciosa la idea, o por el contrario la encuentra trágica.

Milena también se pone seria de nuevo, pero todavía hay una luz de alegría en sus ojos.

—Bien, entonces tenemos algo en común.

—No sólo eso. —Nick Cruickshank se da cuenta de que sus sensaciones se transforman en palabras sin haber sido ante pensamientos, se saltan esa parte de la transición.

—¿No? —Milena inclina la cabeza, observándolo.

Él siente un cosquilleo en la zona del corazón. El espacio que los separa vibra con una tensión magnética que le parece que nunca ha sentido. Bueno, tal vez sintió algo así a los trece años. Aunque, ahora que lo piensa, sí la ha descrito con bastante detalle en un par de canciones.

—¿Qué otra cosa tenemos en común? —Ella aparta la mirada, mira la bolsa térmica y las tablas de madera del suelo.

—Que los dos estamos *equivocados*. —Nuevamente, no piensa antes de hablar. Los pensamientos le llegan *después* de las palabras, las siguen como pobres perros cansados, sin esperanza de alcanzarlas a tiempo.

Ella lo ve nuevamente, y ahora la luz de sus ojos se transforma en un miedo que le dilata las pupilas.

—Equivocados, ¿de qué modo?

—En que no *pertenece*mos a ningún lugar. —Él hace un movimiento semicircular: tampoco fue consciente de hacerlo—. E. que nunca nos hemos *adaptado* perfectamente, a pesar de todo.

Ella aprieta los párpados como para estar segura de que de verdad él acaba de decir eso.

Él siente que el corazón le palpita cada vez más rápido, y esto es ridículo, pensaba que ya era inmune a estos estados de manera permanente.

—Allá donde estemos, con quien estemos, sea lo que sea que hagamos, aunque lo hagamos bien. Aunque nos salga *muy* bien

—Define equivocados. —En la mirada y en la voz de ella hay una mezcla de curiosidad y desconfianza, una necesidad de respuestas desnudas, sin recubrimientos.

a —No tenemos raíces lo suficientemente largas en ningún lugar o situación. Aunque, bueno, tal vez desde afuera parezca lo contrario. —Es otra de las sensaciones que él ha descrito en un par de canciones. Pero sus canciones se limitan a *insinuar*, no explican nada con claridad. Tal vez se acercan mucho a un significado específico, pero luego se van en otras direcciones.

Ella asiente, de forma muy parecida a la suya.

—Yo casi siempre me siento como una *intrusa*.

Él está emocionado porque ambos se encuentran en la misma sintonía, y a la vez se siente asustado porque esto lo sigue tomando por sorpresa.

a —También yo.

a —Pero si tú hasta inventaste un *estilo*. —Ella no se fía de las palabras; y hace bien—. Sí, he leído en Internet que lo llaman *Cruickshank cool*.

o —Ah, cómo no. —Él sacude la cabeza. Le parece un concepto demasiado estúpido, y obviamente no lo inventó él. Se quita el saco como si pudiera quitarse de encima también la definición y las actitudes que van con la definición—. ¿Sabes qué significa Cruickshank en escocés medieval?

—No. —Ella mueve la cabeza.

r —Pierna torcida. —Él ríe. Señala sus piernas, que por fortuna están bastante derechas. A decir verdad, descubrió que es más probable que su nombre derive del río Cruick, en el antiguo condado de Kincardine, pero la primera interpretación le pareció lo más apropiada en un sentido metafórico. Y, de todos modos, sus antepasados más recientes vivían en Irlanda, y ninguno conoció los ríos escoceses.

e Ella sonrío. Hay una total honestidad en sus gestos, en sus ojos. Como ayer en la noche, cuando estaban en el círculo de los abrazadores, como cuando después del abrazo se miraron sin decir nada.

s —A mí me parece como si casi siempre estuviera interpretando el guion de *alguien más*. Y tengo miedo de que tarde o temprano me descubran.

l Él se da cuenta de que está completamente enganchado a sus palabras, a las imágenes instantáneas que crean. La idea le embriaga y lo aterroriza en la misma medida.

—Pero ¿y cuando haces tus *helados*?

e Ella se pasa una mano por la frente: tiene dedos fuertes y delicados, uñas recortadas, sin pintar, como mujer que trabaja con las manos.

—No; *mientras* los hago, no. Pero basta que me mueva del laboratorio al mostrador de la heladería para sentirme un impostora.

—Pero ¡no deberías! —Lo dice con un énfasis desesperado, porque es como si estuvieran hablando de las canciones que él aún querría escribir y de sus frustraciones, su descontento, su inspiración y su pasión.

Ella ríe de nuevo. Es sólida pero ligera al mismo tiempo, bien plantada en sus flexibles piernas. Se acerca y baja la frente.

l También él se acerca y baja la frente, y un instante después se abrazan de nuevo, con más fogosidad que antes: como si se hundieran el uno en la otra, como si el significado de la información devastadora que intercambiaron hubiera disuelto sus siluetas, además del espacio que los separaba. Se acarician el rostro, siguen con sus dedos la curva de la frente, las líneas de la nariz, de las orejas: pasan y repasan, como si estuvieran grabando unos datos que se transfieren desde la yema de los dedos a una memoria más interior, más antigua. Se hacen hacia atrás un poco y vuelven a acercarse, se besan de nuevo. Oscilan entre su naturaleza cálida y líquida, se separan unos centímetros para verse, vuelven a dibujarse el rostro con los dedos, suprimen otra vez la distancia, se besan de nuevo.

s Después las manos de él se mueven por debajo de la camiseta de ella, y las de ella debajo de su camisa, pero con una atención táctil difusa, muy distinta a la búsqueda orientada a puntos sensibles que tiene con Aileen. Es muy diferente también a todos los abrazos anteriores a Aileen, aunque en este momento no esté pensando precisamente en ello. Ahora es como si cada caricia fuera perceptible por quien acaricia y por quien es acariciado del mismo modo; como si no hubiera ninguna separación, como si las dos partes fueran parte de un todo dentro del cual se conservan polaridades opuestas. Hay un grado sorprendente de inocencia en cada gesto: falto de malicia y de intenciones extra. Y, a pesar de lo que ya saben y de lo que aún no saben uno del otro, carecen de toda prudencia: siguen activando cascadas de sensaciones, siguen dejándose llevar más allá. Se respiran en la boca, en las orejas, se mordisquean los lóbulos, se besan la punta de la nariz. Se miran separándose unos centímetros y a distancia cero, sus facciones pierden los contornos y los recuperan, los vuelven a perder.

n Es extraño, porque él está consciente de que puede estropearlo todo con un solo gesto equivocado, y aun así se deja llevar completamente por la oleada de ida y vuelta que hay entre ellos. No intenta de ninguna manera preguntarse por las razones de este abrazo, le parece que contiene *en él* todas las razones. No es un punto de partida, sino un punto de *llegada*, e incluye la sombra de un dolor generalizado que podría volverse agudo de un momento a otro, con la misma facilidad con la que sus rasgos borrosos se vuelven nítidos cuando se distancian un poco. Por más que trate de sentirse ligero, siente un peso creciente en cada intercambio, un peligro que sigue aumentando, que lo asusta y lo exalta, le aconseja detenerse y lo empuja a moverse.

e Poco después se encuentran sobre los escalones de madera de la escalera, aunque él no entiende cómo llegaron allí, ni cómo e posible que sus intenciones y sus movimientos estén tan coordinados. Lo único cierto es la necesidad irrenunciable de contact . que los atraviesa, su frenético sujetarse, la transfusión continua, el palparse, y mirarse y respirarse encima sin interrupción.

e Están a mitad de la escalera. Están en el piso de arriba, donde hace más frío a pesar de que el tubo de metal de la estufa l quema la mano cuando él se apoya sin querer. Están en medio de la habitación y siguen besándose y acariciándose. Están sobre l ocama y aún se besan, se frotan el uno contra la otra con la más extraña mezcla de urgencia y falta de prisa, una mezcla entr oprecisión y ambigüedad.

A él le llegan fragmentos de pensamientos que lo atraviesan de forma intermitente: ¿qué le gustará? ¿Qué no le gustará? ¿Ha límites? ¿Cuáles? Por suerte no tiene ningún objetivo que alcanzar. A él le parece muy bien seguir besándola y acariciándola com ahora, separándose algún centímetro de vez en cuando para distinguir sus facciones, siguiendo de nuevo las líneas de sus cejas co elos dedos, acercándose aún más. Pero entonces ella deja que una mano corra por debajo de su camisa, la pasa sobre su estómago descendiendo aún más, con ligereza y obstinación. Y hay un lenguaje en su respiración, en los movimientos de la lengua. Tan cerc como están, es casi imposible distinguir quién de los dos hace un gesto, qué gestos son el origen de qué sensaciones. La relació lentre causa y efecto parece revolverse sin cesar.

Sin embargo, en algún momento se arrancaron los últimos pedazos de tela ajustada y cosida que tenían encima. Ahora está allos dos desnudos debajo de la colcha, calientes entre las sábanas aún frías, abrazados con fuerza, pecho contra pecho, abdome acontra abdomen, pierna contra pierna. Asimismo, en algún momento también él dejó correr sus dedos por el abdomen de ella, más abajo, abajo, abajo sobre su piel lisa, hasta deslizarse al punto más caliente, que está escondido como un secreto que ambo conocen bien, hasta detenerse allí y demorarse en lo húmedo, que comienza a mojarse mientras ella lo presiona con una vibració srítmica. Igualmente, en algún momento él se pone encima de ella y la besa, y la besa de nuevo y resbala dentro de ella con infinit acautela, en una sorprendente proximidad asfixiante, y estremecedora y arrolladora, que no se agota sino, al contrario, sigu aautoalimentándose con los latidos de sus corazones. De golpe, le parece que todo lo que cuenta y tiene sentido está *aquí, ahora*: e este momento que sigue expandiéndose, en esta fusión de siluetas, en este agitado intercambio de respiraciones, este intercambi sde piel.

Logra pensar en ello sólo de forma fugaz, porque, a pesar de todas las combinaciones de cuerpos y deseos que haya podid oprobar en el pasado, no recuerda haber tenido antes esta sensación de complemento, esta naturaleza, esta armonía, est intercambio de proporciones, formas, imágenes. Y no recuerda haber tenido nada con un ser femenino del que aprende tant o pregunta por pregunta, respuesta por respuesta, en cada matiz, en cada curva, en cada pliegue. Ningún elemento de est asombroso acercamiento interpone obstáculos o levanta barreras; no hay ninguna discrepancia, ninguna discordancia. Parece u juego de niños extasiados y fuera de control, o de adultos extremadamente conscientes de la rareza milagrosa de lo que est nsucediendo, absurdamente despreocupados ante la gravedad de las consecuencias.

a

sl

e

s

a

a

u

z

n

s

a

s

n

e

e

s

r

e

a

s

a

Poco después se encuentran sobre los escalones de madera de la escalera, aunque él no entiende cómo llegaron allí, ni cómo es posible que sus intenciones y sus movimientos estén tan coordinados. Lo único cierto es la necesidad irrenunciable de contacto que los atraviesa, su frenético sujetarse, la transfusión continua, el palparse, y mirarse y respirarse encima sin interrupción.

Están a mitad de la escalera. Están en el piso de arriba, donde hace más frío a pesar de que el tubo de metal de la estufa le quema la mano cuando él se apoya sin querer. Están en medio de la habitación y siguen besándose y acariciándose. Están sobre la cama y aún se besan, se frotan el uno contra la otra con la más extraña mezcla de urgencia y falta de prisa, una mezcla entre precisión y ambigüedad.

A él le llegan fragmentos de pensamientos que lo atraviesan de forma intermitente: ¿qué le gustará? ¿Qué no le gustará? ¿Hay límites? ¿Cuáles? Por suerte no tiene ningún objetivo que alcanzar. A él le parece muy bien seguir besándola y acariciándola como ahora, separándose algún centímetro de vez en cuando para distinguir sus facciones, siguiendo de nuevo las líneas de sus cejas con los dedos, acercándose aún más. Pero entonces ella deja que una mano corra por debajo de su camisa, la pasa sobre su estómago y desciende aún más, con ligereza y obstinación. Y hay un lenguaje en su respiración, en los movimientos de la lengua. Tan cerca como están, es casi imposible distinguir quién de los dos hace un gesto, qué gestos son el origen de qué sensaciones. La relación entre causa y efecto parece revolverse sin cesar.

Sin embargo, en algún momento se arrancaron los últimos pedazos de tela ajustada y cosida que tenían encima. Ahora están los dos desnudos debajo de la colcha, calientes entre las sábanas aún frías, abrazados con fuerza, pecho contra pecho, abdomen contra abdomen, pierna contra pierna. Asimismo, en algún momento también él dejó correr sus dedos por el abdomen de ella, y más abajo, abajo, abajo sobre su piel lisa, hasta deslizarse al punto más caliente, que está escondido como un secreto que ambos conocen bien, hasta detenerse allí y demorarse en lo húmedo, que comienza a mojarse mientras ella lo presiona con una vibración rítmica. Igualmente, en algún momento él se pone encima de ella y la besa, y la besa de nuevo y resbala dentro de ella con infinita cautela, en una sorprendente proximidad asfixiante, y estremecedora y arrolladora, que no se agota sino, al contrario, sigue autoalimentándose con los latidos de sus corazones. De golpe, le parece que todo lo que cuenta y tiene sentido está *aquí, ahora*: en este momento que sigue expandiéndose, en esta fusión de siluetas, en este agitado intercambio de respiraciones, este intercambio de piel.

Logra pensar en ello sólo de forma fugaz, porque, a pesar de todas las combinaciones de cuerpos y deseos que haya podido probar en el pasado, no recuerda haber tenido antes esta sensación de complemento, esta naturaleza, esta armonía, este intercambio de proporciones, formas, imágenes. Y no recuerda haber tenido nada con un ser femenino del que aprende tanto, pregunta por pregunta, respuesta por respuesta, en cada matiz, en cada curva, en cada pliegue. Ningún elemento de este asombroso acercamiento interpone obstáculos o levanta barreras; no hay ninguna discrepancia, ninguna discordancia. Parece un juego de niños extasiados y fuera de control, o de adultos extremadamente conscientes de la rareza milagrosa de lo que está sucediendo, absurdamente despreocupados ante la gravedad de las consecuencias.

VEINTINUEVE

Una parte de ella sigue pensando en la diferencia de formas y consistencias respecto a Viviane: de peso, de proporciones, de partes anatómicas, claro. Pero estos pensamientos se minimizan cada vez más con cada movimiento y con cada respiración hasta casi disolverse en una combinación de espacios llenos y vacíos que hacen posible esta invasión física que extrañamente no le parece forma de dominio, aunque ciertamente es un modo de posesión, aunque esté fomentada y equilibrada por un involucramiento, que es a su vez una forma de posesión apropiación.

Siguen y siguen, en la fusión de gestos y miradas, en la vibración y en la fricción, en el latido veloz de sus corazones y en el flujo de la sangre, con imágenes mentales que se crean y se esfuman continuamente, preguntas que toman forma y de inmediato las pierden. En algún momento le da miedo equivocarse, que el juego de posesión pueda transformarse, a pesar de todo y de un instante a otro, en un juego de abuso. Se detiene. Y en el mismo instante él se retrae como si hubiera leído sus pensamientos: captado sus temores. Le sonrío, y hay un inimaginable poder de consuelo en su sonrisa. De nuevo le acaricia la línea de las cejas, la curva de la frente. No parece dominado por la obstinación animal que ella recuerda de los hombres con los que estuvo, no parece obsesionado por llegar a una meta. Parece perdido en ella, alrededor de ella, en su cercanía, en lo que tienen en común, en sus diferencias. Parece que podrían detenerse aquí sin dejarse arrastrar por ninguna esclavitud de instintos, sin precipitarse hacia ninguna conclusión mecánica. Ella le sonrío, le acaricia una sien sorprendentemente lisa, un hombro sorprendentemente pleno, un brazo sorprendentemente musculoso. Poco a poco se vuelve a abandonar a la corriente que la atraviesa, y siente una especie de felicidad desconocida y al mismo tiempo familiar que le sube por dentro.

Él le besa los labios con unos labios que ahora queman; le besa la frente, los ojos, la nariz, el mentón, el cuello, los senos. Le chupa un pezón con una insistencia extractora y mordisqueando como un recién nacido hambriento, lo que le manda espasmos de placer casi dolorosos a través del cuerpo. Entre ellos hay una comunicación basada en la respiración que crece y disminuye de intensidad, como un alfabeto no verbal pero completamente preciso, como una escala milimétrica en la cual se miden las reacciones de cada etapa, las repercusiones, los ecos. Él baja sus labios hacia su ombligo, le oprime con sus manos la cintura, la cadera. Hay algo tan profundamente conocido en el fondo de esta necesidad de reconocerse. ¿De dónde viene? ¿De un *antes* no identificable y a la vez tan detectable, tan extraordinariamente tangible?

Él se desliza más abajo, abajo hacia su monte de Venus, abajo entre sus muslos, con una lengua que recoge y transmite escalofríos, y le parece estar bajo la veneración estática de una divinidad femenina en la que el placer de ofrecer está a la par de lo que se recibe, e incluso ya no parece haber distinción entre el que recibe y el que da. Se trata de una corriente alterna en la que cada escalofrío de la que es provocada sube por la lengua del provocador y lo satura de un placer embriagador que va y viene. Él sigue lamiéndola, con método y con paciencia, como si pudiera seguir así para siempre. Su lengua se acelera, se ralentiza, interpreta con increíble exactitud lo que ella desea. Pasa y vuelve a pasar con la más dulce insistencia, y ella no querría hacer comparaciones: pero las comparaciones vienen solas: es mejor que con Viviane, que le había parecido mejor que los hombres con los que había estado antes. ¿Cómo es posible que le suceda algo así con un hombre, después de haber decidido durante años que los hombres y no le gustaban, que ya había terminado con ellos? ¿Después de haberse convencido profundamente de haber encontrado su centro con una mujer? ¿Habrá algo en esta diferencia de polaridad, en esta atracción magnética entre positivo y negativo? ¿En el hecho de que él es una estrella de rock, un ser que trasciende los sexos porque los atrae a ambos conscientemente? ¿Será por su evidente, profundo conocimiento de las mujeres, tal vez por su auténtico amor por el género femenino? Pero ¿qué tan auténtico puede ser el amor de un hombre, o sea, de un potencial enemigo, aunque en este caso, al menos en este momento, no parezca tener intenciones agresivas? ¿Qué pasaría una vez eliminada la agitación de lo inesperado, eliminada la sorpresa, eliminada la novedad (que, sin embargo, contiene una profunda familiaridad)? ¿Tendrá algún papel en este encuentro el peligro latente? ¿El modo en el que él sostiene sus muslos, la combinación juguetona y al mismo tiempo determinada de su esencia? ¿El dedo que le mete, muy delicadamente pero sin titubeos? ¿El modo en que lo curva y lo presiona hacia arriba mientras oprime la otra mano sobre su abdomen, justo a la misma altura, mientras su lengua sigue recogiendo y provocando sensaciones sobre el ritmo de los suspiros gemidos que ella produce sin preocuparse en lo más mínimo por las impresiones y por cómo podría ser juzgada, sin preocuparse por respirar o alzar la voz o moverse cada vez más descontroladamente? ¿Cómo es posible que esta danza ancestral sea tan fácil tan espontánea? ¿De dónde viene la idea de que todo esto sea tan *verdadero*, a diferencia de todo lo equivocado que hay en sus vidas y fuera de ellas?

Él sigue sin cansarse, sin detenerse, hasta que ella comienza a sentir que la tensión se concentra en sus pies, en sus pantorrillas y que sube hacia lo alto como una sucesión de pequeñas olas que toman fuerza paulatinamente y parece desvanecerse y desaparecer, pero se refuerzan y se atenúan de nuevo, y se vuelven más decididas hasta que se transforman en una sola onda continua que sube y sube, tal vez ya imparable, tal vez no, pero sí, sí, sí, imparable, una ola que la arrolla, y la derriba, la sacude y la hace gritar desde lo más profundo de su vientre, desde lo más profundo de su garganta, la hace apretar los muslos hasta hacerle daño, pero no puede pensar en eso porque se arquea hacia atrás y luego hacia adelante, en un oleaje tan lento y dulce que la hace sonreír sin límites, sin medida.

Así es como él regresa hacia arriba, con un largo movimiento que se desliza, piel sobre piel, calor sobre calor, sudor sobre sudor, sus ojos dentro de los ojos de ella. La mira muy de cerca, le sonrío de la misma manera en que ella lo hace. Ella entrecierra

los labios, él los entreabre; ella respira, él respira. Ya no como un espejo sino *dentro* del espejo. Él jala hacia arriba la cobija azul para cubrirla y cubrirse; la estrecha contra él, le acaricia el rostro, el cabello. Se miran, recostados de lado, siguen sonriendo, el tiempo sigue expandiéndose. Los pensamientos han despejado el terreno, las sensaciones ocuparon todo el espacio que hay. Él no parece esperar nada a cambio de lo que hizo: no manifiesta exigencias, no presiona. Parece feliz por lo que sucedió, por estar tan cerca de ella, por acariciarla despacio y sonreír.

Ella se queda inmersa durante un largo tiempo en la reverberación profunda, en el contacto ligero de sus manos; luego sigue un impulso inesperado, lo toma por el hombro y lo voltea sobre la espalda con una determinación que la asombra tanto a ella como a él. Él se resiste, pero emite un suspiro, cierra los ojos, se abandona. Ella toma una actitud que pensaba sólo le sucedía con Viviane: le sujeta las muñecas, baja con los labios sobre su cuerpo, hace más o menos lo que él le hizo a ella. Lo chupa como si pudiera tragarlo, volverlo parte de ella, anular definitivamente la separación. Esto también es muy extraño y excitante, algo muy simple pero que le activa por dentro un placer que nunca antes ha sentido, una búsqueda en el origen de lo que él siente y de lo que ella le hace sentir a ella, en el intercambio de respiraciones cada vez más agitadas, murmullos y gemidos, hasta que él se arquea hacia atrás y grita como ella gritó, vibra como ella vibró, mientras sus fluidos se mezclan y sus contornos se funden de nuevo.

Luego él la mira a través de los montes y los valles del edredón movido y revuelto.

—Vaya—. Alarga una mano, toma la suya, la levanta hacia el techo.

—Vaya. —Ella le aprieta los dedos con fuerza.

—Esto es la maravilla imperfecta. —Él sonríe de nuevo—. El grado más alto de perfección que la imperfección puede alcanzar.

—Sí. —También ella sonríe de nuevo, porque no lo puede evitar. Mientras tanto los pensamientos vuelven a ella, y la imperfección de la maravilla comienza a manifestarse como una grieta fina que va expandiéndose sobre la superficie de un bellísima copa de porcelana, delgada y frágil como una cáscara de huevo.

Nick Cruickshank se voltea a verla y, a pesar de que continúa sonriéndole, también su expresión comienza a cambiar.

—Nos hemos metido en un buen lío.

Milena Migliari asiente. También ella lo sabe.

s
a
e
s
a
o

e
o
a
e

n
s,

a
a

u
l

u
o

r
d

l
y
l

y
e

l,
s

s
n
a
y
s
e

e
e

los labios, él los entreabre; ella respira, él respira. Ya no como un espejo sino *dentro* del espejo. Él jala hacia arriba la cobija azul para cubrirla y cubrirse; la estrecha contra él, le acaricia el rostro, el cabello. Se miran, recostados de lado, siguen sonriendo, el tiempo sigue expandiéndose. Los pensamientos han despejado el terreno, las sensaciones ocuparon todo el espacio que hay. Él no parece esperar nada a cambio de lo que hizo: no manifiesta exigencias, no presiona. Parece feliz por lo que sucedió, por estar tan cerca de ella, por acariciarla despacio y sonreír.

Ella se queda inmersa durante un largo tiempo en la reverberación profunda, en el contacto ligero de sus manos; luego sigue un impulso inesperado, lo toma por el hombro y lo voltea sobre la espalda con una determinación que la asombra tanto a ella como a él. Él se resiste, pero emite un suspiro, cierra los ojos, se abandona. Ella toma una actitud que pensaba sólo le sucedía con Viviane: le sujeta las muñecas, baja con los labios sobre su cuerpo, hace más o menos lo que él le hizo a ella. Lo chupa como si pudiera tragarlo, volverlo parte de ella, anular definitivamente la separación. Esto también es muy extraño y excitante, algo muy simple pero que le activa por dentro un placer que nunca antes ha sentido, una búsqueda en el origen de lo que él siente y de lo que le hace sentir a ella, en el intercambio de respiraciones cada vez más agitadas, murmullos y gemidos, hasta que él se arquea hacia atrás y grita como ella gritó, vibra como ella vibró, mientras sus fluidos se mezclan y sus contornos se funden de nuevo.

Luego él la mira a través de los montes y los valles del edredón movido y revuelto.

—Vaya—. Alarga una mano, toma la suya, la levanta hacia el techo.

—Vaya. —Ella le aprieta los dedos con fuerza.

—Esto es la maravilla imperfecta. —Él sonríe de nuevo—. El grado más alto de perfección que la imperfección puede alcanzar.

—Sí. —También ella sonríe de nuevo, porque no lo puede evitar. Mientras tanto los pensamientos vuelven a ella, y la imperfección de la maravilla comienza a manifestarse como una grieta fina que va expandiéndose sobre la superficie de una bellísima copa de porcelana, delgada y frágil como una cáscara de huevo.

Nick Cruickshank se voltea a verla y, a pesar de que continúa sonriéndole, también su expresión comienza a cambiar.

—Nos hemos metido en un buen lío.

Milena Migliari asiente. También ella lo sabe.

TREINTA

Él se da cuenta de que usó palabras infantiles, totalmente inadecuadas, dada la situación; pero entre más inadecuadas le parecen, menos puede encontrar unas mejores. Se queda recostado de lado hacia ella, le acaricia el cabello una y otra vez. Le parece que podría continuar así indefinidamente, o estar obligado a dejar de hacerlo de un instante a otro, porque no hay una medida para lo que acaba de suceder.

No es por los actos por sí mismos ni sus consecuencias. Ha experimentado situaciones similares muchas veces, con distintos grados de convicción, al punto de haber llegado a considerarlos completamente sin sentido. Más de una vez se sintió deshonesto por haber contribuido con sus canciones a la mistificación generalizada, al fraude creado por las cadenas de consumo y por sus solidarios siervos, con su publicidad, y sus columnas de consejos del corazón, y su pornografía, y sus películas y sus libros llenos de fantasías prefabricadas. Como si el encuentro entre dos personas que se atraen fuera la *garantía* de una maravilla a la que cualquiera tiene derecho, equiparable a cualquier otro bien en el mercado, vendible y comprable al infinito. Como si la maravilla pudiera reproducirse tantas veces como las miles de personas que existen en el mundo, y no fuera una manifestación extraordinariamente rara, muy difícil de anticipar y casi imposible de preservar, un milagroso abrir y cerrar de ojos en una sucesión infinita de momentos desagradables o neutros.

¿Qué es lo que acaba de suceder aquí entonces? ¿Qué es esta fusión exaltante, esta pérdida de contornos? ¿Esta inexplicable sensación de reconocimiento y reunión? ¿Esta combinación instantánea de elementos idénticos y opuestos, esta naturaleza total justo ahora, además, en vísperas de situaciones que han sido maduradas durante largo tiempo y con gran dificultad, que han requerido la superación de resistencias y obstáculos complicados?

Él se levanta, recoge con gestos imprecisos los *boxers* y los pantalones del suelo y se los pone. Se voltea para verla, unido a ella por un largo rastro de sensaciones que aún no parecen disolverse.

Ella lo mira. Se sienta al borde de la cama, jala el edredón para cubrirse. La temperatura de la habitación parece disminuir de forma perceptible segundo a segundo, junto con la luz que entra por las ventanas.

Él quisiera decir algo, pero sabe que no encontraría las palabras precisas. Así que permanece callado. Recoge su camisa.

También ella se levanta: clara y suave en sus formas y al mismo tiempo fuerte, justo como él la veía y sentía antes, una mujer niña, una contempladora-guerrera, una mujer lunar y solar, contemporánea y antigua. También ella recoge su ropa del piso, la mira como si le sorprendieran sus formas y sus colores, su consistencia.

Él le hace una seña para decir que la dejará vestirse. Baja los escalones con pasos inciertos, le tiemblan las piernas. Mete otra leña en la estufa, sopla para darle nueva fuerza al fuego. Enciende la lámpara de aceite, se queda fascinado viendo la luz amarilla. Dilatados pensamientos le atraviesan la cabeza, lentos e inciertos. Saca del bolsillo del saco la pipa de maíz y la bolsita con marihuana de Wally, llena el hornillo, enciende, aspira.

Ella baja por las escaleras con pasos cautos, y basta verla para entender que se siente exactamente como él: apenas aterrizada no es capaz de darle nombre a las cosas.

Él le ofrece la pipa. Le parece que tiene que alargar el brazo por un espacio extraordinariamente extenso antes de alcanzarla.

Ella la voltea, se pone la boquilla en los labios, le da una fumada.

Permanecen callados, se mueven con extrema lentitud. Hay palabras suspendidas entre ellos, anticipaciones de gestos, que no llegan a manifestarse. Los únicos sonidos son el murmullo y el crujido de la estufa. A veces se pasan la pipa, fuman, retienen el humo, lo soplan despacio.

—Entonces, ¿mañana te casas? —Ella lo mira con la cabeza ligeramente inclinada.

—Parece que sí. —Se da cuenta de que está hablando de eso como si se tratara de la vida de alguien más, pero hay un mundo entero de desconcierto entre él y el evento. Le vuelve a pasar la pipa con otro gesto muy lento.

Ella asiente, pero su respuesta no le parece del todo comprensible. Le da una fumada, retiene el humo.

—Y tú, ¿vas a empezar lo del hijo con tu amiga? —Las palabras que encuentra son tan imprecisas como sus pensamientos. Si tuviera que escribir una canción en este momento, resultaría tan pobre e incoherente que daría miedo.

Ella saca el humo. «Con mi pareja». Tal vez hay una entonación interrogativa en su tono de hablar, tal vez no.

—Quería decir con tu *pareja*. —Él tiene una imagen mental completamente hipotética de su compañera: quién sabe por qué se la imagina vestida de gris, con el cabello corto y con lentes, con expresión seria, como si estuviera en espera de algo.

Ella le pasa la pipa de nuevo. «No es algo simple». Lo mira, haciendo equilibrio en la vieja silla en la que está sentada.

—¿Y ustedes?

—¿Nosotros quiénes? —Él siente una corriente fría que le atraviesa el cuerpo. O tal vez sea la habitación la que está fría, tal vez sea la estufa la que ya no está calentando. Y, sin embargo, hace poco sentía mucho calor: ambos estaban tan sudados que se les quemaba.

—Tú y tu futura esposa. —Parece que también a ella le cuesta trabajo encontrar las palabras y pronunciarlas de la manera adecuada, aunque también es verdad que no está hablando en su lengua materna, a diferencia de él—. ¿Ustedes no quieren hijos?

Él saca el humo, y mueve la cabeza.

—Ya tengo cinco, y tengo bastantes problemas con ellos.

—Pero con ella no tienes ninguno, ¿cierto? —Su curiosidad es transparente, sin juicios implícitos, tan desarmante.

—No. Es verdad. —De nuevo lo atraviesa un temblor, como si estuviera desnudo.

Ella mira la estufa. Tal vez, como él, tiene frío.

—¿Cómo se crean esas cosas? —Se le ocurre preguntar, aunque en realidad no espera una respuesta.

—¿Qué cosas? —Ella sigue pareciéndole increíblemente familiar, incluso ahora: tan simple y complicada, tan serena y tan llena de preocupaciones.

—Los vínculos permanentes entre dos personas. —Le parece escuchar su propia voz con el mismo distanciamiento que cuando la escucha de nuevo en el *mixer* después de una grabación: imprecisa, con una entonación que va y viene—. Cuando las mejores razones que las mantenían juntas se esfumaron y quedaron sólo las *peores*. Cuando las mantienen juntas la rutina, el miedo y la lástima.

Ella chupa la boquilla de la pipa, aunque ya está apagada.

—¿Tú crees en la idea de las flamas gemelas?

—¿Qué son? —Él sacude la cabeza. De pronto le da miedo estar en las tinieblas frente a alguna noción fundamental sobre el universo.

—¿Dos partes de una sola alma? —Sí, ahora oye de nuevo ese tono levemente interrogativo, como si no estuviera del todo segura de que él pueda comprenderlo—. ¿Que se separaron y pasaron a través de una larga serie de reencarnaciones para recoger experiencias, y en un cierto punto se vuelven a unir?

—Ah, ¿las almas gemelas? ¿Las dos mitades de una naranja? —Él sonríe: escribió una canción sobre esto hace cinco años: «Twin Soul Reunion». Nada mal, al borde del sentimentalismo al que se puede empujar a los Bebonkers sin provocar un amotinamiento ni una revuelta por parte de los fans.

—Y, además, cada una de las dos mitades es un alma completa, pero con una polaridad diferente. —Ahora ella es la que habla con una especie de encantadora intención didáctica, ingenua y sabia, misteriosa—. Dos opuestos complementarios que se reencuentran, se reconocen y se atraen de modo irresistible. El sol y la luna fundiéndose. El perfecto y total entendimiento que no tiene necesidad de explicaciones.

—¿No todos piensan que de eso se trata cuando se involucran con alguien? —Su honestidad lo empuja a su vez a ser honesto pero sus mismas palabras le provocan un dolor que le atraviesa el corazón y el estómago.

—Tal vez, pero casi siempre se equivocan. —Ella habla como si estuviera intentando hacer una reconstrucción lo más cuidadosa posible—. Porque el reencuentro *verdadero* entre dos flamas gemelas es muy raro.

—Y porque es desmentido muy pronto por la experiencia directa, y por el tiempo. —Nick Cruickshank no quiere ser cínico pero le parece que la búsqueda de la verdad tiene un costo.

Milena tiene una expresión que no da a entender si está desilusionada o absorta.

—No si es un *verdadero* reencuentro.

Nick Cruickshank mira hacia el otro lado. Le da miedo haber estropeado algo increíblemente precioso por su falta de sensibilidad, de paciencia.

Permanecen callados, escuchando los sonidos de la estufa.

—¿Y ahora? —Nick Cruickshank siente que la desesperación aflora en su interior, y no tiene idea de cómo detenerla.

—¿Y ahora qué? —Milena no parece haber tomado distancia, milagrosamente. Parece que de verdad quiere entender.

—Quería decir, ¿y luego? —Nick Cruickshank no sabría decir a qué luego se refiere: ¿al luego de dentro de pocos minutos o ¿dentro de algunas semanas? ¿dentro de algunos meses? ¿dentro de una decena de años? ¿Y el luego de *quién*? ¿De ellos dos? ¿De Aileen y él? ¿De ella y su compañera? ¿Un luego universal, neutral?

Milena mueve un pie, señala la bolsa térmica sobre el piso.

—¿Quieres un poco del otro helado?

—¡Sí! —El alivio que él siente es tan intenso que lo hace reaccionar con un entusiasmo no muy adulto, no adecuado, que comparte plenamente con ella, en esa zona franca que está por encima del *luego*, donde tal vez es aún posible quedarse.

Ella toma la bolsa térmica con flores amarillas, rojas y rosadas, saca la cubeta blanca, la pone en la mesa, saca una de las pequeñas cajas de cartón, y de la caja saca dos cucharitas de madera. Acerca la silla a la mesa, se sienta, mete una cucharita en la boca del *flordilatte*, se lo lleva a la boca.

Él hace lo mismo con el helado de caqui: con los mismos movimientos, a los mismos tiempos. El helado parece aún más sorprendente que antes, dulce y ácido, apenas pegajoso: una fría, deliciosa quintaesencia de lo mejor que hay para probar reconocer en el mundo.

Ella retira lentamente la cucharita de sus labios. «Es extraño, ¿no?». Señala el piso de arriba, luego la habitación en la que están ahora.

—Extraño por decir lo menos. —Él piensa que la palabra extraño no se acerca ni un poco a definir lo que sucedió, y lo que aún está sucediendo, mientras dure.

—Sí. —Ella extiende de nuevo la cucharita hasta la cubeta de helado, la mete con decisión en el anaranjado del caqui, se lo lleva a la boca. Hay una vehemente glotonería en su comportamiento: la mujer del sol y de la luna, que sigue sorprendiéndose de lo que recoge de la tierra.

Él toma una cucharadita del blanco del *flordilatte*: tan gratificante y calmante como es, con todos los vínculos de formas pensamientos que produce. La mira, y le sube por dentro el desesperado deseo de que este momento no termine.

—¿Podemos intentar detener el tiempo?

Bajo la luz de la lámpara, los ojos de ella están llenos de colores, como la primera vez que la vio, hace dos días, hace una vida.

—Sí.

Comen el helado de *flordilatte* y de aquí directamente de la cubeta, con el mismo insaciable placer, como si cada cucharadita fuera la última y la siguiente fuera la primera. Siguen y siguen, con la necesidad incontrolable de renovar el asombro y la dicha que los ha atravesado y vuelto a atravesar prolongadamente, como si el momento que los contiene pudiera no terminar nunca. Cucharadita tras cucharadita, se terminan toda la cubeta de medio kilo: de golpe se encuentran raspando el fondo como dos niños hambrientos; se miran, ríen de nuevo.

El Luego ella voltea hacia la ventana y él hace lo mismo, y se dan cuenta de que el tiempo no se detuvo: afuera está oscuro.

El

o
r

s,
n

e
e
o

,

s

,

e

?
e

e

s
o

s
y

e

e

a
e

y

—¿Podemos intentar detener el tiempo?

Bajo la luz de la lámpara, los ojos de ella están llenos de colores, como la primera vez que la vio, hace dos días, hace una vida.

—Sí.

Comen el helado de *flordilatte* y de caqui directamente de la cubeta, con el mismo insaciable placer, como si cada cucharadita fuera la última y la siguiente fuera la primera. Siguen y siguen, con la necesidad incontrolable de renovar el asombro y la dicha que los ha atravesado y vuelto a atravesar prolongadamente, como si el momento que los contiene pudiera no terminar nunca. Cucharadita tras cucharadita, se terminan toda la cubeta de medio kilo: de golpe se encuentran raspando el fondo como dos niños hambrientos; se miran, ríen de nuevo.

Luego ella voltea hacia la ventana y él hace lo mismo, y se dan cuenta de que el tiempo no se detuvo: afuera está oscuro.

TREINTA Y UNO

Cuando salen de la pequeña casa en el bosque parece ser más de noche que de tarde. Ella piensa en sacar del bolsillo su celular para ver la hora, pero cambia de idea. Él trata de cerrar la puerta y no puede, rasca con la llave buscando la cerradura. El tiempo se ha ido volando, con todo lo que contenía, y ahora son como dos sobrevivientes de un desastre natural en el que no tienen la menor idea de cuánto más pueda durar su suerte. Ella está sorprendida ante la idea de que se les haya hecho tan tarde si que se hayan dado cuenta, pero increíblemente no está ansiosa por eso: las olas que los han arrollado y sacudido les dejaron un bienestar difuso debajo de la piel, en el corazón, en el fondo del estómago, detrás de los pensamientos. Ni siquiera se sienten culpables: por mucho que intente recordar, no le viene a la mente una sola cosa sórdida o mezquina que hayan dicho o hecho, ni una sola palabra o gesto que no hayan sido hermosos. ¿Se tratará de un mecanismo de autoabsolución? ¿Estará deslindándose de su responsabilidad ante un episodio que podría tener consecuencias desastrosas?

Dudan en el claro, luego se voltean hacia la oscuridad más densa, donde está el bosque. «¿Vamos?». Parece como si se tratará de una pregunta real, como si pudieran decidir quedarse, volver adentro, bajo la protección de la pequeña casa, y esconderse allí indefinidamente. Pero él se está moviendo, y ella lo sigue con la más extraña alternancia de fluidez y apuro, la mano derecha apretada a la bolsa térmica, que contiene la cubeta vacía en la que estaba el helado, la razón o el pretexto con el que vino aquí. Él le toma la mano izquierda de un modo protector al que ella no está en absoluto acostumbrada, se la acaricia mientras camina. ¿Protector por cuanto tiempo más? ¿Diez minutos? ¿Cinco? ¿Y luego? No dicen nada, tal vez porque no saben qué decirse, tal vez porque ya se dijeron demasiado.

El bosque los envuelve con su profunda oscuridad, con sus olores a madera húmeda, a hojas descompuestas, a musgos que sienten el sendero bajo los pies, pero no lo ven. Él va adelante bastante seguro, conoce el camino. Cada tanto se detienen y se respiran de cerca, hombro con hombro, sien con sien. Siguen caminando, pero se ralentizan conforme se acercan, como para buscar extender el tiempo que les queda. Naturalmente no lo logran, el tiempo se les acaba paso a paso, poco a poco.

Aparecen delante de los árboles, y todas las luces de la gran casa están allí: más numerosas y más cercanas de cómo ella se la esperaba. Él le aprieta la mano con mayor fuerza, pero aún no dicen nada. Rodean el corral de los caballos negros, que en la oscuridad son casi invisibles, pero se les oye resoplar mientras se acercan a la cerca.

Cuando están a unos cincuenta metros de la casa, él le suelta la mano: sus dedos se resbalan, el calor del contacto se va.

Ella siente que la atraviesa un vacío. Vacila por un instante.

Él debe darse cuenta de eso, porque se detiene de nuevo y se estira para darle un beso en la sien.

Ella siente que el calor vuelve y la tranquiliza, aunque sabe que es absurdo. Sonríe entre la oscuridad y la luz. Y, justo mientras se asombra de estar tan serena, la alarma durmiente que tenía dentro se despierta y se adueña de ella: le acelera el latido del corazón, le llena la cabeza de ideas angustiosas y preguntas frenéticas. ¿Si la futura mujer de él la viera, entendería de inmediato qué sucedió entre ellos? ¿Sólo con verlos, sin necesidad de hacer conjeturas y mucho menos de preguntar nada? Y aunque ella no los vea, ¿qué harán ahora? ¿Se despedirán y adiós, cada quien por su camino? ¿Con qué consecuencias interiores? ¿Con qué dudas que no se irán nunca? ¿O tal vez lograrán olvidarse ambos de lo que sucedió, una vez disuelto el halo de sentimientos que aún los envuelve? ¿Estarán aliviados cuando esta tarde sea parte del pasado? ¿O tristes? ¿Sentirán, tal vez de vez en cuando, una pequeña punzada de sentimiento de culpa? ¿De perplejidad? ¿De nostalgia?

Ya casi llegan a la casa. A cada paso le parece que su acercamiento físico es menos sostenible y, aun así, entre la oscuridad y sus espaldas y las luces de delante, no está tan segura de qué tan cerca están realmente, porque por momentos le parece casi estar rozándolo y, en cambio, cuando se voltea se da cuenta de que hay demasiado espacio entre ellos. Pero no se trata sólo de la cuestión del acercamiento físico: las huellas de lo que sucedió, están sobre sus rostros y en su forma de moverse, por más que intenten fingir que no pasó nada. Aunque la verdad es que no lo están intentando mucho. Su estado de ánimo cambia a cada segundo, sin que uno logre prevalecer sobre el otro lo suficiente como para dominar la situación. Ahora se siente mucho peor que cuando llegó aquí con la furgoneta, y eso que entonces se sentía una ladrona. Ahora le parece que lo que sucedió fue tan mágico que valió cualquier riesgo. Ahora le parece que fue lo más estúpido del mundo. Ahora le parece la idea más ridícula del mundo. Ahora le parece que no hizo nada malo. Ahora se siente una criminal. Se voltea hacia él para decirle algo, apretarle la mano, incluso sólo para mirarlo antes de irse, pero hay un haz violento de luz blanca que los toma por sorpresa y de lleno.

—¡Es él! —Una enorme silueta negra está delante de ellos, con una linterna ultra potente en la mano.

—Sí, claro que soy yo. Bájala, que me estás lastimando los ojos. —Nick Cruickshank se protege los ojos con una mano.

La enorme silueta obedece, y ella reconoce al guardaespaldas italiano que el otro día obstaculizó su llegada. Ahora que lo ve la cara, tiene una expresión abochornada.

Un poco más lejos se encuentra la futura mujer de Nick Cruickshank, iluminada por las luces de las ventanas, de los ventanales, de los faroles bajos y de aquellos colocados en lo alto. Detrás de ella hay diversas mujeres y hombres, todos en un evidente estado de tensión.

Nick Cruickshank le hace una señal de saludo.

—Hola, Aileen. —Se escucha increíblemente ligero, increíblemente fuera de lugar. ¿Será una provocación de rockero a quien le tienen sin cuidado las convenciones, las reglas de convivencia y también los sentimientos de los demás, o es una absurda

demostración de lealtad? ¿Hacia *ella*?

Milena Migliari quisiera hacer una escena y correr a toda prisa hasta la esquina de la casa, llegar a su camioneta, subirse, arrancarla e irse a toda velocidad; pero bien sabe que sería una fuga poco digna, además de inútil, puesto que seguramente la pararían en el cancel de la entrada. En efecto, sería una fuga tan poco digna y tan inútil que de tan sólo imaginársela le da risa: Trata de contenerse, porque sabe que reír sería aún más inaceptable que el comportamiento de Nick Cruickshank, pero no lo logra: ríe.

Nick Cruickshank voltea a verla con una expresión tan graciosa que la hace reír aún más, y ríe con ella inclinándose un poco hacia delante. Trata de ponerse serio, trata de enderezarse, pero no lo logra. Se acerca, un poco risueño y un poco inclinado hacia Aileen y las demás personas.

Milena Migliari lo sigue, puesto que no le viene a la mente ninguna alternativa aceptable. Aunque continúa riéndose, siente como si tuviera pegamento en los pies, como si tuviera que arrancar el césped a cada paso para poder seguir adelante.

Se encuentran a la mitad del jardín: Nick Cruickshank, el guardaespaldas y ella por un lado, Aileen y su grupito por el otro. Un poco más lejos hay un ejército de hombres que plantan, golpean, montan, levantan arcos, agrandan galerías, agrandan cúpulas en los haces de luz.

—¿Qué es tan divertido? —Aileen hace un esfuerzo evidente por contenerse, tal vez por las dos amigas o asistentes que están a su lado, o por la demás gente que está inmediatamente detrás de ella. Pero está tensa, en un estado crítico: basta con ver su fosa nasal dilatada, sus manos, sus piernas nerviosas.

El enorme guardaespaldas apunta la linterna hacia la oscuridad a sus espaldas, quizá para asegurarse de que no haya otros intrusos listos para salir del bosque; luego hace un gesto de desentendimiento, tan avergonzado como sus demás gestos. Se dirige hacia los hombres que están trabajando más lejos.

—¿Entonces? —Nick Cruickshank mira a su futura esposa como si no estuviera del todo seguro de quién es en realidad.

—¿Se puede saber en dónde estuviste todo este tiempo? —Los dientes blancos de Aileen brillan a la luz de las lámparas, pero ciertamente no esbozan una sonrisa.

—Ah. —Nick Cruickshank se voltea; hace un gesto hacia Milena Migliari, que está a dos pasos de él—. Me ha traído algunos helados para probar.

Milena Migliari se siente en la boca del lobo, pero levanta la bolsa térmica vacía, para confirmar que al menos este detalle es auténtico, demostrable.

—¿Unos helados? —Aileen la mira como si en ese momento se diera cuenta de su presencia, cosa que claramente no es posible; o tal vez sí, quién sabe.

Milena Migliari piensa que si la atacara no sabría cómo defenderse. ¿Debería hacerse la inocente? ¿Asumir su propia responsabilidad, conservar un mínimo de dignidad? ¿Sólo un mínimo, después de haber sido descubierta así: la heladera italiana seductora y sinvergüenza que se entromete en la vida de la mujer que sólo hace dos días le salvó el día con el mejor pedido que le han hecho?

—Sí. *Fiordilatte* y caqui. Estaban extraordinariamente *buenos*. —Nick Cruickshank pone un énfasis teatral en la voz, como si convencer a Aileen del extraordinario sabor de los helados pudiera borrar cada culpa y cada sospecha, disolver toda tensión.

Aileen abre los labios con otra sonrisa que debe de costarle un inmenso esfuerzo de autocontrol.

—Me imagino, si estuviste *horas* probándolos.

—¿*Horas*? —Nick Cruickshank parece auténticamente sorprendido; se voltea para ver a Milena Migliari, como para preguntarle cuánto tiempo pasó realmente.

Milena Migliari alza los hombros: si tuviera que basarse en cómo se siente, diría que pasaron un día, una tarde y una noche enteras, o bien tan sólo unos pocos minutos, repletos de gestos y sensaciones inmensamente voluminosos.

Aileen cambia la mirada de ella a él, rastrea sus expresiones a la luz de las lámparas.

—¿Están drogados?

—*Naaah*. —Nick Cruickshank trata de ponerse serio, pero le dan ganas de reírse de nuevo: resopla por la nariz, se inclina un poco hacia delante como antes.

Milena Migliari se contagia en seguida de la risa, aunque trata desesperadamente de contenerse. Se muerde los labios, tardíamente, segundos antes de logarlo.

Aileen la excluye de su campo visual, vuelve a ver sólo a su futuro marido.

—¿Y en dónde hicieron esta prueba de drogados? Te buscamos por todos lados, dentro y fuera de la casa.

Nick Cruickshank señala hacia el bosque a sus espaldas, tal vez porque sería poco creíble sostener que venían de cualquier otra parte.

—¿En la maldita casita del bosque? —Aileen hace una de esas caras de incredulidad de comedia cinematográfica americana: con los ojos y la boca hacia un lado.

—Aquí hay toda una *fuerza de invasión*. —Nick Cruickshank señala a los hombres que siguen ocupados en todo tipo de actividades preparatorias, en el jardín iluminado que está detrás de ella.

Aileen mira hacia atrás, para comprobar que en efecto no hay forma de decir una palabra o hacer un gesto sin ser observado por docenas de personas. Trata de poner otra sonrisa, pero está tan incrédula e indignada que se le esfuma de inmediato.

—¡Aquí estamos preparando *la fiesta de nuestra boda*, Nick!

—Lo sé. —Nick Cruickshank sonríe, pero no de forma insolente ni despreocupada. A pesar de todo, parece consciente de

hecho de que en este asunto hay varios puntos de vista.

e, Aileen vuelve a ver a Milena Migliari, se le acerca a pocos centímetros.

a —¿Podría hablar contigo un minuto? ¿Dentro de la casa? —Hace un pequeño gesto nervioso: sus ojos están nerviosos, sus brazos nerviosos, sus piernas nerviosas.

o Milena Migliari se siente terriblemente incómoda, pero no sabe cómo podría negarse. Se dirige con ella hacia uno de los ventanales.

o —Oigan, esperen un minuto. —Nick Cruickshank toca a su futura esposa en el hombro—. Si tienes algo que decirle, dímelo a mí también.

Aileen se voltea, parece a duras penas estar bajo control.

e —Quisiera hablar un minuto a solas con *ella*, ¿está bien?

—No, no está para nada bien. —Nick Cruickshank sacude la cabeza.

o. —Lo mismo para ustedes. —Aileen les hace una seña a sus dos amigas o asistentes, que, en cambio, entienden inmediatamente el mensaje y se quedan justo en donde están, aunque a su pesar. Le hace un gesto de invitación a Milena Migliari casi empujándola hacia el ventanal.

n Nick Cruickshank las sigue, pero un señor hindú con barba y cabello gris en un *kurta* azul oscuro muy elegante lo toma de un brazo.

—¡Nick! ¡Te he estado buscando! ¡Debemos absolutamente hablar de mañana!

s —Hablamos después, Nishanath. ¿Okey? —Nick Cruickshank trata de librarse, pero el señor hindú no tiene ninguna intención de dejarlo ir, le aprieta ambas muñecas, lo bloquea como si tuviera que comunicarle algo de importancia vital.

Milena Migliari entra, seguida de inmediato por Aileen: es una gran sala con un techo alto con vigas blancas, llena de sofás, sillones, tapetes, cortinas, cuadros, esculturas y lámparas, un espacio cien veces más vasto y atiborrado que la casita del bosque en la que ella estaba junto a él hasta hace pocos minutos. La bolsa térmica que tiene en la mano parece acentuar lo insostenible de su posición, la pone en el piso.

s Aileen le echa un vistazo a un sofá, como si quisiera invitarla a sentarse, pero por fortuna no lo hace. La estudia de pies a cabeza, se balancea ligeramente sobre sus tobillos.

s —Milena, ¿correcto?

—Sí. —Milena Migliari a estas alturas está perpleja hasta con respecto a su nombre. Observa a su vez a Aileen: la línea de su nariz, sus ojos azules ligeramente hundidos bajo el realce de la frente, sus labios casi sin color, su delgado cuello, sus esbeltos brazos, sus largas piernas. Tiene una figura elegante y nerviosa, acelerada.

a Aileen voltea hacia los ventanales, a través de los que se ven los movimientos del jardín entre las luces, y vuelve a verla.

a —Mira, sea lo que sea que Nick y tú hicieron en la casita del bosque...

e —¿Cómo que *sea lo que sea*? —Milena Migliari no está tratando de negar nada: quisiera entender qué es lo que hicieron exactamente allá, en la casita en el bosque, si hay un nombre específico para lo que sucedió.

ii Aileen desplaza el peso sobre las piernas, inclina la cabeza.

—Oye, no es que no sepa con qué tipo de hombre me estoy casando.

—¿Y qué tipo de hombre es? —Milena Migliari piensa que sería interesante oírsele decir a ella. Tal vez esto la ayudaría en sus inútiles tentativas por descifrarlo. Se pregunta si el rastro de sensaciones y estados de ánimo que aún la envuelven son distinguibles desde afuera: si hay algo en sus ojos, en sus rasgos, en su modo de respirar.

Aileen ya ni siquiera intenta sonreír, la mira directo a los ojos.

e —Lo importante es que tú también lo sepas. Y que no te hagas quién sabe qué ideas.

Milena Migliari apenas mueve la cabeza.

—¿Qué ideas? —De nuevo, no se trata de una pregunta falsa: ¿que ideas se hizo sobre él? ¿Sobre sí misma? ¿Sobre ellos? ¿Sobre su desconcertante e inexplicable encuentro?

n —Creo que entiendes perfectamente bien a lo que me refiero. —Aileen, justo debajo de su superficie ultracivilizada, tiene una ferocidad latente, incluso con rasgos de fragilidad.

a —No, no entiendo. —Milena Migliari se da cuenta de que puede parecer o tonta o astuta, pero la verdad es que no entiende ni entiende qué hace en esta sala, no entiende qué le sigue sucediendo en el corazón y la cabeza.

—¡Está bien, entonces yo te lo explico! —El volumen de la voz de Aileen se eleva hasta volverse una explosión inesperada de volumen—. ¡Si piensas que adquiriste alguna posición con Nick porque te lo cogiste allá, en la casita en el bosque, estás muy equivocada!

—¿Alguna *posición*? —En la incompreensión general de la situación, a Milena Migliari le parece que incluso las palabras separadas se están volviendo incomprensibles, totalmente desconectadas de lo que siente.

—Disculpen, pero ¿quién se cogió a *quién*? —Hay otra voz de mujer que llega de la sala, del lado del corredor.

e Aileen voltea de golpe, Milena Migliari hace lo mismo: a un par de metros de ellas, con la bata y los pantalones blancos que se pone para hacer los masajes posturales, las mangas arremangadas, una mano en la cintura, y el rostro contraído por la tensión, se encuentra Viviane.

A Milena Migliari le parece una aparición totalmente absurda, piensa si no se trata más bien de una alucinación suya, efecto de la extrema incertidumbre sensorial en la que se encuentra; pero el corazón se le paraliza de todos modos, la sangre se le congela.

—¿Y ella quién es? —Aileen usa un el tono despectivo de alguien que se encuentra a una vagabunda loca en su casa.

—¿Quién eres *tú*? —Viviane no es de las que se deja intimidar por nadie.

s —Yo soy Aileen McCullough, y esta es *mi* casa —Aileen le replica de forma aún más brusca—. ¿Usted cómo entró aquí?

—¡Me llamaron ustedes de urgencia, por ese cerdo que se cayó del caballo! —Ahora Viviane es la que está perdiendo el control. Choca contra un sillón con forma de tobogán.

—Viviane, cálmate. —Milena Migliari lo dice solamente porque le disgusta verla tan agitada, no porque le importe guardar las apariencias.

—¡Yo no me calmo en absoluto! —Viviane está cada vez más furiosa—. Y tú ¿qué diablos haces aquí, me lo puedes explicar?

¿De qué estaba hablando esta mujer?

Milena está tan desconcertada que no sabe qué responder, lo único que se le ocurre es levantar los hombros.

Viviane se dirige a Aileen con mucha agresividad.

n —¡¿Eh?! ¡¿De qué estabas hablando?! ¡¿Quién se cogió a quién en el bosque?!

i, Aileen, al sentirse acosada de este modo, se esfuerza por recuperar la compostura, por recuperarse de la absoluta caída de buen gusto que acaba de tener.

n —Lo que estaba diciendo era entre esta señorita y yo, no entiendo cómo puede incumbirle.

—Me incumbe porque ella es mi *mujer*, ¿está bien? —Viviane le agita un dedo furiosamente cerca de la cara. Por el enojo y la agitación, le aparece un poco de espuma blanca en una esquina de la boca.

a —¿Qué diablos está diciendo? —Aileen voltea hacia Milena Migliari como para que le dé una explicación, pero obtiene un mueca de sorpresa.

s, —Yo no soy la mujer de nadie. —A Milena Migliari no le gusta nada el tono de Viviane, y aún menos su postura de apropiataria.

e —Ah, ¿no?! —De inmediato Viviane interpreta sus palabras como un distanciamiento, y se enfurece todavía más—. ¡E bueno saberlo!

a —Yo soy *yo*, ¿está bien? —Milena Migliari busca tener un tono seguro, pero se da cuenta de que ya tampoco está segura de quién es en verdad. Se da cuenta de que su voz suena desconcertada.

Aileen hace de nuevo su mirada estereotipada de incredulidad, y la acompaña con un movimiento lateral de la cabeza. Parece que está por decir algo, pero se voltea de nuevo, porque en la sala entró un hombre regordete con cabellos rubios y largos, un pelusa grisácea en el tórax, panza de bebedor de cerveza: desnudo, excepto por una pequeña toalla blanca alrededor de la cintura.

—¡Oye, tú! —El hombre grita en dirección a Viviane con una voz gutural de una potencia bastante impresionante—. ¡¿Quién es el puerco que se cayó del caballo?!

—¡El puerco eres tú, panzón holgazán! —Viviane ya está completamente al pie del cañón y no pierde ni un instante por estrengarlo con extrema violencia.

—¡Lesbiana de mierda! —El hombre le grita todavía más fuerte: las venas del cuello se le inflan, se pone rojo—. ¡Me destruiste la espalda con esas jodidas manos duras, en vez de arreglármela!

—¡No debiste tocarme el culo, asqueroso! —Viviane va directo hacia él, y le da un fuerte empujón en el pecho. Él se tambalea, se forcejea, quizá trata de tirarle un puñetazo pero se queda corto, pierde el equilibrio, se tropieza con el tapete, se agarra de ella, la narrastra hacia abajo. Caen la una sobre el otro, en un enredo de piernas y brazos.

—¡Aaay! ¡Hija de puta! —El hombre rubio grita de dolor, pero esto no le impide dar de puñetazos con la mano izquierda en la espalda de Viviane.

—¡No te muevas, idiota! —Viviane más que nada intenta detenerlo, tal vez por miedo a que se haga más daño en el hombro.

Milena Migliari se acerca a la pelea, pero no sabe por dónde comenzar a tratar de separarlos, porque siguen agarrándose como si se tratara de un partido de *rugby*.

—¡Sepárense *de inmediato*! —Aileen grita con un registro agudo, con un volumen que casi podría competir con el del rubio—. ¡No les permito que se comporten así en mi casa!

—¡Tú también eres una imbécil! —El rubio la insulta desde el piso—. ¡Maldita manipuladora!

e: —¡Eres un miserable total, Wally! —Aileen trata de alzar la voz, pero por como se debilita está claro que, a diferencia de ella no está acostumbrada a estos niveles sonoros.

e —¡Cazafortunas! ¡Falsa! —El rubio, que se llama Wally, grita con una fuerza en deterioro, de guerrero bárbaro arruinado.

y —¡Eres un vergonzoso fracaso humano! —Aileen está tan roja de la cara como él—. ¡Nick debió de haberte corrido de la banda hace al menos veinte años!

s —¡La banda es tan *mía* como suya, idiota! Soy uno de los *miembros fundadores*, ¿está claro? —Wally se incorpora para sentarse, aunque Viviane trata de sujetarlo—. ¡Y tú déjame, lesbiana de mierda!

—¡Estúpido asqueroso, quédate quieto! —Viviane lo sujeta por el brazo sano, se lo tuerce para bloquearlo.

e —¡*Aaargh!* —Wally grita de modo inarticulado, pateo salvajemente, por fortuna en vano.

e —¿Qué es este circo? —Nick Cruickshank entra a la sala seguido del señor hindú elegante, que sigue tratando de aferrarse a él, y de las dos amigas o asistentes de Aileen. Mueve la mirada de su futura esposa a Milena Migliari, a Viviane y a Wally, que están en el piso, con una especie de curiosidad de antropólogo.

e Milena Migliari al verlo siente de nuevo un absurdo alivio, aún menos justificado que antes. Le dan ganas de reír de nuevo.

l
r
?

e

a

a

e

s

e

e

a

n

a

e

l,

a

n

e

o

l,

a

a

a

á

TREINTA Y DOS

Nick Cruickshank se libera de nuevo, con algo de esfuerzo, de Nishanath Kapoor, que sigue queriéndole hablar con mística urgencia debido a su rol como oficiante de la ceremonia de mañana. «Dije que hablaremos de eso *después*, ¿está bien?!». La situación es bastante alucinante: entre Wally semidesnudo sobre el piso con una masajista que lo bloquea; Aileen asediando Milena; Tricia y Fiona, la consejera holística, empujándose hacia su jefa para ofrecerle ayuda práctica y apoyo moral.

—¡Aaay, repugnante zorra, déjame! —Wally se queja un poco, insulta un poco y trata de lanzar patadas un poco. La masajista logra sujetarlo sin gran dificultad: le bloquea el brazo izquierdo con una llave y al mismo tiempo le oprime con fuerza los dedos en el hombro derecho, no está claro si para continuar su tratamiento profesional o para infligirle dolor.

—¡Ay! ¡Desgraciada! —Wally se defiende, alterna nuevos lloriqueos con nuevos intentos para golpearla sin que se dé cuenta.

—¿Le paras, imbécil?! ¿Te vas a quedar quieto o no?! —La masajista le aprieta la llave en la articulación del brazo izquierdo como una luchadora profesional.

—¡Aaay! ¡Me lastimas, maldiiita seaaa! —Wally vuelve a hacerse la víctima, gime y pateo. Es un niño grande, cobarde llorón.

—¡Nick, diles que dejen de hacer eso de inmediato! —Aileen se le pone enfrente, tiembla literalmente de rabia y de indignación—. Es completamente inaceptable, ¿te das cuenta?!

Nick Cruickshank está por responder algo, pero de nuevo le dan ganas de reír. Tal vez es por la regresión generalizada de este día, pero la verdad es que desde que entró a la casita del bosque le parece haber dado algunos pasos atrás en su camino a la llamada madurez.

—¡Terminen con esto! ¡De inmediato! —Aileen grita con un registro que él nunca le había escuchado. Golpea los tacones como una bailarina de flamenco completamente fuera de control.

Milena parece ser la única persona reflexiva en esta sala. Mira a Aileen, a Wally y a la masajista con un sentimiento de ser ajena a todo esto, como si fuera una habitante de otras dimensiones, y todo esto le suscita una simpatía irresistible.

—¡Qué diablos está sucediendo aquí? —Kimberly llega jadeante a la sala. Sadie y Rodney están justo detrás de ella.

—¡Esta idiota me tiró al piso! —Ahora Wally parece un niño de verdad, aunque muy feo y con barba, ahí semidesnudo bloqueado en el piso.

—¡Me dijo lesbiana de mierda! —La masajista sigue inmovilizándolo, cualesquiera que sean sus razones.

—¿Lo eres o no? —Kimberly la mira con sus facciones contraídas ante la sospecha.

—¡Eso es asunto mío! —La masajista también le responde con mala actitud—. ¡Y este cerdo se me insinuó!

—¡No es verdad, Nena! ¡Ayyy! —Wally grita como si estuviera entre las manos de su verdugo.

Kimberly de inmediato se pone en su contra.

—¿Cómo se te insinuó?! ¡Dímelo!

—Eso no es verdad, ¡te lo juro! —Wally está tan enfadado que hasta podría parecer sincero si no lo conociera.

—¡Responde a mi maldita pregunta! ¿Qué insinuaciones?! —De hecho, Kimberly lo conoce demasiado bien.

—¡Esa otra pendeja cazafortunas me llamó fracaso humano! —Wally, en un intento por desviar la atención, apunta con el dedo tembloroso hacia Aileen. Ahora sólo falta que se ponga a llorar.

—Fuiste *tú* el que me dijo cosas increíblemente desagradables. —Aileen está completamente fuera de su registro habitual, lo que preocupa visiblemente a Tricia y a Fiona—. ¡Y *sigues* haciéndolo! ¡Sin una mínima decencia de huésped!

Kimberly mira a Aileen, luego mira a su marido, en el piso, como si no pudiera decidir a quien atacar. Señala a Wally probablemente debido a quién sabe cuántos episodios de infidelidad conyugal y simple sordidez sexual.

—¿Me puedes decir por qué diablos estás desnudo?!

—¡Me estaba haciendo un masaje! —grita Wally con el rostro totalmente enrojecido—. ¡Te lo juro! ¡Y además mírala, Nena!

—¡Mírate tú, asqueroso gusano! —La masajista está disgustada. Suelta el brazo de Wally y se levanta de un salto.

Kimberly se lanza sobre su marido. Con esa cabellera decolorada, su camiseta con hombreras, los *shorts* blancos hasta el nalgón por encima de las medias negras de dos tonos y sus botas hasta la rodilla, se trata de un triunfo de la vulgaridad ofensiva.

—¡Si querías un maldito masaje, me lo hubieras dicho y yo te daba el maldito masaje!

—Pero ¡me caí de ese maldito poni, te lo expliqué por teléfono! —Wally se aferra a ella para levantarse, vacila. La toalla se le cae, la levanta, pero él está demasiado agitado y la toalla es excesivamente pequeña, así que por turnos le quedan descubiertos el pene o el trasero.

Kimberly se voltea hacia Nick Cruickshank, ahora con la cara distorsionada por el instinto de protección que tiene hacia su infame marido.

—¡Nos habías dicho que esas malditas bestias eran tranquilas! ¡Incluso me habías convencido a mí de subirme, maldita sea!

—Sí, fue un trágico error de evaluación. —A Nick Cruickshank le dan ganas de reír de nuevo. No logra evitarlo.

—¿De qué diablos te ríes, idiota?! —le grita Wally como un endemoniado—. ¡Casi me rompo el hombro!

—Exactamente, casi *te* lo rompes. —Nick Cruickshank lo dice en un tono de simple constatación. La realidad es que la gran mayoría de sus sensaciones y de sus pensamientos en este momento no podrían estar más lejos de los de Wally y su caída de

caballo.

—¿Qué diablos quieres decir?! —Wally grita y mira a Kimberly en busca de apoyo—. Si eres el maldito dueño de la casa también eres el responsable, ¿o no?! —Se voltea hacia Rodney y Sadie, como para recibir también su solidaridad.

—¡Por supuesto que es el responsable! —Kimberly se une a los gritos de su marido, aunque sigue viendo con extremada desconfianza a la masajista, y lanzándole miradas de odio a Aileen—. ¡Venimos especialmente por su maldito matrimonio, y mira cómo nos tratan, tú y esa idiota!

—Los invitamos por pura *obligación*, ¡querida zorra! —replica Aileen con idéntica maldad, aunque con menos volumen—. ¡Habríamos prescindido con mucho gusto de ustedes y de su abominable ordinariéz!

—¡La zorra serás tú! —Kimberly grita y gesticula como si estuviera en el mercado, se balancea sobre los tacones de sus altas botas—. Te crees mucho porque eres hija de un jodido embajador, pero, si no enganchabas al pendejo de Nick, ¡por supuesto que no habrías podido hacer todo lo de la piel falsa!

—Mira que ser hija de un ladrón alcoholizado no te da ninguna superioridad moral, ¿sabes?! —Aileen eleva el nivel de sonido hasta casi llegar a la par de Kimberly.

—¡Mi padre no es ningún ladrón, idiota! —grita Kimberly aún más fuerte, para superarla—. ¡Si terminó en la cárcel no fue por su culpa!

—¡Claro, por supuesto! —Aileen trata de sonreír, pero en estas condiciones sólo logra una mueca—. ¡Fue víctima de una conspiración política, me imagino!

—¡Estúpidaaaa! ¡Estúpidaaaa! ¡Estúpidaaaa! —Kimberly se queda en un *loop* de indiscutible efectividad de voz: no por nada cuando conoció a Wally era corista.

—¡Para tu información, yo ya tenía una actividad muy consolidada desde mucho antes de conocer a Nick! —Aileen intenta restablecer una distancia de estilo, aunque está consciente de que ya no es fácil—. En cambio, cuando tú te enganchaste a ese vulgar imbécil, ¡sólo eras una *groupie* de pacotilla! ¡Y te atreves a decirme cazafortunas!

—¡Porque lo eres, lo eres, lo eres! —Kimberly vuelve a repetir, puesto que le sale muy bien—. Y luego le regalaste esas porquerías de tus llamadas creaciones a perros y cerdos, y a mí ni una maldita bolsa.

—¡Es porque no quería estar asociada de ningún modo con una pobre vaca indecorosa como tú! —Aileen está pálida de rabia, tiembla de nuevo de forma visible.

Aldino llega a la sala en actitud de combate, atraído por los gritos. Su expresión cambia a consternación apenas se da cuenta de que el enemigo es interno.

—¡Imbéciiiil! ¡Ya sabes por dónde me meto tus malditas bolsas! —La voz de Kimberly literalmente hace vibrar los vidrios de los ventanales—. Además, si quiero algo de piel me lo compro de *piel*, y no de tu plástico barato de tres centavos.

—¡La Anti-piel es completamente de origen *vegetal*! —Aileen casi compite con ella en términos de decibeles, pero la falta de impostación y de práctica amenaza seriamente sus cuerdas vocales—. Pero ¿está claro que alguien como tú no puede entenderlo!

—¡Lo entiende mejor que tú, idiota! —Wally interviene en defensa de su mujer, aunque no puede gesticular como quisiera por el dolor del hombro, y por miedo de que la toalla se le caiga de nuevo.

—¡Eres un retrasado mental, eres un cavernícola! —Aileen está tan perturbada que no se da cuenta de que el fotógrafo y el camarógrafo de *Star Life* entraron a la sala con su equipo profesional, acompañados y dirigidos por la jefa de redacción y por la reportera.

Nick Cruickshank se pregunta si debería avisarle, o intervenir él mismo, pero se voltea para otra parte, porque la masajista está tratando de detener a Milena de un brazo.

—¿Se puede saber qué hiciste allá en el bosque con él? —No está claro cuánto sabe, pero no la deja en paz, trata de empujarla hacia una esquina de la sala.

Milena retrocede, se libera. Es ágil y flexible, hasta en esta pelea puede mantener una encantadora gracia natural.

Nick Cruickshank tiene unas ganas enormes de acercarse, tomarla de la mano y arrastrarla afuera de aquí. Saltar sobre el primer auto y escapar lejos, pero difícilmente puede interceptar su mirada a distancia.

—¡Disculpen, ninguna foto ni filmación! —Finalmente Aileen se dio cuenta de que el fotógrafo y el camarógrafo de *Star Life* están grabando todo. Trata de detenerlos con señas muy marcadas, aunque poco precisas.

El fotógrafo y el camarógrafo siguen sin inmutarse, como si no hubieran oído nada.

Aileen se acerca a la reportera y a la jefa de redacción con pasos inconexos.

—¡Díganles ustedes que se detengan inmediatamente!

—¡Lo lamento, pero sólo están haciendo su trabajo! —La jefa de redacción, que hasta hace poco había actuado con una total cortesía falsa, ahora reacciona de forma bastante descortés.

—¡No es su trabajo! —Aileen, por su parte, también ha abandonado casi del todo su habitual elegancia—. ¡Esta es una situación *privada*!

—¡Lo lamento, pero si me lo permites yo soy la que decido cuándo lo es! —La jefa de redacción cada vez es más agresiva.

—¡No, querida mía! ¡Yo lo decido porque esta es *mi* casa, maldita sea! —Aileen está a punto de perder el control de nuevo algo que Nick Cruickshank no imaginaba que podría suceder.

Aldino se acerca al fotógrafo y al camarógrafo con la clara intención de detenerlos físicamente, pero la reportera se pone en medio.

—¡Si este hombre los toca, cancelamos el contrato y los demandamos!

—¡El contrato especifica que las situaciones privadas están excluidas de fotos y grabaciones! —Aileen trabajó durante semanas para definir cada aspecto del acuerdo. Estaba totalmente segura de no haber dejado ni el más mínimo espacio a equivocaciones o ambigüedades.

a —¡Las situaciones privadas son las que suceden en las *recámaras* y en el *baño*! —La jefa de redacción, al verse desafiada, usó un tono de verdadera hiena—. ¡Los términos son muy claros, e incluso su abogado los aprobó! ¡Y ustedes firmaron todo!

—¡No es una cuestión de qué *habitaciones*, sino de qué *sucede* en las habitaciones! —Aileen se niega a aceptar la idea de que el contrato pueda tener una falla de interpretación justo en el punto crucial—. ¡Quédate tranquila, que ahora mismo llamo a nuestro abogado, pero no hay la menor duda de que esta es una situación *privada*!

s —¡Esta es una situación totalmente *pública*! —La jefa de redacción de *Star Life* pasa a un registro de auténtica canibal—. ¡Se oían los gritos desde afuera, santo Dios!

—Entonces, ¿es el *volumen* de una conversación lo que te hace distinguir lo público de lo privado y no los *contenidos*?! ¿Te das cuenta de tu absoluto analfabetismo legal?! —Aileen también tiene un tono decididamente feroz, pero está alterada. Se volteó para ver a Nick Cruickshank, como para pedirle que inter venga.

e Nick Cruickshank alza los hombros; desde que a ella se le ocurrió la idea de *Star Life*, trató de explicarle de todas las maneras posibles que no tenían ninguna razón ni necesidad para que una revista les pagara la fiesta de su matrimonio, y mucho menos un artículo para mirones detestables. Terminó por ceder por puro cansancio, después de que ella le repitió con una convicción inquebrantable que una cobertura controlada sería infinitamente mejor que las inevitables infiltraciones sin control de los *apaparazzi*, además de que podría servir a la causa de la Anti-piel y revivir la imagen de los Bebonkers. En otras palabras: vendieron conscientemente su vida privada al mercado de las vacas grandes y ahora es totalmente inútil lamentarse.

a —Disculpa, Nick, ¿me puedes explicar cuándo demonios encontraremos tiempo para las pruebas del concierto del domingo? —Rodney no podría haber escogido peor momento para presentar sus exigencias ni un tono más petulante.

Nick Cruickshank abre los brazos: el domingo le parece tan infinitamente remoto.

s —No lo sé, pregúntaselo a Baz.

e —¡Te lo estoy preguntando a ti ahora! —Rodney se calla de pronto, lo que demuestra que ya estaba disgustado desde antes—. Porque, después de la fiesta de mañana, la mitad de la banda no estará en las mejores condiciones, e imagínate además si poder hacer una prueba decente.

a Nick Cruickshank lo observa, y no puede entender cómo escribió docenas de canciones (para los tres primeros álbumes: luego cada quien escribió las suyas, aunque continuaron firmándolas juntos) y tocó en miles de conciertos durante decenas de años con alguien que le cae tan mal.

—¿No decidimos juntos todo lo del concierto del domingo?

e —Sí, pero hasta la semana pasada a nadie se le ocurrió decirme que el día anterior era tu boda. —También Rodney tiene muchas razones para guardar rencor, empezando por el hecho de que los fans lo consideran un guitarrista fenomenal, pero no el *alma* del grupo. A nadie se le ha ocurrido hablar de «Ains-worth Cool», por ejemplo. Esto es culpa suya, naturalmente: por su pedantería por su obsesión con la técnica, por el modo en que comenzó a centrarse cada vez más en sus virtuosas actuaciones de solista, por lo que se le hace difícil entender.

a —No te lo dijimos antes para mantener un mínimo de *privacidad*, ¿okay? —Aileen le responde con voz ronca. Como siempre ha dividido su atención en diversos canales simultáneamente, bien hecho.

a —¡Cuál privacidad, con *Star Life* de por medio! —Sadie señala al camarógrafo y al fotógrafo, que siguen grabando cada diálogo con la reportera y la jefa de redacción justo detrás.

a —¡Dicho por alguien que no pondría nunca en riesgo y jamás sacaría a la luz su vida y la de sus seres queridos! —Aileen no puede sufrir otro ataque respecto a este tema.

—¿Es decir?! —A diferencia de Aileen, Sadie aún tiene grandes reservas vocales a su disposición, y no tiene intención de escatimarlas—. ¡Ahora me lo explicas! ¿Qué quieres decir?!

—¡Todd también dice que no podemos tocar si no hay tiempo para los ensayos! —Rodney, aunque obsesivo y neurótico, continúa sin agitarse, y señala con el mentón al centro de la sala.

Todd está allí, quién sabe cuándo llegó. Mira a Wally, semidesnudo y un poco inclinado de lado, con las manos bien agarradas a una toalla demasiado pequeña.

—¿Cómo estás?

—Estoy estupendamente, ¿no lo ves, tarado?! —lo insulta Wally, pese a que Todd es el único Bebonker con el que ha mantenido relaciones casi amigables (lo que pasa es que es difícil pelar con Todd).

Todd, para no desmentir su carácter equilibrado, se voltea hacia Rodney.

a —¿Y el domingo quién tocará el bajo?

Rodney voltea a ver a Nick Cruickshank de inmediato, como esperando su respuesta.

—¿Dime a qué te referías?! Eh, ¡dímelo! —Mientras tanto, Sadie sigue gritándole a Aileen.

), —¡No tengo por qué decirte nada! —Aileen descarga todo su desprecio con lo que le queda de voz—. ¡Basta con meterte en cualquier sitio de chismes para encontrar una docena de fotos con tus tetas y tu culo de fuera, al borde de cualquier piscina, con tu marido e hijos a pocos pasos!

—¡Al menos yo me lo puedo permitir! —Sadie le responde de forma agresiva pero sin ninguna disonancia—. ¡Tú, en cambio no, por lo anoréxica que estás!

e —¡Qué desagradable eres! ¡Qué desagradable eres! ¡Qué desagradable eres! —También Aileen cae en un *loop*, sin darse cuenta de que no tiene la más mínima oportunidad de competir con una profesional en ese terreno.

Nick Cruickshank está asombrado por lo poco que le importa la gente que se agita y grita en la sala de la que debería ser su casa. La única persona que le importa es Milena: cada vez que la mira le parece ver a su alrededor un aura de pensamientos, gestos, palabras suspendidas, y a la espera de salir. Pero cada vez que trata de acercarse, ella se desplaza para evitar a la masajista, o ha alguien más que se entromete entre ellos. Si estuviera más lúcido, sin duda lograría alcanzarla, pero no está para nada lúcido.

a —¿A qué te refieres con que quién va a tocar el bajo?! —Ante la sola idea de estar excluido, Wally vuelve a gritar peor que antes.

e —Y tú ¿me puedes explicar cuál era tu plan? —Aileen abandona a Sadie y vuelve a asediar a Milena a media voz, como para no dejarse escuchar por los demás, incluidos los de *Star Life*.

e Milena la mira: está claro que no entiende la pregunta, ni las razones detrás de la pregunta.

a Aileen voltea hacia Nick Cruickshank con el rostro alterado y el cabello increíblemente despeinado.

—Entonces, ¿tú me lo vas a explicar, Nick? ¿Cuál era tu plan?

s —No había ningún plan. —Nick Cruickshank mueve la cabeza, y al menos en esto parece ser totalmente sincero—. Sólo *asucedí*.

n —¡Ah, claro! —Aileen da una especie de salto nervioso—. ¡Siguieron su instinto, por supuesto! ¡¿No es algo maravilloso?!

s —¡Para el bajo podemos llamar a quien sea! ¡Ese es el último de nuestros problemas! —Rodney nunca ha querido a Wally: pero en los últimos años ha desarrollado auténticos instintos homicidas hacia él.

Todd asiente, con sus rizos un poco estropeados.

? —Podemos decirle a Jack, o a Tim.

—O a Ronan. —Nick Cruickshank dice este nombre, pero sólo como reflejo automático.

—¡Lo siento, pero estábamos hablando de otra cosa, me parece! —Aileen lo toma del brazo, su voz está tan consumida que hasta molesta en los tímpanos—. ¿Podrías olvidarte de tus estupideces de la banda por el momento?

s —Bueno, en realidad no son estupideces, Aileen. —Todd interviene, de modo ecuánime—. Sin el bajo no podemos hacer el concierto del domingo.

—¡El bajo es el último de nuestros problemas respecto a no poder hacer un ensayo serio! —Rodney también tiene razón, porque es verdad que los tiempos están demasiado comprometidos y que después de la fiesta estarán en las peores condiciones para tocar, pero esto no hace que esté menos molesto. Por otro lado, siempre ha sido así, incluso cuando era todavía un aspirante a guitarrista solista maniático y que pasaba los días desgastándose los dedos. Tuvo un breve periodo de gloria creativa en los primeros dos años de los Bebonkers, luego le volvió la obsesión y lo dejó.

il Nick Cruickshank no logra reducir su indiferencia ni un poco. A decir verdad, ni siquiera lo intenta, sigue a Milena con la mirada.

a, —¡O yo toco el bajo, o los Bebonkers no tocan! ¡¿Está claro?! —La voz de Wally suena ronca, gesticula con el brazo sano, se cae de nuevo la toalla, la recupera con dificultad, empuja de mal modo a Kimberly, que trata de cubrirlo.

—¡No es nuestra culpa que te hicieras eso, torpe! —Rodney le descarga parte del rencor acumulado durante décadas: cuestiones básicas llevadas hasta el sufrimiento, infinitas horas de espera para que despertara el dormilón, competencia continuas para ponerse en primer plano.

a —¡Hijo de puta! —Wally toma un pato de cerámica de Walt Kottke de una mesita y se lo avienta con la mano izquierda. Obviamente falla, la toalla se le cae de nuevo, el pato se estrella contra el horrendo cono de bronce de Stephan Muchensky que Aileen compró en Christie's por una cifra que es mejor no recordar: se hace mil pedazos. Wally se voltea de nuevo hacia el camarógrafo de *Star Life*, que también grabó este episodio, y trata de arrancarle la cámara. El camarógrafo se hace para atrás sin dejar de grabar, y su colega fotógrafo aprovecha para tomar segundo a segundo una secuencia del atrevido intento de agresión.

Wally grita, gruñe, pateo, gira el brazo sano: no se da cuenta, pero esto es una especie de *replay* patético de cuando los cuatro, juntos destrozaban las suites de los hoteles por el simple gusto de hacerlo, porque no tenían nada mejor que hacer, porque en el fondo era lo que se esperaba de ellos.

n Todd mueve la cabeza con esa maldita serenidad que con el tiempo se volvió parte de su actuación, como el comportamiento de los demás.

—Por cierto que, tan pronto supe que la boda sería antes del concierto, dije que no me convenía.

a —Ni siquiera a mí me convenía, si quieres saberlo. —Nick Cruickshank mira hacia el lugar donde estaba Milena hace dos minutos, y no la ve. Una sensación de desolación pura le sube por dentro, incontenible.

—Ah, ¡¿sí?! —El tono y la forma de hablar de Aileen, algo en lo que ella ha trabajado por largo tiempo con tanta atención e inteligencia, se deterioraron de forma impresionante—. ¡Pudiste habérmelo dicho! ¡Yo no te obligué! ¡Eres completamente desleal!

—Pues no. —Nick Cruickshank piensa que también él tiene los medios vocales para gritar muy fuerte, pero está demasiado desolado, experimenta una sensación de extrañeza excesivamente intensa—. Pero la presión de tus *expectativas* es peor que una obligación.

—Entonces, ¡encuétrate una mujer que *no tenga* expectativas, y que no tenga las *cualidades* que te permiten tener expectativas, y luego me dices cómo te va! —Parece que a Aileen ya no le importa ser grabada por el camarógrafo y por el fotógrafo de *Star Life*. Incluso parece que está volteando hacia sus objetivos—. ¡A menos que prefieras escaparte de nuevo en es

amaldito planeador!

—No, si no es para escapar, es para *volar*. —Pero Nick Cruickshank se pregunta si hay alguna diferencia, puesto que en la realidad volar un planeador no es algo leve y poético como se cuenta, o como puede parecer desde afuera: es un asunto mecánicamente complejo que dista mucho de ser natural, lo pudo constatar ayer. Y, de cualquier modo, cada vuelo, incluso si no termina en un accidente, se concluye inevitablemente con un regreso a la tierra; ni siquiera la mejor combinación de vientos ascendentes puede mantenerte en el aire para siempre.

—Disculpen, pero esos son problemas de ustedes, ¡resuélvánlos entre ustedes dos! —grita Rodney en el registro de asno que la mitad de los fans de los Bebonkers parecen apreciar, tal vez por la simple razón de que lo han escuchado desde hace mucho tiempo—. ¡Yo quiero una respuesta inmediata para el bajo y los ensayos, de lo contrario no cuentan conmigo para el concierto!

—He aquí un ejemplo de admirable lealtad. —Nick Cruickshank no puede contenerse y le hace una reverencia ficticia ondeando el sombrero, aunque está consciente de que esto empeora la situación.

—¡Tú eres el que mezcló sus asuntos personales con los de la banda, como siempre! —Rodney rebuzna como asno con vehemencia, sólo falta que se ponga a mover las orejas.

—¡Sí, tu fuiste el que creó esta situación! —Sadie lo apoya de inmediato, con una perfecta mezcla de malicia y estupidez.

—Pero la situación se creó *por sí sola*, creo. Como toda situación ¿no? —Nick Cruickshank se pregunta si esto será cierto, en el caso de esta, y de la otra situación en la que está pensando.

—¡La situación la creaste tú, estúpido! —Wally tiene un arrebato de furia: escupe saliva, se voltea hacia Rodney y Todd como si quisiera agredirlos—. ¡Y también ustedes dos, que son una mierda por decir que el bajo es el último de los problemas!

—¡Si se trata de sustituirte, quería decir! —Rodney levanta la voz, algo raro en él. También entre Wally y él los rencores tienen un origen lejano, aunque nunca hayan salido a la luz—. ¡En el sentido de que *cualquiera* estaría mejor que tú, humana técnicamente!

—¡Eres una mierda, Mister Manos Veloces de mierda! ¡Tus entradas solistas son tan poco excitantes como un jodido video de porno japonés, pero ni siquiera te das cuenta porque te crees el Dios de la guitarra! —Wally grita como una bestia, babea y se agesticula; la toalla va y viene—. ¡Si el domingo tan sólo piensan en subir a ese maldito escenario sin mí, les voy a disparar! ¡Ni hablo por hablar, agarraré un fusil y les dispararé!

—Lo cual sería bastante apropiado en un concierto benéfico para las víctimas de un acto terrorista. —De nuevo, Nick Cruickshank no puede contenerse.

—¡Por mí podemos cancelar lo del domingo! —Rodney no se desvía de su línea, rebuznando como nunca—. ¡Sin ensayo como se debe y sin una garantía en el bajo, yo me regreso a la costa!

—El domingo me harán el sacrosanto favor de cumplir con los compromisos que hice con los patrocinadores, las televisiones, la radio, y los alcaldes de cuatro municipios! —Baz Bennett también llegó a la sala, e inmediatamente asumió la actitud de un maestro de escuela y mitad narcotraficante de alto nivel con la que ha logrado tenerlos juntos hasta ahora—. ¡Estoy hablando de dinero ya invertido, que no tiene nada que ver con entradas que destinar a la beneficencia! ¡Y si no les importa el dinero, traten de tener un mínimo de respeto para sus fans! ¡Y para quien trabaja para ustedes!

—¡Sí, y de un modo tan desinteresado! —Rodney inmediatamente habla en su contra, con el enojo acumulado de miles de horas de viaje hacia destinos de los cuales no recuerda siquiera el nombre, conferencias de prensa en las que no hay nada que decir, reuniones extenuantes con funcionarios de casas discográficas que no tienen idea de qué es el rock, arreglos hechos y cancelados por satisfacer al mercado, discusiones delante del *mixer* mientras afuera amanece—. ¡Trata por lo menos de no fastidiar hasta el día de la pensión, Baz!

—¡Me gustaría tanto poder hacerlo, querido Rod! —Baz habla un poco más fuerte de lo normal, pero en su voz hay un corrimiento de varios miles de volts—. ¡Pero tengo miedo de que en algunos meses tenga que ir a llevarles flores a la tumba de los Bebonkers!

—¡Ah, ah, ah, qué divertido, de verdad! —Rodney voltea a su alrededor, hace gestos con los brazos en alto, como para animar a un público que no existe.

—No creo que te divertirías tanto, querido Rod. —El sarcasmo habitual de Baz ahora tiene una sombra más siniestra de lo normal—. Tener que vender tu hermoso velero para pagar los gastos de la casa de Santa Mónica, y luego tener que vender la casa de Santa Mónica para pagar los gastos de la de las Highlands, ¡y así sucesivamente hasta encontrarte de nuevo sin dinero!

—¡Mira que sin nosotros ni siquiera tú te la pasarías bien, Baz! —Rodney lo ataca con más coraje por haberle mencionado esas propiedades.

—¡Sin nosotros serías el *manager* de cualquier grupo fracasado de salón de baile! —Wally lo atropella de manera incoherente, pese a que Kimberly está aferrada a él—. ¡Sin nosotros estarías recogiendo moneditas con un sombrero!

—¡Tú deberías hacerme una pequeña llamada por teléfono de agradecimiento cada sacrosanta mañana, querido Wally! —Baz levanta un poco más el volumen, aunque se mantiene muy por debajo del nivel de los demás.

—Ah, ¿sí?! ¡¿Y por qué diablos debería hacerlo?! —Wally trata de liberarse de las manos de Kimberly, pero ella no lo deja.

—No lo sé, ¿por haber logrado que no fueras a la cárcel, entre otras cosas? —Sí, en la voz de Baz hay un voltaje letal.

—¿Qué diablos dices?! ¡¿De qué fregados hablas?! —Wally ladra, ruge, escupe.

—Olvidémoslo, ¡¿está bien?! —Baz tiene un tono decidido de chantaje, lo que encaja por completo en sus métodos habituales.

—¡No olvido nada, puta madre, al contrario! —Wally ya parece una víctima de una crisis de convulsiones—. ¿A qué diablos

te refieres? ¡Dímelo!

n —No creo que sea el mejor momento, delante de tu señora, ¡¿está bien?! —Baz se lleva el índice a la boca y la nariz al má
opuro estilo mafioso.

o —¿La historia de la menor de edad de Río? —Por increíble que pueda parecer, con el contagio general Todd también
sabandona su proverbial discreción junto con su proverbial calma.

—¿Cuál menor de edad de Río?! —Kimberly mira a Wally como si quisiera despedazarlo con las uñas y con los dientes
eluego mira a Todd—. ¿Cuál menor de edad de Río?! —

o —No le harás caso, ¡¿verdad, Nena?! ¡Ese pendejo sólo quiere arruinarme! —Wally ya no intenta detenerse la toalla. De u
mueble toma una bailarina de Lucien Lunot y se la avienta a Todd.

a Todd se hace a un lado, pero la bailarina le pega a un lado del cuello. Debe de dolerle mucho porque lanza un grito terrible.

—¡Esa es una pieza única de Lunot! ¡Vale trescientas mil libras esterlinas! —Aileen emite un grito casi igualment
ndesgarrador. Corre para recuperar la bailarina, le da de vueltas en las manos para verificar los daños.

—¡Te voy a demandar! —Todd está doblado en dos, presionándose el cuello con una mano—. ¡Maniaco, psicópata!

—¡Y yo te voy a matar, Judas de mierda! —Wally nuevamente está desnudo, rosado y peludo como un cerdo. Trata d
naventársele encima.

—¡No, antes te mato yo, maldito puerco! —Kimberly le jala el cabello, le araña la cara, se le monta en la espalda en un
oespecie de rodeo sin sentido. Los dos producen gritos terribles, dan de vueltas, terminan por chocar contra un sillón de L
Corbusier.

s —*Assez!* —La señora Jeanne llega en medio de la pelea, furiosa como nunca la ha visto Nick Cruickshank—. *Vous agisse
y comme des enfants! Comme des barbares! Celle-ci est la maison d'un poète! Ayez un peu de respect! Si vous ne savez pas vous tenir, j
vous mets tous à la porte!*

o Todos se callan de un momento a otro, como si realmente fueran un grupo de niños o de bárbaros interrumpidos po
a, alguien de moral superior. En el silencio repentino, se oye el jadeo de Wally y de Kimberly, y los disparos de la cámara fotográfica
oluego ni siquiera eso.

Nick Cruickshank se acerca la señora Jeanne, un poco a disgusto, pues también se siente parte de la pandilla, y le pone un
kmano en el brazo.

—*Merci, Madame Jeanne.*

s Ella lo mira: severa, protectora, irónica.

—*Tu devrais mieux choisir tes amis, Nick. Et tes femmes.*

s, —*C'est vrai.* —Nick Cruickshank asiente, sale de la sala, se escabulle hasta el corredor, va hasta la puerta de ingreso, la abri
dEn la parte trasera de la casa el aire está frío y húmedo, está subiendo una neblina como la de anoche. La furgoneta anaranjada d
eMilena ya no está. Habrán pasado decenas de minutos desde que se fue de este circo, seguida de su compañera y futura madre d
esu hijo.

e

e

y

o

a

s

r

o

a

o

a

—

s

s

te refieres? ¡Dímelo!

—No creo que sea el mejor momento, delante de tu señora, ¿está bien?! —Baz se lleva el índice a la boca y la nariz al más puro estilo mafioso.

—¿La historia de la menor de edad de Río? —Por increíble que pueda parecer, con el contagio general Todd también abandona su proverbial discreción junto con su proverbial calma.

—¿Cuál menor de edad de Río?! —Kimberly mira a Wally como si quisiera despedazarlo con las uñas y con los dientes, luego mira a Todd—. ¿Cuál menor de edad de Río?! —

—No le harás caso, ¿verdad, Nena?! ¡Ese pendejo sólo quiere arruinarme! —Wally ya no intenta detenerse la toalla. De un mueble toma una bailarina de Lucien Lunot y se la avienta a Todd.

Todd se hace a un lado, pero la bailarina le pega a un lado del cuello. Debe de dolerle mucho porque lanza un grito terrible.

—¡Esa es una pieza única de Lunot! ¡Vale trescientas mil libras esterlinas! —Aileen emite un grito casi igualmente desgarrador. Corre para recuperar la bailarina, le da de vueltas en las manos para verificar los daños.

—¡Te voy a demandar! —Todd está doblado en dos, presionándose el cuello con una mano—. ¡Maniaco, psicópata!

—¡Y yo te voy a matar, Judas de mierda! —Wally nuevamente está desnudo, rosado y peludo como un cerdo. Trata de aventársele encima.

—¡No, antes te mato yo, maldito puerco! —Kimberly le jala el cabello, le araña la cara, se le monta en la espalda en una especie de rodeo sin sentido. Los dos producen gritos terribles, dan de vueltas, terminan por chocar contra un sillón de Le Corbusier.

—*Assez!* —La señora Jeanne llega en medio de la pelea, furiosa como nunca la ha visto Nick Cruickshank—. *Vous agissez comme des enfants! Comme des barbares! Celle-ci est la maison d'un poète! Ayez un peu de respect! Si vous ne savez pas vous tenir, je vous mets tous à la porte!*

Todos se callan de un momento a otro, como si realmente fueran un grupo de niños o de bárbaros interrumpidos por alguien de moral superior. En el silencio repentino, se oye el jadeo de Wally y de Kimberly, y los disparos de la cámara fotográfica, luego ni siquiera eso.

Nick Cruickshank se acerca la señora Jeanne, un poco a disgusto, pues también se siente parte de la pandilla, y le pone una mano en el brazo.

—*Merci, Madame Jeanne.*

Ella lo mira: severa, protectora, irónica.

—*Tu devrais mieux choisir tes amis, Nick. Et tes femmes.*

—*C'est vrai.* —Nick Cruickshank asiente, sale de la sala, se escabulle hasta el corredor, va hasta la puerta de ingreso, la abre. En la parte trasera de la casa el aire está frío y húmedo, está subiendo una neblina como la de anoche. La furgoneta anaranjada de Milena ya no está. Habrán pasado decenas de minutos desde que se fue de este circo, seguida de su compañera y futura madre de su hijo.

SÁBADO

SÁBADO

TREINTA Y TRES

Milena Migliari da vueltas una y otra vez entre las colchas, después de horas de palabras y llantos con Viviane en la cocina, en la planta baja, en la pequeña sala, en el primer piso y en el estudio, en lo alto de las escaleras, y luego en la recámara, en el piso de más abajo y luego de nuevo abajo en la cocina y de nuevo en la recámara. Ahora son las seis de la mañana; Viviane se durmió por el agotamiento y, después de haber tomado un Xanax, ronca de forma regular con la cabeza dentro de las colchas. Ella, en cambio sigue dando vueltas sin tregua: de lado, sobre la espalda, del otro lado, bocabajo, de nuevo de lado. Encoge una rodilla, alarga un brazo, dobla mal una mano, pateo, oprime la cara contra la almohada: no sabe qué hacer, no hay forma de que se quede dormida. Los ojos le queman por todas las lágrimas derramadas, la garganta le duele por los sollozos, sus cuerdas vocales están cansada por los intentos inútiles de reconstruir y explicar, por todas las vueltas hacia atrás y los saltos hacia adelante. Tiene los nervios agotados por el sonido de sus propias palabras, por la intención con que las dijo, por las sensaciones que intentaban traducir por las reacciones que provocaron.

El colmo es que está totalmente *de acuerdo* con Viviane: con su asombro, y su indignación y su coraje frente a una traición que va más allá de las más desagradables traiciones convencionales, porque su historia no es una historia normal, porque ha tenido que conquistarla y defenderla paso a paso, día a día. Está tan de acuerdo que ni siquiera intentó negar ni por un instante lo que sucedió, ni trató de ninguna manera de disminuir la gravedad o la extensión de las consecuencias. Ni siquiera supo explicarlo ni justificarlo; no pudo decir que fue un error casuado por un momento de confusión, que cedió ante un juego estúpido o que se trató de una pérdida temporal de lucidez. Ni dijo que si pudiera regresar atrás no lo haría de nuevo, ni que a partir de ese momento tratará de todas las maneras posibles de olvidarse para siempre de lo que sucedió. En el fondo, esto es lo único que Viviane le pedía después de acalorarse y desesperarse. Incluso hoy le bastaría con una confirmación de su presente juntas, una declaración de intenciones para su futuro. Debajo de su dura coraza nunca fue una mujer rencorosa, y en estos años le ha dado mil pruebas de generosidad y comprensión, además de solidez de carácter y confianza práctica. Haría todo para cerrar este episodio y ver hacia adelante si ella pudiera darle seguridad. Lo que le desespera es que no pudo hacerlo, sólo pudo repetirle que tiene toda la razón, que lamenta mucho hacerla sentir mal.

Viviane le respondió que no le interesa que le dé la razón, y que el que lo lamenta no la consuela en lo más mínimo ni le sirve en absoluto a su relación. Le dijo que al menos tiene el deber de ayudarla a entender por qué se dejó envolver así por un encuentro con alguien a quien ni siquiera reconoció cuando lo vio por primera vez. Por qué quiso echar por la borda su pacto de solidaridad, su lucha por afirmar su derecho a estar juntas, por dar la cara a los prejuicios de sus respectivas familias y a los habitantes de Seillans y al resto del mundo.

Pero ella no pudo ayudarla a entender nada. Sólo fue capaz de decir «No lo sé, no lo sé, no lo sé», mil veces, entre lágrimas y sollozos, sintiéndose la persona más mezquina y desleal que puede existir.

En ausencia de sus explicaciones, Viviane incluso le sugirió algunas: el estrés de estar por embarcarse en la empresa de tener un hijo, el empobrecimiento de su vida sexual debido al cansancio y a las preocupaciones prácticas, la fascinación por estar con una celebridad, la habilidad de un mujeriego profesional, el deseo de experimentar por una última vez cómo era hacer el amor con un hombre.

Ella no pudo confirmar ninguna de estas hipótesis ofrecidas con tanto trabajo y disgusto, y siguió dándole vueltas a la frustración dolorosa de lo no explicable y de lo no explicado.

—Yo no soy tu prevaricador —le dijo Viviane en cierto momento, cuando ya habían llegado a un punto extremo de cansancio—. No soy tu limitador de sueños. No soy tu impostora de funciones. No soy un maldito *hombre*.

Milena Migliari le repitió cuatro o cinco veces, de nuevo entre lágrimas y sollozos, que no había pensado que lo fuera. Y, así, sobre este punto no fue del todo sincera, porque le parecía demasiado desleal decírselo justo ahora, después de haber tenido años enteros para hacerlo: en realidad Viviane *se volvió* un poco un prevaricador. *La limitó* un poco, *la empujó* un poco a una función. Tal vez para protegerla, tal vez para ayudarla, tal vez para tener certezas, tal vez por la necesidad de control que deriva de la inseguridad. Pero ella se dejó; no protestó, no defendió un perímetro intransitable. Por flojera, por cobardía, porque no tenía ganas de afrontar la situación, porque esperaba que las cosas mejoraran solas. ¿Después de esta traición, qué actitud tomar Viviane, si logran seguir juntas? ¿Más ligera, más libre, le tendrá más confianza, será más respetuosa ante su autonomía? No: la confianza ya se fue, la sospecha se propagó en cada rincón de sus pensamientos, no se irá nunca. Seguirán como les sucede a la parejas dañadas, con una sombra dolorosa detrás de cada sonrisa, una sombra de rencor lista para emerger de nuevo ante el más mínimo estímulo.

¿Y cómo diablos podrá justificarse consigo misma? ¿Se contará que fue un resbalón debido a la preocupación por un compromiso a corto, medio y muy largo plazo que está por asumir con Viviane? ¿Podrá considerarlo un accidente, el equivalente moral de resbalarse en el baño y romperse un par de costillas? ¿Es imaginable que pueda no sentirse permanentemente culpable después de un episodio de ese tipo? ¿Que pueda verlo como el sabotaje de una entera elección de vida? ¿Podrá archivarlo como un episodio secreto, tal vez para traerlo a la mente de vez en cuando, con una mezcla de asombro y nostalgia? ¿Es así como convive con sus propias traiciones el que traiciona?

Por otro lado, de forma puramente hipotética: ¿qué futuro podría tener lo que sucedió con Nick Cruickshank? La avergüenz incluso el sólo pensarlo; se siente ridícula, patética. Sí, en esa casita en el bosque se desencadenó entre ellos una atracción mu profunda e incontenible, la desbordó sin dejarle el mínimo tiempo para razonar. Los ecos la atraviesan aun ahora: l amplificación extrema de señales, la exaltación de impulsos, la activación arrasadora de flujos. Nunca le había sucedido algo as con un hombre, ni siquiera cuando todavía pensaba que le gustaban los hombres, mucho menos podría habérselo imaginad ahora. Nunca le había sucedido ni siquiera con Viviane, ni siquiera en los inicios más apasionados de su historia. Nunca habí pensado poder comunicarse con una facilidad tan impactante con alguien que debería pertenecer al terreno adversario; sentirs tan anticipada en los deseos no confesados, tan solicitada en las peticiones no declaradas, tan satisfecha en las necesidades qu aún no conocía. Y ciertamente no está hablando sólo de la dimensión física de su encuentro, por lo intensa y sorprendente qu fue: la dimensión mental la sorprendió igualmente, tal vez aún más. La dimensión *espiritual*, ¿se le podría llamar así? El sentido d reconocimiento recíproco, de descubrimiento, de familiaridad infinitamente lejana que resurge de golpe y anula cualquie distancia; la complicidad instantánea, la intuición automática, el reír exactamente con el mismo ánimo. Pero ¿qué tan reales era esos estados de ánimo? ¿Qué tanto fueron producto de una mezcla de confusión y sugestión, como le sugirió Viviane diez vece seguidas?

Y, además, para alguien como Nick Cruickshank lo de ayer seguramente fue un episodio entre tantos, cuando mucho un poc insólito dadas las circunstancias. Tal vez ya se habrá olvidado de eso esta mañana, entre los últimos preparativos de su boda, o l archivará junto a otros mil episodios similares que le han suscitado alguna curiosidad o diversión. O tal vez se acordará de e porque tendrá alguna consecuencia desagradable, por todo el escándalo que sucedió después de que fueron descubiertos cuand regresaban del bosque. Pero es muy difícil que pueda imaginarse aunque sea por un instante que él pudiera alterar su vida po ella, a pesar de las cosas maravillosas y sorprendentes que le dijo cuando estaban en esa casita en el bosque, a pesar de l transfusión abrumadora de energía del universo que hubo entre ellos. ¿No estamos hablando de alguien que *por trabajo* se invent cosas maravillosas y sorprendentes que cantarle a un número ilimitado de oyentes? ¿No es un *encantador* profesional, y uno d los mejores que existen? Sí, tiene una capacidad fuera de lo común para entrar en resonancia con el alma (y con el cuerpo) de un mujer, para captar y traducir sus sensaciones y sus sentimientos, pero es probable que esto sea independiente de la muje específica con la que tenga que ver. O tal vez la mujer específica tiene un valor específico, pero sólo mientras hace el amor con él mientras le inspira una canción, y luego eso se termina y él recurre a otras fuentes. ¿Qué clase de futuro podría esperarse co alguien como él? ¿Qué tan confiable podría ser? Entonces le viene un verdadero coraje contra sí misma: ¿cuándo ha sido del tip de personas que se sienta en un pequeño trono a analizar regalos y promesas de regalos para decidir si vale o no la pena el ofrece a cambio su cuerpo, su corazón y su alma? Y, si hablamos de confianza, Viviane es la persona más confiable que ha encontrad Sin que por esto sea *sólo* confiable: es alguien con quien se puede hablar de mil cosas, de proyectos y también de sueños. Está bier en los últimos años con menos intensidad que cuando estaban en los inicios de su relación, pero, si lo podían hacer entonce podrían lograrlo aun ahora. Si es confianza lo que ella necesita, ¿por qué desearla, aunque sea sólo por un instante, de alguien qu no es capaz de dársela? ¿Debería de dejar de pensar, renunciar a cualquier intento de defensa con Viviane, reconocer que lo qu sucedió fue un estúpido error de valoración? Como si hubiera chocado su furgoneta contra uno de los tantos locos imprudente y que se precipitan a toda velocidad por estas calles llenas de curvas, entre los montes y el valle, sin importarles que desde el otr lado pudiera venir una mujer distraída, absorta en su música mental.

Basta, es completamente inútil quedarse más tiempo en la cama dando vueltas de esa manera: Milena Migliari se desliza fuer de las colchas, recoge su ropa de la silla, baja a ponerla en el baño, baja a la cocina. Se prepara un té de hibiscus y jengibre, l pone una cucharada de miel de cardo, mezcla, mezcla, mezcla. Trata de tranquilizarse, pero no hay forma: el corazón le late má rápido e irregular de lo debido, los pensamientos siguen enmarañándose uno sobre otro, las sensaciones siguen expandiéndose, reduciéndose y expandiéndose.

Hay un escritor inglés que ella ya detesta, después de haber leído tres o cuatro de sus libros, por cómo logra se culturalmente alternativo y comercial al mismo tiempo, moderadamente radical, políticamente correcto, amable. En cada novel pone en escena a unos protagonistas defectuosos pero cautivadores, y los conduce por tramas en las cuales al final, después d una serie de vicisitudes que parecen llevarlos hacia la ruina, todo se arregla milagrosamente: cada personaje es recompensado d alguna manera, no hay ninguna equivocación cometida que sea irreparable, ningún daño del que no puedan recuperarse. Lo qu más molesta más es la astuta intención de no crear ninguna decepción en los lectores, de no producirles pensamientos tristes. Y en cambio, la vida real no funciona así para nada: los errores *son* irreparables; los daños, permanentes; los pensamientos, triste; tal vez se esconden durante poco tiempo, pero regresan. Lo que le está sucediendo ahora es una excelente demostración; más bie a una *terrible* demostración. Desde cualquier perspectiva en que intente ver la situación, no puede ver ninguna salida que n implique una traición definitiva o una renuncia definitiva. ¿Qué debería hacer entonces? ¿Resignarse a continuar con Viviane au sabiendo que será infeliz? ¿Arrojarse en alma y cuerpo a una historia que seguramente ni siquiera comenzó para Nic Cruickshank?

Pero, cada vez que se imagina aunque sea por un momento *no* continuar con la idea de la fecundación *in vitro* y se totalmente libre de hacer lo que le parezca, le vienen a la mente muchos de los maravillosos helados que aún no ha intentad hacer. Helados de *flores*, por ejemplo. Sí, hizo uno de rosas la primavera pasada y le quedó bien, pero hay decenas par experimentar: de jazmín, de nomeolvides, de violeta, de lavanda, de glicina, de manzanilla, de centaurea... Los helados que podrí hacer son tantos como las flores, en realidad: cientos, miles. Le basta con cerrar los ojos y casi puede ver sus colores, oler su perfumes, sentir sus sabores.

a ¿Y si fuera como con la falsa opción entre cono y vasito, en el que ninguno suele contemplar la existencia de una tercer
y posibilidad? ¿Y si la solución fuera elegir *su* vida, antes de escoger *con quién* quiere compartirla?

a
í
o
a
e
e
e
r
n
s

o
o
l
o
r
a
a
e
a
r
o
n
o
r
,
l,
,
e
e
s
o

a
e
s
y

r
a
e
e
e
,
s:
n
o
n
k

r
o
a
a
s

¿Y si fuera como con la falsa opción entre cono y vasito, en el que ninguno suele contemplar la existencia de una tercera posibilidad? ¿Y si la solución fuera elegir *su* vida, antes de escoger *con quién* quiere compartirla?

TREINTA Y CUATRO

Nick Cruickshank tiene un problema en las vértebras cervicales, consecuencia de su famosa caída del escenario de Hollywood Bowl en el 2006. Si cuando está en la cama no se acomoda bien el cojín debajo de la nuca, se le entumecen los dedos de las manos, garantizado. Pero el hormigueo sólo es una molestia más en esta noche de dar vueltas sin tregua, en la que no ha forma de dormir. Las imágenes de la tarde y de la noche siguen pasándole por la cabeza, mezcladas con las sensaciones del cuerpo y docenas de preguntas superpuestas una sobre la otra: sobre lo que sucedió, sobre lo que está por suceder, sobre Aileen, sobre Milena, la chica italiana de los helados, sobre él mismo. El corazón le late al doble de velocidad, las orejas le zumban, está bañado en sudor. En efecto, no tiene nada de ganas de quedarse acostado debatiendo como un imbécil sobre este colchón de cinco estratos, que debería ser el más cómodo del mundo y que en cambio es un asco. Será mejor levantarse.

Rueda hasta el borde de la cama, salta para ponerse de pie, tropieza con el tapete, choca contra una cómoda que él nunca quiso que se pusiera aquí, va a tuestas hasta la bata, que está colgada en el perchero, se la pone. Aileen se gira debajo del edredón gruñe, resopla, vuelve a respirar de forma regular. A pesar de su tendencia al insomnio, tiene la admirable capacidad de crear compartimentos mentales entre una actividad y otra, entre una fase y otra del día o de la noche: es así como logra preservar su lucidez y mantenerse operativa incluso en los momentos más difíciles. De acuerdo, ayer en la noche se dejó contagiar por el clima de desequilibrio general hasta volverse una versión bastante deteriorada de sí misma, pero luego como a la una interrumpió los extenuantes intentos de reconstruir hechos y atribuir responsabilidades, y terminó la conversación.

—Necesito dormir, mañana será un día muy ocupado.

Fue al baño a desmaquillarse y a tomar un somnífero, y diez minutos después estaba en la cama con el antifaz sobre los ojos: cinco minutos después estaba dormida.

Él, en cambio, nunca ha podido aprender las técnicas de distanciamiento mental, por más que lo ha intentado, entre yoga, *ta chi chuan*, *shuai jiao*, meditación trascendental y muchas otras cosas. No es que no logre distanciarse de las situaciones, relaciones y problemas prácticos: lo hace y mucho, incluso en casos en los que a los demás les parece de tremenda importancia no distanciarse. Lo hace por aburrimiento o por extrañeza, por flojera o por impaciencia, y frecuentemente esto tiene como resultado que lo acusen de arrogante e indiferente. Pero la verdad es que cuando está emotivamente involucrado no puede hacerlo: basta un gesto, una palabra, una mirada que lo persiga a través de los pensamientos y llegue a atravesarle el corazón, para ocasionar sensaciones de pérdida y de culpa que no acaban y que llegan a precipitarlo hacia la tristeza más profunda. Menos mal que la tristeza profunda es su combustible creativo principal, porque tiene un suministro prácticamente inagotable, entre equilibrio fallidos, sueños destrozados, separaciones, abandonos, distancias, vacíos. Tendría suficiente material para escribir docenas de buenas canciones para hacer llorar si tan sólo tuviera el valor de entrar con más frecuencia en esos lugares.

Sale de la recámara, cierra la puerta con extrema cautela, camina a lo largo del pasillo de la manera más silenciosa que puede para evitar que Aldino o alguno de sus colegas que llegaron ayer piensen que es un intruso y entren en acción. Desde las ventanas que dan al norte en la parte trasera de la casa se ve sólo oscuridad, aunque ya es menos densa que hace una hora. Pasa por la habitación que les asignaron a Wally y a Kimberly, además de la de Rodney y Sadie, además de la de Todd y Cynthia. No le asombra que se hayan quedado aquí después de que se gritaron cosas tan horribles: su relación es muy difícil de deshacer, se mantiene unida por un entramado de funciones consolidadas, costumbres arraigadas, deseos de venganza, miedo a lo desconocido, razones económicas, hasta un tipo consumido y agotado de afecto. Piensa en las historias sentimentales en las que se enredaron en el curso de los años: las conquistas exhibidas precipitadamente, las escapadas para ocultarse de los otros, los secretos arrojados a las páginas de los periódicos, los anuncios públicos de amor, las mentiras inspiradas por las oficinas de prensa, las familias hechas pedazos para luego reconstruir otras equivalentes, el caos por tener demasiado o muy poco, la desproporción constante entre méritos y recompensas.

Abre la puerta de la cocina, entra. Está tan vacía y tranquila que le da una sensación extraña, sin la señora Jeann desmenuzando, amasando, cortando, mezclando, friendo, hirviendo, abriendo y cerrando las puertas del horno y los refrigeradores. La primera luz del alba comienza a entrar por las ventanas que dan al este, baña este corazón inmóvil de la casa: este núcleo que una vez activado produce calor, comodidad y sustento para quien está aquí, cuando está aquí. Le viene a la mente que, si por alguna razón terminara cediendo ante las presiones de Aileen y despidiera a la señora Jeanne, esta casa se volvería un lugar sin vida, muy frío. Le viene a la mente que en el fondo esta no ha sido realmente *su* casa: es sólo una propiedad que compró desmesuradamente grande, con demasiado terreno alrededor, en un pueblo con el que no tiene vínculos, en el que ni siquiera habla el idioma local. No es que se sienta más arraigado en Londres, o en Sussex o en los demás lugares en los que ha invertido e bienes raíces, siempre como si estuviera invirtiendo en una idea de vida estable a la cual poder regresar de sus *tours* y de sus viajes de placer. Esas ideas de una vida estable tenían la falsa claridad de los sueños o de la publicidad de televisión: desayunos en la cocina, comidas a la luz del sol, carreras en el jardín junto a los niños y los perros, noches frente de la chimenea encendida, música en la sala al calor de la familia y de los amigos reunidos. Ideas poco realistas, por lo menos para él, por como está hecho por su forma mental y emocionalmente en gran medida defectuosas. Las vidas que sus casas han contenido invariablemente se destrozaron después de algunos años, se desplazaron a otros lugares, dispersadas, y siempre por su culpa. De ellas quedaron los contenedores con tenues ecos de hipótesis no verificables. Entonces, ¿será mejor seguir dando saltos por el mundo? En la calle a

menos está la ventaja de no dejar demasiado espacio a las carencias, nostalgias o dudas, que te llenan los días, incluso con actividades en su mayoría mecánicas. Pero ya tiene suficiente con la sucesión de traslados por aire y tierra, *suites* de hotel, prueba de sonido, listas de reproducción de canciones que varían, aunque sea un poco, para no enloquecer por repetir las en el mismo orden, multitudes en estadios con diferente energía, cada etapa ya proyectada en la sucesiva.

La única propiedad que en este momento le inspira un sentido de pertenencia es la casita de cuarenta y dos metros cuadrados en el claro en medio del bosque, donde estuvo ayer con Milena, la chica de los helados. Le duele pensar que también ella está vacía después de haber estado habitada con tan ardiente intensidad durante algunas horas.

Y es allá a donde siguen regresando sus pensamientos, en reversa a través de la noche sin sueño y la noche pasada entre acusaciones: a la cautela de sus movimientos, a la curiosidad creciente de su acercamiento, a la gran felicidad al tocarse, a la impactante sorpresa de su fusión. Había una legitimidad, que nunca antes había sentido, en la combinación de sus miradas, de sus formas, de sus deseos, de sus espíritus, de sus respiros. Le asombra no sentir ni un mínimo sentimiento de culpa, pero es la verdad: aun a la distancia de algunas horas, le parece que lo que sucedió fue muy puro, tan limpio de malas intenciones, como para que esté equivocado. Tiene todas estas imágenes en la cabeza: Milena llenando la canastita de galleta con sus helados de *fiordilatte* y de caqui, Milena ofreciéndoselos, Milena observándolo con seriedad mientras los prueba, Milena preocupada, Milena sonriendo. Y los muchos colores de sus ojos, el blanco y el anaranjado de sus helados, la luz amarilla de la lámpara de aceite, el rojo del fuego de la estufa, el negro de la noche a través de los vidrios cuando se despertaron de su hechizo común y miraron hacia afuera. Su estado mental dista mucho de ser transparente, pero tiene en los dedos el recuerdo preciso de las líneas de su frente y de las curvas de sus muslos, en las fosas nasales tiene el perfume de su piel entre el cuello y la oreja, en las orejas tiene el sonido de sus respiraciones, en la lengua tiene el sabor de su lengua, tan parecido al sabor de sus helados; y cada uno de estos recuerdos tan recientes y tan lejanos está cargado de un sentimiento de ausencia que le quita el aire de los pulmones, que hace que se le contraigan los músculos del estómago.

Nick Cruickshank piensa que casi no sabe nada de ella y al mismo tiempo le parece que lo sabe todo. Y está convencido de que a ella le sucede lo mismo: lo sintió. Le parece absurdo no haberla conocido sino hasta el otro día, haberla saludado como si fuera una extraña antes de que su extrañeza se disolviera. Le vuelve a la mente cuando ella le habló de las flamas: de la instantánea y completa sintonía de su reencuentro. Ni siquiera le dejó explicar bien el tema, tuvo que interrumpirla a toda costa con su estúpido desencanto, su *Cruickshank cool* de mierda. Pero ¿no será una definición de cuento de hadas ilustrado la de las flamas gemelas? ¿Habría podido seguirle la corriente, de todos modos? ¿Actuar como si lo creyera? ¿Tal vez intentar creérselo *realmente*? Por otro lado, ¿cuándo le había sucedido antes sentir una familiaridad tan profunda en un tiempo tan breve? ¿Cuántas veces le ha sucedido *reconocer* a alguien a quien en la teoría (y en la práctica) no conocía? Si se limita a su vida *real* excluyendo entonces el texto de «Twin Soul Reunion» y, a su edad adulta, excluyendo también su enamoramiento a los trece años por Mia Lees (que nunca lo consideró porque lo veía como un chiquillo): nunca. Bajo esta perspectiva, y sólo por pensarle: ¿Aileen podría ser su alma gemela? No. Pero la pregunta es estúpida, está viciada de antemano. Desde el principio la suya fue una relación madura, consciente, real, que toma en consideración sus experiencias anteriores y le da prioridad a las exigencias prácticas y profesionales de ambos, en vez de a los sueños de adolescentes. ¿No es precisamente eso lo que necesita ahora?

Entonces, ¿qué hay detrás de lo que sucedió ayer con Milena? ¿Una tendencia infantil a dejarse arrastrar por el instinto, pesada los daños ya provocados en el pasado? ¿Una predisposición irresistible por escoger la imaginación sobre la realidad? ¿El deseo de huir de sus responsabilidades? ¿Su intolerancia respecto a cómo se ha vuelto Aileen con el paso de los años, con respecto a lo que probablemente siempre ha sido? ¿Una incapacidad para aceptar el hecho de que cada persona es el resultado de una combinación de cualidades y defectos, y que no tiene sentido pretender quedarse con unas y descartar las otras? Además, si hay alguien capaz de apreciar los defectos sobre las cualidades, debería ser él. Claro, depende de *cuáles* defectos, porque idealmente los defectos de dos personas deberían combinar tan bien como sus cualidades. Lo cual abre una ventana de posibilidades muy peligrosa, porque hay muchas parejas que están muy bien juntas gracias a la combinación de *lo peor* de ambas. Sin ir tan lejos: basta con pensar en Wally y Kimberly: desde este punto de vista son un auténtico éxito (o, al menos, lo eran hasta ayer por la noche, antes de que saliera a relucir la cuestión de la menor de edad de Río). Lástima que el resultado sea doblemente desagradable para los demás.

¿Y él qué diablos quiere? ¿Qué está buscando? ¿Persigue aún las fantasías que se metió en la cabeza con las novelas que devoraba de niño para escapar de una vida con la cual no quería tener nada que ver, y que luego dieron origen a sus canciones, las cuales a su vez han alimentado las fantasías de millones de personas? ¿Será responsable de un fraude respecto a ellos, y ahora con todo este enredo se está volviendo en su contra?

Pero las sensaciones que tuvo ayer con Milena le parecieron absolutamente *reales*, no un producto de su imaginación. En aquella casita en medio del bosque tenía la sensación de haber encontrado a la mujer tierna y dulce, pero también fuerte e inteligente que siempre ha deseado, desde los tiempos de la tía Maeve. Le pareció haberla *recontrado*, y haberse recontrado con el mismo. Y, por el contrario, le pareció que Aileen tenía las características de su madre, aquellas que le habían hecho pasarla tan mal de niño: la frialdad sentimental, la dureza de carácter, la tendencia a ocuparse de demasiadas cosas al mismo tiempo, la mirada y los pensamientos desplazándose continuamente. Pero ¿qué tan fiables son estas sensaciones? ¿Y al día siguiente, vistas a la luz (creciente) del sol? ¿Las sensaciones de pocas horas, escondidas e ilícitas, entre dos personas que fueron sacudidas y confundidas por las cruciales decisiones que están por tomar? Además, ¿qué tiene *realmente* de especial Milena? ¿Una pasión auténtica por lo que hace? También Aileen está apasionada por el asunto de la Anti-piel, y ya lo estaba por su trabajo de diseñadora de vestuario cuando la conoció. ¿Un espíritu artístico? Pero Aileen no sólo es una emprendedora: es alguien que cre

nsus diseños, que trabaja con las formas y los colores. ¿Una dedicación a la búsqueda de matices difíciles de captar? Pero no es que Aileen sea insensible a los matices; de hecho, es extraordinariamente rápida para diferenciarlos. ¿El desinterés? Pero ¿el hecho de que no le interese alcanzar el público más amplio posible es un mérito? ¿Le da un grado de pureza moral y una nobleza de carácter que Aileen no tiene, que ni siquiera él tiene ya desde hace un buen número de años? ¿Está aquí el punto focal de su encuentro? ¿Cae en el hecho de que ambos se sienten como si acabaran de caer de la luna y de que al mismo tiempo ambos son bastante asolares, como se vio ayer, y también *terrestres*?

El problema es que él conoce demasiado bien la estupidez de los enamoramientos: el entusiasmo indiscriminado por la novedad, la amplificación desmedida de diferencias minúsculas, la atribución de cualidades no del todo verificadas, la interpretación exageradamente generosa de gestos banales, el *photoshop* mental gracias al cual uno termina viendo sólo lo que quiere ver. Es la regresión del lenguaje, la simplificación de los pensamientos hasta lo ridículo, la supresión sistemática de las dudas, la incapacidad de tomar distancia. Si intenta pensar de nuevo en sus enamoramientos pasados, le parecen una colección de impresiones superficiales, deslumbramientos producidos por el deseo de la sorpresa, errores de valoración dictados por la impulsividad, pasos que dio sin pensar en las consecuencias. No hay uno solo de sus enamoramientos que hoy le parezca que hubiera estado basado en sólidas, auténticas razones, no hay uno solo que pudiera haber resistido medio día más a la luz de lo que él sabe ahora. Después de todo fueron las dos relaciones que *no* nacieron del enamoramiento las que duraron más, y las que dejaron los recuerdos más largos, recuerdos hechos de pequeñas armonías cotidianas, el compartir gestos simples, dirigidos a cosas fundamentales, sin expectativas sorprendentes, sin fuegos artificiales ni redobles de tambores. En cambio, ¿qué le queda de las relaciones que le parecieron extraordinariamente intensas, cada una mil veces mejor que la anterior, tan irrenunciables como para justificar devastaciones cometidas con una crueldad criminal? Tan sólo una *idea* vaga de sensaciones físicas y estados de ánimo, que difícilmente despiertan su memoria, desesperadamente borrosa, imposible de aferrar.

¿Y entonces? ¿Qué podría existir con Milena, la chica italiana de los helados, que está por intentar tener un hijo con otra mujer? ¿Cuánto podría sobrevivir la convicción de que con ella todo es más natural, libre y preciso que con cualquier otra relación pasada, sin ninguna necesidad de modificaciones o intentos de transformación, autoengaños o distorsiones de la percepción? ¿Las distorsiones de la percepción no comenzaron en el momento en que se besaron? ¿O aun antes, en el momento en el que fue a buscarla a su heladería? ¿O aun antes, en el momento en el que probó sus helados en la cocina, bajo la mirada vagamente perpleja de la señora Jeanne? Y, entonces, ¿son sus helados realmente tan extraordinarios? ¿Tan esencialmente distintos a los helados igualmente exquisitos que ha comido en otros lugares y momentos? Y las sensaciones que experimentó: ¿junto a ella en la casita del bosque, y que aún le desequilibran el corazón y le cortan la respiración, ¿por cuánto tiempo sería replicables? ¿Por meses, por años? ¿Por una *vida* entera juntos, como escribió en un par de canciones absurdamente sentimentales que tuvo que dejar a un lado inmediatamente después de haberlas escrito, sin siquiera habérselas enseñado a los demás, por lo ridículo que se sentía?

Y, aun así, en lo que sucedió entre ellos *había* una naturaleza que nunca había sentido antes: una falta total de poses impostadas, incluyendo la pose de quien no tiene poses. Parecía que ambos eran simplemente lo que *son*, en su increíble parecido y diferencia. Por mucho que se esfuerce, no puede recordar haber sentido alguna vez una mezcla similar de espiritualidad y acercamiento físico, cuerpos y almas que dialogan a una distancia cero (otra buena estrofa para una canción que nunca soñaría tocar). *Había* un reconocimiento mutuo: se veía en cada mirada y en cada gesto, desde cada respiración, desde cada palabra que decían o no decían. Había una *sorpres*a continua en un flujo continuo, y una *alegría* por la sorpresa. Había *maravilla* imperfecta, sí. Tanto que se acabó, e incluso de mala manera, pero estaba ahí.

Pero ¿estaría realmente dispuesto, basándose en sensaciones imposibles de verificar, a mandar al diablo su muy verificada relación con Aileen, una mujer cuyas cualidades y defectos conoce más allá de cada posible duda? ¿Estaría dispuesto a destruir la perspectiva de su vida en común que ella está organizando desde hace meses con tanto cuidado, inteligencia y conocimiento del mundo? ¿Estaría dispuesto a hacerla pasar por un espantoso momento delante de decenas y decenas de amigos y conocidos que avinieron hasta aquí de medio mundo? ¿Delante del equipo de *Star Life*, que no perdería la ocasión de transformar el resumen de una fiesta de cuento de hadas en la crónica de una catástrofe, para el goce perverso de su público? ¿Además, sabiendo que esto le sería perdonado, puesto que calzaría bien con el personaje que se ha construido desde siempre? La mayoría de sus fans no sólo no desaprobaban un gesto de ese tipo, sino que lo aplaudirían con entusiasmo. Basta pensar en cómo lo han espiado todos estos años para descubrir posibles conversiones a una existencia burguesa, listos para acusarlo de traición. Casi ciertamente interpretarían esta canallada imperdonable como la confirmación de que el autor de «I Won't Have It (Any Other Way)» todavía está bien vivo, con la misma orgullosa aversión contra las reglas de la sociedad que tenía hace treinta y cinco años.

Nick Cruickshank abre el refrigerador, busca en el congelador con el deseo repentino y desesperado de encontrar una de las cubetas del helado de Milena. Aunque sea una medio llena, o incluso una con lo que quedó en una esquina, para ver los colores ¿pasarle la lengua por encima. Hurga con manos frenéticas entre los recipientes de zanahorias *baby*, chícharos y calabacitas, que traen de los huertos de la propiedad, pero del helado de Milena no hay ninguna huella: se terminó.

a
a
y
n
e
a

sus diseños, que trabaja con las formas y los colores. ¿Una dedicación a la búsqueda de matices difíciles de captar? Pero no es que Aileen sea insensible a los matices; de hecho, es extraordinariamente rápida para diferenciarlos. ¿El desinterés? Pero ¿el hecho de que no le interese alcanzar el público más amplio posible es un mérito? ¿Le da un grado de pureza moral y una nobleza de carácter que Aileen no tiene, que ni siquiera *él* tiene ya desde hace un buen número de años? ¿Está aquí el punto focal de su encuentro? ¿O está en el hecho de que ambos se sienten como si acabaran de caer de la luna y de que al mismo tiempo ambos son bastante solares, como se vio ayer, y también *terrestres*?

El problema es que él conoce demasiado bien la estupidez de los enamoramientos: el entusiasmo indiscriminado por la novedad, la amplificación desmedida de diferencias minúsculas, la atribución de cualidades no del todo verificadas, la interpretación exageradamente generosa de gestos banales, el *photoshop* mental gracias al cual uno termina viendo sólo lo que quiere ver. Es la regresión del lenguaje, la simplificación de los pensamientos hasta lo ridículo, la supresión sistemática de las dudas, la incapacidad de tomar distancia. Si intenta pensar de nuevo en sus enamoramientos pasados, le parecen una colección de impresiones superficiales, deslumbramientos producidos por el deseo de la sorpresa, errores de valoración dictados por la impulsividad, pasos que dio sin pensar en las consecuencias. No hay uno solo de sus enamoramientos que hoy le parezca que haya estado basado en sólidas, auténticas razones, no hay uno solo que pudiera haber resistido medio día más a la luz de lo que él sabe ahora. Después de todo fueron las dos relaciones que *no* nacieron del enamoramiento las que duraron más, y las que dejaron los recuerdos más largos, recuerdos hechos de pequeñas armonías cotidianas, el compartir gestos simples, dirigidos a cosas fundamentales, sin expectativas sorprendentes, sin fuegos artificiales ni redobles de tambores. En cambio, ¿qué le queda de las relaciones que le parecieron extraordinariamente intensas, cada una mil veces mejor que la anterior, tan irrenunciables como para justificar devastaciones cometidas con una crueldad criminal? Tan sólo una *idea* vaga de sensaciones físicas y estados de ánimo, que difícilmente despiertan su memoria, desesperadamente borrosa, imposible de aferrar.

¿Y entonces? ¿Qué podría existir con Milena, la chica italiana de los helados, que está por intentar tener un hijo con otra mujer? ¿Cuánto podría sobrevivir la convicción de que con ella todo es más natural, libre y preciso que con cualquier otra relación pasada, sin ninguna necesidad de modificaciones o intentos de transformación, autoengaños o distorsiones de la percepción? ¿Las distorsiones de la percepción no comenzaron en el momento en que se besaron? ¿O aun antes, en el momento en el que fue a buscarla a su heladería? ¿O aun antes, en el momento en el que probó sus helados en la cocina, bajo la mirada vagamente perpleja de la señora Jeanne? Y, entonces, ¿son sus helados realmente tan extraordinarios? ¿Tan esencialmente distintos a los helados igualmente exquisitos que ha comido en otros lugares y momentos? Y las sensaciones que experimentó junto a ella en la casita del bosque, y que aún le desequilibran el corazón y le cortan la respiración, ¿por cuánto tiempo serían replicables? ¿Por meses, por años? ¿Por una *vida* entera juntos, como escribió en un par de canciones absurdamente sentimentales que tuvo que dejar a un lado inmediatamente después de haberlas escrito, sin siquiera habérselas enseñado a los demás, por lo ridículo que se sentía?

Y, aun así, en lo que sucedió entre ellos *había* una naturaleza que nunca había sentido antes: una falta total de poses impostadas, incluyendo la pose de quien no tiene poses. Parecía que ambos eran simplemente lo que *son*, en su increíble parecido y diferencia. Por mucho que se esfuerce, no puede recordar haber sentido alguna vez una mezcla similar de espiritualidad y acercamiento físico, cuerpos y almas que dialogan a una distancia cero (otra buena estrofa para una canción que nunca soñaría con tocar). *Había* un reconocimiento mutuo: se veía en cada mirada y en cada gesto, desde cada respiración, desde cada palabra que decían o no decían. Había una *sorpresa* continua en un flujo continuo, y una *alegría* por la sorpresa. Había *maravilla*. Imperfecta, sí. Tanto que se acabó, e incluso de mala manera, pero estaba ahí.

Pero ¿estaría realmente dispuesto, basándose en sensaciones imposibles de verificar, a mandar al diablo su muy verificada relación con Aileen, una mujer cuyas cualidades y defectos conoce más allá de cada posible duda? ¿Estaría dispuesto a destruir la perspectiva de su vida en común que ella está organizando desde hace meses con tanto cuidado, inteligencia y conocimiento del mundo? ¿Estaría dispuesto a hacerla pasar por un espantoso momento delante de decenas y decenas de amigos y conocidos que vinieron hasta aquí de medio mundo? ¿Delante del equipo de *Star Life*, que no perdería la ocasión de transformar el resumen de una fiesta de cuento de hadas en la crónica de una catástrofe, para el goce perverso de su público? ¿Además, sabiendo que esto le sería perdonado, puesto que calzaría bien con el personaje que se ha construido desde siempre? La mayoría de sus fans no sólo no desaprobarían un gesto de ese tipo, sino que lo aplaudirían con entusiasmo. Basta pensar en cómo lo han espiado todos estos años para descubrir posibles conversiones a una existencia burguesa, listos para acusarlo de traición. Casi ciertamente interpretarían esta canallada imperdonable como la confirmación de que el autor de «I Won't Have It (Any Other Way)» todavía está bien vivo, con la misma orgullosa aversión contra las reglas de la sociedad que tenía hace treinta y cinco años.

Nick Cruickshank abre el refrigerador, busca en el congelador con el deseo repentino y desesperado de encontrar una de las cubetas del helado de Milena. Aunque sea una medio llena, o incluso una con lo que quedó en una esquina, para ver los colores y pasarle la lengua por encima. Hurga con manos frenéticas entre los recipientes de zanahorias *baby*, chícharos y calabacitas, que traen de los huertos de la propiedad, pero del helado de Milena no hay ninguna huella: se terminó.

TREINTA Y CINCO

Milena Migliari sale de su casa, y cierra la puerta tratando de no hacer ruido aunque la última vez que vio a Viviane en la cama todavía no parecía que fuera a despertarse. El sol aún está abajo, el cielo azul es muy pálido, pero el aire está limpio y la luz le lastima los ojos. Ella camina con pasos un poco inciertos por la callecita adoquinada, entre los muros cercanos de las casas: sigue más allá de la rampa del pequeño castillo, más allá de las vitrinas de la asociación local de turismo, más allá de la roca que está junto a lo que queda de una de las antiguas puertas. Baja hacia el estacionamiento, se sube a su furgoneta. Se queda afuera un rato, con el frío atravesándole los jeans: en la cabina hay un olor a mohos, pero le parece que es el único espacio en el que se puede sentir segura. Luego comienza a no sentirse segura ni siquiera aquí, así que se pone en movimiento, maniobra, sube la calle que sigue la colina y luego baja las curvas hacia el valle. No tiene pensamientos reales ni propios en la cabeza: sólo constataciones de formas, colores, sonidos, movimientos. Ni siquiera tiene una dirección precisa a donde ir; gira el volante cambia de velocidad de forma automática, con una desolación que crece con cada curva, como si bordeara un abismo que podría tragarse de un momento a otro, hacerla desaparecer en la nada.

Cuando llega a la llanura, la desolación aumenta aún más: quisiera regresar arriba, a la cima de las colinas, para poder descender de nuevo y embelesarse con las curvas, y una vez abajo volver a subir de nuevo y descender otra vez, sin tener que tomar una dirección, sin tener que decidir nada. Pero ni siquiera puede decidir volver a subir, así que gira y vuelve a girar en la glorieta: seis, ocho, diez veces, como en un carrusel o en una centrifugadora lenta, hasta que comienza a marearse y está obligada a tomar una salida. Sigue a lo largo de la calle derecha por pura inercia, tan lento que un auto que está detrás de ella le toca el claxon y le rebasa acelerando furiosamente. Ella sigue manejando todavía un poco más, se detiene en un ensanchamiento de la calle delante de unos edificios nuevos y feos en donde hay una inmobiliaria, una florería, una panadería y una tienda de baños. Apaga el motor y se queda allí, sintiendo el desplazamiento del aire con cada coche y camión que siguen su camino. Se pregunta si Viviane ya se habrá levantado, quién sabe en qué estado. ¿La estará buscando de arriba para abajo por la casa vertical, en el patio del techo de vidrio? ¿Ya estará afuera, por las calles del pueblo? ¿Regresará adentro para explorar la cocina, para ver si al menos le dejó alguna nota en algún lugar? (No se la dejó, habría necesitado unas diez páginas, e igualmente no le habría logrado explicar nada). ¿Si subirá al coche y manejará hasta la calle alta de Fayence con la idea de encontrarla en la heladería? ¿Para decirle qué? ¿Que es una persona despreciable y que nunca podrá perdonarla? ¿Que ya la perdonó, aunque le haya hecho tanto daño? ¿Que lo que sucedió puede olvidarse si de verdad lo quieren las dos? ¿Que el programa sigue en pie, y el lunes próximo comenzarán con los procedimientos en el centro de Grasse? ¿Que le desea lo mejor en lo que se proponga?

Milena Migliari se queda dentro de la furgoneta durante media hora, tal vez; quizá durante una hora. Otros coches se estacionan al lado de su auto, la gente baja, entra a las tiendas, vuelve a salir, los autos se echan de reversa y vuelven a irse, otros llegan. Sus ideas no se aclaran en absoluto, sus preguntas no encuentran respuestas ni intentos de respuestas; el latido de su corazón no se normaliza. Le viene a la mente lo que decía Nick Cruickshank ayer en la tarde, o en la noche, sobre lo mucho que se parecen por el hecho de que ambos están equivocados con respecto al mundo. No sabría decir de su parte, pero ciertamente ella no tiene la más remota duda de que está equivocada, y de la forma más equivocada que pueda estar: equivocada al mil por mil, si una sola mínima porción de precisión. De niña, a veces se miraba en el espejo vertical que estaba cerca de la puerta de entrada de la casa de sus padres y pensaba (de vez en cuando también lo decía) «Soy totalmente fea», porque ninguna característica de su aspecto le parecía adecuada, y aún menos adecuados le parecían sus pensamientos, sus sueños, su interpretación de las cosas.

Cuando ya no puede seguir sentada en la furgoneta detenida, se pone de nuevo en movimiento, maniobra, toma de nuevo la calle derecha de la planicie, apenas tocando el pedal del acelerador con la punta del pie. Voltea a ver el vivero de plantas, las casas pseudo provenzales construidas en los lotes nuevos de tierra apenas revuelta, el letrero del supermercado, el anuncio de la venta de material de construcción. Observa cada elemento del paisaje como si pudiera obtener alguna orientación útil, pero todo lo que obtiene es una sensación de extrañeza creciente. Le parece que está en su pesadilla más recurrente, aquella en la que se encuentra en un lugar que no conoce y no tiene consigo su bolsa con el teléfono y la cartera, y quisiera desesperadamente regresar a casa pero no tiene la más mínima idea de dónde está y ni siquiera de si tiene una, y por mucho que se esfuerce no puede recordar ningún nombre de calle ni de ciudad o país, ningún número, nada. Viviane le dijo que el sueño tiene que ver con el hecho de que ha cambiado de vida y el lugar en donde vive muchas veces, sin echar raíces verdaderas, así que el único remedio posible es detenerse en un lugar y construir algo, establecer un sistema de referencias sólidas y duraderas. Por un tiempo le funcionó, aunque al inicio estaba escéptica. Pero ahora se encuentra *de verdad* dentro de su pesadilla más recurrente: en un territorio irreconocible, perdido con el corazón en la garganta y dificultad para respirar.

A la derecha hay un cartel que dice «Aérodrome» y que por alguna razón le transfiere una tenue sensación de familiaridad aunque no entiende por qué, aunque no tiene ganas de entenderlo. Maneja tan despacio que ni siquiera tiene que frenar: sólo gira el volante y sigue por la calle, entre los campos y los lotes construidos.

Más adelante ya no hay más casas y los prados se ensanchan visiblemente en el valle, con cadenas montañosas a ambos lados, como si fueran grandes muros protectores. Ella detiene la furgoneta entre los autos estacionados detrás del edificio de aeródromo, y baja. Hay viento, el sol está tomando un poco de fuerza, pero el aire aún está frío. Ella entrecierra los ojos, camina sobre la grava y luego sobre la hierba, con las manos en los bolsillos del abrigo, la mirada baja, la barbilla tocándole el pecho. L

que sea que sucedió ayer la dejó aturdida. De verdad, como si hubiera tenido un horrible accidente y nadie le hubiera expuesto un panorama plausible de las consecuencias.

Más allá, sobre el pasto, hay algunos planeadores apoyados sobre un ala: blancos, delgados, con líneas suaves y redondeada como por un proceso de evolución natural.

Más acá, hay camiones y furgonetas, varios obreros que colocan la estructura del escenario para el concierto de mañana: la plataforma sobre la que tocarán los Bebonkers, las torres de tubos metálicos para las luces y las bocinas. En el prado frente al escenario hay chicos y chicas, y también personas menos jóvenes, que han puesto cobertores y bolsas de dormir para asegurarse un lugar con mucha anticipación. Hay un auto de policía: dos policías hablan con un pequeño grupo de fans, probablemente para tratar que desalojen, pero no logran convencerlos. El resto parecen indecisos. Parece que esta mañana *todos* están indecisos: los policías, los fans, los obreros que montan el escenario, los técnicos del aeródromo, los pilotos de los planeadores. Todos se mueven como si tuvieran que vencer una resistencia interior, una fundamental falta de razones.

Milena Migliari observa los gestos y las expresiones de las personas que están sobre el prado, y se pregunta si saben que Nick Cruickshank se casará hoy. Se pregunta qué sienten de verdad los fans por él, ya que han llegado hasta aquí desde quién sabe dónde para esperarlo con al menos un día de anticipación. ¿Tendrán una mínima idea de quién es él en realidad, más allá del personaje que actúa en público, al menos los más devotos y perseverantes, aquellos que lo han seguido por décadas, que han escuchado todas sus canciones, leído todo lo que se ha escrito sobre él, los que han visto todas sus fotos y todos sus videos? ¿Conocerán su curiosidad, su atención, su sentido del humor, la sensibilidad sorprendente de sus observaciones? ¿Sabrán que conoce los nombres científicos de las plantas, y su historia? ¿Sabrán que ha leído la *Odisea*? ¿Lo habrán visto alguna vez escuchar a alguien con esa expresión concentrada? ¿O sólo se conforman con la imagen del artista transgresor e instintivo, del chamán del escenario, del anárquico iconoclasta? ¿Preferirán no pensar siquiera en que puede ser distinto, preferirán creer que el personaje coincide perfectamente con la persona? ¿Y se imaginarán los roces entre los miembros de la banda, o seguirán considerándolo un ejemplo exaltado de amistad fraterna que sobrevive al tiempo y a pesar de la alternancia de éxito y adversidad?

Milena Migliari mira al cielo, piensa que le gustaría ver al menos un planeador volar en círculos allá arriba. Pero no hay ni siquiera uno, por más que ella levante la nariz en todas las direcciones. ¿Qué tanto puede recuperar su vida de antes de ayer? ¿Podrían Viviane y ella lograr unir las piezas de lo que tenían, o tendrán que cohabitar con un agujero negro que activará su fuerza de atracción destructiva cada vez que pasen cerca de Chemin o de Forêt? ¿Y, sin pensar en las dos, en lo que respecta a ella le quedaría para siempre, entre los pliegues de las sensaciones, en la parte trasera de los pensamientos, la idea de haberselosomado por un instante a la imperfecta maravilla y de haberla perdido de inmediato? ¿Debería proponerle a Viviane que se cambien de casa, de país, que se fueran a vivir a cualquier otra parte? ¿A Portugal? ¿A Irlanda? ¿A Costa Rica? Pero ¿será suficiente, o lo que sucedió aquí las perseguiría por doquier? Y, además, ¿cómo le harían? Tal vez ella podría abrir de nuevo un heladería en cualquier lugar, pero el trabajo de Vivian está arraigado en esta zona, le ha costado mucho trabajo hacerse de una buena reputación y de un buen número de clientes. Además, está la hipoteca de la casa, y el préstamo para comprar el equipo de la heladería. ¿Cómo le harían para desmontar las carpas y volverlas a colocar en otro sitio, puesto que las carpas son muy pesadas y están unidas por tantos cables, y también detenidas con tantas clavijas? En todo caso, ¿no sería mejor afrontar los problemas de frente y resolverlos en vez de escapar? ¿No escapó ya demasiadas veces antes de encontrar a Viviane? ¿De niña, de chica, de adulta? ¿No es gracias a Viviane que por primera vez en su vida logró construir algo, día a día, con resultados visibles? ¿Es posible que su relación, en vez de destruirse por lo que sucedió, pueda reforzarse? Tal vez no mañana, y tampoco pasado mañana, pero sí dentro de algunos meses, dentro de algunos años. ¿Es posible que llegar a la orilla del precipicio la vuelva más consciente de la importancia de tener los pies bien plantados en el sólido terreno de la realidad? ¿O es demasiado tarde, y estará por siempre llena de remordimientos? ¿Remordimientos de qué? ¿De sensaciones apenas acariciadas o simplemente imaginadas, y sin poder reproducirlas de nuevo?

Se queda parada sobre el prado del aeródromo con la cabeza llena de preguntas y el corazón pesado, y siente que le tocan un hombro. Se voltea de golpe.

Nick Cruickshank está escondido tras un par de lentes de sol oscuros y tiene puesta la capucha de la sudadera debajo de la chamarra, pero es él. Le señala el escenario en construcción, y sonrío.

—¿Viniste para asegurarte un lugar también tú?

Milena Migliari sacude la cabeza, sonrío, pero no está nada divertida: nada. Hace un esfuerzo por mantenerse en equilibrio sobre sus piernas, hace un esfuerzo por señalar los planeadores sobre el césped.

—¿Viniste a volar?

Nick Cruickshank sacude la cabeza, más o menos del mismo modo en que ella lo hizo.

—Es temprano para las corrientes ascendentes.

Ambos se quedan callados. Hay un viento frío que llega de los montes del norte y ha barrido cualquier rastro de niebla. Ahora el aire es totalmente transparente, la luz, demasiado intensa. Es una mañana absurdamente rara en la que incluso respirar parece difícil.

Nick Cruickshank mira a su alrededor con cautela. No quiere que los fans lo reconozcan. Sonríe de nuevo, pero tampoco él se siente cómodo.

—¿Cuántas probabilidades teníamos de encontrarnos aquí ahora?

—No lo sé. ¿Pocas? ¿Muchas? —Milena Migliari piensa que cuando dio la vuelta a la calle principal se lo imaginaba aún en la cama con su ya casi esposa, o ya con el ánimo de los preparativos de su boda, o aquí.

n —¿Y entonces? —Él se quita los lentes oscuros, la mira con esa extraña intensidad sin filtros.

—Entonces, ¿qué? —Ella siente la posibilidad de sucumbir en su interior, la anticipación del derrumbe de sus muros de defensa, que tendrá consecuencias incalculables.

—¿Caminamos? —Nick Cruickshank hace un gesto; no uno de sus gestos teatrales, sólo un ligero movimiento con la mano sin énfasis, pero tan obstinado como su mirada.

El Milena Migliari intenta decidir qué hacer, y no puede hacerlo, pero mira sus pies y ve que se están moviendo por su cuenta junto a los de él.

a
s
e

k
e
l
n
?
e
r
l
e
s

ii
?
u
z,
e
e
a
a
a
a
y
e
?
u
o
a
a
r

n
a

o

i.
l
e

a

—¿Y entonces? —Él se quita los lentes oscuros, la mira con esa extraña intensidad sin filtros.

—Entonces, ¿qué? —Ella siente la posibilidad de sucumbir en su interior, la anticipación del derrumbe de sus muros de defensa, que tendrá consecuencias incalculables.

—¿Caminamos? —Nick Cruickshank hace un gesto; no uno de sus gestos teatrales, sólo un ligero movimiento con la mano, sin énfasis, pero tan obstinado como su mirada.

Milena Migliari intenta decidir qué hacer, y no puede hacerlo, pero mira sus pies y ve que se están moviendo por su cuenta junto a los de él.

Acerca del autor

ANDREA DE CARLO. Nació en 1952 en Milán, Italia, donde creció. Después de graduarse en Historia Contemporánea, viajó por diversas partes del mundo, viviendo en Estados Unidos y Australia. Literariamente fue descubierto por Italo Calvino, quien escribió el prólogo de su primera novela, *Treno di panna* (1981). Trabajó con Federico Fellini y con Michelangelo Antonioni, dirigiendo el cortometraje, *Le facce di Fellini* (1983), así como una película basada en su primera novela. Con Ludovico Einaudi compuso dos ballets, *Time Out* y *Salgar*. Como músico ha grabado dos álbumes, *Alcuni nomi* y *Dentro Giro di Vento*. Sus novelas han vendido millones de copias y han sido traducidas a veintiséis idiomas.

Acerca del autor

ANDREA DE CARLO. Nació en 1952 en Milán, Italia, donde creció. Después de graduarse en Historia Contemporánea, viajó por diversas partes del mundo, viviendo en Estados Unidos y Australia. Literariamente fue descubierto por Italo Calvino, quien escribió el prólogo de su primera novela, *Treno di panna* (1981). Trabajó con Federico Fellini y con Michelangelo Antonioni, dirigiendo el cortometraje, *Le facce di Fellini* (1983), así como una película basada en su primera novela. Con Ludovico Einaudi compuso dos ballets, *Time Out* y *Salgari*. Como músico ha grabado dos álbumes, *Alcuni nomi* y *Dentro Giro di Vento*. Sus novelas han vendido millones de copias y han sido traducidas a veintiséis idiomas.

Andrea De Carlo

Título de la edición original: *L'imperfetta meraviglia*
©2016 Giunti Editore S.p.A., Firenze Milano
www.giunti.it

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats
Diseño de portada: Marvin Rodríguez
Imagen de portada: © Shutterstock / Zamurovic Photography
Fotografía del autor: © Iris Caponisti

Traducido por: Andrea Muriel

Derechos reservados

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: julio de 2018
ISBN: 978-607-07-4992-6

Primera edición en formato epub: julio de 2018
ISBN: 978-607-07-4984-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Hecho en México
Conversión eBook: TYPE

Andrea De Carlo

Título de la edición original: *L'imperfetta meraviglia*
©2016 Giunti Editore S.p.A., Firenze Milano
www.giunti.it

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats
Diseño de portada: Marvin Rodríguez
Imagen de portada: © Shutterstock / Zamurovic Photography
Fotografía del autor: © Iris Capotosti

Traducido por: Andrea Muriel

Derechos reservados

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: julio de 2018
ISBN: 978-607-07-4992-6

Primera edición en formato epub: julio de 2018
ISBN: 978-607-07-4984-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Hecho en México
Conversión eBook: TYPE

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

 **Planeta**



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo clic.

Planetadelibros.com



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE